R L. CROSS LIBRARY
RSITY OF CONNECTICUT

.914
589
M

BOOK 282.914.G589 ZM c.1
MANILA # CERTAMEN
CIENTIFICO-LITERARIO Y VELADA CEL
3 9153 00070370 4

Digitized by the Internet Archive
in 2009 with funding from
Boston Library Consortium Member Libraries

http://www.archive.org/details/certalmencientil00univ

AL P. ZEFERINO

CERTÁMEN

CIENTÍFICO-LITERARIO Y VELADA

QUE EN SU HONOR

CELEBRÓ

LA UNIVERSIDAD DE MANILA

MANILA

ESTABLECIMIENTO TIPOFRÁFICO DEL REAL COLEGIO DE SANTO TOMÁS

á cargo de D. Gervasio Memije

1885

DISCURSO
Y
RESEÑA

UNIVERSIDAD DE SANTO TOMÁS

DE MANILA

CERTÁMEN

CIENTÍFICO-LITERARIO

Y VELADA

CELEBRADOS EN HONOR DEL EMMO. SR. DR.

D. FR. ZEFERINO GONZALEZ

ARZOBISPO DE SEVILLA

CON MOTIVO DE SU ELEVACION

AL CARDENALATO

MANILA

IMPRENTA DEL REAL COLEGIO DE SANTO TOMÁS

á cargo de D. Gervasio Memije

1885

UNIV.

282.914
G589
ZM

DISCURSO

DEL

Excmo. é Ilmo. Sr. D. Fr. Pedro Payo,

ARZOBISPO DE MANILA

EN LA INAUGURACION DEL CERTÁMEN Y VELADA

SEÑORES: Nos reunimos hoy en este recinto para celebrar la exaltacion á la alta dignidad de Cardenal de la Santa Romana Iglesia del Emmo. Sr. D. Fr. Zeferino Gonzalez, dignísimo Arzobispo de Sevilla. No cumpliría yo con los deberes que una doble fraternidad, y antigua amistad me imponen, si no me apresurara á enviar al nuevo Cardenal el testimonio de mi veneracion, de mi respeto y de mi cariño.

Ved aquí porque me levanto el primero á dirigiros la palabra sintiendo que la brevedad del tiempo disponible no me permita decir todo lo que siente mi corazon en estos momentos. Breves pues serán mis palabras, pero todas en honor del nuevo Cardenal, en celebracion de tan fausto suceso, y para alentar á la juventud estudiosa que con tan sincero entusiasmo y laudables es-

fuerzos ha acudido al Certámen convocado para honrar al que fué dignísimo profesor de esta Universidad, prez y gloria purísima de su Claustro, y de todo Filipinas.

Es opinion bastante general y sostenida no sin plausibles fundamentos, de que en estas Islas, debido á sus condiciones climatológicas, y á que vivimos bajo un sol abrasador que enerva y debilita no sólo las fuerzas físicas sino tambien las intelectuales, no se puede estudiar. Fácil, muy fácil me sería con la historia de estos países en la mano demostraros lo contrario, y haceros ver, que en Filipinas el que tiene aficion á las ciencias y es verdaderamente aplicado, estudia, y si le ayuda su talento, consigue elevarse á grande altura. Aun sin acudir á la historia, con solo recordar algunos nombres propios que he tenido ocasion de conocer y tratar, pudiera convenceros de esto mismo, y aun podrian servir de modelos y estímulo, y darían ánimo á la juventud estudiosa para no desmayar en la árida tarea de las aulas; pero en estos momentos solemnes aquí no debe oirse ni debe resonar otro nombre, ni sería posible presentar un modelo mas completo y acabado, que el del eminente filósofo español D. Fr. Zeferino Gonzalez.

Jóven, muy jóven aun vino á este país cuando empezaba su carrera literaria, y aquí en las aulas de esta Universidad fué en donde estudió primero como simple y humilde discípulo y enseñó despues como sabio é ilustrado Profesor las Facultades de Filosofía y Teología. Aquí fué en donde adquirió aquella suma de conocimientos que tanto le enaltecen y el mundo científico admira. Aquí en este país fué en donde, no obstante lo delicado de su salud concibió y escribió su primera y magnífica obra, *Estudios sobre la Filosofía de Santo Tomás,* que adquirió fama europea é inmortalizó su nombre, y fué como el fundamento de otros escritos posteriores, que juntos movieron, sin duda el ánimo de Ntro. Smo. y sapientísimo Padre Leon XIII para honrarle con la Púrpura Cardenalicia en el Consistorio privado el 10 de No-

viembre último, premiando de esta manera su aplicacion, su saber y sus virtudes.

La Provincia del Santísimo Rosario de PP. Dominicos de Filipinas que acogió en su seno al niño Zeferino Gonzalez cuando aun no contaba 15 años de edad, que en sus claustros lo amamantó, si puedo decirlo así, lo crió y educó con santas y sabias doctrinas, que le inspiró el amor á la ciencia, le abrió el camino y le facilitó los medios necesarios para el desarrollo de su prodigiosa inteligencia, siente hoy un gozo indecible cual tierna y cariñosa madre que se mira honrada en sus hijos, y ve tan dignísimamente recompensado sus afanes; é inundado su corazon rebosa, y quiere hacer partícipe á todo el mundo de la dicha y satisfaccion que siente y hace pública por medio de estas manifestaciones.

Esta Universidad, Real y Pontificia, que ve en el P. Zeferino el primer Cardenal de la Santa Romana Iglesia que ha salido de sus aulas y de su Claustro, se asocia, como no puede menos, al gozo que siente la Provincia y así lo manifiesta su respetable é ilustrado Claustro concurriendo y contribuyendo á estos festejos; y se asocia tambien, docil á la voz de sus maestros, la juventud estudiosa de Filipinas que hoy viene á recibir los lauros conquistados, gozosa de unir á sus triunfos el nombre inmortal del gran filósofo. Se asocian igualmente, como no podian menos de hacerlo, las Corporaciones religiosas del país, que ven un hermano en el nuevo purpurado, y en sus sábios escritos y merecidos honores un nuevo timbre que enaltece la historia del catolicismo en Filipinas.

¡Loor y gloria al Emmo. Cardenal Sr. D. Fr. Zeferino Gonzalez! ¡loor y gloria á la Provincia del Santísimo Rosario! ¡loor y gloria á esta Real y Pontificia Universidad! ¡loor y gloria á nuestra amada Pátria que con la luz del Evangelio ha traido la civilizacion y la ciencia á estas apartadas regiones!

RESEÑA DE LAS FIESTAS

LA virtud y la ciencia, unidas á la alta dignidad cardenalicia, con que Su Santidad el Papa Leon XIII creyó convenientísimo premiar los grandes méritos del modesto y sábio Prelado de Sevilla, fueron causa de que por parte de este Centro de enseñanza, tan pronto llegó la noticia del fausto acontecimiento, se deliberase sobre la mejor manera de solemnizarle, habida consideracion á que la gloria del nuevo Cardenal venía á reflejarse sobre esta Universidad, merced á las multiples conexiones que con ella le ligaban. En efecto, público es que en sus aulas recibió su primera educacion científica; que en ellas desarrolló despues, ejerciendo el profesorado, sus profundos conocimientos filosóficos y teológicos; y que de ella finalmente recibió los lauros académicos que sus grandes merecimientos científicos reclamaban.

Por ello, al proponer el Vice-Rector de la Universidad, á nombre del P. Rector ausente, en el Claustro pleno celebrado el 28 de Enero, dia de fiesta universitaria dedicado á Sto. Tomás, la conveniencia de que por el Claustro se hiciese adecuada ma-

nifestacion de júbilo y homenaje al nuevo Cardenal, la idea fué acogida con entusiasmo general, conviniéndose desde luego en que el Claustro ofreciese á su miembro purpurado un digno recuerdo de cariñoso homenaje; que se anunciase un Certámen científico-literario en que pudiesen tomar parte todos los estudiantes de la Universidad y Colegios dependientes; y que por fin se celebrase una Velada en que, ademas de la lectura de los trabajos premiados del Certámen y adjudicacion de premios, tomasen parte los individuos del Claustro y personas caracterizadas que quisiesen honrar con su cooperacion la solemnidad literaria. Nombrada una comision que diese forma concreta al pensamiento aceptado, esta acordó lo siguiente: 1.° Remitir al Emmo. Cardenal como afectuoso recuerdo una artística placa de plata y un album con tapas talladas en madera en que, prévia acta levantada en Claustro pleno, firmasen el M. R. P. Rector, Profesores y demas Doctores, Maestros y Licenciados; 2.° Dirigir el dia de la fiesta, un expresivo télegrama de felicitacion al Sr. Zeferino; y 3.° Que la Velada se verificase en la noche del dia 8, inaugurándose por un discurso del Presidente de la misma, y siguiendo la lectura de las actas de los jurados, distribucion de premios, lectura de las composiciones literarias premiadas y de los otros trabajos que por profesores y demás personas invitadas se presentasen.

El dia 30 de Enero se publicó en la Universidad y el 31 en los periódicos de la capital el oportuno llamamiento á los estudiantes que quisiesen tomar parte en el Certámen, fijándose en él las bases del mismo, y señalándose el 26 de Febrero como término para la admision de los pliegos en la Secretaría de la Universidad, en la cual quedaron recibidos á la citada fecha noventa y nueve que se distribuyeron respectivamente entre los Jurados de Facultades, Segunda Enseñanza y Literatura. El mencionado número de pliegos da á conocer el entusiasmo con que los estudiantes respondieron al llamamiento del Claustro. Fijado el dia 1.° de Marzo para la reunion de los Jurados, préviamente nombrados

por el P. Vice-Rector, se procedió á la apertura de los pliegos, lectura de los mismos, levantándose acta de su resultado que se dió á conocer en la noche de la velada.

En la tarde del dia 5 de Marzo, puede decirse, empezaron las manifestaciones de júbilo en la Universidad: el nombre del Cardenal Zeferino resonaba entre la juventud estudiosa; y resonó en el Paraninfo de la Universidad en el acto de la solemne investidura que, del grado de Doctor en Filosofía se confirió al jóven Catedrático R. P. Fr. Evaristo F. Arias, y de Licenciado á otros jóvenes de las Facultades de Jurisprudencia, Medicina y Farmacia, que préviamente tenían hechos sus ejercicios de grado. El M. R. P. Vice-Rector con cariñosa voz, en un elocuente y sentido discurso á los nuevos laureados, no olvidó al Emmo. Cardenal que tambien como uno de ellos, hacía algunos años, se había presentado en aquel mismo sitio á recibir las nobles condecoraciones de la ciencia.

En la noche del dia 6, víspera de la fiesta del Patrono, y en las dos siguientes apareció profusamente iluminado el edificio de la Universidad.

Á las ocho de la mañana del dia 7, en el grandioso templo de Sto. Domingo, veíase muchedumbre de fieles, alumnos de Segunda Enseñanza y de todas las Facultades, colegiales de Sto. Tomás y Letran y personas distinguidas de la buena sociedad de Manila, que acudieron á la solemne funcion religiosa que el Claustro Universitario, numerosísimo y revestido de sus insignias académicas, en tan señalado dia celebraba, en honor del Patrono universal de las Escuelas y particular de esta Universidad.

Nuestro bondadoso é incansable Prelado el Excmo. é Ilmo. Sr.

Arzobispo Metropolitano, gloria tambien de la Orden de Sto. Domingo, acompañado del M. Iltre. Sr. Dean y V. Cabildo catedral, oficiado de Pontifical; interin una nutrida orquesta dirigida por el acreditado Profesor D. Ramon Valdés y ajustados coros entonaban la magnífica misa de B. C. Fauconier titulado *Las Pascuas.*

El Licenciado en Derecho Canónico Sr. D. Pedro Fuentes Martinez, Canónigo Racionero de la Santa Iglesia Catedral tuvo á su cargo la oracion sagrada, siendo el tema de su discurso: *Que para salvar la sociedad de los peligros con que se vé amenazada por los perversos errores de la incredulidad y de la indiferencia religiosa, al afirmar sacrílegamente que la Divina Providencia es causa del desórden moral, pretendiendo sustituir la fé católica con el ateismo, ninguna doctrina más apropósito que la que enseña Santo Tomás de Aquino sobre esta materia;* que supo desenvolver con fácil expresion y delicados pensamientos.

Terminada la solemne funcion religiosa el Ilmo. Claustro bajo mazas y en forma procesional, en su centro las banderas de las Facultades llevadas por alumnos internos del Colegio de Sto. Tomás y la imágen del Santo Patrono en un bonito estandarte bordado de oro, volvió á la Universidad presidido por el M. R. P. Rector Fr. Gregorio Echevarría, que con grata sorpresa de todos había llegado en la tarde anterior á esta capital. Acto seguido, en la sala Rectoral celebróse sesion extraordinaria, y dada lectura del acta anterior por el Secretario, se redactó un expresivo telégrama de felicitacion al Cardenal, de cuya pronta remision se encargó el activo catedrático R. P. Fr. Matías Gomez. El catedrático Sr. Torres, de la comision de festejos, presentó un modelo de la plancha ó placa de plata y tapas del albun, y el Sr. Secretario los Diplomas para los premios del Certámen; quedando todos satisfechos de cuanto la Comision había hecho, felicitando al presidente y vocales de la misma por su cooperacion al buen resultado de las fiestas.

En las noches de los dias 7 y 8, la plaza frente al Colegio de

Sto. Tomás ofrecía elegante y alegre perspectiva con su profusa iluminacion á la veneciana y el bonito arco costeado por los estudiantes de Filosofía, contribuyendo tambien á que allí se pasasen agradablemente las horas la banda de música que hasta pasadas las once estuvo ejecutando escogidas piezas.

La fiesta no termina en la noche del 7 de Marzo; pues que, si espléndida fué la iluminacion y solemnísima la parte religiosa, la Velada científico-literaria obtuvo en su género tal brillantez, que sin duda alguna para todo el que sabe apreciar lo encantador y bello de las armonías que regalan el oido, y las concepciones sublimes que cautivan la inteligencia, fué digna coronacion de las fiestas celebradas en honor del eminente filósofo.

Las ocho y media de la noche del dia 8 de Marzo, era la hora señalada para la velada. En la puerta principal de la Universidad, varios Padres y señores del Claustro, préviamente comisionados, recibían á los Autoridades y demas personas invitadas. Luego de pasado el umbral, dentro ya del edificio, el ánimo sentíase agradablemente sorprendido al penetrar en el anchuroso y regio salon artísticamente iluminado, de cuyo techo, artesonado graciosamente, partían flámulas con los colores nacionales entrelazadas con guirnaldas de follaje en forma octogonal, y de cuyo fondo pendían ricas arañas; preciosos damascos carmesí, con delicado gusto colocados en la arquería y ventanas; quinqués, candelabros y estatuas de bronce distribuían la luz con profusion y arte. En espacioso y elevado estrado, hallábanse los sitiales para la Presidencia, Jurados del Certámen y personas de categoría oficial: en el testero y en la parte alta ocupaba el centro el Doctor Angélico rodeado de los trofeos de la ciencia, y á sus lados los retratos de S. S. Leon XIII y S. M. Alfonso XII simetricamente colocados, y en el sitio de honor bajo lujoso dosel, se destacaba

revestido de la púrpura cardenalicia el retrato del P. Zeferino, obra del inteligente Profesor de Dibujo D. Felipe Roxas.

Á poco de la hora señalada, entraba en el salon nuestro querido y digno Prelado el Excmo. Sr. Arzobispo que ocupó la presidencia; y la orquesta, bajo la inteligente batuta del Licenciado en Derecho D. Manuel Garrido, interpretó á perfeccion la preciosa sinfonía *Don Juan* de Mozart.

Acto seguido el Excmo. Sr. Arzobispo, dirigió su palabra al auditorio que ocupaba el salon, y en un elocuentísimo discurso, pronunciado con acento reposado, sencillo en sus frases y profundo en sus conceptos, cautivó al auditorio, concluyendo con un entusiasta saludo á España que electrizó al apiñado auditorio.

El Sr. Fábregas, catedrático auxiliar de la Facultad de Derecho, dió lectura de un estracto de las actas y resultado del Certámen, y se procedió á la reparticion de los premios, abriendo el Excmo. Sr. Arzobispo los sóbres en que estaban los nombres de los interesados, entregándoles él mismo los premios con cariñosas frases de felicitacion, y rompiéndose en el acto los de las composiciones no premiadas. Terminada la distribucion de premios, S. E. R. abandonó el salon; y la velada continuó con la lectura de las dos composiciones literarias premiadas. La premiada en prosa, no pudo apreciarse por la poca voz de su autor. El Sr. García, leyó despues un fragmento de su composicion poética premiada, siendo muy aplaudido por sus bellísimas frases é inspirados conceptos.

Como final de la primera parte del programa, cantóse á toda orquesta por los alumnos de Sto. Tomás y San Juan de Letran un himno original del alumno D. Raymundo Alindada, escrito expresamente para este acto.

Antes de finalizar la primera parte el Excmo. Sr. Gobernador General penetró en el salon, y poco despues los Excmos. Sres. General Molins y D. Vicente Barrantes, electo Director general de Administracion Civil, que ocuparon los primeros puestos al lado de S. E., viéndose tambien en el estrado al Excmo. Sr. D. Lope

Gisbert, á los Sres. Ilmo. Presidente de la Real Audiencia, Fiscal de S. M., Provinciales de las órdenes, Dean de la Catedral, Magistrados, Consejeros de Administracion, Mayor del Apostadero y Alcalde de primera eleccion.

Ejecutado por la orquesta en el intermedio *Philemon et Baucis*, dió principio la segunda parte. El Sr. Dr. D. Manuel Marzano dió lectura á su preciosa composicion en verso libre: *Despues de la velada, cuatro letras al Cardenal Gonzalez*, en la que, con fácil ingenio, amenidad de estilo y gran fondo de sentimiento hizo desfilar ante el retrato del nuevo Cardenal á los que fueron hijos de Guzman y á la vez honra y prez de la Universidad. La gratísima impresion que en el auditorio produjo, manifestada luego con espontáneos y vivos aplausos, es la mejor prueba de su mérito.

Dos lágrimas, del Ilmo. Sr. D. Juan Alvarez Guerra, Fiscal de S. M., es un raudal de poesía y sentimiento, escrita con delicado y correctísimo estilo: fué aplaudidísima, y la leyó el Sr. D. Elías M. Martinez Nubla, del Claustro Universitario.

Epístola religiosa y social al P. Zeferino, su autor el Excmo. Sr. D. Vicente Barrantes, leida por el mismo, demostró la alta inspiracion de la poesía.

El restaurador del escolasticismo, por el jóven catedrático de Derecho Sr. D. José Moreno Lacalle, es trabajo que revela profundos conocimientos filosóficos, y mereció los aplausos del ilustrado auditorio.

El jóven catedrático de filosofía R. P. Fr. Evaristo F. Arias, acreditado poeta, nos hizo saborear unos versos dignos de su inspirada musa, *A los defensores de la verdad*, siendo calurosamente aplaudido y felicitado por nuestras Autoridades y Sres. del Claustro.

Apuntes biográficos, por D. Elías Martinez Nubla y *A Santo Tomás*, poesía por el Sr. D. Joaquin Sanchez García fueron tambien por el público aplaudidas, y terminó esta segunda parte con la inspirada oda: *Al P. Zeferino*, por el R. P. Fr. Miguel Rubin

de Celis, Religioso Agustino, que tan bien sabe pulsar la delicada lira del poeta.

Pavane favorite de Louis XIV de Lüstner dirigida por la hábil batuta del Sr. Garrido fué ejecutada con notable acierto por la orquesta.

Saludo á España, recitado á orquesta, de la tercera parte, fué oido con gusto y aplaudidos sus autores. Nuestras primeras Autoridades abandonaron entonces el salon por lo avanzado de la hora, cuya circunstancia fué causa de que se prescindiese de los trabajos que componian la tercera parte del programa.

El *Diálogo sobre el Materialismo* fué ejecutado con desembarazo y expresion por los alumnos D. Vicente Cavanna, D. Salvador Vivencio del Rosario y D. Salvador Estrada, rayando á la altura de consumados actores, y recibiendo del público al final espontáneas manifestaciones de agrado.

Digna conclusion de la velada fué la magnífica *cantata* en honor del Sr. Zeferino, á la que su compositor el repetido Sr. Garrido supo dar tal solemnidad y armonia, que con justicia fué aplaudido estrepitosamente por el numeroso concurso. Un coro, de alumnos internos de Sto. Tomás y Letran, dió cabal interpretacion á tan inspirado trabajo.

Un solo sentimiento abrigaba la escogida cuanto numerosa concurrencia, y es que por lo avanzado de la hora, no se hubiese dado lectura de las composiciones que formaban la tercera parte del programa, así como tampoco oirse el precioso *andante* de violin y orquesta, que se preparaba á tocar con gran espectacion del público, el tantas veces citado D. Manuel Garrido y Rabé.

Poco mas de la una de la noche, al salir la concurrencia de la Universidad, una banda de música dejó oir sus acordes, encendiéndose á la vez unas vistosas piezas píricas en honor del nuevo Purpurado.

La corporacion de PP. Dominicos y Claustro universitario á pesar de los esfuerzos hechos para el gran lucimiento de las fies-

tas, sintieron no haber podido hacer mas, en obsequio á su antiguo y querido hermano de hábito, á la vez que esclarecido miembro del referido centro, hoy Emmo. Cardenal Zeferino Gonzalez.

Blás G. Alcuaz,
Vice-Secretario de la Universidad.

CERTÁMEN

CONDICIONES DEL CERTÁMEN

La Comision de Profesores nombrada por el Claustro Universitario en la sesion celebrada el 28 del corriente para fijar las condiciones del Certámen con que se ha de celebrar la promocion al Cardenalato del que fué dignísimo Profesor de esta Universidad D. Fr. ZEFERINO GONZALEZ, Arzobispo de Sevilla, ha acordado el siguiente programa:

1.º En el Certámen podrán tomar parte solamente los alumnos de la Universidad y Colegios que á ella anexos cualquiera sea la asignatura que cursen.

2.º Los estudiantes que deseen tomar parte en el certámen pueden escoger á su eleccion el tema que gusten, sin mas limitacion que la de estar incluido en alguna de las asignaturas que cursan.

3.º Habrá un premio y un accesit en cada facultad. El premio consistirá en una obra de la facultad respectiva á eleccion del Jurado con su correspondiente diploma, y el accesit en un diploma de honor.

4.º Para los efectos del Certámen se comprenden en la Facultad de Filosofía, los alumnos del curso preparatorio de Teología y Derecho y los del 5.º año de Segunda Enseñanza.

5.º Para los alumnos de los cuatro primeros años de 2.ª enseñanza y estudios de aplicacion se establece de igual modo un premio con su correspondiente accessit.

6.º Igual premio y accessit se designa tambien para los alumnos del curso preparatorio de Medicina y Farmacia esclusivamente

7.º Cada Jurado se compondrá de tres Profesores nombrados por el M. R. P. Rector.

8.º Tambien se establecen dos premios con sus correspondientes accesits; uno para los composiciones en prosa y otro para las composiciones en verso, que los alumnos sin distincion de facultades y asignaturas escriban en honor del Sr. Zeferino. El premio consistirá en las obras del Emmo. Sr Cardenal ó en el grado de bachiller en Artes ó de la respectiva facultad, á eleccion del interesado, y el accesit en un diploma de honor.

9.º Las composiciones en prosa ó en verso premiadas por un jurado de Literatura que nombrará el R. P. Rector, se leerán en la velada pública que se celebrará en honor del repetido Sr. Zeferino y se imprimirán. Tambien se leerán y publicarán los que presenten los Profesores y Sres. del Claustro á juicio del R. P. Rector.

10.º El mérito de los trabajos y composiciones que se presenten tanto en la seccion de Literatura como en las de Facultad se considerará por los jurados, no bajo el punto de vista absoluto sino relativo.

CONDICIONES.

Los trabajos y composiciones se presentarán en la forma siguiente:

En un sobre grande cerrado y lacrado, dentro del cual, irá la composicion y otro sobre pequeño cerrado que contenga el nombre del autor; ambos sobres llevarán un lema igual, el nombre de la facultad y año que cursa el alumno.

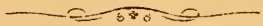
Todos los trabajos y composiciones se presentarán en la Secretaría de la Universidad antes del dia 26 de Febrero próximo.

Manila 29 de Enero de 1885.

Fr. Bernardino Hozaleda,
Vice-Rector.

Blás C. de Alcuaz,
Secretario.

ACTAS DE LOS JURADOS



Facultad de Teología.

El dia primero de Marzo reunido en la Biblioteca del Real Colegio de Sto. Tomás el Jurado nombrado por el R. P. Rector de esta Universidad para juzgar el mérito relativo de los escritos presentados por los alumnos de las facultades de Teología y Cánones para el Certámen que con motivo de la promocion á Cardenal del Emmo. Sr. D. Fr. Zeferino Gonzalez ha de celebrarse en esta Universidad, pasó á abrir los cinco pliegos cerrados que le fueron entregados por el Secretario de la Universidad, los que contenían los siguientes lemas:

1.º «Romanus Pontifex primatum auctoritatis in Universam Ecclesiam habet.»

2.º «Omnia correctioni judicum subjicio.»

3.º «Qui non crediderit condemnabitur.»

4.º «Verbum caro factum est.»

5.º «Attendite vobis et universo gregi, in quo vos Spiritus Sanctus possuit Episcopos regere Ecclesiam Dei, quam acquisivit sanguine tuo.»

Los cuatro primeros resultaron pertenecer á la Facultad de Teología y el último á la de Cánones.

Examinados atentamente todos los trabajos presentados, juzgó el Jurado acreedor al premio de la Facultad de Teología el que corresponde al lema: «Verbum caro factum est» y al accesit el que tiene por lema: «Qui non crediderit condemnabitur.»

El premio cree el tribunal pueda ser la *Summa Thæologica* de Sto. Tomás, edicion económica de París. Respecto al único trabajo presentado por la Facultad de Cánones no creyó el referido tribunal fuera acreedor á premio alguno.

Manila primero de Marzo de mil ochocientos ochenta y cinco.

Fr. Miguel Haro,
Presidente.

Fr. Juan Vilá. *Fr. Julian Rivilla.*

Facultad de Derecho.

En la Biblioteca de la Real y Pontificia Universidad de Santo Tomás de Manila, reunidos á las 9 de la mañana del dia 1.º de Marzo de 1885, los profesores de Derecho que suscriben, nombrados por su M. R. P. Rector para constituir el Jurado que ha de examinar y calificar los trabajos presentados con opcion al premio de la Facultad, para el Certámen á que han sido convocados los alumnos de esta Universidad en conmemoracion de la promocion al cardenalato del Emmo. Sr. D. Fr. Zeferino Gonzalez, dignísimo profesor é ilustre miembro que fué de su Claustro, se le presentaron por el Secretario de la misma Universidad nueve pliegos cerrados y lacrados, con expresion de que correspondian los trabajos que contenian, á la susodicha Facultad de Derecho, resultando llevar los trabajos presentados los títulos y lemas siguientes:

1.º Rápida ojeada sobre la historia del Derecho Romano: su progreso, su influencia en las legislaciones modernas y necesidad de su estudio. Lema: «En el estado de nuestra legislacion, y en el de todos los países de España..... es necesario »el estudio de la Jurisprudencia romana, para comprenderlas »con perfeccion, etc.» Indicándose en uno de los sobres que su autor cursa el Derecho Romano.

2.º De la propiedad su orígen y utilidad. Lema: «Non furtum facies.»

3.º Defectibilidad de las leyes que limitan la libre facultad de testar del padre á fin de evitar su abuso. Lema, su mismo título.

4.º Legislacion castellana sobre las legítimas. Lema: «Honeste vivere.»

5.º La libertad de testar. Lema: «Dispone domui tuæ, quia »morieris et non vives.» Indicándose en los sobres correspondientes á los cuatro últimos trabajos, que sus autores cursan el Derecho Civil Español.

6.º De los amigables componedores. Lema: «Progresa ¡oh »sociedad sin lastimar la conciencia!» Expresando su autor que cursa Procedimientos Judiciales.

7.º La colonizacion española en Filipinas. Lema: «Postula à »me, et dabo tibi Gentes hæreditatem tuam, possesionem tuam »terminos terræ.» Su autor indica que cursa el 5.º año de Derecho.

8.º Una exposicion. Sin lema.

Y 9.º La ley segun el P. Ceferino. Lema: «Artículo crítico »comparativo, expresamente escrito para la seccion de los No»tarios.» Los autores de estos dos últimos trabajos indican cursar las asignaturas de la carrera del Notariado.

Examinados los anteriores trabajos con relacion á las condiciones del Certámen, se escluyó desde luego, el octavo, titulado «Una exposicion,» por no referirse á ningun punto científico, encontrando los demás dentro de las indicadas condiciones especiales fijadas en la convocatoria.

Separados los sobres pequeños correspondientes á todos los trabajos que debian encerrar los nombres de sus autores y entregados al Secretario de la Universidad para su custodia hasta el momento designado para la apertura de los que correspondan á los que resulten premiados, se repartieron los referidos trabajos entre los tres individuos del jurado, acordando fuesen examinados sucesivamente y volver á reunirse en la tarde del dia 4 del mismo mes y año y horas de las cuatro y media en el propio local, para pronunciar su veredicto.

Efectuada esta reunion sin necesidad de discusion prévia se acordó por unanimidad, adjudicar el premio, consistente en «El Diccionario de legislacion y Jurisprudencia» de D. Joaquin Escriche reformado y considerablemente aumentado por los Doctores D. Leon Galindo de Vera y D. José Vicente y Caravantes, al autor del trabajo designado con el número 7.º «La colonizacion española en Filipinas,» si resulta cursar el 5.º año de Derecho, como indica.

Para la designacion del mas acreedor al accesit entre los demás trabajos no incluidos, se procedió de nuevo al exámen de los que mayor mérito relativo presentaban, decidiendo el Jurado, tambien por unanimidad, su adjudicacion, al autor del

señalado con el número 1, «Rápida ojeada sobre la historia del »Derecho Romano: su progreso, su influencia en las legislacio»nes modernas y necesidad de su estudio,» bajo la condicion igualmente, de que su autor curse el Derecho Romano.

Cumplida de este modo su mision por el Jurado y no habiéndose establecido en las bases del Certámen que se hiciera mencion especial de los trabajos que la merezcan, se procedió á la estension de esta acta, firmándola los profesores que lo han constituido.

Ldo. Baldomero de Huzañas,
Presidente.

Ldo. Joaquin S. García. *Ldo. Francisco de Saez.*

Facultad de Filosofía.

Constituido el Jurado de Filosofía en la sala Biblioteca de esta Universidad, para censurar los trabajos presentados con motivo del Certámen científico-literario en honor del P. Zeferino correspondientes á dicha Facultad, procedióse á la revision de diez y seis pliegos, cuyos lemas son los siguientes:

1.º «El transformismo darwiniano;»

2.º «Absurdus est quoque pantheismus, prout à recentioribus sub varia forma proponitur;»

3.º «El lenguaje prueba la racionalidad del hombre;»

4.º «La inmortalidad del alma humana;»

5.º «Naturaleza y orígen del mal;»

6.º «El hombre que piensa;»

7.º «Somnium est simile mortis;»

8.º «La virtud y el vicio;»

9.º «Metafísica;»

10.º «La maravilla de la creacion;»

11.º «Definitio constare debet genere proximo, et ultima differentia;»

12.º «Demostracion de la 6.ª regla del silogismo.»

13.º «Ante los tres reinos de la naturaleza;»

14.º «La existencia de Dios;»

15.º «El magnetismo;»

16.º «El Catolicismo y la verdadera ciencia;»

Aunque todos los señores opositores han trabajado con esmero, y en sus escritos revelan talento y aplicacion, el Jurado se ha creido en el deber de otorgar el premio, consistente en las «Obras Filosóficas de Balmes,» al pliego señalado con el lema: «El transformismo darwiniano,» y el accessit al pliego que tiene por lema «Absurdus est quoque pantheismus prout á recentioribus sub varia forma proponitur.»

Los pliegos correspondientes á los tres últimos lemas han sido declarados fuera del Certámen, por faltar á la reserva indispensable en estos actos.

Manila 1.º de Marzo de 1885.

Fr. Matías Gomez,
Presidente.

Fr. José A. Cienfuegos. Fr. Raymundo Velasquez.

Facultad de Medicina.

En Manila á 4 de Marzo de 1885 reunidos en el salon de la Biblioteca de la Real y Pontificia Universidad de Santo Tomás de Aquino los profesores infrascritos nombrados por el M. R. P. Rector para constituir el Jurado que ha de examinar y clasificar el mérito de los trabajos científicos de la Facultad de Medicina presentados para el Certámen que ha de celebrarse en honor del Emmo. Cardenal Fr. Zeferino Gonzalez, de la Orden de Santo Domingo de Guzman, y despues de un minucioso y detenido exámen de los trabajos presentados acordaron por unanimidad digna del premio la memoria que lleva el lema siguiente: «El médico probo tiene siempre por »norte la salud de un hombre» y que trata del *beriberi* en la forma paralítica.

El mérito de este trabajo, propio mas de un profesor no adocenado que de un alumno, consiste principalmente en su originalidad, en la sólida base de conocimientos científicos que supone en los distintos ramos de la medicina, en la perspicacia de observacion demostrada en la parte correspondiente al diagnóstico diferencial entre las enfermedades de la médula y el beriberi, y en el claro y sólido criterio médico que demuestra al hacer el estudio de la naturaleza de esta última enfermedad.

Por otra parte encierra un gran interés de actualidad, puesto que viene á ocupar un lugar muy importante en el largo catálogo de trabajos que hoy se llevan á cabo sobre tan obscura enfermedad que en la actualidad llama la atencion en todas partes y principalmente en la Indias orientales y aqui mismo en Filipinas en donde se ha ofrecido á la observacion y al estudio como una endemo-epidémica.

La parte literaria no se presenta en este trabajo menos meritoria que la científica. Un estilo claro, sencillo y sostenido sin decaimiento ni ampulosidad, como el propio para decir la verdad y producir la conviccion, parece revelar en su autor un espíritu dulce y tranquilo, satisfecho al dar el fruto de sus estudios envuelto en los seductores ropages de la modestia.

Otro trabajo digno de ser recompensado con el accesit es el que lleva por lema: «El presupuesto de la naturaleza es fijo, »si gasta demasiado en un lado, se ve obligada á economizarlo »en otro.» Revela su autor aplicacion al estudio en un trabajo tan ímprobo y tan esteril como es el que trata en abstracto de las analogías de la forma de los huesos del craneo y de las vértebras, sin deducir consecuencia alguna de utilidad práctica en el estudio de las ciencias biológicas; trabajo en el que además no cabe originalidad por haberse ocupado ya de él distinguidos antropólogos que han agotado los argumentos en pro y en contra de esa concepcion sin que de ellos haya quedado nada mas que su historia.

De todos modos como tal trabajo revela altos vuelos para emprender estudios por abstrusos que sean, y por ser su forma literaria bastante acabada al coordinar ideas tan distintas formando una concatenacion de razones que no se presentan á una ilacion fácil, consideran que para estimulo y premio á su laboriosidad debe ser recompensado con el accesit.

Como premio al autor de la memoria sobre el *beriberi* el Jurado ha creido conveniente señalar la *Clínica Terapeútica* de Dujardin Beaumetz.

Ldo. Felix Bueno y Chicoy,
Presidente.

Ldo. Casto L. Brea. *Ldo. Pedro Saura.*

Facultad de Farmacia.

En la Real y Pontificia Universidad de Santo Tomás de Manila á 1.º de Marzo de 1885, constituido el Jurado de los profesores que suscriben para la apertura y clasificacion de los pliegos que contenian los trabajos científicos presentados por los alumnos de la Facultad de Farmacia optando al premio concedido por el claustro Universitario para conmemorar la elevacion á la dignidad Cardenalicia del Emmo. Sr. D. Fr. Zeferino Gonzalez, dignísimo Prelado de la Orden de Santo Domingo é individuo del claustro Universitario de la misma Universidad de Santo Tomás, procedieron á numerar los pliegos que eran siete, y á seguida á juzgar del mérito relativo de cada uno de ellos resultando en opinion de los que suscriben que sólo dos de ellos pueden admitirse y merecen, atendiendo al mérito relativo, que se les adjudique el premio y accesit señalado á la Facultad de Farmacia, designando para el primero el trabajo cuyo lema es «Altissimus creavit de terra »medicamenta et vir prudens non abhorrebit illa.» (Eccl. Cap. XXXVIII v. 4.º) cuarto año de Farmacia; y para el segundo al del lema «Fortuna juvat audaces,» primer año de Farmacia.

La obra que el Jurado señala para premio es el *Tratado de Química aplicada á las Artes* por Dumas.

Ldo. Inocencio Madrigal,
Presidente.

Ldo. Tomás Torres *Ldo. Ulpiano Rodriguez.*

Curso Preparaterio de Medicina y Farmacia.

M. R. P. Rector.—El jurado designado para calificar los trabajos cientificos, que los alumnos del Curso preparatorio de Medicina y Farmacia han presentado al Certámen literario que celebra esta Universidad en honor del Emmo. Sr. D. Fr. Zeferino Gonzalez tiene la alta honra y satisfaccion de poner en conocimiento de V. R. que han leido con la debida detencion los 14 pliegos que se han presentado con los lemas siguientes:

«Dos cuerpos fundamentales de la química».

«El agua, agente geológico».

«Naturaleza de los agentes físicos».

«Ligero estudio sobre los cloruros de mercurio».

«Verus experientiæ ordo primo lumen accendit; deinde per lumen iter demonstrat. Bacon. Nov. org.»

«Nociones generales sobre la química».

«El mundo».

«Aplicaciones eléctricas».

«Demostracion de la existencia de una profunda sabiduría que ha presidido á la creacion de los animales».

«De la circulacion de la sangre en el hombre».

«Inconvenientes de la hipótesis de las ondulaciones acerca de la naturaleza de la luz».

«La hipótesis de la emision, y la teoría dinámica».

«No se da generacion espontánea».

«Mundus nequit existere à seipso, nec etiam potuit prodire ex materia improducta».

De su lectura resulta que, atendiendo al mérito relativo de cada uno, segun las condiciones prescritas en el Certámen, el Jurado ha decidido adjudicar el premio consistente en la «Química de Regnault» al pliego que lleva por lema «Dos cuerpos importantes de la química», y el accesit al titulado «Naturaleza de los agentes físicos».

Creemos de nuestro deber indicar tambien á V. R. que siguen en mérito á las premiadas las composiciones señaladas con los lemas «El agua, agente geológico» y «Ligero estudio sobre los cloruros de mercurio» siendo de estimar el entusiasmo, aplicacion y laboriosidad que se manifiesta en todos los trabajos presentados á este Jurado

Manila 4 de Marzo de 1885.

Fr. Marcos Laynez,
Presidente.

Fr. Jenaro Buitrago. *Fr. Casto de Elera.*

Segunda Enseñanza. Reunido el Jurado que suscribe, en el Colegio de San Juan de Letran, para proceder al exámen de las composiciones pertenecientes á los cuatro primeros años de 2.ª enseñanza y asignaturas de aplicacion presentadas al Certámen abierto por esta Universidad con motivo de la promocion del Emmo. Sr. D. Fr. Zeferino Gonzalez á la dignidad Cardenalicia, ha revisado con detencion veintiseis pliegos cuyos lemas son los siguientes:

1.º El progreso agrario de un país indica su estado de civilizacion.

2.º Tratado de oraciones en forma de diálogo «Juanito y Pedro.»

3.º Descripcion de la gramática latina.

4.º Importancia de la gramática latina.

5.º Anomalías gramaticales latinas.

6.º De utilitate linguæ latinæ.

7.º Ciceron.

8.º Las Matemáticas son útiles para todas las profesiones, y necesarias para todas las situaciones de la vida.

9.º Biografía de Felipe II.

10.º Justitia elevat gentes.

11.º Historia de Napoleon III.

12.º El último de los reyes godos.

13.º Historia de España.

14.º Salve, Virgo María, sedes sapientiæ.

15.º Descripcion de Europa.

16.º Europa y Oceanía.

17.º Descripcion geográfica de España.

18.º Islas Filipinas.

19.º Cápiz.

20.º Utilidad de la Retórica.

21.º Sin el lenguaje oral serían harto difíciles la abstraccion y generalizacion é imposible la ciencia.

22.º Cinco composiciones sin lema.

Habida consideracion á su mérito relativo, todas las anteriores composiciones son dignas de aplauso, y de un modo especial las tres que llevan por lema. «Justitia elevat gentes.» «Utilidad de la Retórica» é «Islas Filipinas», pero el Jurado ha creido de su deber adjudicar el premio que el Jurado cree poder ser el «Diccionario de Agricultura Práctica de Collantes, »Alfaro etc.» á la composicion que tiene por lema: «El pro»greso agrario de un país indica su estado de civilizacion», y el accesit al «Tratado de oraciones en forma de diálogo. »Juanito y Pedro», por ajustarse más estrictamente al programa del Certámen, y por revelar mayores conocimientos en sus respectivas asignaturas

Manila 1.º de Marzo de 1885.

Fr. Prudencio Vidal,
Presidente.

Fr. Jaime Andreu, Fr. Antonio Hernandez.

Literatura. Muy ilustre y R. P. Rector de la Universidad de Manila:—En cumplimiento de la honrosa y delicada comision que V. R. les ha confiado, los que suscriben, han leido cuidadosamente y examinado con esmero las composiciones tanto en prosa como en verso que, escritas en honor del Emmo. Cardenal Fr. Zeferino Gonzalez, fueron presentados al Certámen científico-literario por los alumnos de esta Universidad y Colegios de su dependencia sin distincion de facultades ni de asignaturas. Atendiendo á lo que en las condiciones del certámen se halla consignado, el Jurado al formar juicio acerca del mérito de los trabajos, los apreció, no segun su valor absoluto, sino relativo, dando la preferencia á aquellos que, si bien no carecen de lunares, aventajan evidentemente á todos los restantes que se disputan el premio.

Diez y nueve composiciones, cinco en verso y catorce en prosa, han sido presentadas. Las primeras llevan las siguientes lemas: *Gloria al nuevo Purpurado español; Al P. Zeferino; Al eminente filósofo; Al Cardenal Zeferino; Instaurare omnia in Christo.* Los lemas de las segundas son: *El hombre marcha, pero Dios le guia; Al filósofo español; Al Emmo. Cardenal Zeferino; Al Príncipe de la Iglesia; Amor eterno; Biografía del P. Zeferino; En las grandes crisis de la sociedad la Providencia tiene siempre de reserva un hombre extraordinario; Al nuevo Apóstol; Al ilustre hijo de Guzman; Conclusum est contra Athæos; Al glorioso Prelado; Filipinas te saluda; Ubi humilitas, ibi sapientia; Dichoso el hombre que adquiere la sabiduría.*

El Jurado al examinar todas estas composiciones ha visto con satisfaccion el entusiasmo con que ha sido acogido el Certámen, y los laudables esfuerzos de los jóvenes escolares que trabajando con ardor por ensanchar el círculo de sus ideas, manifiestan su aplicacion y aprovechamiento; esfuerzos dignos de elogio, y que podrán alcanzar mayores ventajas en los certámenes que en lo sucesivo se celebren; y en este sentido merecen especial alabanza la composicion en prosa que ostenta el lema: *En las grandes crisis de la sociedad, la Providencia tiene siempre de reserva un hombre extraordinario,* y la composicion en verso titulada *Al P. Zeferino,* escrita en liras de bastante mérito.

Pero las composiciones que entre todas sobresalen, son de los trabajos en prosa primero la que lleva el lema: *Dichoso el hombre que adquiere la sabiduria.* El autor de esta composi-

cion describe con claridad y limpieza de expresion, con frase culta y limada, y con estilo robusto aunque á veces demasiado enfático y artificioso los lamentables estragos de la escuela racionalista y los peligros tambien temibles de la escuela tradicionalista; presenta luego como único medio de evitar esos dos escollos que son como el Scilla y Caribdis de la Filosofía, á la escuela filosófica plenamente cristiana, en la cual resplandecen amigablemente unidos los derechos de la fé y los fieros de la razon; y pone despues de manifiesto la influencia del P. Zeferino en la restauracion de esa Filosofía cristiana, cuyo mas egregio representante, es Santo Tomás de Aquino. Si el deber del Jurado es emitir su dictamen atendiendo únicamente al mérito que en si mismos, prescindiendo de cualquiera otra consideracion, tengan los trabajos literarios, el Jurado entiende que éste merece ocupar el primer puesto.

Sigue en mérito á la mencionada composicion la que lleva por lema: *Ubi humilitas, ibi sapientia.* El argumento de este escrito no se halla tan perfectamente en armonía, como el del anterior, con el objeto del certámen; pero está sin embargo comprendido dentro de las condiciones marcadas. Su autor presenta al Emmo. Cardenal Zeferino, más bien por el aspecto moral. que desde un punto de vista científico; hace resaltar su modestia sobre el fondo brillante de su ciencia. A vuelta de algunas redundancias y desigualdades de estilo, nada de extrañar en un estudiante cuyo gusto literario se está formando todavía, campean y lucen algunos grandes pensamientos, en bellas imágenes expresados. Reina en todo el escrito unidad de plan; en el decir, soltura y animacion; en la ejecucion laudable acierto. El Jurado lo reputa merecedor del accesit.

En la seccion de verso, ocupa gloriosamente el primer lugar la composicion escrita en octavas reales que lleva el lema: *Instaurare omnia in Christo,* trabajo, que por su brillante concepcion poética, por sus cadenciosos versos, por su diccion magnífica y por la profundidad de algunos de sus pensamientos, ha merecido del Jurado el premio señalado para las poesías. El objeto de esta composicion de carácter épico, parece ser el presentar á Santo Tomás salvando con las inspiraciones de su genio al siglo XIII, y siendo tambien el restaurador de la verdadera ciencia, combatida por los sectarios del moderno filosofismo, en el siglo XIX por medio de sus discípulos y comentadores, en especial del P. Zeferino. Este plan, quizá por el corto plazo de tiempo concedido para el certámen, resulta poco de-

sarrollado, siendo notable la composicion que nos ocupa, más bien por la ejecucion de sus partes aisladas, que por el desenvolvimiento de la idea general; razon por la cual sin duda el autor ha dado á su trabajo el modesto nombre de *Bosquejo de un poema*.

Como acreedora al *accesit*, el Jurado presenta la oda titulada: *Gloria al nuevo Purpurado español*, composicion de corte clásico, en que su autor revela condiciones apreciables para el cultivo de la poesía.

Tal es el resultado del exámen y censura acerca de los pliegos presentados al certámen en la seccion literaria, y que el Jurado tiene el honor de elevar al conocimiento de V. R.—Manila 1.º de Marzo de 1885.

Fr. Norberto del Prado,
Presidente.

Fr. Evaristo F. Arias. *Ldo. José M. Lacalle.*

ACTA DE LA APERTURA

DE LOS PLIEGOS CORRESPONDIENTES Á LOS LEMAS PREMIADOS

En la Real y Pontificia Universidad de Manila reunidos los Jurados del Certámen Científico-literario celebrado en honor del Emmo. Sr. Cardenal D. Fr. Zeferino Gonzalez, Arzobispo de Sevilla, profesor y miembro dignísimo que fué de este Claustro en la noche del 8 de los corrientes, ante un numeroso público se procedió por el Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Manila, quien se dignó honrar con su presencia esta solemnidad, á la apertura de los pliegos que contenían los nombres de los autores premiados tanto en la seccion de Facultad y Segunda Enseñanza, como en la de Literatura, resultando ser autores de las composiciones que obtuvieron de los Jurados los *premios* y *accesits* los alumnos siguientes:

Facultad de Teología.—*Premios.* D. Pedro Pastor y Gutierrez, alumno de 2.º año.—*Accesit:* D. Eugenio Gomez y Marcos, alumno de 1.er año.

Facultad de Derecho.—*Premio.* D. Tiburcio Sigüenza y Cerdeña, alumno de 5.º año.—*Accesit:* D. Diego Gloria y Laynez, alumno de 1.er año.

Facultad de Filosofía.—*Premio:* D. Gregorio Araneta y Soriano, alumno de Metafísica—*Accesit:* D. Ignacio Villamor y Borbon, alumno de la misma clase.

Facultad de Medicina.—*Premio:* D. Vicente Cavanna y Surab, alumno de 5.º año.—*Accesit:* D. José M.ª Panganiban, alumno de 1.er año.

Facultad de Farmacia.—*Premio:* D. Melchor Vera y Olarte, alumno de 4.º año.—*Accesit:* D. Juan Caro y Mora, alumno de 1.er año.

Curso preparatorio de Medicina y Farmacia.—*Premio:* D. Antonio Luna y Novicio.—*Accesit:* D. Fernando Calderon y Roca.

Segunda Enseñanza.—*Premio:* D. Gregorio Ramos y de la Cruz, alumno de la clase de Agricultura.—*Accesit:* D. Vicente Singian y Soriano, alumno de 3.er año de Estudios Generales.

Literatura.—Composiciones en prosa.—*Premio:* D. Juan Calatrava y Aguilera, alumno de 1.er año de Derecho.—*Accesit:* D. Manuel Valls y Merino, alumno del Curso Preparatorio de Derecho.

—Composiciones en verso.—*Premio:* D. José M.ª García y Collado, alumno de 4.º año de Derecho.—*Accesit:* D. Juan Miciano y Zulueta, alumno de 2.º año de Medicina.

Y resultando que los antedichos alumnos y las composiciones por ellos presentadas reunen los condiciones prescritas en Certámen, se les adjudicaron en el acto, y por el mencionado Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo, los premios prescritos por los respectivos Jurados, optando en la seccion de Literatura el alumno D. José M.ª García por las Obras del Sr. Zeferino, y el alumno D. Juan Calatrava por el grado de Bachiller en Artes.

Manila 8 de Marzo de 1885.

Fr. Gregorio Echevarría,
Rector.

Blas C. de Alcuaz,
Secretario.

COMPOSICIONES
premiadas por el Jurado de Literatura

EL EMMO. Y RMO.

P. FR. ZEFERINO GONZALEZ

(Premio de prosa.)

Dichoso el hombre que ha adquirido la sabiduría.
Prov., cap. 3.º *v.* 13.

ESTAS palabras, tan sencillas como profundas y elocuentes, emplea el Espíritu divino, por órgano del más sabio de los reyes, para hacernos amar la *Sabiduría* y escitarnos á poseerla.

Y como si ellas fueran insuficientes para arrancarnos á nuestra indolencia, ó á nuestras pasiones, á pesar de anunciarnos el Supremo oráculo que sus caminos son deliciosos, sus sendas de paz, árbol de vida y fuente de beatitud, Salomon añade: «Invoqué del Señor el espíritu de sabiduría, y se me dió. Y la preferí á los reinos y tronos, y en su comparacion tuve por nada el poder y las riquezas, ni parangoné con ella las piedras preciosas: porque todo el oro, respecto de ella, no es más que una me-

nuda arena, y á su vista la plata será tenida por lodo. La amé más que la salud y la hermosura, y propúseme tenerla por luz y norte, porque su resplandor es inextinguible. Todos los bienes me vinieron con ella, é ignoraba yo que ella fuese madre de todos estos bienes. Ella es luminosa é inmarcesible, se deja ver de los que la aman y hallar de los que la buscan, y se anticipa á los que la codician, poniendóseles delante.»

Al leer en el sagrado libro esta pintura sublime de la sabiduría, cuánto sea su valer, cuán admirables sus frutos, no puede menos de pensarse que, si bien hay en el mundo séres dotados de razon, que las exigencias del siglo, ó el oleage de la pasion, apenas les deja aspirar á ella, buscando sus deliciosos caminos, en cambio hay predestinadas individualidades, gloria y prez de la humanidad, cuya vida pudiera decirse que no tiene otro objetivo.

Y, en efecto; cuando echamos mirada escrutadora al abismo de los tiempos pasados; cuando dirigimos la vista al anchuroso campo de conquista del espíritu humano; sobre todo, cuando nos fijamos en la ciencia, orígen y fundamento de las demas, percibimos que de vez en cuando, surgen en la senda de los siglos esos refulgentes faros, que vienen á alumbrar con los resplandores de su luz, la oscura noche en que el comun de los mortales se halla sumergido.

Platon, Aristóteles, Orígenes, San Agustin, San Isidoro, Alberto Magno, Santo Tomás, Bossuet, Leibnitz, Balmes. ¡Nombres famosos, imperecederos, rebosantes de gloria! ¡Vosotros preferisteis la sabiduría á los reinos y á los tronos, y en su comparacion los tuvisteis por nada! ¡La amasteis más que la salud y la hermosura, y fué vuestro norte y vuestra luz!

Hoy mismo, en nuestros dias, en nuestro país, un modesto religioso, lauro de su Orden, honra de su pátria, ornamento del siglo y luz de la ciencia, tambien podemos decir que invocó del Señor ese espíritu de sabiduría, *y se le dió*. La aprendió sin ficcion, la comunica sin envidia, y no encubre su valor.

No habría necesidad de escribir su nombre, está en labios de todos; todos se me anticipan á expresarle: es doctor, académico; Obispo, Arzobispo, Purpurado, eminente filósofo, reflejo del Angel de las Escuelas; y lo que acaso es más raro todavía, escritor de formas cicerónicas, con arranques oratorios y, pudiera decirse, tribunicios; en una palabra: es el P. Zeferino Gonzalez.

Esta lumbrera del saber nació en un pintoresco valle de Asturias, de esos que parece obligan al hombre á mirar al cielo. Recibió educacion cristiana y buenos ejemplos; é impulsado muy luégo por la vocacion del retiro, del estudio y del espíritu religioso, vistió el hábito de Santo Domingo, profesó en Ocaña, atravesó los mares, leyó Filosofía y Teología en esta Universidad, abordó más anchos horizontes, meditó, escribió, y es hoy un gran Prelado.

Debemos á la pluma del P. Zeferino *Estudios sobre la filosofía de Santo Tomás, Estudios religiosos, científicos y sociales, Filosofía Elemental, Historia de la Filosofía*, y *Discurso de recepcion en la Academia de ciencias morales y políticas*, que han merecido se diga de él: «La regla, estrecha y severa, le imprimió el sello de su austeridad; la escolástica, vigorizó su entendimiento; la metafísica, le acostumbró á los abismos; la Teología á las alturas; la meditacion le hizo silencioso, el estudio enfermizo; la soledad adusto; y Dios, tocando su frente con el dedo, hizo brotar en ella la llama esplendorosa del genio.»

Las limitadas dimensiones que debe alcanzar este discurso, no consienten hacer detenido estudio de obras tan importantes, que nos llevaría demasiado lejos; mas séanos permitido solicitar atencion sobre estas consideraciones, que así sometemos á la superioridad de vuestro saber, como á vuestra reconocida indulgencia.

Mision propia es del espíritu humano marchar y moverse en busca de la verdad, toda vez que Dios entregó el mundo á las disputas de los hombres. Así lo comprendieron y lo hicieron, desde tiempos muy antiguos, los pensadores que aspiraron á explicar por medio de la sola razon el triple enigma de Dios, el mundo y el hombre.

Tales, Anaxágoras, Pitágoras, Sócrates, Platon, Aristóteles, Zenón, Ciceron, Séneca, Plotino, Jámblico, Proclo, fueron los más ilustres representantes de la inteligencia entregada á sus propias fuerzas, que por rumbos distintos y áun encontrados, aspiraron á arribar al lejano, y para ellos inabordable puerto de la suprema verdad.

Llegada la plenitud de los tiempos, apareció entre nosotros la Luz, camino, verdad y vida; la cual se derramó á torrentes, infundiendo nueva tendencia en el sediento, fatigado y oscurecido espíritu del hombre.

Al refulgente esplendor de aquel faro luminoso, se despejaron y ensancháronse los horizontes; y á pesar de que el mundo político y social se derrumbaba, fecundos y bellos genios buscaron, y, en la *buena nueva* hallaron, copiosa y saludable inspiracion, conservando y dilatando al mismo tiempo, el mundo sublime de las grandes ideas.

Clemente de Alejandría, Gregorio de Nissa, el grande Obispo de Hipona, Isidoro de Sevilla, Gerberto de Aurillac, Anselmo de Cantorberi, Alberto de Bollstadt, Tomás de Aquino, Juan Fidenza, Durando, Rogerio Bacon, Juan Duns Escoto, fueron las más insignes personalidades, bajo muy diferentes aspectos, del movimiento filosófico-cristiano.

Pero el hombre suele ser devorado por la pasion, y ávido se desata ansioso de libertad; las novedades le encantan; la intemperancia de espíritu le enagena; la autoridad, áun la más legítima, le rebela: todo eso, de consuno con la ley de progreso, que las más veces, por sus ímpetus, suele torcerla en temporal

y lastimosa retrocesion; todo eso, repetimos, provoca conmociones, sacudidas, desbordamientos, que al modo de las tormentas en la atmósfera, del simoun en el desierto, en el océano la tempestad, escita las imaginaciones, conturba las inteligencias, hace rugir desencadenadas todas las concupiscencias; y las ideas surgen, las doctrinas se controvierten, los principios se conmueven, ya que no se pulvericen.

Así sucedió con la filosofía escolástico-cristiana, de los siglos medios.

Desde luégo, las enconadas cuestiones promovidas por Roscelin y Abelardo sobre los universales; un poco despues, los ardorosos debates entre parcialidades potentes y tenaces; no mucho más tarde, las planteadas y sostenidas por Guillermo de Occám y Pedro de Ailly; por último, el Renacimiento, el entusiasmo desmedido por el clasicismo, preñado de ideas y corrientes paganas; la imprenta, la irreligion, las herejías, la reforma; todo eso junto á cien motivos más, provocaron la gran revolucion filosófica, que comenzó hace algunos siglos, con aspiraciones, métodos, sistemas, doctrinas y términos tan diversos, y aun contrarios, como son la direccion empírico-positivista, la teológico-cosmológíca, la escéptica, la idealista, la critica, la sensualista, la ecléctica, la positivista, la materialista; renovadas, desenvueltas ó reformadas por Bacon de Verulam y Hobbés, Jordano Bruno y Campanella, Descartes y Spinoza, Locke y Condillac, Hume y Reid; Kant y Fichte, Schelling y Hegel, Cousin y Renan, Comte y Spencer, Darwin y Proudhon.

Al formidable empuje de ese desbordante, é inconmensurable piélago de hetereogéneas ideas, rompiéronse en mil pedazos los aúreos eslabones de la cadena que enlazaba la tierra con el cielo; proclamóse la duda universal, como método, y la absoluta libertad de pensamiento, como base fundamental y única, del alcazar de la ciencia, y el espíritu humano, henchido de satánica soberbia, alzó en él su trono, y declaróse Dios.

¿Qué otra cosa significa, considerar la inteligencia del hombre como solo raudal de luz, como medida esclusiva de la verdad? ¿Qué otra cosa significa, rechazar como absurdas, como contrarias á la razon, todas las doctrinas, así científicas como religiosas, que no comprende, que no explica, esta misma razon? ¿Qué otra cosa significa, desechar todo círculo que no cabe en el limitado círculo humano, y erigir un fanál finito, en orígen de esplendores y destellos infinitos?...

Pues todo esto, y no otra cosa fué, en último término, el lógico, el inevitable resultado de la doctrina cartesiana; que es la concepcion generadora, la teoría madre de todo el racionalismo moderno, por más que en un principio el filósofo turenés no le diera tanto alcance. Mas una vez los vientos Eólicos soltados, nadie podia con éxito pronunciar el *Quos ego...!* de la divinidad mitológica: los vientos rugientes del espíritu, desataron la tempestad; aquella terrible tempestad, aquel gran combate contra toda autoridad, y señaladamente contra la Iglesia, que previó el águila de Meaux, y que, Spinoza, Locke, Hume, y poco despues los enciclopedistas, se apresuraron, en todas la esferas, á reñir.

Entonces, así como en el siglo cuarto dijera San Jerónimo, «gimió todo el órbe, y se admiró viéndose arriano» con mucho mayor motivo pudo decirse en el décimo séptimo y en el décimo octavo, modificando un poco la frase del solitario de Belen, «gimió todo el órbe y se admiró viéndose cartesiano:» ó lo que es igual; gimió toda la cristiandad, y se admiró viéndose racionalista.

Racionalista, esencial y profundamente racionalista fué el completo desenvolvimiento de las premisas cartesianas, mediante las sucesivas, y en el órden lógico, legítimas evoluciones, panteistas, escépticas, sensualistas, materialistas, atéas, antisociales y anticientíficas, que de las elevadas regiones del pensamiento, descendieron á la encendida arena, y hasta al inmundo lodazal de la pasion y del crímen, abortos del siglo del *rey* Voltaire, cuyos

delirantes objetivos eran, *aplastar al infame*, desquiciar las inteligencias, degradar los corazones, anonadar la moral, destruir la religion y hundir en el abismo la sociedad.

Entonces surge de lo profundo la bestia apocalíptica; y vénse monarcas que solo creen en *su majestad, la casualidad*, y que la inícua espoliacion en suprema ley erigen; cortesanas cabe los tronos, que con la púrpura de los Borromeos, agasajan á favoritos, enjambre de abates mundanos, epicúreos y sibaritas; cardenales-ministros, cínicos y obscenos, que una y otra jerarquía degradan; cáfila de bajos sofistas, que á los Critias y los Górgias, avergonzarían; liberticidas, en fin, que á sus pontífices proscriben, y á sus reyes decapitan, que reniegan del Dios de sus padres, y erigen su razon en Dios.

Silencio de pavór se estendió por todo el mundo. Todas las manifestaciones que revestian carácter cristiano, callaron. Calló la literatura, calló la elocuencia, calló la filosofía, las ciencias y las artes todas, tambien callaron. Aquel pavoroso silencio que hizo enmudecer la tierra, al nombre solo del grande Alejandro, apoderóse nuevamente de los espíritus; y toda la humanidad cristiana, al fragoroso estruendo de la bestia apocalíptica, y de las saturnales de la impiedad, poseida de espanto, volvió á enmudecer. *Siluit terra in conspectu ejus....*

Los oráculos de la ciencia de la pasada centuria, en el fondo de sus sepulcros yacían. La voz elocuente y sublime de los Bossuet, de los Fenelon, de los Pascal y de los Leibnitz, se había apagado. La filosofía, con esos ilustres genios, hallábase, por el momento, extinguida; á menos que quiera llamarse con tan alto nombre un filosofismo procaz y abyecto, que así desdeñaba, ó desconocía, las elevadas especulaciones de la Academia, del Liceo y del Pórtico, como los últimos conceptos de Orígenes, San Agustin y Santo Tomás. Aun hablaba la Teología; más eran los acentos perdidos del que clama en el desierto. El iluste Lambertini, el profundo Billuart, el sabio Bergier, y unos pocos más,

que no doblaron la rodilla ante ídolos de cieno, llevaban su ciencia á las esferas del santuario; pero eran ecos sin repercusion, ahogados por la crápula de los magnates y el clamoreo de los sofistas.

Los terribles desastres, las inmensas ruinas, la espantosa desolacion que en el mundo de las ideas, y en el mundo moral, se produjeron al soplo deletéreo de las afirmaciones y negaciones de esa Babel del pensamiento, apenas son comparables con la huella de sangre y de esterminio, dejada en el mundo real por los corceles de guerra de Atila, Jenserico y Tamerlan.

Hemos dicho *apenas*, y es verdad.

Porque de una parte, aquellos fieros asoladores fundaron algo, áun imperios, sobre cenizas humeantes; y el más formidable cedió á dos valladares: á la espada del *Ultimo Romano*, y al aspecto imponente y majestuoso del gran Pontífice San Leon. De otra, la filosofía de la historia patentiza que, si los azotes de Dios diezmaron razas decrépitas, tambien infiltraron sávia vivificante en un mundo gangrenado y podrido.

¿Pero qué sávia vivificante traen al mundo de las ideas, los que de deduccion en deduccion, acaban por negar toda idea? ¿Qué sávia vivificante traen al mundo lógico, los que dudan si dudan, los que igualan el crímen con la virtud, á Zenon con Epicúro, á Calígula con Régulo? ¿Qué sávia vivificante traen al mundo ideal y social, qué luces y consuelo dan al hombre, qué auxilio y exaltacion dan á la humanidad, los que de secuela en secuela, vendrán al fin á asentar, que la propiedad es el robo, la religion impostura ó supersticion, Dios la nada ó el mal, el pensamiento una secrecion del cerebro, y la *caña pensadora* de Pascal, el descendiente del simio, ménos aún, una série evolutiva?

¿Cómo, ante tamaños desvaríos, el mero comun sentido, no había de protestar? ¿Cómo, ante delirios tan monstruosos, la conciencia humana no había de conmoverse? ¿Cómo, ante absurdos

tan insensatos é imposibles, no desarrollados aún, pero en gérmen, la inteligencia y el sentimiento, no habían de sublevarse?

Así fué, como así es. El mundo quedó absorto al escuchar, ó al deducir, tales enormidades. Ante tal catástrofe intelectual y moral, ante esta abominacion de la desolacion, sólo quedaban como defensa, no la voz potente de Isaías, la doliente de Jeremías, ni la tonante y trágica del profeta de Patmos; si no la fé sincera del creyente, el espíritu vivificante de la que es maestra infalible de verdad, contra la que las puertas del infierno no prevalecerán, y la Providencia divina que, bondadosa y solícita, vela por la obra predilecta de su amor.

Y era muy por demás. Esa fé sincera del creyente, ese espíritu vivificante de la maestra infalible de verdad, y esa Providencia divina, detuvieron el mundo inteligible, moral y social, al borde del abismo en que se precipitaba, y ante tan pasmosos y dolorosos desastres, inicióse enérgica reaccion.

La humanidad no puede vivir de mentira; el pan de vida del espíritu humano, es la verdad, y sobre todo Dios la Verdad por esencia, la Verdad Primera. Por ella nacimos, en su busca vivimos, y no tendremos descanso hasta que la poseamos. En la tierra sólo por figuras y en enigmas la alcanzamos; en la pátria definitiva de los justos, será por éstos, cara á cara contemplada.

Como ese inestimable bien es necesidad de nuestro sér de ahí es que las inteligencias lúcidas y de recto sentido, se revelaron contra las falsas y quiméricas teorías racionalistas, de todo matiz; y sin renunciar por eso á la indicada primaria necesidad del espíritu, la investigacion de la verdad, limitaron esta investigacion, por los medios naturales, á las verdades de este órden, y dejaron las del superior, las sobrenaturales, las reveladas, bajo

el amparo y legítima salvaguardia, de la autoridad y de la fé: que ese fué siempre, y no puede menos de ser el criterio de la filosofía cristiana; *in necesariis unitas; in dubiis libertas.*

Sin embargo, como natural correctivo á los extraordinarios desbordamientos del filosofismo, algunos briosos paladines al salir al nuevo palenque de la lucha, en el estadio filosófico, hiciéronlo con tal ardor, entusiasmo y celo, que realmente traspasaron la meta; y del esceso del racionalismo, á seguirles, se habría caido en el esceso del autoritarismo. Y avanzando más todavía, tendían á la negacion de toda verdadera ciencia; pues no contentos, como era justo, con subordinar la razon á la fé, pretendían negar la existencia, y hasta la posibilidad de la evidencia natural, llegando en último resultado, á la negacion de la filosofía, y al aniquilamiento de la razon humana; que de no haber cejado en tan exageradas pretensiones, se habrían convertido en un peligro permanente para la Iglesia, y para esa misma razon humana.

Tal fué la exaltada escuela del elocuente autor de *Las Veladas de San Petersburgo*, del de *La Legislacion primitiva*, del *Ensayo sobre la Indiferencia en materias de religion*, y del del *Ensayo sobre el Catolicismo, etc.* que venian á parar, como acaba de decirse, al ilegítimo rebajamiento de la razon humana; y por tanto, á la anulacion de la indagacion filosófica. Escuela de tendencias peligrosas, como lo fué en el tercer siglo la de Tertuliano, Lactancio y otros, que propendian á anular la ciencia filosófica, absorviéndola en la doctrina revelada; lo cual pugna con la genuina teoría cristiana, á la que se debió la ciencia que se distingue característicamente con este nombre, como así mismo la brillante aureola que fulgura en la frente luminosa de sus más bellos genios; y que precisamente alcanza no en escasa medida, y en lides reñidas y ganadas con la razon, así al ilustre conde de Maistre, como á los no ménos ilustres Bonald, Lamennais y Donoso Cortés.

Por eso, huyendo de estos escesos, y evitando esos peligros,

hombres sensatos, á la vez que talentos superiores, y más de un eminente genio, dirigieron sus indagaciones y estudios filosóficos sobre la base perfecta de la armonía de la razon con la fé; es más aún, de la razon que ilustra la fé, ó en frase de San Agustin, *de la fé... que por la ciencia se engendra, se nutre, se defiende, se corrobora.* Base que sirvió de norma á los notables trabajos de Rosmini, de Gioberti, de San Severini, de Raúlica, de Balmes, y de tantos otros, que apoyándose en la filosofía de Santo Tomás, su más genuina y superior manifestacion, por estos y otros grandes pensadores ha sido restaurada y desenvuelta; y desarrollada, y notablemente ampliada, en los puntos y problemas planteados por la controversia moderna, de un modo muy marcado, por el ilustre P. Zeferino.

Este insigne escritor aparece en momentos solemnes en el mundo científico, singularmente por lo que á nuestra pátria se refiere.

La España teológica y filosófica, que tan brillante papel habia representado en los décimo sesto y décimo séptimo siglos, apenas en el décimo octavo da señales de vida. A no haber existido un docto y laborioso benedictino, habria parecido que en la fecunda y gloriosa pátria de Séneca, de San Isidoro, de Lulio, de Vives, de Arias Montano, de Victoria, de Lainez, de Cano, de los Soto, de Suarez, de Arriaga y de Vazquez, sin contar á Abempace, Tofail, Averroes, Avicebron y Maimonides, el genio de la ciencia se habia extinguido.

Pero no: era un letargo, era una dolorosa crisis, que así á los individuos como á las colectividades alcanza. Causas que no nos incumbe examinar aquí, la determinaron, la produjeron, y nos la hicieron sufrir; cual sufrimos, ademas, la postracion general de los espíritus, y el largo eclipse, ya que no sea la definitiva pérdida de nuestra importancia, y grandeza territorial y política.

La agitacion convulsiva que, al principiar la actual centuria,

conmovía tan profundamente la Europa, al tocarnos en lo más sagrado, nos hizo despertar; y esa misma agitacion convulsiva que, del órden real, trascendió aquí al órden ideal, hizo tambien despertar, el no apagado genio.

Si en Alemania, en Francia, en Inglaterra y en Italia, las letras, las ciencias y la filosofía eran cultivadas, y áun empujadas hasta el desbordamiento, por espíritus inteligentes, activos, entusiastas, y más de una vez, intemperantes, en España tambien se inició un notable movimiento en el mismo sentido; y las letras, las ciencias y la filosofía, renacieron á su vez, merced á dignos descendientes de sus hijos preclaros, de otros dias.

Y preclaro entre los preclaros, descolló un sacerdote que habría honrado, y lo que es más, que honrar debía, la púrpura de los Bessarion y de los Cusa, de los Baronios y de los Belarminos, de los Lambertini y de los Wissemann; que se midió, destacándose, con publicistas eminentes; que puso de relieve el débito caudaloso que, la moderna civilizacion, con el catolicismo tiene; y planteando, y resolviendo los problemas más trascendentales de esa casi infinita ciencia, que se llama filosofía, bajo el más puro y recto criterio cristiano, combatió, y desautorizó sistemas, y prestigios, con ligereza establecidos; penetró, en alas de su genio, á lo más recóndito y abstruso, y con estilo geométrico, razones luminosas y argumentacion irrefutable, lleva á los neófitos, y aun á los maestros, por las regiones esmaltadas de flores, refulgentes de luz y de horizontes inmensos, que no dejan echar de menos las en que el mas poético de los pensadores, mereciera el renombre de divino.

Pero el soplo helado de la muerte pasó desapiadado y fugáz por la frágil envoltura de aquella inteligencia poderosa; así que, apenas había empuñado el áureo cetro de la ciencia, desprendióle de su diestra, cual envidiosa de tanta gloria.

Entonces, el ángel que vela por el destino de las naciones, llevó un jóven de su mano al claustro, donde bebió sabiduría; la

enseñó, la escribió, y ella le hizo ganar ese cetro que hoy poseé, y que de la yerta mano de Balmes, se desprendiera.

El vasto caudal de ciencia que ese predestinado jóven, con los años y el trabajo, llegó á acumular, no hay términos hábiles de esponerlo, ni reunirlo aquí. Estímese bastante que se indiquen algunos puntos salientes, que revelen y caractericen el saber de esa eminente personalidad que hemos señalado; la cual distante, así de la juventud, como de la ancianidad, hoy se presenta con todo el esplendor de su genio, y es conocida con el ya glorioso nombre de P. Zeferino.

El punto que desde luégo nos parece más saliente, fecundo y característico, en la doctrina del referido P. Zeferino, es el que revela su índole perfectamente ortodoxa, como basada en la filosofía de Santo Tomás, de quien es aventajado y leal discípulo; cual lo acreditan sus importantes trabajos, que giran todos en derredor de ese gran centro, los que amplía y desenvuelve con arreglo á las exigencias de la época, mostrando alto espíritu y una tendencia conciliadora en armonía con las necesidades de los tiempos y de la ciencia misma; tendencia, ó mejor dicho, carácter que siempre fué el de la genuina filosofía cristiana. Pero esa tendencia conciliadora nada tiene que ver con el cobarde miramiento guardado con el error. El P. Zeferino jamás transije con él; y esa intrasigencia característica del que ama á la verdad, es otro punto saliente de la actitud filosófica de nuestro sabio.

Al rudo golpear de su dialéctica irresistible, y, á veces, al formidable ariete de su elocuencia, y aun de su sarcasmo, pulveriza teorías, sistemas y doctrinas, que pretendian pasar por regeneradoras y hasta por creadoras de la verdadera filosofía.

La escuela cartesiana y la escuela sensualista, la concepcion trascendental y la concepcion positivista, la doctrina panteista y

la doctrina materialista, la tesis ecléctica y la tesis crítica, la teoría empírica y la teoría idealista; unas y otras, en lo fundamental, esencialmente racionalistas; despues de examinadas y analizadas todas ellas, aun por el sólo criterio racional, el insigne dominico las hace aparecer, una en pos de otra, ante el tribunal de la sana filosofía, y acaba por condenarlas, como de todo punto anticientíficas y antiracionales, y algunas, hasta antisociales; declarándolas, por consecuencia, á éstas, fatales para la humanidad; á aquellas, absolutamente impotentes para fundamentar verdadera doctrina y verdadera ciencia, en el alto sentido de la palabra.

Así, arrojados de la tierra santa del pensamiento los filisteos que con sus depredaciones pseudocientíficas la profanaban; confundidos y anonadados estos sacerdotes de Baal, seductores de espíritus incautos al vano culto de sus vanos dioses, nuevo Samson, nuevo Elías, trócose muy luego en Zorobabel, restaurador del templo que otro Salomon alzára.

Y al modo que la obra portentosa del hijo de David, aventada en cenizas por la barbarie asiria, tras la transmigracion babilónica fué restablecida; de igual manera, la obra gigante del Angel de las Escuelas, entregada al huracan de la calumnia y del desprecio, por la barbarie ultraracionalista, ha vuelto á ser restablecida, sublimada, tras la trasmigracion de las saturnales del error y de la impiedad.

¡Afuera, profanos, hé aquí el dios! En este lírico arranque prorumpia el poeta, espulsando al profano vulgo de los misterios sagrados; en el que tambien nosotros prorumpir pudiéramos, apostrofando al vulgo de los sofistas, para espulsarles del templo de la ciencia, clamando como el ilustre vate. ¡Afuera, profanos, hé aquí el dios!

A ese vulgo de sofistas, pues, es al que nos contraemos, expresándonos así, hondamente dolidos, al verles profanar con sus insensatas elucubraciones, el augusto santuario; al oirles alardear de sacerdotes, y vender como verdad, falsos, mentidos oráculos.

Nó: la filosofía no debe ser programa de absurdos, alcázar de locura, antro de mentira, ni escuela de impiedad. La filosofía debe ser, y es, el pensar bien, el camino de la verdad, la investigacion de la realidad, el peristilo del templo de la sabiduría; y en su más ámplia acepcion, el templo todo.

Templo grandioso, esplendente, casi infinito, luminoso, en cuyas inmensas naves, mil y mil verdades brillan; y allá lejos, sobre la suprema cima, la Verdad misma increada.

Para los católicos sinceros, es sumo oráculo el Aguila de los Doctores, el Sol radiante de la Iglesia, el *Buey mudo* de Sicilia, cual le llamó Alberto-Magno, cuyos mugidos doctrinales, en frase de Juan XXII, habían de resonar en todo el mundo; cuyo pensamiento filosófico capital, es: que el elemento religioso eleva y perfecciona la ciencia, y que esta no puede desenvolverse, ni progresar con seguridad, si no á la sombra de la fé, como expresion de la razon divina; pero que, á su vez, la razon humana, débil é imperfecta como es, con relacion á la razon divina, tiene, sin embargo, sus derechos y su dominio especial, puede constituir la ciencia, de una manera más ó menos completa; y sobre todo, puede llegar por sí sola al conocimiento y posesion de no pocas verdades naturales: en una palabra; la filosofía de Sto. Tomás es la alianza de la filosofía y de la religion; en ella, la razon marcha al lado de la fé, pero sin ser sacrificada ni destruida por ella.

De esta base deriva, bajo este criterio superior es como la inteligencia poderosa del P. Zeferino se desenvuelve, campea y brilla.

Porque á la verdad, la razon, el pensamiento humano es el que señorea la naturaleza entera, el que hace nacer la industria, el comercio, las artes, las ciencias, todos los modos de ser de la humanidad de él derivan, él los dirige y los inspira; y aunque los grandes hechos, las revoluciones, las guerras, las conquistas, mueven tanto ruido, y parece como la historia toda llenan, esas mismas conquistas, esas mismas guerras, esas misma

revoluciones, no son mas que resultados, efectos de las ideas que hace brotar la razon, el humano pensamiento.

Así se vé, que los mismos grandes hombres, si quier trasformen el Oriente como Alejandro, si quier sometan el orbe como César, si quier restauren el imperio como Carlomagno, si quier entronicen el cesarismo como Napoleon, aquel trascendental hecho del Macedonio pasa y se olvida, y él mismo perece por entero con su gloria; el trascendental hecho del Romano, pasa y se olvida, y él mismo se hunde por entero con la libertad del pueblo-rey; el trascendental hecho del Franco, pasa y se olvida, y él mismo desaparece por entero entre las ruinas de la sociedad bárbara; el hecho trascendental del Córso, pasa y se olvida, y él mismo se abisma, por entero cual fatídico cometa, en las hondas del Atlántico.

No así los hombres silenciosos del pensamiento; no así las grandes lumbreras de la razon humana; no así los sublimes reveladores de las ideas fecundas, los genios creadores de la ciencia de la humanidad. Los Aristóteles viven, los Agustinos, los Tomás de Aquino, los colaboradores de su grande obra perpétuamente viven; pues que perpétuamente vienen ejerciendo accion potente en el pensamiento, en la razon, en las ideas de las sociedades, de las naciones, de los pueblos. Su grandeza es la grandeza silenciosa y sempiterna de esas pirámides gigantes que, siglos y mas siglos, ven pasar las generaciones y contemplan los desiertos.

«Los hechos (dice el gran colaborador de los genios creadores de la ciencia, al que dedicamos este ensayo) los hechos, son expresion y resultado de las ideas, y la historia de los pueblos y de las naciones y de los estados y de los individuos, representa la historia y las evoluciones del pensamiento humano, lo mismo en las grandes colectividades que en los individuos. Obreras silenciosas pero infatigables y activas, las ideas son las que preparan y afirman, dirigen y constituyen el movimiento de los hombres y de los pueblos; son las que determinan y explican

los progresos, las desviaciones, las retrogradaciones parciales, los altos ó estaciones que se observan en ese gran hecho histórico-social, que llamamos civilizacion. Y la civilizacion, como forma la más ámplia y comprensiva del progreso humano, procede ante todo, y sobre todo, de las ideas. La perfeccion, la verdad, la realidad de una civilizacion, se hallan necesariamente en armonía y relacion con la naturaleza, importancia y verdad de las ideas fundamentales, que la dan forma y vida; y la diversidad de estas ideas fundamentales, origina y contiene la razon suficiente de la diversidad de civilizaciones. La idea constituye la trama viva y fecunda de la historia de los hombres y los pueblos: la historia del hecho és, y permanece letra muerta, si no es vivificada, ó interpretada por la historia de la idea.»

Las ideas son, pues, el nérvio, el espíritu vivificante de las sociedades y de los pueblos; por sendas misteriosas, pero seguras, ellas penetran, se extienden y por fin dominan, en las naciones, y hasta en la humanidad. Clemente Alejandrino, Orígenes, San Agustin, San Anselmo, sobre todo, Santo Tomás, plantaron; Rosmini, Raúlica, San Severino, Gioberti, sobre todo, Balmes, regaron: hoy cabe la mision de fecundar, y hacer fructificar la buena semilla, al P. Zeferino; y fecunda, y fructifica. Su genio, su actividad, su buena voluntad, son segura garantía, cuanto á lo humano, de mejor éxito todavía.

El insigne dominico, cuya vida es pensar, no puede un solo instante olvidar, de una parte, á lo que le obligó la frase de Pio IX, preconizándole primera vez: «Por lo que escribió le hice Obispo; que lo sea y que escriba además;» de otra, que le son aplicables las palabras que Gregorio XIII escribió á Luis de Granada: «Has prestado á los que han leido tus libros un servicio mayor que sí, con tus oraciones, hubieras obtenido del cielo la luz para los ciegos, y para los muertos la vida;» de esotra, en fin, que á cada cual se le exigirá segun lo que hubiere recibido, y mucho, mucho habrá de exigírsele, al que tan grandes talen-

tos se le han dado, como superabundantemente acredita su vasto saber, y quizá más el haberse levantado desde los confines de la tierra, y con pocos libros, al pináculo de la sabiduría, á la encumbrada cima á que sólo arriban los predestinados á difundir la verdad de la ciencia, así en los pequeños, como en los altos de espíritu.

No es anciano, ni siquiera viejo el P. Zeferino; por tanto, la edad, el saber, la pátria, la Órden, la jerarquía, la religion, todo le solicita, todo le excita, todo le provoca á seguir lidiando por la más noble, por la más bella de las causas; y más cuando son tan raros los campeones que pueden reñir esas grandes batallas.

Mucho hay hecho en la grande obra; pero así como esos famosos atletas de la verdad, los Pablos, los Atanasios, los Agustinos, los Gregorios VII, los Tomás de Aquino, perseveraron heroicamente hasta el fin, persevere, como estamos seguros perseverará, ora como los Bossuet y los Fenelon, en la córte de los reyes, ora como los Baronios y los Belarminos, en la de los Pontífices, ora si forzoso se hiciera, imitando á cierto obispo de Ratisbona, eminencia de su órden y de su siglo, pues aun no ha concluido su científica mision. Campo inmenso se presenta á simple vista: combatir el fatalismo, proclamado en las ciencias históricas; atacar esa funesta máquina de egoismo y de goces, de ódios y pasiones, en que la economía política se ha convertido, así como el deplorable giro que á las ciencias sociales se les ha dado; luchar contra ese naturalismo que en las artes y en la literatura se destaca; por último, batallar sin tregua ni descanso contra lo que en las ciencias religiosas, en las políticas y en las morales se proclama, influidas por el racionalismo panteista, escéptico, sensualista, materialista y atéo. Todavía puede el P. Zeferino segar mucha maleza, arrancar mucha cizaña, y poblar mucho campo erial.

Entretanto, si puede dolernos, y aun humillarnos, que en la esfera de los hechos el nombre de la pátria no haya quien le lleve dónde le llevaron, y cómo le llevaron, los Córdovas y los

Albas, los Cortés y los Pizarros, los Balboas y los Elcanos, los Farnesios y los Espínolas, los Tomás de Villanueva y los Bartolomé de las Casas, en aquel imperio, que el sol no se ponía; en la esfera de las ideas, imperio más vasto todavía, hay quien le lleve con tanta gloria, si bien cueste menos lágrimas; y aun éstas, de alegría, á una madre envidiada y venturosa, por la sorprendente é inesperada grandeza de su hijo.

Pero no es una sola, son muchas las madres que á este preciado hijo reclaman. Reclámale Asturias que le vió nacer; reclámale Filipinas que le dió segunda vida, donde en pobre celda tomó vuelo su pensamiento; reclámale España que con su bandera le cobija; reclámale la Orden que con su doctrina y ejemplos le formó: reclámanle, por fin, la prelatura, la púrpura, la ciencia, de quienes es magnífico ornamento; á todas las que, con su gratitud les corresponde, y con su doctrina y virtud las ilustra á todas.

Reivindíquele en buen hora el Principado, y añádale á sus Jovellanos y sus Pidal; reivindíquele la Pátria, y cuéntale entre los Leandros y los Isidoros; sea Santo Domingo, y póngale al lado de los Alberto-Magnos y Cayetanos; el Episcopado, y júntele á los Osios y Tomás de Villanueva; el Cardenalato, y únale á los Mendozas y á los Cisneros; hágalo, por fin, la ciencia, y colóquele aun por encima de los Lulios y de los Balmes. ¡Loor, pues, á la Sabiduría, esa escelsa hija del cielo, cuyo esplendor y cuya sublimidad es superior á todas las sublimidades y á todos los esplendores! ¡Loor á todos los que siguen sus caminos deliciosos, sus sendas de paz, que hace dichosos á los que lo adquieren!

¡Loor, asi mismo, á esos maravillosos institutos, que su pujante vitalidad les llevó á descuajar las selvas, á secar los pantanos, á labrar puentes y calzadas, á poblar los yermos; á edificar con sus lecciones y con su ejemplo una edad corrompida y unos siglos de hierro, á cooperar poderosamente á nuestra gran epopeya de siete siglos, la reconquista, y á otra epopeya no me-

nos gloriosa y grande, las cruzadas; que conservaron el antiguo saber, fueron precursores y aun dignos representantes del saber moderno; y al imperio brutal de la fuerza, del degradante egoismo y de las pasiones mas bastardas, bajo la inspiracion, el trascendente pensamiento y el generoso impulso de los Basilios y Jerónimos, en Oriente, de los Agustinos, de los Benitos, de los Brunos, de los Bernardos, de los Franciscos de Asis, de los Armengoles, de los Raymundos de Fitero, de los Ignacios de Loyola, de los Pedro Alcántara, en Occidente, opusieron el imperio moral de la inteligencia, de la abnegacion desprendida y generosa, y el ejercicio de las virtudes mas ejemplares, evangélicas y heróicas!

¡Y, loor por último, á los nobles hijos de esa famosa y preclara Orden, con intencion no nombrada, que en el siglo del gran Inocencio III lo llenó todo; que desde su orígen ha sido el más bello ornamento de la ciencia, el esplendor de las Universidades, el oráculo de los Concilios, el consultor egregio de la Santa Sede, el plantel más rico de Obispos, Cardenales y Pontífices; el baluarte más firme de las buenas costumbres y de la fé, el campeon más ferviente de la Religion Católica y de la verdad; en cuya propagacion no la detuvieron para su obra civilizadora y redentora, ni los grandes rios, ni las cordilleras, ni los océanos, ni las pestes, ni los fanatismos, ni los martirios, ni las ingratitudes y las calumnias; y así en Europa, como en América, como en el Asia, y en esta Oceanía, con su ciencia, con su virtud, con su heroismo, con sus desvelos por las generaciones nacientes, generaciones y mundo del porvenir, *es concurso potente* á la suprema causa de la civilizacion y de la Religion, cual lo acredita el P. Zeferino, yá fruto sazonado, y cual lo prometen otros frutos, en esperanza (causa que es una misma, pues no hay progresiva civilizacion sin la religion por escelencia, la cristiana); *concurso* natural y legítimo, de la mente y del corazon del glorioso español Santo Domingo de Guzman.

ELOGIO DEL EMMO.
SR. CARDENAL GONZALEZ
ARZOBISPO DE SEVILLA

(Accesit de prosa.)

Ubi humilitas, ibi sapientia.
Prov. 11, 7.

JOVEN estudiante no avezado á científicas luchas ni al cultivo de la palabra bella y elocuente, no puedo menos de temer y temblar al querer hacer el elogio de un hombre que por su sabiduría se ha labrado alto pedestal en el gran templo de la ciencia.

Gloria de la historia contemporánea y una de sus figuras más ilustres, el P. Zeferino Gonzalez, á él debe nuestra época ese movimiento extraordinario y esa reversion acentuada á las enseñanzas católicas; nadie puede negar tampoco sin negar la luz del dia que á él se debe tambien esa restauracion de la filosofía escolástica que tantos y tantos bienes está llamada á producir en la sociedad segun los consoladores augurios de nuestro Smo. Padre Leon XIII que en famosísimas encíclicas la ha inculcado, bendecido y ensalzado.

Querer presentar al egregio Purpurado en todo su esplendor

y grandeza, manifestar la profundidad de su ciencia y el tesoro riquísimo de verdades que desconocidas ó eclipsadas por las nieblas del racionalismo y la impiedad fueron por él resucitadas, defendidas y vueltas á su antiguo brillo y esplendor, tarea es, señores, para la cual se necesita otro caudal de conocimientos que el que puede tener un jóven que apenas ha saludado los umbrales del augusto templo de la ciencia. Porque ¿quién podrá en efecto comprender todo el alcance de esa revolucion científica causada por los estudios y trabajos del ilustre Dominico, que á fuerza de penosísimas tareas y de vigilias sin cuento ha logrado penetrar é iluminar los senos más recónditos y secretos de esa filosofía casi pagana que disfrazada del más variado y deslumbrador ropaje viene causando indescriptibles extragos en los campos científicos, sociales y políticos, alzando siempre imponente y jactanciosa los estandartes del triunfo? ¿quién, señores, podrá seguirle en la escursion majestuosa que á través de los siglos hace el ilustre filosófo preguntando á los sabios de todas las escuelas la razon de sus sistemas y el pensamiento palpitante en sus problemas sociales? ¿quién, en fin, pintar la sabiduría con que ha seguido paso á paso en todos sus rumbos y derroteros al humano pensamiento lamentándose con triste amargura de sus locuras y delirios; y celebrando con levantados conceptos las chispas del génio siempre que han iluminado su espíritu? No pensamos, ni es nuestro objeto ir una por una examinando todas las obras del ilustre varon, gloria de esta Universidad y de la pátria, pero con ellas podemos defendernos de la nota de apasionados con que alguno podría calificar á nuestro juicio. Sí, señores, para juzgar y poder apreciar el mérito y el valor del gran filosófo es necesario leer y meditar mucho en sus obras; así únicamente es como el juicio puede ser exacto y el concepto de su grandeza verdadero.

A mí me admira y me entusiasma, como admira y entusiasma todo lo grande, y la sabiduría del P. Zeferino lo es y por lo

mismo que lo es, no ha de ser ese el aspecto bajo el cual he de presentarle: dejo ese anchuroso y rico campo á otros de vosotros que llenos de ciencia y saber podeis reconocer y juzgar mejor al sabio, profundo y estudioso filósofo. Y no es esto decir que el Sr. Zeferino no es grande bajo cualquier aspecto que se le mire; creo, señores, que si es grande y le distingue la sabiduría, lo es mucho más y le caracteriza más su extraordinaria modestia, virtud rarísima y muy difícil de conservar entre los triunfos, coronas y laureles, y ahí está el gran mérito suyo y lo que más en él ponderan todos sus admiradores, porque su modestia revela de la manera más gloriosa el gran temple de su alma, al mismo tiempo que manifiesta que su ciencia no es esa ciencia reprobada por Dios y sus oráculos. Haré pues su elogio ensalzando su modestia.

Señores: Tremenda es la lucha con que desde el principio del mundo vienen disputándose su imperio dos especies de sabiduría. Bendecida y ensalzada de Dios la una, es la otra con sus terribles anatemas condenada. Gérmen fecundísimo de preciocísimos frutos la bendecida y querida de Dios, es gérmen de frutos envenenados la que es por Él maldecida y condenada.

El mismo Dios quiso cantar la hermosura de las flores que de la primera brotan y la cantó con acento de divina y celestial alegría. Él quiso tambien cantar la fealdad y ponzoña que de la segunda proceden: y su canto fué como el rugido del corazon que maldice.

De la primera que es la sabiduría celeste, dicen los divinos oráculos que el temor santo de Dios es la raiz, el principio, la regla, la plenitud y la corona, que enemiga formidable del orgullo no oye su voz seductora y desprecia y desestima sus inspiraciones ambiciosas, que vive en estrecho lazo unido á la humildad, y á su calor brotan las flores de su sencillez y la modestia; por eso los campos que sus rayos alumbran, son campos fertilísimos, de celestiales y divinas gracias, florestas de frescas

brisas y apacibles auras, valles de variada y rozagante hermosura. Medítala de contínuo el justo y su lengua inspirada por esta celestial sabiduría se desata en juicios altos y soberanos, mientras en su corazon como en misterioso monte hace florecer la ley de Dios.

Pero, señores, la otra sabiduría que es la sabiduría de la tierra la sabiduría mundana ¡qué orígen y qué frutos tan diferentes tiene! Anatematizada, maldecida y desterrada por Dios en el Empíreo, fué en el mundo introducida por el príncipe de los réprobos para la ruina del mundo; este es su orígen, señores; sus frutos ¡ah! sus frutos son las dos más grandes y más terribles tragedias que han presenciado el tiempo y la eternidad, la caida del ángel y la caida del hombre, la desolacion de los cielos y la desolacion de la tierra. Recoged todas las lágrimas que se han derramado desde el principio en el mundo, todos los ayes y suspiros, todos los quebrantos y dolores, mirad á la muerte tendiendo sobre nosotros sus alas, y ese, ese es el fruto de esa sabiduría que la Sagrada Escritura en su enérgico lenguaje ha llamado *terrena, animal, diabólica.*

Sabiduría *terrena*, porque su mirada jamás se levanta al cielo; sabiduría *animal*, porque todas sus tendencias se limitan á procurar y buscar el bienestar, la felicidad y el goce de esta materia corrompible y miserable; sabiduría *diabólica*, porque su orígen es el padre de la mentira, Satanás, el antiguo adversario de Dios y del hombre, *Sapientia carnis inimica est Deo*, (1) adversario tambien del hombre, porque asentando en su corazon sus reales levanta en él humos de orgullo y de soberbia, fuegos de impudicicia y de ignorancia, *in immunditiam... in reprobum sensum*, (2) ¿quién, señores, podrá unir en sí estas dos sabidurías? ¿quién borrar ese terible antagonismo que en tremenda y eterna

(1) San Pablo, Rom., 8., 7.
(2) San Pablo, Rom. 1., 24 y 28.

lucha trae al mundo dividido? ¿quién purificar la sabiduría terrestre, ennoblecerla y dirigirla hasta convertirla en celeste y santa sabiduría? Los Santos, señores han obrado este prodigio, ellos han sabido reunir en estrecho y pacífico abrazo todo lo que la sabiduría profana tiene de más grande, útil y sublime, con lo alto, perfecto y divino de la celeste sabiduría. Solo en su frente iluminada por los rayos de la santidad, brilla esplendente la corona tejida de los laureles de la ciencia y de las aromáticas rosas de la celestial sabiduría.

Pero esto que consiguieron aquellos héroes escogidos, puestos por Dios como esplendentes lumbreras para guiar á la humanidad en sus tortuosos caminos ¿quién en estos dias aciagos de desmedido orgullo y de luciferina soberbia podrá ostentar para alegría de los ángeles y gloria y regocijo de los hombres? ¿dónde está el que con ánimo sereno oye el ruido seductor de la alabanza sin que este ruido le haga vacilar? ¿dónde el sabio modesto y humilde á quien el mundo ensalza, sin que su corazon sienta el terrible oleaje de las entumecidas olas de soberbia? Pues este hombre, señores, existe; muchos de vosotros fuistes admiradores de su sabiduría y modestia, estos muros repiten hoy palpitantes de alegría su nombre; esos claustros fueron testigos de sus gloriosísimos triunfos; en los muros de este Santuario consagrado por la religion á la ciencia, brillará eternamente el nombre del ilustre hijo de Domingo de Guzman, del alumno de esa Orden que aclamada por la Iglesia *Orden de la verdad* ha sido siempre su más ardiente defensora en todos los campos en que la verdad fué en todos los siglos combatida.

Trabajo me cuesta, señores, y dolorosíma violencia tengo que hacerme para acallar los sentimientos de admiracion y de asombro que siento agitarse aquí dentro de mi pecho. ¡Alberto Magno! ¡Vicente de Beauvais! ¡Tomás de Aquino! ¡Melchor Cano! ¡Bañez! qué nombres señores cada uno de ellos es una gran epopeya, cada uno de ellos es suficiente para iluminar con los rayos

de su sabiduría y su virtud á muchos siglos. Confieso que con profundísimo pesar me desentiendo de ellos para fijar mi mirada en su dignísimo hermano heredero de su saber y su virtud.

Allá, señores, en aquella tierra clásica de la nobleza y la hidalguía, donde levantara Pelayo sus pendones para libertar á la pátria del ominoso yugo sarraceno, fué donde el sabio P. Zeferino Gonzalez en una infancia humilde y modesta pasada con la inocencia que respiran las riberas del Nalon y los humildes y pintorezcos valles de Villoria, echó los cimientos de una humildad y una modestia que, si en todo hombre cuadra bien, en una persona religiosa es su mejor decoro y ornamento y que al P. Zeferino le ha levantado por extraordinaria manera, haciéndole querido y muy amado de todos los que de cerca han tenido la dicha de poder pesar y apreciar los quilates de su virtud y natural modestia.

Y no es pequeña sabiduría conocer lo que valen estos tesoros de humildad y lo que importa ponerlos á salvo de los vientos corruptores del siglo, que marchitan y agostan las plantas más soberbias y arrogantes, inutilizando á muchos hombres que llevados y arrastrados por los torbellinos furiosos del orgullo dieron frutos envenenados de soberbia, y fueron azote de la humanidad ó se esterilizaron para siempre precipitándose en las tinieblas de la más profunda ignorancia. Bien sabeis vosotros los estragos que causan en la sociedad esa clase de hombres que apenas salidos de las aulas, envanecidos con una ciencia que no poseen, no hay cuestion que no quieran tratar ni problema que no se atrevan á resolver; que creyéndose poseedores de todos los secretos de las ciencias, se eximen de un estudio y de una aplicacion continua, que es el único medio de poder llegar á saber algo. ¡Funesto orgullo que malogra tantos y tantos ingenios que podrían ser gloria de la humanidad y prez y decoro de la pátria.

Escollo terrible y peligroso que ha sabido evitar el sabio ilustre, objeto de este elogio con los sentimientos de humildad que

desde muy temprano animaron su corazon y su fervor como el mayor lustre de su talento y de su génio.

Si ya en los primeros pasos de su carrera literaria es la admiracion de condiscípulos y maestros, si sus respuestas agudas y profundas llaman la atencion de los que le oyen y rodean, si en aquella edad en que el espíritu fácilmente se distrae y no suele estar muy aparejado para las profundas elucubraciones científicas, el P. Zeferino nos causa admiracion por la fijeza de su espíritu y por el orden admirable que resplandece en sus ideas; ni la admiracion de unos, ni los elogios de otros, ni las pruebas de consideracion y respeto que de todos recibe, son motivos suficientes para que el ilustre jóven se engria, ni mucho menos para creerse dispensado de un trabajo que forma todas sus delicias y al que se cree llamado por el cielo, sin acordarse para nada ni imaginarse siquiera el alto pedestal de gloria y de grandeza que con sus vigilias y modestia se labraba. ¿Qué pensamientos podrían mover entonces al desconocido é ignorado jóven que en el noviciado de Ocaña aprestaba con diligentísimo cuidado tantos tesoros de ciencia? ¿qué horizontes podría vislumbrar aquel espíritu humilde, jamás turbado por el ruido de la ambicion? ¿le deslumbraría tal vez el brillo de los laureles, las alegrías de no lejanos triunfos contra la impiedad y el error, ó aquella gloria que por entonces cubría á su hermano de hábito el ínclito P. Lacordaire cuyo nombre era famoso no sólo en Francia, sino en todas las regiones del globo? No, señores, no; el espíritu del jóven religioso no podía sentirse animado por esos alicientes que si alguna vez son buenos para alentar los desmayos de nuestra juventud inquieta y voluble, para un corazon que ha renunciado los resplandores de la humana gloria no valen ni significan nada.

En la sangre todavía palpitante de sus hermanos, derramada por la fé de Jesucristo en sus combates contra la impiedad y el gentilismo, en los trabajos de esa pléyade gloriosísima de mártires que cual fulgentísimas estrellas ornan las paredes de esos

claustros para dar un mentís á la moderna civilizacion detractora de los institutos religiosos; ahí, señores, ahí, en esos pensamientos altos y sublimes era donde se templaba el espíritu de tantos sabios; la muerte, los trabajos de un apostolado desconocido é ignorado, esos eran los atractivos que movian al trabajo al P. Zeferino y si buscar quereis otros: la soledad, las privaciones, la terrible soledad, las terribles privaciones de tantas y tantas generaciones de héroes como yacen sepultados en esos bosques, testigos de tanto desprendimiento.

Estos eran los destinos del estudioso jóven; tampoco halagüeño el horizonte que descubría su espíritu; y sus talentos hubieran quedado tal vez sepultados y esta lumbrera eclipsada, si lo delicado de su salud y el recto criterio de sus superiores no hubieran contenido su fervor, é impedido seguir en su apostólica mision al glorioso paladin de Jesucristo, al ínclito atleta, gloria de España, prez y el mayor ornato del Asturiano suelo, Fr. Melchor García Sampedro, su connovicio queridísimo, quien despues de haber merecido ser elevado á la dignidad Episcopal por sus trabajos y virtudes coronó tanta grandeza con gloriosísimo martirio.

Así preparó su espíritu este varon distinguido y con tantas ventajas comenzó á brillar en esta Universidad el que en la soledad de los claustros se había formado para sostener el brillo del profesorado con el lustre con que tan alta mision desempeñaran otros hermanos suyos, hijos tambien de la Orden de la verdad. Mas no había de ser solo la cátedra el campo donde brillara su talento y su modestia, porque aquella sencillez y aquella modestia suya que le hacía no darse cuenta, ni notar siquiera la admiracion que causaba y la fama que ya muy jóven rodeaba siempre su nombre, empezó á brillar tambien muy pronto en trabajos científicos que fueron la admiracion de los sabios.

Trabajos que eran ya como el preludio de aquellas obras gigantescas que habían de llenar el mundo con la fama de su nom-

bre y que dejaban ya vislumbrar los dilatados horizontes, los campos que habían de ser señalados con gloriosísimas conquistas y venturosísimos triunfos. Señores, se acercaba la hora en que el mundo científico, iba á contemplar estupefacto á un hombre jóven todavía que educado y formado en esos claustros tan injustamente calumniados se presentan en la liza sin mas armas que su sabiduría y su modestia para rebatir el error en las fases más altas y trascendentales. Oid estos acentos de admiracion y de asombro expresados con toda elocuencia de uno de los más ilustres defensores de la filosofía escolástica, por uno de los más ilustres panegiristas de Santo Tomás de Aquino y su doctrina (1).

»¡Oh! sin duda asistimos á una gran reconstruccion científica. Las aguas muertas del pestilente racionalismo despues de »haber agotado la frescura de nuestras campiñas, se descompo»nen en mefíticos vapores que emponzoñan las auras de nuestros »valles, y allá en las elevadas cimas del pensamiento, blanquea »la nieve de nuestra filosofía, blanca como el hábito de Tomás. »El sol de la verdad la esmalta y acaricia con sus rayos de luz, »y manan arroyos de pura y cristalina corriente que reverde»cen las colinas. Al pié de las colinas tiéndense azulados lagos, »cuyas ondas dan copioso caudal á los torrentes, y los torrentes »arrastran las aguas estancadas del racionalismo, y purificarán »en ondulantes cintas de plata, y brotarán flores á su paso, y se »convertirán en vergeles los yermos asolados.

»No de otro modo los inmutables principios de la ciencia en»carnacion de la verdad, pasaron de la filosofía á la moral y á »la política, y fecundaron las ciencias para que la literatura flo»rezca y abra su brocha el arte, plegado ante el soplo materia»lista del racionalismo práctico contemporáneo.

»¡Obra de redencion y de vida! que los que disfruten de este »renacimiento, que nuestra razon, ó tal vez nuestra fantasía nos

(1) El Excmo. Sr. D. Alejandro Pidal y Mon.

»presenta en lontananza, renacimiento algo más fecundo que el »occidental que se lleva á cabo, y que el oriental que se pre»tende, recuerden con religioso entusiasmo á los primeros obre»ros de esta fábrica, que recuerden que en esta como en las pa»sadas restauraciones, rompieron los primeros la marcha por la »penosa senda del trabajo, las órdenes religiosas esas milicias es»pirituales del bien y de la verdad, que acorazadas contra el or»gullo, la relajacion y la avaricia, con el hábito humilde, peni»tente y pobre, atravesaron los desiertos, traspasaron los torren»tes y se internaron en las selvas del mal como ha luengos si»glos hicieron las primeras con la salvaje naturaleza.

»Y recuerden tambien que en esta faena intelectual descúbrense »al lado de los hábitos negros de una moderna institucion que »cuenta sus sabios por sus hijos, el hábito blanco y pardo de »aquellas antiguas órdenes que preservaron al mundo de irreme»diable cataclismo en el siglo de Inocencio III, y por lo que hace »al presente libro (1), recuerden por último, que si la filosofía »que le informa es la filosofía de Santo Tomás, el filósofo que »la desarrolla viste el hábito blanco tambien, que vistió Santo »Tomás de Aquino, como hijos ambos de la ínclita órden del ilus»tre español Santo Domingo de Guzman.»

Así se expresa el insigne panegirista de Santo Tomás de Aquino y que tambien ha contribuido no poco á la gloriosa restauracion de la filosofía escolástica.

No mucho tiempo despues el P. Zeferino Gonzalez conocido ya y admirado en la república de las letras, la Iglesia queriendo premiar tanta vigilia le elevó apesar de los muchos esfuerzos, que su modestia opuso, á la dignidad Episcopal.

Nadie hubiera dicho al ver la terrible resistencia del ilustre religioso, fundada siempre en la humildísima opinion que de sí

(1) Estudios religiosos, filosóficos, científicos y sociales del P. Zeferino Gonzalez. Prólogo.

mismo tenía, que era él el que por entonces habia llamado la atencion del mundo con su magnífica refutacion del materialismo positivista, porque... señores, ¿á quién no admira ver al genio que batiendo sus poderosas alas en las regiones más altas y más sublimes de las ciencias, llamando á juicio á los más ilustres defensores del materialismo, á quién no admira, repito, oirle escusarse con su insuficiencia, con su pobreza de luces, con el poco caudal de virtud, y verle como quien padece desmayos de muerte, gemir, inquietarse, pedir una y otra vez que se desistiera de revestirle de una dignidad para lo cual se creía completamente incapaz? Y se necesitó que el Santo Padre se mantuviese firme como una roca para que el P. Zeferino á pesar de sus esfuerzos aceptara una dignidad que su modestia convertia para él en insoportable y pesadísima carga.

¿Veis, señores, los prodigios de la humildad? ¿no os parece que el Cielo la mira con celestial sonrisa? ¿quién no diria que las bendiciones que de lo alto recibe, la hacen prodigiosamente fecunda? Pues así es, y para terminar, porque bastante he dado ya que merecer á vuestra paciencia, os diré que colocado el Sr. Zeferino en las cumbres altísimas de la montaña santa de Sion no deja por eso de despedir vivos resplandores de humildad que en todo el curso de su vida ha sido su mayor y más preciado lustre. Siempre, señores, siempre se le ha visto atento, compasivo, sin presuncion, sin orgullo, granjearse el amor de sus hijos y tender sobre ellos y cubrirlos con las alas de la más tierna y sincera compasion, habiendo sabido reunir en estrechísimo y amoroso consorcio la ciencia y la humildad, probando una vez más la gran verdad que encierra aquella sentencia sublime de Bacon: *La religion es el aroma que impide á la ciencia corromperse.*

SANTO TOMÁS Y EL SIGLO XIX,

BOSQUEJO DE UN POEMA, ESCRITO EN HONOR

DEL EMMO. R. P. FR. ZEFERINO GONZALEZ

(Premio de verso.)

Instaurare omnia in Christo.

NO de las Musas al castalio coro
he de pedir, creyendo en la mentira,
el fuego celestial que tanto adoro
y que al poeta, en su entusiasmo, inspira.
Tasso y Klopstock, los del cantar sonoro,
los de cristiana y poderosa lira,
si, alzando el vuelo, os elevásteis tanto,
¿quién inspiró vuestro sublime canto?

Dios; solo el Dios aquel que, en la Escritura,
solitario aparece y silencioso,
su luz vertiendo en la tiniebla oscura,
derramando en la *nada* el animoso
sagrado aliento que, en su lumbre pura,
lleva de vida el manantial dichoso:

Dios, solo el Dios que, en extasis profundo,
de su Verbo, en su amor, sacó este mundo;

El que, del hombre en la primera aurora,
guió la planta en el Eden perdido,
hermoso Eden por que, en su duelo, llora
el humano linaje arrepentido;
Aquel, cuya virtud fué salvadora
y, al contemplarle en su maldad caido,
de su bondad emanacion sublime,
se da Él mismo, en su Hijo, y le redime;

Ese que, al Universo, su belleza
le prodigó con mano generosa;
Ese que, al ave, dió su gentileza
y su cancion, variada y rumorosa;
Ese es Aquel que, sombras de su alteza,
sombras, quizá, de su virtud grandiosa,
le presta al vate, cuando noble canta,
y hasta su mismo trono le levanta.

Alma, que de Él la semejanza eres,
á sus pies lleva tu oracion, rendida;
solloza y clama, dile que prefieres
al humano placer la eterna vida.
Asciende cual la nube y, cuando fueres
en su augusta presencia recibida,
con frente humilde y temeroso acento,
pídele inspiracion y sentimiento.

Tu voz declare que aun se agita y vive
su eterno soplo entre la humana gente,
que aun existe la Fé; que aun se concibe
que la dulce Esperanza nos aliente;

que noble, Caridad, culto recibe,
el bien llevando del ocaso á oriente;
que el torpe aliento de la indiferencia;
la virtud no ha agostado, y la inocencia;

Que en el, de España, hoy, tiempo sombrío
aún no han muerto las viejas tradiciones;
que, de la duda el matador vacío
vivir no puede en nuestros corazones;
que no hemos olvidado el poderío
que asombro fué de las demás naciones;
que aun está abierto el *libro de la Historia*,
y aun esperamos de Él mas grande gloria;

Que si ya, de los héroes, la pujanza
no se admira en lo rudo del combate,
una noble ambicion, que á todo alcanza,
en nuestros pechos generosos late;
que, como rico don, pujante avanza,
de Él procediendo, la verdad, que abate
del macilento error la vil cizaña,
y nuevo galardon le brinda á España.

¡La verdad! Sus escelsos resplandores
vierten doquiera su calor fecundo;
color, aroma y luz dan á las flores,
aliento, vida y paz le dan al mundo.
Si, tal vez, el error, tras sus colores,
lo vago y baladí trocó en profundo,
no murió inadvertida, en el desierto...
¡Vivió olvidada, pero nunca ha muerto!

Hubo una lucha, que recuerda el hombre
con lágrimas de horror y de tristeza,

revolucion, estúpida y sin nombre,
que pretendió acabar con su grandeza.
¡Oh, siglo de Voltaire! Tu mengua asombre
á los que han de venir, y tu simpleza...
«¡Dios se ha ido!»—blasfemo, prorrumpia,
y daba al barro adoracion impia!

Mas, por ventura, el huracan infame,
al derribar el viejo santuario,
no ha podido impedir que se derrame,
por doquiera, la *ciencia del Calvario*.
Sonría el hombre en paz, espere y ame,
que, de la muerte el velo funerario,
se ha rasgado otra vez y, desde el suelo,
azul se mira, para siempre, el cielo.

Y ¿quién, con mano generosa y fuerte,
al negro borde del horrible abismo,
detuvo al mundo, y le arranco á la muerte?
¿Quién obró tal portento, quién? ¡Dios mismo!
Dios que, apiadado de tan triste suerte,
dando á Tomás del santo el heroismo,
le dió tambien su antorcha soberana,
faro que alumbra la conciencia humana.

Y ¿cómo fué? ¡Escuchad...!
Aquí, sumiso
perdon demando, porque, audaz, me elevo
y, en el mismo dintel del Paraiso,
plegando el ala, á descansar me atrevo.
¡Perdon ¡ah! sí, perdon...! Si Dios lo quiso,
sea su voluntad... ¡Mas soy tan nuevo...!
¡Estoy tan alto que, al pensarlo, aterra...!
¡Santo cielo, ay de mí, si caigo á tierra...!

EN EL CIELO.

Allí, en la altura...
Al relatarlo, siento
mi espíritu temblar de miedo henchido.
Con que amargo dolor experimento
que, al fin mortal y de mujer nacido,
quizás no pueda á tan grandioso intento,
dar cima, como loco he pretendido.
¡Grande es el cielo, y nuestra lengua, oscura,
¡ay! no puede cantar tanta hermosura!

¡Oh tú la que, del Dante en el poema,
hermosa Beatriz, musa divina,
cantas del Grande la mansion suprema,
la mansion de los justos cristalina,
mi triste frente con tu aliento quema,
mi corazou á su belleza inclina,
dale á mi sorda voz, por ser humana,
el dulce timbre que á la tuya ufana!

Y entonces, tal vez, cante, denodado,
lo que entreví en mi sueño, la hermosura
de aquel lugar florido y regalado,
risueño y apacible en su frescura,
de aromas esquisitos perfumado,
de tan suave luz y aura tan pura,
que en él, gozosa, el alma se adormece
y que no pasa el tiempo le parece.

Ni del Eden las aguas rumorosas,
ni el tierno gorgear de sus cantores,
ni aquel amanecer de luz y rosas,
ni el morir de sus dias seductores,
ni sus selvas y grutas deliciosas,
ni sus auras, sus risas y sus flores;
nada, de cuanto en él miróse junto,
pueden del cielo ser vago trasunto.

Mas ah, callad...! que en alas de un ensueño,
imágen de otro mundo y de otra vida,
se eleva el alma, con gigante empeño,
del aire á la region no conocida.
¡Oh, no creais que es ilusorio sueño!
No la culpeis, quizás, por atrevida...
¡Quién sabe si su vuelo sobrehumano
decreto de su Dios fué soberano!

Abandona la tierra lentamente
como el vapor del lago cristalino,
cual la tierna plegaria del creyente,
como el triste gemir del peregrino.
¡La abandona, tan dulce y suavemente,
que Eter dichoso, á su rozar divino,
se sonrie, gozando su fortuna,
con la risa del Sol y de la Luna!

Y deja atrás region sombría y vaga,
y luego un cielo de color nevado,
y otro cielo despues, en que la embriaga
un resplandor vivísimo y rosado...
Y luego... mas allá... feliz, la halaga
un deliquio de amor, jamás soñado...

¡Es que traspasa las regiones bellas,
donde viven tranquilas las estrellas!

Y, allí, se pára temblorosa y muda,
sin que á pensar ni á desear acierte...
Vacila, teme, desconfía, duda
de tan divina, no esperada suerte.
No es estraño, que vértigo sacuda
sus alas, pavorosas cual la muerte,
pretendiendo con ellas, abrazarla,
y de tan grande altura derribarla.

Llenos de majestad y trasparentes
en círculos dorados, luminosos,
danzan allí, mil soles diferentes,
con rumores no oidos y grandiosos.
Himnos de paz y adoracion fervientes
de ellos son los cantares armoniosos,
cantares de entusiasmo y de alegría
que escuchó, absorto, un sabio cierto dia.

Y el alma, como el sabio, al fin repuesta,
amiga ya de tan egregia altura,
gozaba en aquel son que manifiesta
de nuestro fin la singular dulzura.
Tímida y pudorosa, cual la honesta
amante que recata su hermosura,
se imaginaba de su Dios al lado,
y de ella le creia enamorado.

Oyó una voz que en el espacio hablaba,
y, como flor que el vendaval agita,
sintió que ignota fuerza la arrastraba
á otra region mas alta y mas bendita.

Y de nuevo tembló... La voz cantaba
solo una nota,... mas... tan infinita,
que en vano el alma comprender intenta
lo que en su seno, melodioso alienta.

Luego la voz, en más humilde tono,
dijo para que el alma comprendiera:
«No temas, ven! Desde su escelso trono
»á tí me da el Señor por compañera.
»Ven, que Él lo quiere, y yo seré, en tu abono,
»cuando recorras la sublime esfera,
»el angel que ante él te glorifique,
»y su designio y su belleza explique.»

«Yo soy nuncio de Aquel, en cuya boca
»se asienta la Verdad, y cuya espada
»vivifica ó destruye cuanto toca;
»de Aquel tan poderoso que anonada
»al vil que necio su furor provoca,
»de Aquel que tiene su inmortal palacio
»donde su fin el sideral espacio.»

«Ven tras de mí; que su divina mente
»quiere que, al hombre, seas mensajero
»de un decreto sublime y elocuente,
»nueva prueba de amor al mundo entero.
»Si el cierra nadie abre, y si, clemente,
»en aras de la sangre del Cordero,
»de los mortales la ventura labra
»¿quién cerrará lo que su mano abra?»

Y el alma obedeció, siguió y postrada
ante el Angel que el trono de Dios cierra,

su frente hundió en el polvo de la entrada,
polvo mejor que el oro de la tierra.
Una gasa, de estrellas adornada,
mas brillantes aún que las que encierra
en su seno el espacio refulgente,
diadema fué de su modesta frente.

Se escuchó, luego, el redoblar grandioso
de un trueno tan pujante y sin medida
que el espacio gimió cual si, angustioso,
viera su destruccion ya prevenida.
Ciega el alma, hasta entonces, el valioso
don, recobró de ver la apetecida
gloria, fin codiciado, que se tarda,
cuanto con mayor ansia y fé se aguarda.

Y allí, á través de luminosa bruma,
¡que no se puede ver, allí, sin venda! (1)
admiró del Señor la Esencia Suma,
sin que la luz de aquella luz la ofenda.
Tanto poder, tanta bondad, la abruma,
y, quizas, teme que su sér se encienda,
y, en una irresistible llamarada,
se disipe, quedando aniquilada.

Habló el Señor y, firme y poderosa,
sobrepujó su voz al ronco trueno...
¡La voz, de muchas aguas, caudalosa
no tiene un timbre tan potente y lleno!
De su corte, la pléyade grandiosa
trocó en triste su rostro antes sereno,

(1) No se habla aquí de la vision beatífica.

que al fin es Dios, y su poder escede
á todo cuanto pudo y cuanto puede.

Con semblante de ira alzó la diestra
y dijo así, con soberano acento:
«Tierra del hombre, en liviandad maestra
»sucio polvo serás que barra el viento.
»De tus vicios la faz, torpe y siniestra,
»hasta aquí sube, y mancha el firmamento.
»¡Oh, ya no puedo más...! sucumbe, ingrata.
»¡Tu obcecacion estúpida te mata!»

A descargar sobre la tierra iba
la mano que en el aire se mantuvo,
cuando Jesus la suya compasiva
tendió, y su furia sobre sí detuvo.
«Padre, esclamó, si tu poder derriba
»aquel linaje que mi amor sostuvo,
»la muerte ignominiosa que le lanzas
»asesina tambien mis esperanzas.»

«Le amabas, le amo yo, su fin conoces,
»¡que tu bondad, se lo donó infinita!
»y aunque, del buen Pastor sordo á las voces,
»del monte al llano, audaz, se precipita,
»buscando, iluso, malhadados goces
»con que el demonio su pasion incita,
»no procede infeliz, con torpe amaño,
»no malvado y traidor, si por engaño.»

«Yo por él, bien lo sabes, de Judea,
»de tu Sabiduría fiel destello,
»en una pobre y miserable aldea
»tomé su vida, y de su forma el sello.

»De Tí mismo le dí sublime idea,
»su padre te aclamé; y pido por ello,
»de tu misericordia inagotable,
»otra prueba grandiosa y memorable.»

«Y no quiero, del Golgota glorioso,
»aquella tarde, recordar, cruenta,
»en que te dí mi sangre, generoso,
»de su ceguera y su maldad en cuenta.
»He aquí la cruz con que cargué piadoso,
»la corona, he aquí, dura y sangrienta...
»Si ahora mis lábios su virtud no explican,
»ellas con elocuencia la publican.»

Oyó el Padre del Hijo la demanda,
y como el mar embravecido y fiero,
poco á poco, despues, su furia ablanda,
tornándose apacible y placentero;
así desarrugó su veneranda,
noble frente, y, con gozo lisonjero,
como detrás del huracan la brisa,
apareció en sus lábios la sonrisa.

Luego, tambien, ante sus piés, de hinojos,
una mujer de singular belleza,
de amorosa pupila, lábios rojos,
y adornada de estrellas la cabeza,
se prosternó, poniendo en Él los ojos
«Pues, por esposa me escogió tu Alteza
»así esclamó—y me dió dones prolijos
»¡piedad, piedad, para mis pobres hijos!»

¿Cómo, el Eterno resistir podria,
no de su corazon al Hijo amado,

sino á su misma esposa, á su María?
El que es un manantial, jamás cerrado
de amoroso perdon y de alegría,
al escuchar el ruego enamorado,
mirando al mundo ya, sin faz adusta,
lo acarició con su mirada augusta.

Y de nuevo sonó, con gran pujanza,
el coro que callára enmudecido
cuando ya, en su agonía la esperanza,
temiera aquel decreto ver cumplido.
Nuevos acordes y armonías lanza
en cantares que el hombre nunca ha oido,
cantares con que el justo se enajena
y de ventura celestial se llena.

Sigue tu curso, Humanidad, y llora,
llora de amor y gratitud henchida...
Calmada su justicia asoladora,
se abre de nuevo para tí la vida.
Deja correr tus lágrimas ahora
sin descanso, sin tregua, sin medida,
¡qué se ha estendido tu miseria tanto
que no puedes cubrirla con tu llanto!

Y gracias ¡ay! porque el Señor clemente,
á su Esposa, cediendo, que te abona,
llevó la mano á su divina frente
y una estrella arrancó de su corona.
Estrella, que su mano omnipotente,
que de crear y perdonar blasona,
para mas estrechar antiguos lazos
¡oh Humanidad, te la arrojó á los brazos!

EL SIGLO XIII

De la region del cielo esplendorosa
y de Dios á la voz, siempre acatada,
tornó el alma, obediente y silenciosa,
de su cuerpo á la lóbrega morada.
Volvió al mundo, y ¡cuán mísera y llorosa,
entre las sombras, se agitó apenada,
que no hay amante, tierna y soñadora,
que, alegre, viva lejos del que adora!

Y revivió mi cuerpo y del letargo
salió, que le abrumaba tiempo hacia,
y saludó, con gesto asaz amargo,
el triste amanecer del nuevo dia.
¡Oh, como negro, perezoso y largo
el no ansiado existir le parecía;
que es peor que la muerte, á lo que entiendo,
resucitar para seguir viviendo!

¡Vivir ó no vivir! En la existencia,
horrible mezcla de verdad y engaños,
el goce mata siempre á la inocencia,
y al goce los funestos desengaños.
Y ¿á esto llamamos vida...? La esperiencia,
tras los duros reveses de los años,
que es, nos enseña en la vejez cansada,
¡sombra, sueño, ilusion, menos que nada!

¿Qué eres hombre? Molécula perdida;
ansia de ángel, quizás, que el cuerpo inerte

reducir quiere á su mortal medida
y encadenarla con su misma suerte;
contradiccion perenne, donde anida
lo inmortal enlazado con la muerte;
humildad y soberbia, que se funden
y en un vaso de lodo se confunden.

Y así... ¡alentando siempre á la esperanza,
renaciendo un anhelo de otro anhelo,
si á la altura el espíritu se lanza
vive amarrada la materia al suelo!
Y así.., ¡soñando un mundo en lontananza,
no olvidarlo jamás, y ¡oh desconsuelo!
ver que, salvado un monte, y otro monte,
nunca surge al final del horizonte!

¡Siempre léjos, cual nave abandonada,
pesaroso, cual pájaro sin nido,
sin voluntad, cual flor arrebatada
por los soplos del Norte enfurecido,
cruza el hombre la selva enmarañada
donde su culpa le dejó perdido,
sin que encuentre á sus males más reposo
que de la tumba el seno misterioso!

Y ¿despues de morir? El desaliento,
horrible baba de Satán malvado,
asesinar pretende el sentimiento
del hermoso ideal en que ha esperado
¿Despues? ¿despues? ¡La luz del firmamento
dará calor á su sepulcro helado,
y al huir de esta vida transitoria,
si halla quietud, encontrará la gloria!

Tal, indecisa, entre la fé y la duda
el alma triste imaginaba, cuando,
como la paz tras la batalla ruda,
sus angustiosas penas serenando,
envuelta en una nube que la escuda
á sus ojos sus formas ocultando,
vió ante su vista, en que el asombro crece,
otra vision, que celestial parece.

Y otra vez, de los sueños en la esfera,
se abalanzó al espacio, pretendiendo
á la pátria, que vió, volver ligera...
Más ¡ay! fuése la nube deshaciendo,
y surgió de sus brumas, altanera,
en terror su esperanza confundiendo,
una soberbia, colosal figura
de terrible y magnífica apostura.

Sobre su frente una imperial corona
era adorno gentil de su cabeza,
que, dando majestad á su persona,
le daba á su mirada mas nobleza.
Su altivo cuerpo, que valor pregona,
cubría una armadura de una pieza
tan pesada y tan fuerte que, arrogante,
no la pudiera sostener ni Atlante.

Con la siniestra alzaba noble escudo
de gran pujanza, aunque de emblemas vario,
y escondía su espalda el dorso rudo
tras un manto de corte extraordinario.
Su diestra, por los aires, y desnudo,
elevaba el acero temerario,

y de él en pos, con los semblantes fieros
iban nobles, monarcas y guerreros.

«Yo el génio soy de aquella edad, ya muerta,
—asi esclamó, con voz grandilocuente,—
»en que, con planta desigual é incierta,
»llegó la Humanidad á su presente.
»Ven, alma, ven, que te abriré la puerta
»del sepulcro, en que yace eternamente
»el ayer; y te asombre, aquí, en el suelo,
»el poema que vistes en el cielo.»

Y el alma, tras el génio, fué pisando
cadáveres de siglos, que ya fueron,
y los dos, sin cesar, siempre vagando,
en una densa oscuridad se hundieron.
Las tinieblas, despues, fueron pasando,
y vagos resplandores se estendieron,
cual si el mundo que fué se reanimára,
y otra vez á la vida se lanzára.

Y entre cantos y gritos de pelea,
rumor de vencedores y vencidos,
mandobles donde el hierro centellea,
risas, voces, blasfemias y gemidos,
viejo estandarte en el espacio ondea,
mirándose, á su sombra, reunidos
héroes de un siglo, iniciador potente
de los bienes y males del presente.

¡El siglo trece! El émulo grandioso
del diez y nueve que su fin ya mira,
de los pasados siglos el coloso,
cuyo saber admiracion inspira.

¡Cúan rudo al combatir, y cuan glorioso
despues de la batalla se retira,
la aureola mostrando, en su cabeza,
de la Verdad, del Bien y la Belleza.

La antigua novedad del Paganismo,
surgiendo de las brumas del pasado;
del Oriente el absurdo sensualismo,
y su muelle vivir afeminado;
del Poder el soberbio absolutismo,
de reyes y legistas halagado,
haciendo mas pesada la cadena
con que á los pueblos á sufrir condena.

El trueque de costumbres; el deshecho
Feudalismo, alargando su agonia,
que por asegurarse en su derecho
sacrificaba, á veces, su hidalguía;
de la Supersticion el molde estrecho;
del Fanatismo la rudeza impía;
estos formaron la cohorte fiera
que del mal se batió por la bandera.

Del bien en torno, firmes y serenos,
humildes, si, mas de valor radiantes,
se agruparon los fieles y los buenos,
en el saber y la virtud constantes.
De risueña esperanza estaban llenos,
de combatir ansiosos y anhelantes,
que si su fuerza, acaso, era pequeña,
siempre es grande de Dios la noble enseña.

Allí elevaba su animosa frente
de Jesucristo la sublime esposa;

la Fé, que es como Dios omnipotente,
tambien mostraba allí su faz graciosa;
allí la humana ciencia, reverente,
en pos de la divina, la valiosa,
no vencida, legion de sus razones
les dió á sus decididos campeones.

Sonó el clarin y, como desbordado
torrente que del monte se abalanza
al valle, y lo destroza despiadado,
sedienta de la sangre y la matanza,
de la soberbia en pos y del pecado,
la cohorte satánica se lanza
sobre el campo del bien, que, con denuedo,
espera el choque, sin afan ni miedo.

En vano el huracan la torre enhiesta
quiere arrollar con su pujante brío
y sus soplos mas hórridos la asesta,
sin que conmueva su cimiento frio.
En vano la entrelaza y la denuesta
silvando á su alredor, tenaz, sombrío,
que al herirla es el mismo quien se hiere
y en su impotencia, maldiciendo muere.

Asi el guerrero que por Dios pelea,
de la virtud y la verdad en nombre,
no encontrará en su marcha gigantea
obstáculo, ni valla que le asombre.
Como torre será que siempre vea
cuán miserable es el poder del hombre,
cuando se opone, en la batalla ruda
A él que le esfuerza y de morir le escuda.

Pero lleva el malvado en su pupila
funesta venda que mirar le impide,
y, presa del furor que le aniquila,
ni el mal precave, ni el abismo mide.
Y en este error, la rabia que destila,
y que en su negro corazon reside,
le arrastra impetuoso, á la carrera,
donde la muerte, impávida, le espera.

Eran, cual este...
Lira, no tu sones
envilezcas, nombrando á los precitos;
canta, canta los nobles campeones
por la sublime Trinidad benditos;
canta, canta los esforzados corazones,
cuyos gloriosos hechos, infinitos,
son de la Iglesia inmarcesible gloria,
y los guarda, cual oro, en su memoria.

Pero ¡ah! tampoco; que la lengua humana
cantar no puede eterna y sin medida,
y fuera presuncion, soberbia y vana,
arriesgarse en empresa tan lucida.
A mi humildad le basta, ya que ufana
tras de aplauso fugaz va decidida,
cantar, si puede con felice estrella,
al que entre todos, como el sol descuella.

Le llamaron Abismo, y relucia
en su frente un fulgor, que semejaba
una aurora que, al sol, se deshacía
y en un nimbo de luz se desplegaba.
Fuego sagrado en su mirada ardía,
y todo su semblante denotaba

de Dios al mensajero denodado,
por él á sus guerreros enviado.

De la tierra esplendor, gloria de Aquino,
de castidad y de virtud modelo,
ingenio poderoso y peregrino,
¿quién más alto que tú llevó su vuelo?
Fué angélico en la ciencia y, tan divino
que desgarrando de la gloria el velo,
con palabra y figuras celestiales,
dejó entrever su luz á los mortales.

Al contemplarle, el ominoso bando,
aunque teme cobarde, en su demencia,
le acomete, su furia redoblando,
y halla en su escudo firme resistencia.
Retírase el impío y, rebramando,
retorna, maldiciendo su impotencia;
mas él combate y, destrozado el pecho
le ve desparecer, roto y deshecho.

Este es Tomás, el que en su edad, ya ida,
fué con Dante el mejor de los mejores:
estrella de los cielos desprendida,
ofrenda del Amor de los amores,
que despues que á los hombres dió la vida,
trocando en esperanzas sus dolores,
su mision en la tierra ya acabada,
volviose de la Gloria á su morada.

EL SIGLO XIX.

Yo vi ascender, feliz, á las alturas
al águila caudal, con noble anhelo,
y, del espacio en las regiones puras
la vi mecerse, contemplando al cielo.
¡Ay, quién cual ella, desde las oscuras,
miserables prisiones de este suelo,
elevarse pudiera y, venturoso,
aventajar su vuelo poderoso!

¡Alas para volar!.. porque encendida
en la celeste llama de un deseo,
la inteligencia busca enardecida
esa gloria inmortal, que adoro y creo.
Ábrase el porvenir y, sin medida,
á través de las brumas que entreveo,
brille, cual sol que en el azul navega,
la luz que espero y, refulgente, llega.

Luz que á los hombres de cobarde pecho
y de pupila incierta y tenebrosa
les muestra, gigantesca, á su despecho,
la, que aborrecen, época gloriosa.
—La fé, la ciencia, el númen, el derecho,
todo lo noble en el ayer reposa...
¡que nada grande ve esa turba inerte
si en sí no lleva el sello de la muerte!

¡Atras, caterva vil de detractores
que te finges un páramo el camino,

que hallas espinas donde nacen flores,
que confundes el mal con el destino...
¿Qué? ¿ya no tiene el cielo resplandores?
¿Acaso roto, el lazo peregrino,
que con Dios une al hombre, ya se trunca?
¡Oh! ¡Dios no muere para el hombre nunca!

¿No veis, no veis, su dedo misterioso
hacia el oscuro porvenir mirando
y, á través de los tiempos, generoso,
la Humanidad hacia su fin guiando?
Terrible si, pero tambien piadoso,
con amor, á los hombres contemplando,
si, en el mal, justiciero los castiga,
el bien les da, que su dolor mitiga.

Guarda en su seno la moderna historia,
cruel, cual la del Gólgota sangriento,
una página horrible, que la gloria
mancha de una nacion, noble entre ciento.
¡Revuelto el mar, elévase la escoria,
muere el sol y, en confuso movimiento,
manchan las olas su verdosa bruma
y se ennegrece su nevada espuma.

Voltaire impío, con la faz burlona,
al cielo escupe y de Jesus reniega;
la libertad Rousseau, falaz pregona,
y en si un tirano á cada hombre entrega.
De ellos en pos, un pueblo, á quien encona
tiránico poder, se agita y brega,
y del templo á su Dios quita, por falso,
y por trono á su rey le da un cadalso.

¡Oh, miserable ceguedad humana!
¿dónde, infeliz, te arrastra tu locura
que, aunque te yergas de tu mal ufana,
no te labres tu misma sepultura?
Deten el paso... Tu soberbia vana,
tu liviandad, que goces se procura,
tu cínico reir, tu indiferencia,
¿de tus hijos será la torpe herencia?

¡Oh nó, no puede ser! Desde su trono,
el Dios que al pueblo de Israel salvara,
no puede permitir que, en su abandono,
pierda el hombre la Fé, que Él le legara.
Señor del Sinai, sostén y abono
de la humana progenie que tan cara
le es á tu corazon, ¿cómo, perdida
y muerta ya, la distes nueva vida?

Asi como del seno de la roca
cristalino raudal surge riente,
alegrando, gozoso, cuanto toca,
la sierra, el valle, el llano y el ambiente;
de aquella turba, descreida y loca,
tras el gesto procaz y maldiciente,
surgió, rica esperanza codiciada,
del siglo diez y nueve la alborada.

Paso dejad al colosal atleta,
al siglo entre los siglos más humano,
al que en la lucha de la mente inquieta,
á nadie cede, grande y soberano.
Lejos está la suspirada meta
mas él se acerca, de alcanzarla ufano,

que, ya gigante, en su invencible arrojo,
el vapor y la luz manda á su antojo.

¡El vapor! ¡La potencia encadenada,
del gas, en un estrecho recipiente,
que, como el rayo, va desesperada,
del hombre á los deseos obediente.
¡Ah, yo la ví...! Su furia desatada
se deshizo en rugidos, impotente,
y rápida pasó, cual vaga sombra
que nace y muere, apenas se la nombra.

Es como alud de hielo desprendido
que de la cima al hondo valle rueda,
cual ráfaga, de viento enfurecido,
que huye veloz, sin que alcanzarla pueda
de agil corcel el galopar tendido,
cual gigantesca imágen, que remeda
la brevedad del pensamiento suma
que surge y pasa, cual ligera bruma.

Y aun vamos mas allá. La misma idea,
la voluntad del hombre obedeciendo,
llena el espacio y, como llama, ondea,
doquier, clara y sutil, su luz vertiendo.
¿Quiere la mente, que volar desea,
su palabra llevar, sin estruendo,
de la tierra al lugar más escondido?
¡Habla... y ya su deseo está cumplido!

Y aun mas allá... que, negra y pavorosa,
la tempestad que entre las nubes gira,
ante la humana ciencia victoriosa,
inerme queda, y sin aliento espira.

Y mas aun... que, estrella prodigiosa,
que Dios á un génio, en su grandeza inspira,
el globo, levantándose del suelo,
deja la tierra y se remonta al cielo.

Mas ¡ay! tambien el mal su faz adusta
muestra, de muerte y de venganza ansioso
que, aunque vencido en la batalla justa,
aun, su altiva cerviz alza orgulloso.
De la virtud ante la esencia augusta
se estremece su espíritu furioso,
y recuerda satánico, el impío,
su ya pasado y muerto poderío.

Triste, en su seno lo contempla España
y, como sierpe que el letal veneno
vierte en la flor con iracunda saña,
asi él lo vierte en su fecundo seno.
¡Oh, negra sombra, que el pasado empaña,
rásgate y deja que contemple, lleno
ya de amargo pesar, ya de alegría,
lo que ha sido y es hoy la pátria mia.

Gentil matrona de elevada frente,
de faz hermosa, de mirada austera,
de corazon magnánimo y valiente,
noble en la paz y, en el combate, fiera;
así el alma la vió, cuando esplendente,
más que el sol relucía su bandera,
y su leon la garra poderosa
apoyaba en la tierra, ante él medrosa.

Hoy cambiada la rueda del destino,
baja la frente y triste, su mirada,

casi al morir de su triunfal camino,
por llanto de dolor, está empeñada.
Dónde el brillar, soberbio y peregrino,
de su bandera, al asta ya enrollada?
¿Y su leon...? ¿Acaso en la agonía,
ya cobarde, á su esfuerzo nada fia?

¡Oh Dios! ¿ha de espirar como perdida
ramera revolcándose en el cieno,
por sus mismos enconos destruida,
sin esperar un porvenir sereno,
sin renacer á más dichosa vida,
la que la sangre de su noble seno
vertió qor tí y llevó, en su amor profundo
la cruz de tu estandarte por el mundo?

Mas ah! recuerda el alma la bendita
vision del cielo, y surge, en lontananza,
de la bondad de Dios prenda infinita,
consoladora y dulce, la esperanza.
¡La gloria ha de volver... ¡Mas no se agita
entre el polvo, la sangre y la matanza,
que es más grande, y risueña, resplandece
en donde el árbol de la ciencia crece!

Venturoso Tomás, ángel preclaro,
estrella del Señor, del mundo gloria,
inteligencia sin rival, y amparo
del hombre en esta vida transitoria,
de tu saber inagotable y raro
ejemplos tiene la moderna historia
¡que aún en tus libros, refulgente brilla
de nuevos genios, inmortal semilla!

De una comarca, ayer del mar señora
hoy de un telar obrera inteligente,
surge Balmes, estela brilladora
en el mar, sin medida, de la mente.
Fué su saber la linfa bullidora
que hiere el sol al resbalar, riente,
y al escapar, con el raudal sonoro,
va dejando, tras sí, rastros de oro.

De la region donde Pelayo un dia,
batió la multitud sin ley ni freno,
que invencible creyéndose seguía
las banderas del bárbaro agareno,
como rayo de luna, que en la umbría
selva derrama su fulgor sereno,
se levanta otro sabio que su gloria
ha de legar del mundo á la memoria.

¿Quién era? Ser humilde que, ignorado,
el valle en que nació y su pobre casa
deja y marcha feliz tras del Amado,
por quien su tierno corazon se abrasa.
Perfume de los hombres ignorado;
llena de amor, si de ambicion escasa,
modesta violeta, que prefiere
solitaria vivir con Él que quiere.

Y en aras de su amor, como guerrero
que le impacienta el ruido del combate
si no ejercita en él su brazo fiero,
tras el ardor que, en sus entrañas, late
por la fé y por la gloria del Cordero,
donde la oscuridad la luz abate,

allí, le arrastra su piedad divina
de predicar, ansioso, su doctrina.

Mas no aceptó el Señor el sacrificio,
que más alto destino le señala,
y, á su piedad y devocion propicio,
como á Jacob la luminosa escala,
para arrojar al hondo precipicio
al error que, orgulloso, al bien se iguala,
le dió, á la par que clara inteligencia,
la antorcha soberana de su ciencia.

Hoy de Tomás discípulo escogido,
brilla entre la cohorte bendecida,
y, noble combatiente del Ungido,
se eleva, como el águila atrevida.
Óyese de su acento enardecido
el eco, ya en la cátedra escondida,
ya en el templo sagrado y venerando,
el Bien doquiera y la Verdad llevando.

En vano es que Alemania sus errores
vierta doquier, y de la torpe Francia
necia turba de hambrientos vengadores
el desenfreno aclame en su arrogancia.
En vano, en vano, sí, que sus clamores
su satánico orgullo y su jactancia
se han de trocar ante el fulgor que nace
en pavesa que al viento se deshace.

Sí, que de Zeferino al contundente
razonar los sofismas van hundiendo
su hueca, adusta y descarnada frente
en el polvo, y despues despareciendo.

¡Luz de verdad, que en la divina mente
estas eterna y sin cesar ardiendo
¿habla él, ó eres tu la que en su boca
áureos destellos de tu sér coloca?

Sombras de Dios los genios en la tierra
son que sostienen la esperanza humana...
Tú eres sombra de Dios, que en tí se encierra
de él procediendo la verdad cristiana.
Marchitos los laureles de la guerra
el sabio sólo pasará al *mañana;*
y tú no has de morir; que nunca muere
aquel que á todos el Señor prefiere.

Y basta ya... ¡Que brille, en la serena
region, Aquel que, grande y soberano,
á su yugo los orbes encadena
y la tierra sostiene con su mano!
Su majestad que el Universo llena
dé, como premio á mi cantar profano,
la codiciada gloria que lo inspira,
y su perdon á mi...
¡Descansa lira!

GLORIA
AL NUEVO PURPURADO ESPAÑOL

(Accesit de verso.)

ODA.

OH númen celestial! á tu alto asiento
En raudo vuelo mi inspirada mente
Se eleva hoy, que abrasadora llama
Mi pecho enciende. Tu divino aliento
Presta á mi lira; y á su son ardiente,
Cante mi voz al que doquier proclama
La pregonera fama
Príncipe augusto de la Iglesia santa,
Que en alas de su ciencia portentosa
Los errores hollando, hoy se levanta
Difundiendo la luz esplendorosa
De la verdad, cuyo laurel triunfante
Su frente ostenta de fulgor radiante.

Olvida, Astúrias, tierra venturosa,
Los ilustres varones que te dieron

Tu renombre inmortal, y con fé ardiente
Circundaron tu sien de aureola hermosa;
Con los laureles que á tus piés rindieron
Tus fuertes hijos, teje diligente
Corona refulgente
Para adornar la frente venerada,
De otro genio más noble que en tu suelo
Brotara humilde en hora bienhadada,
Y que abrazó con fervoroso anhelo
Del gran Guzman la celestial bandera,
Que hoy con su nombre ilustre reverbera.

Vedle! Del cielo herida su alma pura
Huye del mundo, su riqueza vana
Despreciando con pecho valeroso,
Para ceñir la noble vestidura
Del sacerdote de la fé cristiana;
Y tomando el escudo poderoso
Del Lábaro glorioso,
Volar ansia hasta el confin lejano
De los estensos pueblos, dó atrevido
Fijó su culto el paganismo insano,
Para arrancar su bárbara doctrina
Y allí estender la religion divina.

En vano el mar y el aquilon furioso,
A su paso se oponen desatando
Oscura tempestad rebramadora,
Que el grande Zeferino fervoroso
Su corazon al cielo levantando,
Su favor santo en su oracion implora;
Y la acerada prora
De la nave surcando placentera

Del ancho mar las olas desatadas,
Feliz le lleva en rápida carrera
De este suelo á las playas apartadas,
Donde irradia de ciencia portentosa
Y de virtud aureola más preciosa.

Tanto fulgor el grande Pio nono
Plácido mira, y su bendita mano,
La que siempre venciera prepotente
A los errores que hasta su almo trono
Osaron levantar el grito insano,
Noble circunda la inspirada frente
Del génio refulgente
Con la divina insignia del Prelado,
Que acrece más su anhelo fervoroso;
¡Dilo, pueblo de Córdoba! su amado
Tu siempre fuiste, y cual pastor bondoso
Hacia el bien te guió, y fué tu ventura
En tus dias de llanto y amargura.

Pero ¡ah! más glorias y sin par grandeza
Merece aun su génio esclarecido;
¡Oh, si! mirad, qué majestad gloriosa
Ostenta hoy y fúlgida riqueza
Con la divina púrpura investido,...
Sacro laurel que á su virtud hermosa
Hoy rinde generosa
La mano del Jerarca egregio y justo
Del Vaticano que su ciencia admira;
¡Salve á tí, de la fé príncipe augusto!
Falta el aliento á mi estasiada lira
Para cantar tu esfuerzo soberano,
Gloria inmortal del suelo castellano.

Ya asoma sí, ya asoma el fausto dia,
Heróica España, que en tu suelo amado
Proscrita vea con estigma odioso
Su doctrina infernal, nefanda, impia
El fementido error que malhadado
Por doquiera se estiende impetuoso;
Pues adalid glorioso
Para sí el campo de la lid reclama
Con triple escudo armado, y esplendente
De valor sacro que su pecho inflama,
Él será invicto escudo prepotente
De tu fé santa, en su caverna hundiendo
Del mal al genio con pasmoso estruendo.

Levanta ¡oh pátria! la abatida frente,
Y mira al varon santo que en tu suelo
Se alza hoy con la púrpura gloriosa
Del Cardenal en trono refulgente.
Él es, él es, el que sin par consuelo
Te prestará, y la nave zozobrosa
De tu iglesia gloriosa
Hácia el bien guiará con fuerte mano,
Los escollos salvando victorioso
De este siglo de luchas mar insano;
Y de héroes de la fé escuadron vistoso
Del almo cielo á la mansion brillante
Feliz sus huellas seguirá triunfante.

¡Cantad, númenes santos! la armonía
De vuestra voz inunde la alta esfera
Ensalzando del genio esclarecido
Los gloriosos portentos este dia!
¡Gloria á España, que mira placentera

A un hijo de su suelo bendecido,
Brillar enaltecido
De honores mil y de virtudes lleno!
¡Gloria á tí, egregia órden religiosa
Del gran Guzman! de tu fecundo seno
Alza un génio la frente fulgorosa,
Y hoy sube en alas de su ardor divino
De la gloria hasta el trono diamantino.

VELADA

PROGRAMA DE LA VELADA

PRIMERA PARTE.

1.º Sinfonía de la ópera *Don Juan* de Mozart, por la orquesta bajo la direccion de D. Manuel Garrido.
2.º *Discurso inaugural,* por el Presidente de la Velada.
3.º Resúmen de las Actas de los Jurados, y distribucion de premios.
4.º Lectura de las dos composiciones literarias, que han obtenido el primer premio.
5.º *Himno,* por la orquesta original del alumno D. R. Alindada.
Intermedio.—*Philemon et Baucis* de Gounod, por la orquesta.

SEGUNDA PARTE.

1.º *Despues de la Velada:* cuatro letras al Cardenal Gonzalez, por D. Manuel Marzano.
2.º *Dos lágrimas,* por el Ilmo. Sr. D. Juan Alvarez Guerra.
3.º *Epístola* religiosa y social al P. Zeferino, por el Excmo. Sr. D. Vicente Barrantes.
4.º *El restaurador del escolasticismo,* por D. José Moreno Lacalle.
5.º *A los defensores de la verdad,* por el P. Evaristo F. Arias.
6.º *Apuntes biográficos,* por D. Elías M. Martinez Nubla.
7.º *A Santo Tomás,* poesía, por D. Joaquin Sanchez García.
8.º *El P. Zeferino, economista,* por el P. Matías Gomez.
9.º *Al P. Zeferino,* oda, por el P. Miguel Rubin de Celis, Agustino.
Intermedio.—*Pavane favorite de Louis XIV* de Lüstner, por la orquesta.

TERCERA PARTE.

1.° *Saludo á España,* recitado á orquesta original del alumno D. J. M. García.
2.° *Balmes, Donoso y el P. Zeferino,* por el P. Norberto del Prado.
3.° *La gloria de mis montañas,* poesía por el P. Francisco J. Valdés, Agustino.
4.° *Dos palabras,* sobre un opúsculo del P. Zeferino, por el P. Bernardino Nozaleda.
5.° *Andante* para violin y orquesta, por el Sr. Garrido.
6.° *Recuerdos,* poesía del P. José A. Cienfuegos.
7.° *Alianza entre la fé y la razon,* por el P. José M. García.
8.° *A la celestial sabiduría,* sáficos del P. Juan Marin.

FINAL.

1.° *Diálogo* sobre el materialismo por los alumnos D. Vicente Cavanna, D. Salvador Vivencio del Rosario y D. Salvador Estrada.
2.° *Cantata* al Emmo. Cardenal Gonzalez, letra del P. Arias y música del Sr. Garrido.

DESPUES DE LA VELADA:

CUATRO LETRAS AL CARDENAL GONZALEZ

DE nipa y caña en retirado albergue,
Mano y mente invadidas por el frio
Precursor de la muerte, separado,
No sin pena, del Claustro donde brillas
Maestro de saberes y modelo
De humildad y llaneza y mansedumbre,
Virtudes propias de gigante sabio,
Un resto de Doctor *litteris nullis*,
Cardenal Zeferino, te saluda,
Y el *pax tibi* ritual del Evangelio,
Impregnado en betel y en *ilang-ilang*
Por las áuras calientes de Luzonia,
Dirije á Tu Eminencia. Mas ni loas
Aliñadas al uso gongorino,
Que recitan del pueblo al *pintacasi* (1)
O al Alcalde mayor, tímidos *batas*; (2)

(1) El Patron titular
(2) Muchachos.

Ni *enfrentada* (1) de amantes *bagongtauos* (2)
Con música de *bojo* y *caña-espina* (3)
Y coplas sin sintáxis ni prosódia;
Ni el eco regalado de los cantos
Esparcidos por lánguidas doncellas
Bajo musas y *mangos* (4) siempre verdes,
Al compás de las arpas sin pedales;
Ni de intonsos *polistas* (5) la algarada
Entre cántigas dulces del *cundiman*,
O el salvaje danzar del *moromoro;*
Ni el zumbido de *bersos* (6) rimbombantes,
Aleluya civil de los Tagalos;
Ni aun trovas de *Pasion*, tan dormideras
Como arrullo de nítidos *balores;* (7)
Ni aun siquiera un ¡abá!!! (8) que tanto dice,
A los *ágapes* régios del birrete
Irán con mi saludo. Pena cruda,
Los que en hora menguada te perdimos
Guardamos dentro el pecho; y aunque á fiesta
Convocan tus hermanos, que hacen propios
El honor y la prez de tu capelo,
Fiestas escusa, quien ausencias llora.

No he querido por ende, á esa velada,
Que á la usanza moderna los Tomistas
En la noche de ayer te han consagrado,
Llevar mi añeja borla... Antiguamente,

(1) Serenata.
(2) Jóvenes solteros.
(3) Especies de bambú.
(4) Arbol de la manga, fruta muy estimada.
(5) Indios varones de 18 á 60 años, obligados al trabajo comunal.
(6) Pieza de pirotecnia.
(7) Paloma del monte.
(8) Expresion de sorpresa y admiracion.

Era un acto mayor, de conclusiones
Escogidas en súmulas y escólios
Y justadas al *ergo* y al *distinguo*,
La ofrenda de la Escuela á los Magnates.
Hoy son odas y silvas y sonetos,
O aleluyas, cual estas que yo canto...
Mas en vilo el paréntesis se quede,
Que no en balde cambiamos las mucetas
Enterrando á la par las *noches tristes*.

Volviendo á la velada, no sin prisa
Que el tiempo es asesino, y deseando
Incógnito miron ser de la fiesta,
Como antiguo *capista*, (1) en los umbrales
De la ilustre Academia, que el de Aquino
Protege con su nombre, me hice puesto.
La campana del claustro era tañida,
Por mano del Bedel, con golpe duro;
Y la turba escolar, tan barbullona
Como siempre, invadiendo los escaños,
Semejaba en su zambra, gran colmena
Por rústico patan recien castrada.
Muchedumbre sin cuento el átrio invade;
En estrados, valiosa concurrencia.
Que preside con rostro placentero
El Pastor de Manila, Pedro Payo...

Si supiera escribir, como hoy se escribe,
Disfrazando la lengua de Castilla
Con frases de ultramontes y ultramares,
En vez de lo ya escrito, yo escribiera

(1) Estudiantes que á la vez son sirvientes.

Que la *crême ó high life* de la colonia
Congregada en el átrio se veia...
Y otro injusto paréntesis destuerce
El hilo de mi cuento ya filado;
Injusto es en verdad, pues dejo hecha
De español y otro idioma una ensalada:
No debe tirar piedras al vecino
Quien tiene en su tejado vídrio frágil.
Perdona, Cardenal, porque los viejos,
Segun dice un cantar de las Asturias,
Aunque somos gruñones y enfadosos,
Si nos dexan fallar, remocicamos.
Y torno á la velada arrepentido
Prometiendo acabar sin digresiones.

Los que han de mantener en el palenque
El antiguo esplendor de la Academia
Siendo los cisnes de tu insignia roja,
Se aprestan á la justa, desdoblando
Repulgados y estensos manuscritos.
Mayoral Nozaleda, hace la seña;
El primer justador la grada sube,
Ya se presta atencion, ya los murmullos
Principian á extinguirse... cuando siento
Un estraño ruido hacia la puerta,
Y miro en el vestíbulo, alumbrada
De eléctrico fulgor muda cohorte,
Que de Guzman el hábito vestia.
La primera impresion fué aterradora:
Del corazon las válvulas enfermas,
Con flujo torrencial mi sangre invade.
¿Quiénes son tantos, y de donde vienen?
La lengua inerte, inmóviles los labios,

Con afanoso ahinco preguntaba.
Mas bien pronto la calma torna al pecho:
De insólito placer mi alma se inunda,
Pues amigos carísimos componen
La innúmera legion dominicana.
¡Alzados del sepulcro, todos vienen!
A tu fiesta, Gonzalez, ledos llegan!!
Quimera, ó realidad,... los reconozco.
Ya el átrio van pisando,... ya desfilan...
Allí... junto al sitial del Arzobispo,
Va Treserra, de austero continente
Que *la Iglesia de Cristo* (1) en mano lleva,
Un ángel con sayal dominicano
Y la faz de Benito Corominas,
Capuz sobre la frente Vila marcha
De impoluto candor, espejo limpio,
Que en éxtasis de gloria el alma rinde
Con el pan eucarístico en los labios.
El que en vida jamás sonreirse pudo,
El asceta Gonzalez, ¡sonriendo!
Que á la púrpura insigne del hermano,
Doble hermano por hábito y por sangre,
Homenaje mayor rendir no puede.
El mitrado Gainza grave sigue
A Cuartero el de Jaro, que aun sin polvo
De la tumba reciente que le guarda
El hábito conserva; en pos va Rivas,
Con Ferrando, Millan y Romaguera.
El apuesto Carrillo, de Oradores
Acabado modelo, con Ayala,
Orge, Checa, Fuixá, Castro y Romero.

(1) Título de un libro.

El de alma virginal, Tomás Badia,
Y de heróicas virtudes gran dechado,
Con Velinchon del brazo aprisa viene.
Serra, Salgot, Menendez, Serrancoli,
Hidalgo, Bufurull, y Vilanova
Que contigo los riesgos compartieran
De la «Fama Cubana», van entrando,
Y el hermano Marcial, como de casa,
Que al ferrado porton quedára inmóvil,
Muy ufano les da la bienvenida,
Y escondido á su espalda la repite
Un *tercero* con toga y con vuelillos,
El honrado Vivencio del Rosario
En sus dias honor de la india raza.
Ximeno, el de Cebú, enhiesto aumenta
El grupo de mitrados, presidido
Por el noble Miguel de Benavides:
Al extático Mora le conducen,
Barranco, singular naturalista
con la *dafne aquilaria* bajo el brazo,
Y el que en artes y ciencias fué un coloso,
Y en modestia sin par, Fausto de Cuevas.
Reig, Lobato, Gamundi, Caballero,
Moral, Quintana, Ortuzar, Diaz Molina,
Aviles, Foncuberta y Estavillo,
Y cien, más y otros cien, y cuento á miles
Los que alberga el recinto del gran patio,
Sin que estorben los muertos á los vivos.
Y aun avanzan ignotos misioneros
Del Catay, de Tonquin y de Formosa,
Cuyos nombres borrados en la tierra
Con su mano en el cielo Dios escribe.
Muchos son los que el hábito y la capa,

Andrajos de mendigo con que cubre
Sus carnes el pudor, en sangre tintos
Con la mano recogen, y se pega
A la mano la sangre que aun palpita.
Maderos de empalar otros soportan,
Y los llevan ufanos por trofeo;
Que estrujados en ellos pronunciaran,
Con el último aliento, *Creo en Dios Padre.*
Con los piés destrozados por las *cangas*
Los que dieron su vida en las prisiones
Á las *cangas* que llevan junto al pecho
Como á un niño acarician blandamente.
Siguen otros que abrazan con ternura
La cruz ennoblecida en el Calvario,
Y despues de besarla por latria,
Un ósculo nupcial en ella imprimen;
Que la Cruz fué su tierna desposada
Y el martirio en la Cruz los desposorios.
Por el hambre y la sed estenuados
Vienen muchos con paso vacilante,
El rosario colgando de la diestra,
En el cielo la mente y la mirada,
Y en los labios el dulce *Ave María.*
Esotros llevan con marcial donáire,
Cual si fuesen antiguos corredores
Que despues de talar campo de infieles
Cargados de botin vuelven al feudo,
Escarcinas y lanzas cabe el hombro,
Sobre el cuello el dogal, hachas al cinto
Con puñales, cuchillas y mandobles
Ecúleos y cadenas á la espalda,
Y en la mano á la vez garfios y cuñas;
Y enfrenando el dolor y la agonía

De la carne mortal, con el aliento
Que da la fé de Cristo á sus atletas,
En coro de concentos celestiales
A ti Dios alabamos todos cantan.

¡Magnífico espectáculo! Mis ojos
En una misma lágrima confunden
El placer y el dolor que el alma siente
Al mirar ese cuadro ¡Pobres hijos
De España y de Guzman! ¡Gloria á vosotros
Héroes de abnegacion! La frente humillen
Los soberbios magnates de la tierra,
Y sus áureas coronas y laureles
Desciñan ante el pobre misionero;
Que ellos sienten morir porque concluyen
Su grandeza y sus glorias con la vida,
Y vosotros, muriendo, eterno lauro
Alcanzais en el cielo vuestra pátria.

. . . . . .

Y mas allá del Sol iba la mente
Remontando su vuelo, cuando empieza
A enturbiarse mi vista; ya no veo
Mas que sombras que van despareciendo:
Los párpados restrego suavemente:
De la luna el fulgor hiere mis ojos;
De vivos y de muertos no hay ya rastro;
El pátio ha recobrado su vacío;
La velada, en pretérito se queda;
Yo en mis trece, y en marcha hacia el futuro.

De esos trece diré pocas palabras...
Cardenal, tu morabas en Manila;

Sin mitra, pectoral, ni capisayos,
Nuestro eras por derecho posesorio:
De San Juan de Letran la celda humilde,
Donde el *Angel Maestro* te dictara
La mejor de tus obras, nuestra era
Con derecho inconcuso de un asiento
Para en el escuchar sabias lecciones.
Mas denuncian al jóven misionero,
De sabio pensador sus propias obras,
Por sabios pensadores aplaudidas;
Ven en tí de la Corte los magnates
Una joya de precio muy subido,
Y á fuer de mandarines ambiciosos,
A Manila su joya le arrebatan.
Lo que vino detras nadie lo ignora:
Los sabios en Madrid te aclaman sabio;
De Córdoba despues la mitra ciñes;
El capelo te impone mano regia,
Ovejas en Sevilla apacentando;
Y á la Sede primada de Toledo
Te conducen tu mérito y virtudes.
¿Pero acaso redimen esas glorias,
Que, hablando en puridad, bien poco agregan
Al valor de una joya tan preciada,
El agravio á nosotros inferido?
Tolerar no se puede esa injusticia,
Y á la lid nos lanzamos pluma en ristre.
De violento despojo, proponemos
Contra Roma y Toledo un interdicto:
Los testigos se cuentan por millones;
Documentos de prueba irrecusables,
Son tus obras fechadas en Manila;
Influencias y empeños, en España,

Ese amigo leal Ramon Martinez,
Que de Oviedo la diócesis gobierna
Y es tambien misionero Filipino,
Buscará por nosotros diligente,
Tampoco han de faltar buenos *bilaos*
Con *ates*, *piñas*, *mangas y lanzones*
O *chicos* (1) de Biñan en *chucubite*, (2)
Que es presente obligado en esta tierra
De afanosos y tercos litigantes:
Y si al cabo el remedio posesorio
Lo deniega en Madrid Alfonso XII,
Por consejo de Cánova y comparsa,
Y Leon XIII confirma con las costas
El regio «no ha lugar», no he de rendirme;
Y en último recurso, pido amparo
Contra el gran Arzobispo de Toledo
Al Padre Zeferino de Manila...

Pero nó, paso atrás, fuera papeles;
De la accion entablada ya desisto;
No mas pleitos, recursos, ni querellas:
Bien estás en España, sabio insigne,
Que allá Dios por su mano te condujo,
Y las obras de Dios no casa el hombre.
Por tu alta dignidad Cardenalicia,
Uno al aplauso general, mi aplauso
Tan ferviente y cordial como el primero;
Y aunque falta de meríto es la ofrenda
Que un viejo leguleyo iliterato
En la mesa del Claustro audáz depone,

(1) Frutas de Filipinas.
(2) Cesto ó canasto.

Brotó del corazon, no del ingenio.
Escritores y vates de gran talla
Te rinden ovacion con sus loores,
Y si en triunfos, cual ese, los de Roma
Una oveja á los dioses ofrecían
Sean mis toscos renglones desiguales
La oveja presentada al victimario.
  Un apunte por fin solo me resta
Que pide en tu cartera fiel trasunto:
  Si esa fibra indomable de tu alma
La quebrantan fatigas y trabajos,
O la rinden los años con su peso,
Y paz quieres entonces, ten presente,
Cardenal, misionero Filipino,
Que en San Juan de Letran tienes á Yuste.

Manuel Marzano.

EPÍSTOLA RELIGIOSA Y SOCIAL

DIRIGIDA AL P. ZEFERINO GONZALEZ, MISIONERO FILIPINO.

Fremuerunt dentibus et dixerunt: devorabimus.
Jeremias.

CÓMO la yerba en nuestros campos crece?
¿Cómo conserva el mundo luz y vida,
cuando menos el hombre lo merece,
que de su Dios y de su fé se olvida?
Escucha.—¿No parece
que floja, desquiciada, sacudida,
la fábrica inmortal se bambolea,
no por potente mano
que en sus cimientos sin cesar golpea,
si no á traicion roida
de asqueroso gusano,
que porque á Dios no ve contra él bravea?
Corre en vértigo insano
la humanidad á negros pricipicios
por ella misma abiertos,
y cargada de crímenes y vicios

mundo y cielo á la par deja desiertos.
¿Es Dios el que la guia
por castigar su error y su osadía,
ó es el ángel rebelde, que cansado
de horror y soledad, en el abismo
dó yace encadenado
por su traicion impía,
á Dios á nueva lucha ha provocado,
y al hombre arrastra á nueva rebeldía?

Sí, tú lo has dicho. Rompe la batalla
con redoblado empuje....
¿Por qué el bueno se oculta? ¿por qué calla,
mientras Satán en los abismos ruge?
No mas callar. Bajo la santa enseña,
que, nuevo Pablo, férvido tremolas,
contra el Titan, que sueña
los cielos escalar y se despeña,
luchen las nobles almas españolas.
Desde el estremo Oriente,
que el mar índico arrulla,
á quebrantar su frente
corres, la cruz tu escudo refulgente,
tu casco la cogulla.
Corre, sí. Dios los pasos endereza
del pié que evangeliza,
lo mismo en la ciudad que en la maleza.
Más que el indio tostado
que el Caraballo fiero
con sus bárbaros ídolos habita,
de Europa el habitante degradado
necesita el amor del misionero,

tu voz ¡oh misionero! necesita.
Sólo aquella sublime
virtud, que en el cristiano resplandece,
la dulce caridad, que llora y gime
por todo el que padece,
puede con blanda mano
en la asquerosa llaga
que cubre al infeliz linage humano,
verter el óleo del amor cristiano.
¿Hay bien que el hombre haga
sin el hierro y el fuego,
sin derramar la sangre de su hermano,
cuando se juzga ciego
ministro de la cólera divina?
Ven, sacerdote, ven; oye mi ruego;
ven antes que el tirano,
que á los pueblos sin Dios, Dios les fulmina.

Tesoros abundantes
de caridad y lágrimas, encierra
tu corazon; mas ¡ay! ¿serán bastantes
para llorar los males de la tierra?
¡Bendita aquella hora
fué que á la patria amada
te trajo de la selva encantadora
por el Pásig palmífero bañada!—
Allí el indio inocente
electrizado tu palabra oía,
que la tiniebla oscura de su mente,
como rayo de sol desvanecia.
¡*Padre!* su amor ardiente
un dia y otro dia

te aclamaba con labio reverente,
como al Dios que por tí ya conocia.
Mas rudo aquí que el bárbaro igorrote
cierra el hombre á tu voz alma y oido;
acaso para hablarle el sacerdote
tiene que disfrazar voz y vestido;
acaso te rechaza
cual mísero apestado,
ó á Dios y á tí os emplaza
á luchar con el Dios que él se ha forjado.

¡Un Dios mejor!... ¡Y el cielo bondadoso
puestas contempla sin arder en ira
por el hombre orgulloso
enfrente la verdad de la mentira!
¿Mejor, que el que tolera que le ultragen
los que sacó del polvo con su aliento,
les dió su propia imágen,
y á su obediencia puso el firmamento?
¿Un Dios mejor que el que concede al hombre
tanto poder y tantas maravillas,
y sólo pide que á su santo nombre
alce los ojos, doble las rodillas?
¿Un Dios que forma de su misma esencia
el alma casta y pura,
y del polvo á la frágil existencia
triunfos y goces sin cesar procura?
¿Un Dios, que para el bueno
se quita su corona,
y al malo busca de ternura lleno,
y su maldad perdona?
¿Un Dios que tiene fijos

siempre sus dulces ojos en sus hijos,
y abiertos ambos brazos
para exhalar su amor en sus abrazos?

¿Dónde ese Dios está, que el hombre absorto
por él al Dios del universo ataca?
¿Es de la ciencia ó del error aborto?
¿Mora en la catacumba ó la cloaca?
¿Qué profética lira le ha cantado
entre el rumor del Babilonio rio?
¿Qué vírgen le ha engendrado?
¿Qué incógnito pecado
viene del mundo á redimir impio?
¿Dónde el esclavo cuyos hierros quiebre?
¿Dónde el dolor que á consolar acude;
la sinagoga que su voz celebre,
y el odio misterioso que le ayude?
¿Qué civilizacion le espera, abiertas
de sus palacios de oro
las diamantinas puertas?
¿Dónde ese Dios mejor que el que yo adoro?

En vano alzas su altar hasta las nubes,
torpe filosofía,
que en el orgullo y la ambicion asientas.
Loca, digiste:—«La creacion es mia;
»el hombre es Dios. Adoren los querubes
»en el Dios que inventó mi fantasía;»—
y al hombre engañas y su mal aumentas,
¡Infeliz él no sabe
que Dios su error consiente

para que nunca de sentir acabe
la eterna maldicion sobre su frente.
Así mejor le llama;
así mejor le muestra la ponzoña;
que es su pecado cual estéril rama,
que en árbol verde sin cesar retoña.
Nocturno pasajero
que de fieras y abismos rodeado
vá sin luz por el bosque, vá sin guia,
en su valor fiado,
maldecirá su ceguedad impía,
cuando esté en el abismo sepultado...
¡Allí el dolor, el llanto, la agonía!

Preso en tus torpes lazos
¡oh ciencia impura de Babel herencia!
hace el mortal pedazos
su Génesis divino,
y proclama su propia omnipotencia,
y desconoce y niega su destino.—
Su pensamiento es Dios. El se dilata,
mundos y séres crea,
objetivado en la materia innata,
que es á par Dios-Materia y Dios-Idea.
Mitad de barro y oro
el ídolo deforme,
como el avaro guarda su tesoro
guarda en la nada su grandeza enorme.
¡La nada! ¡triste abismo!
por apartar al hombre de su boca
Dios le dió un alma copia de sí mismo,
y hoy esa ciencia loca

á caer al abismo le provoca.
Abre la flor su cáliz
mirando al almo cielo;
el ave peregrina
al alto tiende el vuelo;
su ingente cabellera
eleva á las alturas
la chispeante hoguera;
hasta al brotar la planta
al cielo se encamina,
en direccion al cielo se levanta;
mas.... ¡ay de tus hechuras,
generacion mezquina
del brutal Endovélico bifronte,
que esa senda divina
cerrada ven, sin luz, sin horizonte!
Horno inmenso y profundo
dó hierve la materia hija del lodo,
ella es alma del mundo
molde, estátua, cincel, artista.... ¡y todo!
Vil sierva la sustancia
del sol, que la fecunda con su aliento,
crece, se desarrolla, y transfigura
de lo selecto la infusion oscura,
que en sus entrañas guarda el firmamento.
Aquella seleccion, mezcla esquisita
de cuanto puro la materia abarca,
como en crisol se funde y precipita
para formar al hombre, su monarca....—
¡Misterio vil, sin nombre!
¡de piedra á vegetal, de mono á hombre!!!....
El alma sensitiva
no flor que sobre el tallo brota y crece

mirando para arriba;
es la última forma progresiva
que toma el barro que en el horno cuece.—
¿Cómo al misterio, de la ciencia agravio,
el hombre tanto fia,
porque su vano orgullo lisonjea,
y niega audaz su labio
los misterios del hijo de María,
aunque le pide el alma que los crea?

Risa feroz ostiga
la boca desgarrada,
que la razon castiga
la locura con triste carcajada.
¡Ah! ¡si estos desvaríos
no te costasen, pátria idolatrada,
lágrimas á torrentes, sangre á rios!...—
Hombre, mónstruo de orgullo ¿estás contento?
las torpes alas tiende
tu loco pensamiento,
¡y porque al Dios del cielo no comprende
forja en la tierra un Dios tu atrevimiento!
¡El ser hijo te humilla
de Aquel que en tu hermosura se retrata,
y al tierno soplo que animó tu arcilla,
esa ciencia prefieres insensata!
Quieres ser Dios, ¡y empiezas
tegiéndote una cuna
de lodo y de impurezas!
Reniegas una á una
las glorias de tu Padre cariñoso,
y abolengo te ofrece la fortuna

burlesco y afrentoso....
¡Gran rey, salve! en tu trono
copia ve de su nido la cigüeña....
¡Salve mil veces, salve,
nieto del vegetal, hijo del mono,
biznieto de la peña....
la ortiga tu laurel, tu alfombra abono,
tu porvenir ser cántaro ó ser leña....

¡Dios de bondad! escucha los clamores,
que á tu mansion los buenos
alzan desde este abismo de dolores,
de compasion y de amargura llenos.
En buen hora tu ira
el que conoce su pecado pruebe;
caiga la torpe mano
que un Dios grotesco á fabricar se atreve;
pero ten compasion, Dios Soberano,
de aquel que no te mira,
porque le ciega un velo de mentira.
¡Pueblo infeliz! si todo es vana sombra,
sueño, ilusion, quimera,
que desvanece el labio que lo nombra,
en este mundo de dolor ¿qué espera?
¿Qué espera aquella alma
que dentro de él ansía
vivir en lo infinito,
cernirse en otra esfera
de perdurable calma,
y en dulce sueño del Señor bendito,
tanta dicha gozar, tanta alegría,
que su lengua jamás la explicaria?

De aquella misteriosa
divina luz, que vaga
en su ser, y lo alegra ó lo entristece,
cuando flores ó abrojos
encuentra en su camino,
¿qué hacer, si es débil luz que un soplo apaga?
¿Si es materia asquerosa,
que como el cuerpo vil desaparece?
Mísero esclavo de fatal destino,
¿por qué ha de levantar á Dios los ojos,
si en el mundo no más, goza y padece?

Presa de atroz delirio
de sus pasiones el volcan estalla,
que es la vida sin Dios largo martirio,
con el dolor cruelísima batalla.
Misterioso dolor, dolor interno,
que allá en el alma siente,
que sus entrañas roe,
cual de acerada sierra
el afilado diente....
la cruz de su mision sobre la tierra,
la cruz de sus pasiones siempre en guerra....
Como el dolor eterno
alivio no consiente,
brama y ruge de cólera impotente.
Sangre de sus hermanos
es su última esperanza,
y en ella tiñe las ansiosas manos,
y crece su dolor con la matanza.
Familia, propiedad, derechos, leyes,
todo lo rompe, todo lo atropella,

Pontífices y Reyes,
materno amor, virtud de la doncella....
luto y desolacion marcan su huella.
El incendio es su luz; los huracanes
música á sus oidos;
pueblos ardiendo en hórridos volcanes
deleitan sus sentidos;
que en su triste maldad y su miseria,
con lágrimas, con sangre y estallidos
fundir quiere de nuevo la materia.

¡Amor y religion! ni en la espesura
faltan del bosque un dia,
que de horror y de tédio la natura
lánguida espiraría.
Cuando el salvaje adora
al primer ave que en la selva canta,
al autor de la luz, y de la aurora,
por instinto su espíritu levanta.
¡Familia! ¡dulce amor! ¿quién desterrarte
del pobre corazon bárbaro espera?
cuando la presa con sus hijos parte
ruge de gozo en su cubil la fiera.
La palma del desierto solitaria,
al silbar el simun en su corona,
á su amante dirige su plegaria,
que acaso crece en apartada zona;
y el viento cariñoso
la lleva entre sus pliegues,
donde el amante en lúbrico desmayo
retoños de su amor espera ansioso
para el florido mayo.

¿Quién mas libre que el pájaro nacido
entre brisas y flores
y no consiente profanar su nido,
ni consiente rival en sus amores?

No fué, no fué, del vándalo y alano,
la barbárie mayor cuando venia
por impulso movido sobrehumano,
á extirpar del romano
la torpe idolatría.
Honró el templo de Júpiter tonante
de la cruz el simbólico madero;
su cadena infamante
rompió el esclavo para ser pechero,
y la dulce mujer, la frágil *cosa*,
fué madre, hermana, esposa.
De Muza y de Tarif los bereberes,
á quien la hiena por modelo toma,
odaliscas hacian las mujeres,
y los templos mezquitas de Mahoma.
Siempre benigno el cielo
en el amargo cáliz
de una barbarie nueva,
derramó alguna gota de consuelo,
para aliviar al triste que lo beba.
El mas bárbaro Atila,
que como rayo de las nubes cae,
al mundo que aniquila
algun progreso trae;
que es del Señor azote,
y Él traza su camino,
hasta que el hombre agote

la redentora hiel de su destino.—
¡Oh siglo en que nací!.... yo te contemplo
mudo de horror, tu perversion me arredra;
nunca vió el hombre derribar el templo
para adorar la piedra.
Nuevos Atilas que engendró el averno,
bárbaros del error y la mentira,
¡atrás! no sois azotes del Eterno;
vuestra mision es cólera y es ira
de una ciencia impotente que delira.

¿Qué progreso traéis? Sobre los rios
de la infernal desolacion ¿qué flota?
cuerpos sin almas, esqueletos frios,
presa el hombre de nuevos desvaríos,
más lleno el cáliz que jamás se agota.
¡Al horno! ¡al horno la materia impura,
que salga del crisol regenerada!
¡profanacion! ¡locura!
monos.... reptiles.... nunca la criatura,
nunca la creacion.... ¡siempre la nada!
Las puertas de los templos se cerraron,
las puertas de las cárceles se abrieron,
que los vicios triunfaron,
y las virtudes al desierto huyeron.
¡Quemad! ¡romped! ¡aniquiladlo todo!
será vuestra victoria
de ese crisol de lodo
vicios nuevos sacar y nueva escoria.

Ciñéndose la palma
de destructor de Dios, dice el ateo:
—«La materia es la vida y es el alma.
»No hay más verdad que lo que toco y veo.»
Barco sobre el abismo
que sin piloto ni timon navega,
torpe Dios de sí mismo,
la materia á perpétuo cataclismo,
su alma á perpétua agitacion entrega.
Sin familia, sin Dios, sin pátria acaso,
hijos de todas y de todos hijos,
sin norte, sin ocaso,
sin cielo en que tener los ojos fijos;
taifas salvajes, borrascosas olas
de estériles arenas,
yermos se tornarán á vuestro paso
las feraces campiñas españolas;
y del progreso que traeis emporio
será, espléndida corte,
de peñas el mas alto promontorio,
que algun volcan en erupcion aborte.

¿Y tú consentirás, Dios verdadero,
que de tu amor profundo
la obra se tronche como seca rama?
¿Ni amor ni compasion te inspira el mundo?
¿No eres ya aquel Pastor, que á su cordero
con dulces voces sin descanso llama?
¿Estalla aterradora
tu cólera divina?
¿Ha sonado la hora?....
¿Acaso el Antecristo se avecina?

¡A! no, no, que la tierra
no engendra mónstruos sólo,
ni te lanzan, mi Dios, gritos de guerra
en uno y otro polo.
Hasta la pátria huérfana, infelice,
de Alfonso y Recaredo
viva guarda la luz del santuario,
que el filósofo sólo te maldice,
y sólo algun blasfemo temerario
huye tu altar.... de miedo.
Ni la ciencia gloriosa
por tus altos misterios consagrada
ha perdido la huella esplendorosa
de Teresa, de Cano y de Granada.
Aún hay quien su cabeza
aplaste á la serpiente,
quien de tu fé mantenga la pureza,
y ataje de los vicios la corriente.
Liras que en el desierto
cantan tu amor en célicas canciones,
que alegran las riberas del Mar muerto,
y resucitan muertos corazones.
Ciencia que por tí vive,
que sólo al cielo mira,
como de tí su inspiracion recibe
el dulce amigo que mi canto inspira.

Ven, misionero, ven. Tu voz acalle
el infernal aullido
de ciudad en ciudad, de calle en calle,
dó suene una blasfemia ó un gemido,
donde una chispa estalle.

Ven, antes que el tirano
que ya fulmina la terrible espada
en la sangrienta mano,
que en tierra de impurezas abonada
primero que la flor nace el gusano.
Del incrédulo apóstol cuyo nombre
en su preclaro sucesor adoras (*),
puedes llevar la conviccion al hombre
con aquellas palabras tronadoras:
—¡*Yo lo ví!* ¡*Yo lo ví!* ¡Maldito fruto
«dá la maldita ciencia,
»que niega á Dios tributo,
»y emponzoña del hombre la existencia.
«Por palma vil ofrece á su martirio
»nuevo horror, nuevo insulto, nuevo ultraje,
»aborto de ignorancia y de delirio,
»la libertad salvaje del salvaje.
»La conozco muy bien. El indio bravo
»en los incultos mangles de Occeanía,
»de esa ominosa libertad esclavo
»amar y bendecir me hizo la mia.
»Siembra su arroz donde le dá la gana;
»cuelga de un árbol, como el ave, el nido;
»engendra con su madre ó con su hermana,
»y muere sin saber cómo ha vivido.»

Ven, sacerdote santo,
con tu amorosa voz y tu fecunda
ciencia, á enjugar el llanto,

(*) Discípulo de la Universidad de Santo Tomás de Manila, el P. Gonzalez es entusiasta partidario de la filosofía tomista, y ha escrito sobre ella un libro monumental.

que el dulce rostro de la pátria inunda.
Yo desde la otra vida
bendeciré tu nombre,
si á mis hijos la herida
cierras que hoy pudre el corazon del hombre.
¡Ah! muera yo mañana
como sabiendo muera,
¡prendas del corazon! que no os espera
viciosa juventud, vejez temprana,
el tránsito de hielo
del que sólo vé el éter en el cielo....
la nada del estúpido ateismo....
caer como una piedra en el abismo.

V. Barrantes.

Badajoz.—1873.

Á LOS DEFENSORES DE LA VERDAD

¿INSPIRA mis canciones
La torpe adulacion ó el soplo vano
De la soberbia humana,
Que esculpe en sus blasones
Glorias que el tiempo en su furor devora?...
¡Ah, no! que soberana
La gloria del Señor dominadora
Alienta en mi cantar,... y refulgente
La miro fulgurar en el destino
De ese Sábio eminente,
A quien el mundo aclama Zeferino.

Que no quiero cantar esas grandezas
Del que en lagos de sangre su corona
Baña triunfante en las guerreras lides;
Ni inspiran mis acentos las proezas
Del altivo magnate, que pregona
Su claro orígen, que quizás mancilla;
Los nobles adalides
De la verdad, ¡de la verdad hermosa!

En cuyas frentes laureadas brilla
La luz esplendorosa
Del Verbo del Señor, Verdad primera,
Hoy mi alma subyugan; hoy los veo
Correr triunfantes la celeste esfera,
Y cual vision felice del deseo,
Como sueño de gloria que fascina,
Monstrar al hombre su saber profundo,
Y, ecos no más de la verdad divina,
Tender sus alas por el ancho mundo.

¡Mirad! ¡mirad! Criada
En las regiones de la luz bendita,
Con la suprema ciencia desposada,
¡Infeliz! llora su beldad marchita
La triste humanidad; y recordando
Su pasado glorioso,
Alza el Empíreo su abatida frente,
Y mira allí esplendente
Brillar la luz, cuyo esplendor divino
¡Ay! ya no alumbra sus cansados ojos.
Mas ved, como afanosa en su camino
Aún respira inmortal; aún se percibe
Fúlgido en su pupila
Un destello de Dios: aún alas tiene
Para volar: y si al tender el vuelo
De su ventura al anhelado cielo
Agítase febril, tiembla, y vacila,
La diestra del Excelso la sostiene.

¡La razon! ¡la razon! de lumbre y fuego
Antorcha fulgurante

Que en su poder y su soberbia ciego
Lleva erguida en sus manos un gigante,
Que ora al cielo se encumbra
Y al mismo sol con su explendor deslumbra,
Ora vano fiando en su pujanza
Atrevido se lanza
Por el espacio inmenso de la historia,
Dejando, como rastros de su gloria,
Sólo torpes pasiones,
Luchas de destruccion, venganza é ira,
Con que adorna blasfemo sus pendones
El genio destructor de la mentira.

¡Cumbres del Himalaya,
Que á vuestros piés floridos
Vísteis nacer la ciencia misteriosa
De los hijos de Brahma, adormecidos
Al soplo muelle de natura hermosa!
¡Sacros muros de Atenas,
Que visteis desplegarse en vuestro suelo
Con sus triunfos, sus galas y primores
De vuestros sabios el ardiente anhelo!
Y vosotras, ¡serenas
Regiones de la Italia, que admirasteis
De Séneca y de Tulio los fulgores!
Vosotros, todos... ¡templos consagrados
De la verdad al amoroso culto,
Que conservais los nombres afamados
De los héroes gloriosos de la ciencia!...
Hoy os llaman los ecos de mi lira....
Hoy mi voz os evoca,...
Y ante el fallo inmortal de la conciencia,

En la santa verdad puesta la mira,
Por lo que á Dios y á su justicia toca,...
Decidme: ¿qué lograron
Vuestros genios famosos,
Cuando al cielo mirando desdeñosos,
En el estrecho cerco se agitaron,
Donde su impuro aliento
Vertió el humano orgullo
Anublando la luz del pensamiento?...

Dudas, cavilaciones,
Luchas sin fruto, en que el error infando
Hizo sabias creerse á las naciones,
Escuelas contra escuelas levantando.
Desprecio del Señor, llanto y miseria
En que ya la razon, fantasma inerte,
El espíritu atando á la materia,
A la santa verdad condenó á muerte,...
E hizo al hombre pensar, en su egoismo,
Que era igual... á Dios mismo!!

Mas en la etérea esfera
Despliégase triunfante
De genios del saber ilustre coro.
Allí mi mente admira placentera,
Como estrellas de un cielo rutilante,
De los hijos de Adan prez y decoro,
Al egregio Agustino,
Y al que Sol de la Iglesia fué aclamado
Claro Tomás de Aquino.
Y allí miro brillar inmaculado,
Como foco infinito de esplendores,
Al Verbo celestial, Amor de amores,

Que de su vista al penetrar intenso
Muéstrase eterno, inmenso
Las criaturas todas alumbrando,
Y á sus queridos siervos inspirando.

Allí tambien te veo,
Para luz de la ciencia, para gloria
De la nacion hispana,
¡De la grey de Guzman noble trofeo!
Ceñido con la fúlgida aureola
De Defensor de la verdad cristiana.
Allí, perla purísima, se eleve
Mi cantar, esmaltando tu diadema,
Que el mundo todo en su entusiasmo apruebe.
Allí mi voz te canta, Zeferino,
Timbre inmortal del Clero filipino,
Gigantesca lumbrera
Que brotó del retiro en las mansiones;...
Que allí brillando en majestad severa,
Dices con voz potente
A esta ilustre Academia del Oriente,
Y al universo entero....
«Si es brillante el laurel de mi corona,
»Si la luz de los genios reverbero,
»Es porque de Tomás la clara ciencia
»Con su sublime resplandor me abona;...
»Es porque de su frente
»Un rayo salvador bajó á mi mente;
»¡A Él solo dadle gloria,
»Que por Él será eterna mi memoria!!»

Fr. Evaristo Fernandez Arias.

AL SANTO Y SABIO DOCTOR
ANGEL DE LAS ESCUELAS.

Mirabilis Deus in Sanctis suis.
Psalm. 67. *v.* 36.

ANGEL en inteligencia,
En puro amor Serafin,
Nuevo Job en la paciencia,
Modelo acabado, en fin,
De humildad y de inocencia:

Cisne que con raudo vuelo
Sobre las esferas subes,
Para aprender en el Cielo
La ciencia de los querubes
É importarla á nuestro suelo.

Águila que en las alturas,
Cabe la Fuerza Creadora,
Á la luz de esencias puras
Con mirada escrutadora
Examinas las criaturas;

Y viendo en clara intuicion
Sus múltiples variedades,
Modos de ser y razon,
Relaciones, propiedades....
Dominas la creacion.

Potente sobremanera
Tu inteligencia preclara
Abarca la ciencia entera,
Y aun el ángel te envidiara,
Si de envidia capaz fuera.

Para que á grandeza tanta
Perfil alguno no falte,
Tu alma corona abrillanta,
Cual rico y precioso esmalte,
Una modestia, que encanta.

De uno á otro confin del mundo
Serás por ende admirado,
Cual portento sin segundo;
De virtudes un dechado,
De ciencia abismo profundo.

Si en el santo ministerio
Sacerdote santo eres,
Y ejemplo en el monasterio,
Honra no menor adquieres,
Ejerciendo el magisterio.

Por mas tiempo ya ocultar
El mérito no se pudo;
Que han comenzado á sonar

Los bramidos del «Buey Mudo»,
Que al orbe habrán de asombrar.

En París, el gran emporio
Del saber y la elocuencia,
Bien pronto te haces notorio
Por tu palabra y tu ciencia
Ante escogido auditorio.

Perlas despiden tus labios,
Brillantes brota tu pluma;
Y á la verdad no hago agravios,
Si digo que por tu *Suma*
Eres sabio entre los sabios.

Esa tu obra peregrina,
Verdadera Enciclopedia
De ciencia humana y divina,
La noche de la Edad Media
Con sus luces ilumina;

Y las distancias salvando
De los siglos y naciones,
Seguirán iluminando
Sus puras irradiaciones,
Errores mil disipando.

Cuando impedir más anhelas
De tantas prendas la fama,
De la fama en alas vuelas,
Y el orbe entero te aclama
«Maestro de las Escuelas»;

Y la Iglesia su Doctor,
Doctor no menos que Angélico,
Y sol, cuyo resplandor
Al vasto campo evangélico
Ilumina y dá esplendor.

De tus obras la valia
Por siempre atestiguarán
En Dante la Poesía,
La Pintura en Zurbarán,
Y en Cano la Teología.

Que esos génios inmortales,
Y otros que fueron y son,
En abundosos raudales
Bebieron su inspiracion
De tan puros manantiales.

¿Qué teólogo, ó letrado,
Filósofo, ó publicista
Tus obras no ha consultado?
Aun el vate, y el artista
En ellas se han inspirado.

De esos rios caudalosos,
Como arroyos cristalinos
Sacan los Balmes, Donosos,
Los Ortí, los Zeferinos
Sus escritos valíosos.

Por tus obras obtuviste
Tal galardon—y esto baste—
Que del mismo Dios oiste:

«Tomás, de Mi bien hablaste;
Y bien, Tomás, escribiste».

Habló la voz inefable!
¿Qué podrá decir despues
La criatura miserable?
Solamente que «Dios es
En sus Santos admirable».

Joaquin Sanchez Garcia.

AL P. ZEFERINO

ODA.

GLORÍATE en buen hora
¡Oh hija de Guzman! madre fecunda
De varones ilustres; y que ahora,
Ilustre sin segunda,
De la ciencia te ostentas dictadora.

Que el hijo que engendraste
En tu fecundo seno y le nutriste
Con tu propia sustancia; al que criaste
Y ciencia y nombre diste,
Hoy de gloria en el trono contemplaste.

Dó con potente mano
Condújole el Señor que le eligiera
De su sabio decreto en el arcano,
Para que guía fuera
En la ciencia y el bien del pueblo hispano.

«¡Oh Padre! Reservado
Os tiene nuestro Dios para su gloria
A destinos altísimos; honrado
Sereis: guardad memoria,
Y orad por mi ya en ellos colocado». (1)

Asi la vírgen pura
Te dijo ¡oh gran Gonzalez! que tornara
De la eterna mansion de la hermosura
Al suelo que dejara
Por gozar de la Gloria la dulzura.

Y su anuncio cumplido
Vióse en breve. Y Córdoba y Sevilla
Por su Pastor te vieron elegido;
Y luego, ¡oh maravilla!
A Toledo tambien fuiste ascendido...

¡Miradle! En su semblante
La llama de la ciencia centellea,
Y osténtase en su vista penetrante
El fulgor de la idea
Que ilumina su genio de gigante.

Gigante, cuya pluma
Produjo los *Estudios* inmortales
De la ciencia de Aquino, bella suma
De esfuerzos celestiales
Cuya profundidad al sabio abruma.

---

(1) Alude el autor á un suceso ocurrido al P. Zeferino con una monja de Sta. Catalina de la familia de Alcuaz, la cual, despues de muerta, á juicio de las que la asistian, volvió en sí, anunciando al P. Zeferino, su confesor, lo dicho arriba.

Y luego la escondida
Senda de la verdad mostró afanoso
A la española juventud florida
Con su compendio hermoso
De la ciencia cristiana, no vencida.

Y en su inmortal *Historia*
Mostróle los caminos que siguieron
Los genios todos de inmortal memoria,
Que en este mundo fueron,
Dignos de execracion ó de la gloria.

En él brilló la aurora
Y sol de la verdad. Ved cual se aclara
De España el horizonte que en mal hora
El error enturbiára
Por medio de una ciencia destructora.

Por eso levantado
Al cúlmen de la gloria ora se vido
Por nuestro bien. ¿Mas quién, quién lo ha engendrado?
¿De dó, de dó ha salido?
¿Quién del saber la vena le ha mostrado?

¡Honradla! que en su seno
Le llevó de Guzman la Hija querida.
Ella á beber le dió, de dulzor lleno,
El jugo de su vida,
De verdad inmortal caudal sereno.

Y aquí en estos remotos
Confines de la tierra fué creciendo;
Manila le vió absorta los ignotos

Problemas resolviendo,
Cuál vió España otro tiempo á los dos Sotos.

Y tu, Pasig divino,
¿No paraste tu curso violento
Negándole el tributo al mar vecino,
Por escuchar atento
La sabia voz del Padre Zeferino?

Cerrad, cerrad la boca
Los que al fraile llamais un ignorante.
¿Veis á Gonzalez cuál al cielo toca?
Así se hace gigante
El fraile humilde cuando á Dios invoca.

El pecho en dulce calma,
Fija la vista en Dios y en su conciencia,
La luz de la verdad penetra su alma,
Y de profunda ciencia
Conquista siempre inmarcesible palma.

Que nunca el cielo niega
Mirar al trono dó verdad se ostenta
Al que huye el mundo y del placer reniega;
La fé viva le alienta,
Y á Dios su puro corazon entrega.

Por eso, Madre mia,
¡Oh Madre de mi amor! ¡oh dulce España!
Permíteme te nombre. Lució el dia
Del bien ¡baste de saña!
¡Escucha atenta al que el Señor te envia!

Y sean tus blasones
Los claustros proteger dó paz se encierra;
Y tu verás surgir claros varones,
Asombro de la tierra,
Cual los Canos, Granadas y Leones.

Los cuales imitando
Del Padre Zeferino el gran ejemplo
Irán los frutos de su ciencia dando...
¡Su fama ya contemplo
De la tierra los ámbitos llenando!

Fr. Miguel Rubin de Celis.

SALUDO Á ESPAÑA

RECITADO.

CUANDO entre los azares, las olas y neblinas,
De su esperanza en alas y de su gloria en pos,
De España los bageles, cual aves peregrinas,
Su vuelo detuvieron, aquí, en las Filipinas,
Que como justo premio les deparara Dios;
De los azules mares, gallardas, sus ondinas
Salieron ruborosas, sus cabelleras finas
Dejando, por los aires, risueñas ondear,
Y de sus dulces bocas, pequeñas, purpurinas,
Amantes exhalaron dulcísimo cantar.

«Miróse cumplida la bella esperanza
Que el pecho alentara de gloria y de fé
¿A donde, Dios mio, tu mano no alcanza?
¡Tu santa promesa cumplida se ve!
Tu hermosa doctrina, dijistes, un dia
Feliz anunciara gloriosa nacion,

¡Hoy en nuestro suelo derrama alegría,
Grandioso ondulando, su egregio pendon!

Sol esplendente, luce risueño
Sobre las olas del manso mar;
Sigan las olas, con tierno empeño,
Acompasadas, nuestro cantar.
Auras benditas, que vuestras alas
El aire baten con dulce son,
Si del espacio cruzais las salas,
Llevadle á España nuestra cancion.»

Callaron las ondinas; sus cabelleras blondas
Hundieron de los mares en las revueltas ondas,
Y luego las volvieron airosas á agitar,
Mostrando sus espaldas, eburneas y redondas,
Cubiertas con la espuma del azulado mar.

Hoy, como en el pasado, felices y graciosas,
Alzan, de nuevo, al cielo dulcísima cancion;
En ella derramando, cual las purpureas rosas
Su embriagador perfume, sus ansias amorosas,
Con nuevo, nunca oido, inimitable son.
Y surcan sus acordes las olas rumorosas,
Con ímpetu gigante, con elocuente afan,
Y van á las de España, riberas deliciosas,
Cual de los pequeñuelos las manos cariñosas
Hácia su tierna madre, enamoradas van.

«¡Oh! España que, triste, contemplas perdido
Tu ayer respetado, soberbio explendor,

Dirige á nosotras tu rostro afligido....
¡Quizás consolemos tu inmenso dolor!
Aquí en nuestras auras, tu llanto resuena,
Retiembla tu suelo, se siente crugir....
¡Tal vez déstrozado tu pecho de pena,
Sin cetro y sin gloria, te sientes morir! (1)

Mas no desmayes ¡oh madre! espera
Que alivie el cielo tu negro mal,
Hoy que, de nuevo, surge en la esfera
De las alturas luz celestial
Ella ilumina de tu destino
La ruta, y quiere ¡noble blason!
Que el grande ingenio de Zeferino
Brille en tu suelo cual rico don.»

Hoy, cual de las ondinas, se elevan de este suelo
Himnos de paz que tienden, espléndido, su vuelo
Para su patria ansiosos de gloria y bienestar....
¡Los grandes corazones quieren en su desvelo,
Hasta la noble España sus lágrimas llevar!

J. M. Garcia.

(1) Como se ve, el autor alude á los terremotos últimamente ocurridos en Andalucía.

LA GLORIA DE MIS MONTAÑAS

QUE vuelva, sí, á mis manos la ya olvidada lira.
¡Recuerdos de la Pátria que guarda el corazon,
Dulcísimas memorias, dó amor el alma aspira,
¡Sed hoy de mis acentos la sola inspiracion!!

El génio esclarecido, que de la madre España
Las ya pasadas glorias, nos hace recordar,
Humilde cuna tuvo allá en la astur montaña,
Es gloria de mi pátria, orgullo de mi hogar.

Desde risueño valle de cesped tapizado,
Ceñido de altas sierras que su corona son;
Recinto delicioso de ambiente perfumado
Que esconde sus tesoros á orillas del Nalon:

Oscuro, débil niño, en cuya frente oscila
Del génio, sacra llama, palpita de placer,
En la empinada cúspide clavada la pupila,
El claro sol naciente contempla aparecer.

Y ante la luz espléndida del orto peregrino
Precoz su inteligencia, que ilustra antigua fé,
Formula el pensamiento que fija su destino:
«La luz viene del cielo; allí la buscaré.»

Del cláustro solitario traspone los umbrales,
Pues sabe que es el cláustro la senda del Eden;
Allí de las virtudes los santos ideales
Persigue y de la ciencia el codiciado bien.

Que la impiedad en vano, de las cristianas glorias
El refulgente brillo pretende oscurecer;
Que el cláustro, como en tiempo de Canos y Vitorias,
Es hoy, y será siempre el templo del saber.

Allí, cabe al santuario, bajo tranquilo techo,
De mundanales ruidos ageno al estridor,
De solitaria celda en el recinto estrecho
Conságrase á la ciencia el jóven pensador.

El Sér único y trino de vida eterna fuente,
El bien y la belleza, la idea, la verdad,
El tiempo y el espacio girando eternamente
En órbita infinita de inmoble eternidad.

El hombre, sus destinos, las leyes de su historia,
Su soberano orígen, su oscuro porvenir...
¿Por qué de luz y sombra, por qué de cieno y gloria
Formado el hombre arrastra tan mísero vivir?

Terrible interrogante, que nuestra mente abruma,
Abismos que tan solo la fé puede alumbrar.
Problemas tenebrosos que en prodigiosa *Suma*
el Angel de la Escuela logrado ha declarar.

¡La Suma! *Non plus ultra* de humana inteligencia,
El foco dó sus rayos concentra toda luz,
Eterno monumento de la cristiana ciencia,
Dó brilla esplendorosa la redentora Cruz.

En sus severas páginas el gran Doctor de Aquino
Cifró de toda ciencia la última expresion;
Allí el profundo genio del Padre Zeferino
Halló á todo problema completa solucion.

Esas brillantes obras que brotan de la pluma,
Del hoy tan aplaudido Filósofo español,
Son rios cuyas fuentes se encuentran en la Suma,
Son soles que reflejan los rayos de otro sol.

Allí tienen su orígen los títulos de gloria
Que exhibe ante la ciencia el sabio Cardenal;
Sus célebres *Estudios*, su renombrada *Historia*,
De su preclaro nombre glorioso pedestal.

Allí templa sus armas el paladin cristiano
Al descender al campo dó luchan con ardor,
La fé que debe al cielo orígen soberano
Y el insensato orgullo, orígen del error.

Terrible es el combate, tenaz la resistencia,
¡Primado de la España! que Dios contigo esté!...
El triunfo será tuyo, pues tienes por herencia
Allá de Covadonga la triunfadora fé.

Fr. Francisco J. Valdés.

¡RECUERDOS!

EN el confin risueño del oriente
Al regio amparo del pendon hispano,
Un pueblo vive que jamás su frente
Al yugo dobla de poder tirano.

Arrebatado al piélago iracundo,
De luz y amor el alma enardecida,
Besó la Cruz del Redentor del mundo,
Paz á su sombra respirando y vida.

De dulce calma al bienhechor halago,
La ánsia febril de libertad ignora
Que, de las llamas al horrendo estrago,
Del viejo mundo el corazon devora.

Grande y dichoso en sus modestos lares,
El alma llena de piedad sencilla,
Tan sólo adora á Dios en sus altares,
Y en el mundo la Enseña de Castilla.

Que desoyendo el mundanal ruido,
De Jesucristo las divinas leyes
Aprendiera á enlazar, siempre rendido,
Con la voz soberana de sus reyes.

Hoy de ese pueblo el corazon palpita
Henchido de esperanza y de ventura,
Y ante una idea que su mente agita
Un nombre ilustre con placer murmura.

Y és que del sabio y pensador profundo
La justa fama y merecida gloria
Dulces recuerdos, al llenar el mundo
Evocan de otra edad en su memoria.

Y ante sus ojos álzase brillante
Del sabio religioso la figura,
Y aún cree repetir la voz amante
Que ¡padre! le aclamara con ternura.

En estas playas resonó su acento,
Honor y gloria conquistó su ciencia,
Y al irradiar la luz su pensamiento
De altas virtudes difundió la esencia.

Agradecido el corazon no olvida
Al tierno apóstol que enjugó su llanto,
Y amoroso vertió raudal de vida
De su palabra al inefable encanto.

Que ora del templo los espacios llena
En nombre del Señor su voz potente,
Y su elocuencia el ánimo enajena
Arrebatando á la asombrada gente.

Ora atendiendo de la flébil alma
Al secreto dolor con tierno celo,
Devuelve al triste la anhelada calma
En la divina fuente del consuelo.

O ya los rayos de esplendente lumbre
Vívida lanza su profunda ciencia,
De la verdad á la sublime cumbre
Elevando á la humana inteligencia.

Por eso atravesando la corriente
Fugáz del tiempo, el pueblo filipino
Cantará con amor siempre creciente
El renombre inmortal de Zeferino.

Y de ese pueblo los amantes hijos
Del génio ilustre al recordar la historia,
En su grandeza con los ojos fijos
Llenos de amor bendicen su memoria.

Y unidos todos con los dulces lazos
De una fé y una paz que Dios inspira,
A España tienden los amantes brazos
Aclamando al varon que el orbe admira.

Y hasta el sublime pedestal de gloria
Que á su renombre el universo eleva,
El aura en prez de su brillante historia
De este confin el homenaje lleva.

¿Podrá entre tanto el generoso vate
Al grave peso del dolor rendido
Ahogar la llama que en su pecho late
Dando su nombre á vergonzoso olvido?

¡Oh, no será! que al fecundante rayo
Que al orbe lanza el luminar del dia
Se alza arrogante del letal desmayo
La flor que marchitó la noche umbria.

De nueva luz al vívido torrente
Que ansioso aspira el corazon herido,
Ora recobra mi agostada mente
Los viejos bríos del vigor perdido.

Y ante una imágen que en mi frente oscila
¡Grata ilusion, que acarició el deseo!
En luz bañada la viváz pupila
Un nuevo mundo de esperanzas veo.

Escarnio, un tiempo, el cándido ropaje
Que el héroe viste, al ofuscado mundo,
Hoy ese mundo el férvido homenaje
Justo le rinde de su amor profundo.

Sobre la sangre y ruinas del pasado,
Sublime el génio del saber fulgura,
Que de la ciencia y la virtud ornado
Nuevos laureles á su pátria augura.

Y alza su voz; y extáticos los reyes
Del pensamiento escuchan de su labio
Las salvadoras, infalibles leyes,
Que su rumbo feliz marcan al sabio.

¡Oh cuán dichosa la memoria mia
Recuerda el tiempo de mi bien pasado,
Cuando inocente el corazon se abria
De la esperanza al porvenir dorado!

El alma, apenas á la luz nacida,
En cada rosa que brotaba el suelo,
De dulces sueños al rumor mecida,
Embriagada de amor soñaba un cielo.

¡Cuánto en aquella edad la vida es bella!...
Al despuntar la rubicunda aurora,
Cuando la lumbre que su sien destella
Del horizonte los espacios dora;

Cuando el aura gentil batiendo el ala
En el pensil ameno se desliza,
Y grato aroma perfumado exhala
El puro cáliz de la flor que riza:

Cuando henchidas de amor lanzan al viento
Dulces querellas las canoras aves,
Y al tierno son de enamorado acento
El alma arroban con sus trinos suaves;

Cuando en los dias del florido Mayo
De fresco arroyo al plácido murmullo
Abre, del sol al fecundante rayo,
Temprana rosa el trémulo capullo;

Todo en aquella edad que el alma llora,
Todo revela al corazon del niño
Que aún las espinas de la tierra ignora,...
Un mundo de ilusion y de cariño.

Y cuando el alma de venturas llena
De amor hermoso el horizonte mira,
Y al desengaño y la pasion ajena
Las puras auras del placer aspira;

Allá en la oscura y silenciosa estancia
Donde habla Dios al ánima inocente,
Como flor de purísima fragancia,
Un ángel tutelar halló mi mente.

Angel hermoso, que alfombró el camino
De mi existencia, y me tendió su mano,
Y ante las aras del amor divino
Me estrechó tierno, y me llamó su hermano.

Él hizo descollar sobre mi frente
De la verdad el fúlgido destello,
Y me hizo ver espléndido y riente
De la virtud el horizonte bello.

Él desplegó á mi vista los encantos
Que la Santa Sion guarda á sus siervos,
Y me pintó los duelos y quebrantos
Con que el Justo castiga á los protervos.

Él me hizo amar los púdicos fulgores
Que la humildad derrama sobre el suelo,
Y despertó en mi pecho los ardores
Que al tímido mortal alzan al cielo.

Él guió mi existencia: ¡prez y gloria
Le consagra mi pecho agradecido!
Que vivirá su nombre en mi memoria
Mientras dé el corazon sólo un latido!

Que sólo á vos ¡oh regio purpurado!
Y á tu constancia y paternal desvelo
Allá en el tiempo que pasó, fué dado
Mi frente iluminar con luz del cielo.

Sí; que inspirada en tu saber profundo
De mi carrera en la estacion florida,
Pudo mi mente traspasar el mundo
En ánsia de verdad, de luz y vida.

Y tu alta ciencia que del cielo emana
La ví luchar en colosal pelea
Con el error y la soberbia humana,
Que en su impotencia contra Dios bravea.

¡Más nó! que es sombra de ilusion mentida
Del vergonzoso error la pompa vana;
Y ya que el crimen engendró su vida,
Si hoy florece, morirá mañana...

Y ví al orgullo por dó quier vencido
De la verdad al fulminante rayo,
Y en sangre tinto el corazon herido,
Velar su frente funeral desmayo.

Aún parece que escucho de tu labio
Sublime el eco, que en la infancia mia
Oí, cuando á tu nombre, ilustre sabio,
Un mundo de laureles sonreia.

Tierno mi pecho de placer se inunda
Las horas de ventura recordando
Que á tu lado gozé, la luz fecunda
Que orna tu sien, estático admirando.

¡Eterna fuera la feliz aurora
En que á mi alma para el bien nacida,
Tu acento murmuró con voz sonora
Altos ejemplos de salud y vida!

Mas no, que adverso de mi suerte el sino
Al triste pecho le robó su cielo,
Y en frágil quilla me lanzó el destino
Á extraños climas de ignorado suelo.

Y del oriente en la encendida playa
Deslízanse mis años... y tu gloria
Á las alturas de los genios raya
En los anales de la pátria historia.

Y hoy que á tu nombre monumento augusto
Labra la tierra que tu luz inflama,
Y allá del Tíber el anciano justo
Príncipe excelso con amor te aclama;

Hoy que púrpura sacra galardona
Tus virtudes y clara inteligencia,
Hoy que el orbe entusiasta te corona
Con el lauro glorioso de la ciencia;

Si del gayo decir la llama ardiente
La sangre de mis venas abrasara,
Un hosanna de amor grandilocuente
Como un genio á otro genio te cantara.

Mas ¡triste vate! á la sublime cumbre
De la gloria subir me fué vedado;
Y sólo los destellos de tu lumbre
Puedo admirar, de gozo enajenado.

Sólo á llevar mi inspiracion alcanza
Un acento de prez y de victoria

Al coro de entusiasmo y de alabanza
Que hoy el mundo consagra á tu memoria.

. . . . . .

Y eco sincero del amor profundo
Que inflama al corazon mi canto sea,
Y en sus acordes complacido el mundo
Grato homenaje al purpurado lea.

Fr. José Alvarez Cienfuegos.

Á LA CELESTIAL SABIDURÍA

SÁFICOS.

NO de mi pecho el entusiasmo ardiente
Tímido oculte burlador recelo.
Ven, y en mí frente tu fulgor irradia,
Musa divina.

Dame que raudo hasta la cumbre suba,
Do en resplandores de celestes nubes
Brilla en su trono refulgente y bello
Alma sapiencia.

Vívidos astros de esplendor divino
Ornan sus sienes de radiante lumbre,
Y de querubes inspirado coro
Canta su gloria.

Madre del genio y la virtud preciada
Que de los siglos los destinos rige,
Ella del mundo ordenadora eterna
Brilla en los cielos.

El claro nimbo que la sien circunda
De altos varones que la fama ensalza
Es de su ciencia emanacion potente
Que les inspira.

Ella sus pechos en amor enciende
De la justicia y la verdad sublime,
Y hasta las cimas, poderosa, encumbra
Del heroismo.

Si del averno las tremendas huestes
Alzan osadas su pendon temido,
Ella dirige el fervoroso anhelo
De sus atletas.

Que si en tus aras perseguida gimes,
Rota y sin brillo la inmortal diadema,
Si niebla oscura tu fulgor esconde,
¡Oh verdad sacra!

Ella cual astro que á torrentes vierte
Luz misteriosa de fulgor inmenso
En los combates del error maldito
Tu faz alumbra.

Si hasta los cielos su arrogancia insana
Alzan altivas las soberbias cumbres,
Cerco formando de apretado bronce
Para apresarte;

Si aterradora tempestad sus rayos
Lanza sañuda, y sepultarte intenta
En los abismos dó retumba el grito
De la mentira;

Ella con mano poderosa rompe
El fuerte cerco que á sus piés se alzara,
Y con su soplo celestial disipa
La densa nube.

Y despertando poderosos genios
De alto valor y de saber profundo
A combatir por sus sagrados fueros
Ella los guía.

¿Veis al gran sabio cuyo nombre augusto
En alas vuela de su escelsa gloria,
A quien el mundo de inmortales lauros
Ciñe triunfante?

¿Veis del Cordero á la divina Esposa
Cual abre tierna sus amantes brazos,
Y de la ciencia al defensor ilustre
Hoy preconiza?

Es que del cielo á los celestes himnos
Se alza gozoso de fervor ardiendo
El ancho mundo, y su cantar consagra
Al sabio insigne.

Es que la ciencia del Doctor de Aquino
Hoy restaurada el universo admira,
Y nueva luz el firmamento alumbra
De la alma Iberia.

De la alma Iberia, que el saber pregona
Del noble atleta de la grey guzmana,
A quien de Cristo el sucesor hoy viste
Púrpura sacra.

Fr. Juan Marin y Alonso.

DOS LÁGRIMAS

EN tarde otoñal, mediado crepúsculo, y lugar agreste y montañoso, se ve en una eminencia un grupo compuesto de tres séres. Una mujer, un anciano y un niño. El anciano, se muestra adusto, la mujer acongojada, y el niño resuelto. A sus piés se extiende un camino, á la derecha se alza una tosca cruz, que vela á la entrada de un espeso robledal; queda á la espalda, en profundo valle, pequeño caserío, y corre á su izquierda murmurante rio que va á verter sus aguas en el más bravío de los mares; cerrando todo aquel cuadro abruptas montañas coronadas de castaños, robles y avellanos. Aquellas montañas guardan la primera hoja de la grandiosa epopeya de nuestra reconquista; el caserío, es la Villoria de San Nicolás; el rio, el Nalon; y el camino á que da sombra la cruz, el que dirige á las dos Castillas.

Mientras hemos descrito el paisaje, el niño y el anciano, están para perderse entre la espesura. La mujer se apoya en los brazos de la cruz para no caer... ¡Ya apenas los divisa! ¡Ya van á desaparecer! En aquel supremo instante lanzó un grito intenso,

amargo, desgarrador, grito de madre que se separa del hijo de sus entrañas quizás para siempre. ¡Adios Zeferino, hijo mio, que la Vírgen te acompañe! Estas palabras vertieron sus lábios en un grito de dolor al par que asomaba á sus ojos una ardiente lágrima, que orearon las vespertinas brisas de aquella tarde de otoño.

El niño que se alejaba acompañado de su padre, no tenia trece años: se llamaba Zeferino Gonzalez y Diaz Tuñon, y se dirigía á Ocaña para vestir el hábito del misionero.

La mujer que en la eminencia quedaba cayó desfallecida al pié de la cruz.

. . . . . .

Despues.... despues, un hogar frio y solitario, flores con malezas en el huerto, cenizas sin fuego en el ancho fogon, un sitio vacío en la mesa, el otoñal ábrego gimiendo en una pobre alcoba sin morador, una noche eterna, triste el monte, triste el valle, tristes los ecos de la esquila de la ermita, tristes las revueltas olas del Nalon, y triste la profunda y tenaz mirada de una mujer que á la caida de la tarde, cabe la tosca cruz del robledal abisma su alma en la oracion, al par que su viva y penetrante mirada no se aparta de las compactas nubes que ruedan por los horizontes en que nace la luz. Allí está el Oriente, y en su rumbo navega velera fragata, sobre cuyas tablas otro sér tambien reza tornando sus ojos á Occidente, viendo morir el último rayo del sol, en el que manda á su triste hogar sus más íntimos pensamientos.

Una tarde;—¡no hacía sol!—se estrecharon los horizontes, bramó el viento, rugieron las olas, y el huracan mostró todas sus bravías y potentes manifestaciones. Gimen járcias y obenques, desaparecen velas, caen palos, rueda la obra muerta, y el timon se rompe. *La Fama Cubana* es impotente para resistir el empuje de los desencadenados elementos.

¡El naufragio es inminente!

Pero no, no hay cuidado, una madre reza al pié de la cruz

del robledal, y otra madre del dolor como ella, oye desde las alturas la plegaria, marcando á la destrozada nave en misteriosas corrientes seguro derrotero, para arribar á las hospitalarias costas de Rio-Janeiro.

Al fragor de la tempestad, sucedió más tarde el más terrible de los siniestros marítimos: el fuego á bordo precedido de la rebelion y del pillaje.

Las armas del misionero son el libro de sus oraciones y la cruz de su rosario; y el Padre Zeferino escudado con tales armas veía llegar resignado su última hora, cuando apareció en el horizonte, velero cliper, que en minutos abordó la incendiada nave, salvando las vidas de los que las conceptuaron perdidas.

Despues.... despues, trás ocho meses de viaje, el Padre Zeferino ocupaba una celda en esta santa casa.

Trece años vivió en ella. ¡Trece años de vigilias, de meditaciones y de estudios! ¡Cuántas noches en calenturientas horas de insomnio habrá evocado su potente inteligencia á los sabios teólogos, á los profundos canonistas, á los eminentes filósofos, pidiéndoles soluciones de incógnitas en las que firmemente creía pero que no sabía explicar! ¡Cuántas veces el soplo del deseo, en letárgicos sueños, habrán surgido de las blancas paredes de su desnuda celda, los augustos manes de los sabios maestros! ¡Cuántas otras habrá interrogado en su investigadora inteligencia al hijo de Caleruega, que allá en los comienzos del siglo décimo tercero echaba los cimientos á la Orden de Predicadores, llevando su fé y su doctrina bajo la sacrosanta insignia del Cruzado en la guerra contra los albigenses! ¡Cuántas se habrá trasportado en sus plácidos ensueños á las costas de Nápoles, contemplando bajo aquel purísimo cielo las obras del más grande de los teólogos de Occidente, y el más grande de los filósofos de la Edad Media! ¡Con cuánto anhelo habrá pedido inspiracion al que por su fé y sabiduría se le llama el Doctor Angélico y el Angel de las Escuelas, y por su taciturnidad, el buey mudo de Sici-

lia; al que descendiente de los Emperadores Federico Barbarroja, Federico III, y de los primeros normandos que llevaron sus triunfantes banderas á Sicilia, dejó el brillo de sus abolengos y su condal corona, para vestir el blanco sayal del dominico! ¡Con cuánta atencion meditaria en el silencio de su apartada celda la accidentada vida del políglota, nacido entre el perfume de limoneros y nardos, genio profundo que lo mismo llevaba la santa nueva en los púlpitos de Francia, que en los de Inglaterra, Irlanda y Alemania; y que ora destrozaba cortesanas combinaciones dando la corona de Aragon á Fernando de Castilla, como hacia huir en el concilio de Constanza con su persuasiva palabra el cisma de los tres Papas restableciendo la unidad católica en Martin V! ¡Qué regocijo no encontraría en estos largos cláustros con la lectura de la bellísima prosa en que escribió el gran canonista tan poeta como teólogo «La vida de Juan de Avila»; y con qué orgullo vería al inspirado dominico regir con sus consejos la regencia de Catalina de Portugal, y con qué dolor verlo espirar en extranjera tierra! ¡Con cuánto cariño seguiría la nave que llevaba al valenciano misionero á las costas americanas!

Estos varones ilustres que mientras palpitaron sus humanas vestiduras en esta terrenal vida, se llamaron, Domingo de Guzman, Tomás de Aquino, Luis Beltran, Luis de Granada y Vicente Ferrer, hoy los conoce la ciencia con el nombre de sabios y la religion con el de Santos.

Entre las obras de éstos, y de otros muchos pensadores; entre las cuartillas en que escribía sus portentosas concepciones; entre sus queridos discípulos, y entre el púlpito y el confesonario, pasó el P. Zeferino su larga estancia en Manila.

Con tan ímprobo trabajo jamás interrumpido enfermó su débil cuerpo, y tuvo que retornar á España.

En Madrid, en la solitaria y pendiente calle de la Pasion, en la pobrísima celda del virtuoso P. Checa, lo conoció el autor de estas líneas, en noche bien aciaga por cierto.

Allí, en aquel convento vivió consagrado al trabajo y la oracion, y de allí salió,—bien á su pesar—á ocupar otros puestos que ya le era imposible rehusar, y á los que le llamaban sus merecimientos.

En todas partes donde ha estado ha sido no solamente admirado, si que tambien amado.

La religion, la caridad y la ciencia han sido siempre su guia, y al apagarse las luces del altar en que ha elevado la sacrosanta forma en sus misas de alba, abre las puertas á los pobres, y más tarde las hojas del libro, de la revista, ó del periódico, en busca de algo nuevo que poder afirmar ó combatir.

En ruda batalla contra el racionalismo, llegó hasta él, la decision de Leon XIII que habia de elevarlo á la púrpura cardenalicia, á la par que le ponia en posesion del arzobispado de Toledo.

Nuevo sacrificio á su modestia y nueva obediencia al Padre comun de la Iglesia.

Cuarenta años han trascurrido desde aquella tristísima tarde en que niño aun dejaba á su amada Villoria de San Nicolás. Cuarenta años, en que el niño se ha hecho hombre, siendo conocido de todo el mundo científico. En los albores de su vida para reconocerle entre círculo estrecho, habia que pronunciar un nombre y dos apellidos; despues, se suprimió uno de estos, y más tarde solo quedó el nombre; nombre glorioso que pasará á la posteridad, en cuyo templo para siempre quedarán grabadas las pocas letras que dicen; «Padre Zeferino.»

En esos cuarenta años, la madre del filósofo ha pasado por todos los temores, por todas las zozobras, por todas las amarguras, al par que ha libado en su alma, todo género de alegrías, dichas y felicidades.

En la mañana del dia 14 de diciembre último vése por la plaza de Oriente dirigirse al Palacio de nuestros Reyes, una anciana. Tárdo es su paso, pobre y negra su vestidura, embara-

zosos sus movimientos, y sonriente y alegre rostro. Mira con júbilo cuanto encuentra á su paso; halla en su camino á un pobre niño, y vacía en sus manos su bolsillo. Con la mirada huraña y recelosa de la tosca montañesa que no conoce costumbres cortesanas, sube las escaleras de Palacio, logra abrirse paso por las compactas legiones palatinas que llenan los corredores, y no sin grandes esfuerzos llega á las puertas de la régia capilla. Allí, donde hay dos tronos, divino el uno y humano el otro; donde las pedrerías y el oro se mezclan con sedas y encajes; allí, entre tanta grandeza; allí, envuelto entre los dulces acordes del órgano, la ascética uncion de las oraciones, el embriagador perfume de las damas, y el penetrante incienso del altar, está vistiendo ropas cardenalicias un hombre, «jóven aún, seco, de mediana estatura, ojos vivos, mirada penetrante, morena tez, gesto adusto, frente encontrada y saliente, pelo negro, y rostro barbilampiño.» (1)

Al cubrir el Rey aquel cráneo cargado de ideas con la simbólica prenda venida de Roma, se encontraron dos miradas. La del nuevo purpurado, y la de la anciana que en estático arrobamiento lo contemplaba. El Príncipe de la Iglesia es el P. Zeferino; la anciana es su madre. En los ojos de la pobre montañesa brilló una lágrima; lágrima que perozosamente rodó por sus arrugadas mejillas siendo evaporada antes de caer por aquella atmósfera caldeada por cientos de cirios.

¡Cuán distintos eran los causantes de la lágrima que orearon las otoñales brisas al pié de la cruz del robledal ha cuarenta años, á la que ahora evaporaba en régia capilla el calor de la cera, el calor de la vida, y el calor del incienso!

Aquellas dos lágrimas que nublaron los mismos ojos, y segregaron las mismas glándulas, sometidas á la retorta del químico darán los mismos resíduos calizos: analizadas en los profundos

(1) Siluetas contemporáneas.—Alejandro Pidal.

y misteriosos laboratorios donde la razon divina alienta el sentimiento y la fé, darán componentes bien distintos. La una, es la síntesis de un mar de dolores; la otra, el desbordamiento de la suma de todas las felicidades. El racionalismo ateo jamás verá en aquellas transparentes gotas, más que agua, y caliza. Los destellos de la divina razon creadores de la fé, ven mucho más. La filosofía racionalista sólo lleva impresiones á los sentidos. La filosofía católica los arranca al alma.

La primera se asienta en el cerebro humano; la segunda, en la divina razon. Esta, es lo infinito, aquella, lo finito.

¡La una, es Dios, la otra, el hombre!

¡Bienaventurados los que *ven* sin *ver!*

Juan Alvarez Guerra.

EL RESTAURADOR

DEL ESCOLASTICISMO

SEÑORES:

DIA de regocijo este en que la ilustre corporacion dominicana, celebra las glorias de uno de sus hijos predilectos, cuyo nombre es timbre valiosísimo en los hermosos anales de esa Órden, que, fundada por el insigne Canónigo de Osma para servir de apostolado á la verdadera ciencia, fué en la Edad media luz esplendorosa, ante la cual se desvanecieron los errores de las antiguas escuelas paganas, y es hoy muro gigantesco contra el que se estrella el oleaje del racionalismo, como se estrellan las embravecidas olas del mar contra las montañas de granito.

¡Felices las horas en que los hombres de la fé y de la verdad, congregados en el Santuario de la ciencia, rinden merecido tributo el eximio representante de las virtudes cristianas!

¡Hermoso cuadro este, en que vemos á los esclarecidos hijos de Guzman rodear la venerable figura de su hermano para ceñirle inmarcesible corona!

¡Brillante apoteósis la que hoy eleva á las regiones purísimas de la fama el nombre del filósofo español!

¿Cómo podré yo tomar parte en este sublime concierto del saber, sin empañar los brillantes tonos de tan solemnes manifestaciones?

Conturbado mi espíritu por el temor de la propia deficiencia, sólo en la grandeza del asunto á que dirije sus abstracciones, encuentra poder bastante á disipar las sombras que le envuelven.

Yo no voy á presentaros un cuadro digno de vuestra atencion, ni de la honra que me dispensa este ilustrado Claustro; no he de intentar traer á vuestra memoria los méritos del español insigne, cuya es la gloria de haber restablecido el imperio de la verdadera filosofía cristiana; no pretendo encomiar las galas del ingenio, las hermosas virtudes, ni las dotes todas, que hacen del P. Zeferino uno de los astros más luminosos en el cielo de nuestra pátria, de esa amada pátria, que vió nacer á Séneca y á San Isidoro, á Domingo de Guzman y á Luis Vives, á Raymundo Lulio y á Sepúlveda, á Melchor Cano y á Suarez, á Cuevas y á Alvarado, á Soto y á Balmes, y á tantos y tantos génios, que brillan como hilos de luz en el espléndido manto de nuestras glorias nacionales.

Superior esa empresa á mis escasos alientos, he de limitarme á seguir con el pensamiento la historia de la filosofía cristiana, para mostraros el principio de esa senda abierta por el Angel de las Escuelas, y en cuyo término se alza hoy la figura del modesto Misionero de Ocaña, que desde su retirada celda ha hecho oscilar ese edificio, que levantado por las locas arrogancias de Descartes, tomó cuerpo en la mente de ciegos reformadores.

Las escuelas romanas esparcen sus últimos destellos, sobre el dilatado imperio de los Césares; los dominadores del mundo tocaban yá al término de su poder; y la filosofía griega, transplantada á la gran nacion por Marco Aurelio, por Epitecto y por

otros, que siguieron las huellas de los estóicos, era la única antorcha que guiaba á los investigadores de la verdad. Los filósofos de Occidente imponian sus doctrinas á aquellas sociedades, que sin el auxilio poderoso de la Revelacion, no lograban desvanecer las densas brumas del error.

Los eleistas, que abandonando la pura moral de Pitágoras, se lanzaron en los antros del panteismo y del materialismo; los discípulos de Demócrito, eternos disputadores que sólo aspiraban á lucir las galas de su ingenio; los epicúreos, que llevaron el sentido al trono de la ciencia, y sustituyeron la moral por el interés; los estóicos, que dieron alas al orgullo de los hombres: he ahí los representantes de la filosofía en aquellos tiempos que precedieron á la aparicion del cristianismo.

Los vivos destellos de la verdad que lucieron en las antiguas escuelas orientales, habíanse ocultado entre las oscuras siluetas del panteismo, y ni la escuela de Pitágoras, ni la de Eleas, pudieron encontrar lo que ya se adivinaba en los sistemas lógicos de Gotama y en otros que defendian la espiritualidad y la inmortalidad del alma. Los principios nacidos á la sombra de los templos seculares de la India, no lograron recabar para el hombre el imperio de lo verdadero; las escuelas griegas tampoco alcanzaron aquel objeto; y los romanos no fueron mas felices en el término de sus investigaciones.

Y si los vedas influyen la civilizacion asiática; si Grecia logra ser foco esplendoroso de la sabiduría de Occidente; si la espada del legionario lleva á toda Europa las ideas y los gustos de la soberbia Roma; ni la moral de Pitágoras, ni las doctrinas escépticas de Zenon, ni la de los deberes de Sócrates, ni las lucubraciones de las escuelas romanas, satisfacen las necesidades del espíritu, que sólo puede remontarse hasta su Creador con las potentes alas del cristianismo.

El nacimiento del Dios-Hombre anuncia la muerte de la sociedad pagana; y entre las fieras que en el circo desgarraron las

carnes de los primeros mártires, y la sangre producida por horrendos sacrificios, se eleva triunfante el Lábaro Divino, que con sus abiertos brazos ofrece á la humanidad proteccion y misericordia.

El estado de las costumbres, viciadas por el hálito venenoso de corruptoras pasiones; el incremento de las sectas paganas, que se revolvían airadas contra la nueva Iglesia; y las persecuciones de los altos poderes, empeñados en ahogar los gérmenes de la verdad, que comenzaban á difundirse por la tierra, inspiraron los trabajos de los apologistas, que tuvieron por objeto principal la exposicion del dogma de Jesucristo. A los errores del paganismo opusieron los Santos Padres las afirmaciones de la nueva Religion, y aceptando todo lo que en las obras de Platon y Aristóteles no se oponía á la fé y á la moral, fundaron su filosofía en el conocimiento de la naturaleza racional del hombre: conocimiento que sólo es perfecto cuando se posee la verdad cristiana.

Los estravíos del gnosticismo, que pretendió aunar los sistemas orientales con la nueva filosofía, y los de la escuela alejandrina, que quiso confundir en estraño maridaje las mas opuestas doctrinas, no fueron obstáculo para que se estendiese rápidamente el dominio de la *patristica,* que encontró en San Agustin su genuino representante.

Imposible es describir esa titánica lucha que durante cuatro siglos sostuvo la Iglesia, para traer á su seno aquellas sociedades corrompidas, que sin más guia que sus pasiones, caminaban desatentadas en pos de su ruina.

Los trabajos de los apologistas llevaron la luz á las conciencias, y sus esfuerzos fueron gloriosísimo legado, que recogieron é hicieron fructificar Boecio, é Isidoro, Beda y Alcuino.

El progreso aislado de la primera de las ciencias, cobra nuevos brios en las escuelas de Carlo-Magno, y la escolástica viene á demostrar la armonía entre la fé y la razon.

Cual sea la importancia del escolasticismo, lo dice bien el hecho de haber imperado esclusivamente en Europa durante cuatro si-

glos, haber resistido luego los más furiosos embates de la filosofía moderna, y aparecer hoy con inusitada energía, para oponerse á la marcha de esas sectas impías, que amenazan devastar la obra de la Religion, de la moral y de la justicia.

Sin hacer alto en las teorías de Roscelin, el jefe de los nominalistas, ni en las del célebre Abelardo, que veía en los *Universales* formas representativas de las abstracciones del espíritu, ni en las de Guillermo de Champeaux, que sostuvo que las ideas generales son las únicas entidades reales, ni en los sistemas de otros muchos racionalistas de la filosofía escolástica, llegamos al siglo XIII, en que adquirió esta su mayor esplendor, vivificado con el aliento poderoso del discípulo de Alberto el Grande.

En las aulas de la ya famosa Universidad de París lucieron los vivos arreboles de ese nuevo sol, que venia á iluminar los senderos de la humanidad. En París adquirió Tomás de Aquino aquella gloria que eternamente rodeará su nombre, y allí estableció los fundamentos de su doctrina, que es como el iris de esperanza á que convergen las miradas de los hombres que no han perdido las inestimables gracias de la fé, y que ven con espanto los que por torcidos derroteros pretenden estraviar á la razon humana.

La doctrina tomista llena la historia filosófica de la Edad media; ante ella caen derrotados los fantasmas del antiguo paganismo, y en ella se condensa el génio todo de nuestros antepasados.

La Suma de Santo Tomás, ese monumento, que nadie puede menos de admirar, coronó la excelsa obra de una generacion de sabios.

Pero con el *Angel de las Escuelas,* perdió esta doctrina su inmenso poderío, y por eso, ante la nueva de que el Doctor Angélico había dejado de existir, el mundo, segun dice un ilustre biógrafo (1), se consternó de tal modo, como si en pleno dia se perdiera de pronto el sol en los espacios.

---

(1) D. A. Pidal y Mon.

La escolástica fué degenerando entre las estériles polémicas de las escuelas, que dejaron el paso libre á esa mal llamada regeneracion filosófica, que sumió á Europa en los abismos de la duda y la impiedad.

Con Bacon de Verulam, que encomió las ventajas del método inductivo, termina la filosofía de la Edad media, y en pos de él aparece Descartes, que funda su sistema en el famoso entimema: *Yo pienso, luego soy.*

Y aquí da comienzo esa nueva etapa de la historia del hombre, en que éste, manteniéndose primero dentro de las puras esferas del espiritualismo, se arroja al fin en brazos del materialismo, y, afanoso por correr trás el progreso y la civilizacion, no advierte que se pierde en los intrincados laberintos de la miseria y la barbarie.

El cartesianismo separa la filosofía de la Iglesia, y origina el materialismo de Hobbes, el sensualismo de Condillac, el idealismo de Espinosa y Malebranche, y las teorías de Brousseais y de Cavanis, que reformadas científicamente por Compte, constituyeron luego el positivismo.

Al abrigo del Renacimiento y de la Reforma, brotan otra vez los errores del pasado, y aparece de nuevo el panteismo, ese monstruoso sistema, que, como ha dicho un ilustre pensador, no contiene en sí mas que la nada. Los espíritus se conturban, privados de la luz de la fé, y se inclinan á la negacion de toda verdad. Y Kant propone la duda universal, Fichte niega la conciencia religiosa, Scheling pretende borrar el cristianismo en el método especulativo, Hegel da forma á una concepcion panteista, de la cual nace el triste y desesperador pesimismo de Schopenhauer, y multitud de sectas se desarrollan y prosperan en medio de tanta confusion. Y la contradiccion y la duda se estienden por doquier; Locke se opone á Bacon, Malebranche abandona á su maestro, Wolf se mofa de su preceptor Leibnitz, y los enciclopédicos defienden las más estravagantes doctrinas.

Los filósofos modernos, poseidos de esa combinacion desenfrenada, que tantas veces ha perdido al hombre, rompen todas las trabas, y sus doctrinas se desbordan en torrentes de impiedad, que aterran el ánimo y perturban las conciencias. En su frenesí nada respetan; y no contentos con destruir la religion, aspiran á destruir la sociedad, y despues de negar á Dios y á la justicia, niegan la libertad y niegan el mundo.

Pero esa ciencia satánica, que amenazara sumirnos en el cáos, se devora á sí misma, como dice la Sagrada Escritura, y de decepcion en decepcion llega á Straus, á Renan y á Proudhon, y despues de recusar á Jesús, de proclamar la supremacia de la materia y de predicar contra la propiedad y la familia, entra en la agonía, y se resuelve en las groseras concepciones de Moleschott y Büchner.

¡Triste final de aquellas reformas, que prometieron al hombre, su verdadera redencion!

La fé, la razon, el órden social, el espíritu religioso amortiguado, pero no estinguido en las conciencias, la familia, la paz del hogar, todos los intereses del mundo, necesitaban el esfuerzo poderoso que había de concluir con tanta desventura. Todos ansiaban la luz, y la luz brotó en los dominios de la eterna verdad. Y el escolasticismo fué en nuestro siglo el brazo exterminador de la impiedad, como fué en el siglo XIII el atleta que triunfó de los errores paganos.

Liberatore, Prisco y Taparelli, anunciaron la nueva aurora; mas el portentoso ingenio de Balmes abre los senderos de la verdad; y por último, bien así como Tomás de Aquino corona en la Edad media el secular edificio de la filosofía cristiana, el P. Zeferino, el varon ilustre en cuyo honor celebramos este concurso, da cima á la colosal empresa de destruir hasta en sus raices el funesto árbol del racionalismo. Porque, señores, el imperio del racionalismo toca á su fin; no cabe dudarlo. Las manifestaciones que todavía dan fé de su existencia en Francia y Alemania, son

á modo de esos estremecimientos convulsivos que preceden á la muerte; y los rabiosos alardes de la escuela materialista, semejan la horrible mueca del agonizante.

Ah! la humanidad retrocede en su camino de perdicion, y vislumbra nuevos hermosísimos dias, en que sus nobilísimas creencias alcanzarán la realizacion de los grandes ideales que persigue.

Y la gloria de esta empresa bienhechora de pacificacion y de bonanza para el espíritu, corresponderá en mucho, en grandísima parte, al ilustre hijo de Astúrias, al humilde profesor de Ocaña, al eximio profesor de esta egregia casa, al solitario de la calle de la Pasion, al nuevo Cardenal Fr. Zeferino Gonzalez, honor de su Órden, y gala de la española tierra.

Porque si los trabajos de ilustres filósofos minaron en la primera mitad de la presente centuria los artificiosos sistemas de la moderna filosofía, el P. Zeferino echó por tierra las piedras angulares sobre que asentaban su dominio la impiedad y la duda.

El génio investigador del que fué Obispo de Córdoba buscó al enemigo en sus últimos refugios, combatió allí cuerpo á cuerpo con el error; encontró el gérmen del mal, y neutralizó su pernicioso influjo.

Un crítico eminente ha dicho que el P. Zeferino podria ser un filósofo del siglo XIII, que despues de vivir en el XVI, hubiera resucitado en el presente. Pero yo entiendo, señores, que el autor de la «Historia de la Filosofía», es el filósofo del porvenir, el que ha de aventar los germenes del mal, quebrantando las cadenas que todavía oprimen á la Iglesia, y haciendo que ésta salga de su cautiverio más lozana, más fuerte y más vigorosa que nunca.

En vano intentarán los impíos oponer nuevos diques á la redencion del hombre. Este retrocede ya ante las satánicas blasfemias de Bauer y de Daumer, y aparta su vista horrorizado de la insolente embriaguez de los materialistas. Los asombrosos adelantos de la ciencia moderna, que se compadecen perfectamente

con la fé, no bastan á llenar las necesidades del espíritu, sin que esos progresos no contribuyan al cumplimiento del ideal.

Quitad á los modernos pueblos la ciencia, y le quitais su agente vivificador y progresivo, su poder y sus galas; pero arrebatadles la religion, arrancadles la fé, y los privareis de su esencia, de su alma, de cuanto hay en ellos de noble y generoso.

Por eso es seguro el triunfo de la fé, porque tras cobardes desfallecimientos, el hombre empieza á comprender que la Iglesia de Cristo es la fuente del bien, y que las sectas del error sólo han servido para manchar las páginas de la historia, y para ahogar con sus vapores la conciencia humana.

José Moreno Lacalle.

APUNTES BIOGRÁFICOS

DEL P. ZEFERINO GONZALEZ

EXCMO. SEÑOR:

SEÑORES:

TODOS los hombres cultos han consagrado el uso de tributar elogios á la ilustre memoria de aquellos esclarecidos patricios, que por sus méritos y valiosas hazañas, por sus virtudes ó por su talento alcanzaron gran renombre al par que dieron brillo y gloria á la tierra que les dió cuna; y por mas que al rendir ese homenaje merecido al varon virtuoso, sabio, ó esforzado, cumplian con un deber de gratitud, que al par ha de considerarse como emulacion para los demas, ello es lo cierto, que esos solemnes y respetuosos tributos se daban al hombre eminente, que dejando la tosca vestidura de la carne, se alejaba su espíritu de entre nosotros y rara vez alcanzaron en vida tan justo galardon; y es, señores, que por recto y justo que sea el criterio de los hombres acerca de la importancia grandísima del saber humano, por mucho que nos dobleguemos ante el sabio, el virtuoso ó el héroe, y por mas que consideremos á éste como apoyo y fun-

damento de la prosperidad pública, contada será la ocasion en que juzguemos con verdadera imparcialidad acerca de las relevantes prendas de nuestros contemporáneos. La envidia de los unos, la soberbia y el orgullo de los otros, la lisonja de los más, hanse atrevido á arrancar la laureada corona de las sienes del eminente varon, para colocarla quizás sobre la cabeza del audaz ignorante ó del ahijado de la fortuna.

El envidioso manchando con su inmunda baba, el nombre inmortal de los sabios, y la torpe y mísera adulacion haciendo inscribir en láminas de oro ó en marmoreas lápidas las hazañas vergonzosas de la humana insensatez, desde hace muchos siglos hubieran confundido del modo más absurdo todos los principios de la ciencia y de la verdad filosófica, si al fin las generaciones sucesivas no hubieren hecho justicia, arrojando la escoria y aceptando lo útil, lo bueno, lo digno, reparando la parcialidad y maldad de envidiosos y aduladores.

El único tribunal irrecusable, que sabe hacer justicia al verdadero mérito, es el de la posteridad, porque en el acállanse las pasiones, dándose sólo oidos á la razon y á la verdad que comparecen desprovistas de todo el adorno y de todo el oropel con que suelen disfrazarlas á veces el interés ó el despecho.

El elogio de los que fueron no excita nuestro amor propio ni nuestra envidia porque en modo alguno puede hacer palidecer nuestros propios méritos; pero en cambio cuando se tributa á nuestros contemporáneos parece que queda manifiesta y patente nuestra insuficiencia y pequeñez, y como de rendir parias á los que con nosotros viven, hemos de mortificar nuestra altivez, y dar cabida en nuestros pechos á los celos, al ódio y hasta el rencor, resulta que el filósofo, el virtuoso y el héroe, si llegaron á merecer el elogio de algunos, tuvieron que sufrir tambien la suerte más injusta y desgraciada, pues contra ellos se volvieron airadas las torpes pasiones de los más, siendo entonces víctimas de la perfidia de la calumnia, y á veces hasta del crimen.

La historia de todos los paises nos da la prueba mas cierta y acabada de esta verdad; Sócrates, Colon, Cervantes, y tantos otros mártires de la ciencia darán testimonio y fiel ejemplo de cuanto dejamos enunciado.

Por escepcion alguna vez podriamos encontrar algun hecho aislado, quizás pudiéramos citar los héroes que con su valor y pujanza adquirieron tal título y alcanzaron mercedes, timbres y grandezas de los Monarcas á quienes servian, pero esos timbres, esas grandezas (nunca pudiendo equipararse con la gloria del filósofo) fueron sin embargo orígen de grandes celos, de enconos y venganzas tan horribles, que en muchos ocasionó su ruina y su muerte, y quizás una muerte vergonzosa producida por la perfidia que los hiciera aparecer como ambiciosos y traidores á los ojos mismos de aquellos que un dia reconocidos á su denodado valor los colmaran de mercedes.

En todos los tiempos y en todos los hombres hanse agitado siempre bastardas pasiones y de aquí que jamás estuviesen prontos á confesar la justicia con que los varones ilustres sus contemporáneos eran introducidos en el templo augusto de la fama.

Quizás, de las raras escepciones que pudieran designarse en la vida de los pueblos cultos, la más especial es la que hoy señala nuestra pátria al reconocer las virtudes del filósofo profundo, del esclarecido historiador, del teólogo, del economista, del geólogo, del físico, del doctísimo hijo de la ínclita Órden de Sto. Domingo de Guzman, que viste su blanco ropaje y que en el mundo de la ciencia, será siempre conocido más que por su alta dignidad por el modesto título de P. Zeferino, bastándole este nombre para su mayor gloria y distincion.

¿Quién no conoce sus obras? ¿Quién amante de las ciencias filosóficas no las ha tenido en sus manos y no ha fijado sus ojos en los ricos tesoros de conocimientos que las mismas encierran?

Al ilustre filósofo, al modesto y ascético fraile, que hoy viste

la púrpura Cardenalicia se ha hecho justicia por sus contemporáneos, es cierto, perfectamente cierto, mas no es menos exacto que tan ilustre varon no ha podido escitar nunca la envidia ni la maldad de los soberbios, puesto que brotó modesto desde su cuna, modesto vivió y vive de tal modo y de tal suerte, que uno de los principales destellos de su aureola de gloria, es producido por su humildad verdaderamente evangélica, siendo su caridad y las bondades que su alma atesora lo que mas resplandece entre sus muchas virtudes. Por tanto enmudece la envidia, embótasen los filos de la maldad, doblégase la perfidia ante su paso, y húndese el adulador en el polvo que levanta la sandalia del eminente filósofo, del varon justo del sabio y egregio príncipe de la Iglesia cristiana.

¡Quién al visitar el modesto albergue de la familia del P. Zeferino, enclavado en el fondo de un oscuro valle y en la aldea mas ignorada del Concejo de Laviana, al verle ya correr entre los frondosos castaños en esa dichosa edad de la infancia, ya vistiendo el tosco sayal de novicio, ya profeso en el Colegio de Ocaña, había de pensar que los ejércitos le presentarían armas á su paso, las banderas habían de saludarle, y las bandas militares batirían marcha al advertir su presencia!

Espíritu elegido, cerviz augusta señalada por el dedo del Omnipotente é inspirada por el aliento divino, cumple su santa mision, enseñando, predicando, y publicando sus obras filosóficas, siendo el aguerrido soldado de Cristo que lucha y triunfa siempre contra las escuelas filosóficas que son adversas á la verdad revelada, y que insensatas y soberbias constantemente se empeñan en enaltecer el error, obteniendo como único resultado de sus esfuerzos, dividirse y subdividirse en sectas y bandos, confundiéndose siempre como aconteció á los soñadores que un dia quisieron escalar el cielo con la famosa torre de Babel.

La fama de este eminente Prelado ha conseguido traspasar los linderos del suelo español recorriendo la Europa entera, remon-

tando su potente vuelo sobre las encrespadas olas del Océano para llegar á las hermosas riberas del Nuevo Mundo.

El P. Zeferino Gonzalez nació pobre en el olvidado lugar de Villoria, del Concejo de Laviana comprension del principado de Astúrias, de esa noble provincia española que tiene mas glorias y hazañas llevadas á cabo por sus hijos, que hojas visten los árboles que en aquellas comarcas se producen.

El P. Zeferino Gonzalez y Diaz Tuñon, nació en 28 de Enero de 1831. Muy niño aun, acudió á sus padres en demanda de licencia para vestir el hábito de los hijos de Santo Domingo produciendo quizás por primera y única vez un dolor, él, que despues ha sido bálsamo y consuelo de tantos otros. Aquella madre debió sentir en su afligido corazon la mayor tristeza al ver la resolucion de aquel niño, y tanto mas acerba era su amargura al considerar que el destino de su hijo, no podía ser otro, que separarse de ella por toda la vida quizás, exponiéndose á toda clase de peligros y adversidades, pues sabía que los Dominicos eran misioneros, que como tales tenian á su cuidado evangelizar pueblos tan crueles y bárbaros como los que habitan los territorios del Tun-King y Formosa, donde espera á aquellos toda suerte de violencias, miserias y privaciones juntamente con los martirios mas inconcebibles; sabía que ese hijo de sus entrañas tenía que llorarlo muerto desde el dia de su profesion, y por tanto que había de renunciar á tenerle por báculo en su ancianidad al par que se veía privado de sus cariños filiales.

Ese dolor, esa tristeza y esa amargura, que la vocacion del virtuoso doncel ocasionó á su madre, cuán pronto tórnose en alegría y ventura. Hoy la anciana tiene á su hijo entre sus brazos; no lo ha perdido; no está muerto; vive, y vive para su consuelo y para su dicha; vive para ennoblecer más y más su apellido; para llenar de júbilo el país que fué su cuna, más aún para que sea envidiable su pátria, para que sea un nuevo motivo de orgullo nacional, pues la pátria se onorgullece de tener tan preclaro hijo.

¡Bendita mil veces, la hora en que accedistes á la pretension de aquel jóven, lustre y vanagloria de los hijos del Doctor Angélico, y uno de los ínclitos y valerosos caudillos de la Iglesia de Cristo...!!

El restaurador de la Filosofía cristiana vuelve á tus brazos, ciñendo su cuerpo con la púrpura de los Cardenales, llevando sobre su cabeza el rojo birrete símbolo de la dignidad más alta que la Santa Sede puede otorgar, habiendo llegado á tan elevada jerarquia por su profundo saber, comparable tan solo á su caridad y á las otras grandísimas virtudes que en él resplandecen.

¡Cuánta ventura inundaría el tierno corazon de aquella madre al ver investir con los símbolos de tan alta dignidad al eminente autor de la *Historia de la Filosofía...!!*

¡Cuánto júbilo embarga los nobles pechos de sus hermanos de Órden, y cuánto placer siente Filipinas que tuvo la honra de albergar en su seno tan ilustre Teólogo! Sí, Excmo. Sr. señores; en Manila pasó el P. Zeferino los primeros dias de su carrera sacerdotal, y esta Universidad le dió asilo siendo Catedrático de Filosofía y más tarde de Teología.

En una de estas modestísimas celdas dedicó sus vigilias al estudio y á la meditacion, en esa celda concibió sus elocuentes y brillantes discursos, sus tratados de Filosofía que hoy son conocidos en el extranjero tanto como en España, causando verdadera admiracion á las eminencias del mundo civilizado; y esto, señores, que cuando el P. Zeferino escribió sus *Estudios sobre la Filosofía de Santo Tomás*, apenas podía contar con libros de consulta y se veía relegado al fondo de una celda en la cual había de dedicar muchas horas al estudio de la asignatura que estaba obligado á explicar, aparte de las que empleaba en la cátedra, en el rezo y en el confesonario. Desde tan humilde celda, mide y examina las sectas y escuelas que impugnan la filosofía cristiana, descubre sus errores, resuelve los más difíciles problemas, y lo juzga todo y todo lo discute, luchando siempre y siempre siendo

el victorioso. Su lógica contundente hiere de muerte al racionalismo y al panteismo; y si aun se atreven á lanzar sus envenenados dardos, sus obras, sus discursos y sus artículos dan el golpe de gracia á la insensatez de esos escépticos filósofos.

El distinguido filósofo cristiano que pasó de esta Universidad á los puestos más elevados de la Iglesia católica sin perder una hoja de la aurea corona que sombreó su frente, ya desde la adolescencia, lanza á sus adversarios acentos de dominacion, gritos de elocuencia magnífica, ruidos majestuosos é imponentes como el silencio de un bosque del Nuevo Mundo, el vibrar de cien rayos, voces atronadoras como las del huracan que destroza la añosa profunda selva, esclamaciones propias de su indignacion virtuosa.

El P. Zeferino, merece bien de la patria, merece que le preparemos la escala á donde van como en peregrinacion los filósofos y los artistas, escala, señores, que suben de un modo prodigioso, por los peldaños de la ciencia hasta franquear el último que conduce á la inmortalidad y á Dios....

Sus libros son leidos en la soledad y en el silencio; sus ideas encantan, arrebatan, porque tienen la elocuencia hija de una conviccion sincera y profunda en la verdad que sustenta; en sus admirables trabajos, atiende lo mismo al pensamiento que á la imágen, tanto á la verdad como á la galanura del estilo; y brillan por hallarse perfectamente espuestas las tésis, por el alto empuje que emite á sus ideas y que las eleva á las altas regiones de la Metafísica, para despues afianzarlas en la experiencia; son libros tan sencillos como vigorosos y elegantes, por sus citas oportunas, por sus descripciones bellisísimas, por las preciosas filigranas que los adornan, por la rica erudicion que los esmalta, por la agradable majestad del lenguaje y sobre todo por la inflexible lógica en los mismos empleada. En esos libros, se hallan giros bellísimos, períodos grandiosos, claridad, energía, irradiaciones de un genio que abisma y que siempre presenta con novedad los pro-

blemas importantísimos que resuelve, esparciendo espontáneamente en el árido campo de la investigacion filosófica delicadísimas flores.

Sí Excmo. Sr. y señores, nuestro Cardenal es vaso de oro que contiene el germen poderoso de la inteligencia que bebe la verdad y la ciencia de las manos del Altísimo, como tomó Salvator Rosa el colorido para sus famosísimos lienzos.

Si de admirar es el genio del filósofo que el mundo científico conoce con el modesto nombre de P. Zeferino, si reconozco que todos debemos conocerle y estudiarle empapándonos en sus obras hasta identificarnos con sus ideas de tal modo que nos parescan propias, aun debemos estudiarle más y empaparnos más en las virtudes que le adornan, y especialmente en las que más descuellan, la *humildad,* la *caridad* evangélica.

Virtudes son estas, que resplandecerán siempre, pues que emanan de Dios mismo de quien son vivísimo reflejo. La caridad que es señores, el fuego santo, que enciende en los espacios el astro rey para alumbrar la creacion, la que donó á Samcio la *Virgen de la Silla* para que fuese admirada en los templos del arte, la que hubo de inspirar á Dante, Petrarca, Cervantes, Schaspeare y tantos otros, porque del Altísimo viene todo lo grande y todo lo maravilloso. Dios mismo hizo concebir á Herrera el ábside del Escorial y encarnó un alma divina bajo la bóveda del David y elevó la rotonda de San Pedro, monumento altísimo en cuya presencia se enlaza el cielo y la tierra, y puso el Parthenon en la inolvidable Grecia y el Vaticano en la bellísima Italia, Colonia en las orillas poéticas del Rhin y entre las nieves del Norte San Pablo, y la Santa Sofía de Constantinopla reflejándose en las aguas del Bósforo.

Asi el eminente Cardenal Gonzalez fué inspirado por el Hacedor para que sin libros de consulta y cuando aún era muy jóven escribiese los *Estudios sobre la Filosofía de Santo Tomás,* que vieron la luz en el año de 1864, y poco despues, año 1868

la *Filosofía Elementaria* constando ambas publicaciones de tres tomos cada una.

En 1873 publica la *Filosofía elemental* y *Estudios religiosos, filosóficos, científicos y sociales*, y en 1878 siendo Obispo de Córdoba, su *Historia de la Filosofía*.

Las aberraciones que contiene el *yo* de Fichte, la *idea* de Hegel y la *fuerza* de Büchner, han sido demostradas del modo mas terminante por el pensador profundo, por el humilde dominico, por el egregio Príncipe, gloria de nuestra patria.

Digno del mas escrupuloso estudio son todas las obras que tiene escritas, y difícil se hace la eleccion ó escogimiento para preferir la una sobre las demas; en todas ellas, se revela de igual manera el genio del filósofo cristiano. En *El estudio de la inmortalidad del alma y de sus destinos* refuta y aniquila la teoría *Krauso-espiritista*, como en *El positivismo materialista* azota la locura de esta escuela.

El P. Zeferino es ademas hábil economista, y como tal estudia esta ciencia adjuntándola al cristianismo y demostrando los errores en que han incurrrido las diferentes sectas.

Él imprime á la filosofía una nueva direccion, que tiende á ser más solemne y majestuosa al par que se presenta en forma más sencilla y comprensible, llegando á penetrar en el hermosísimo santuario del corazon de las muchedumbres; he aquí porque el inolvidable Pio IX pronunció aquella frase que guardarémos fiel en nuestra memoria: *por lo que escribió le hice Obispo; que sea Obispo y que continúe escribiendo.*

La reputacion del P. Zeferino no viene en alas de un partido ó de una escuela; la reconocen y otorgan sus mismos adversarios, y á su desicion se someten espontáneamente los hombres mas eminentes.

Como Obispo lleva á realizacion importantísimas reformas, corrige toda clase de abusos, preside un Sínodo, funda establecimientos piadosos, visita repetidas veces su diócesis y crea los cír-

culos de obreros, y hace una terrible propaganda contra los socialistas.

Este es el humilde fraile, este es el nuevo Cardenal, gloria de la nobilísima Astúrias, orgullo del Órden de Dominicos, admiracion de España y Filipinas.

¡Loor á Astúrias! ¡Loor á los hijos de Aquino! ¡Gloria á la noble y venturosa anciana que lo amamantó con su propia sangre! ¡Loor á España porque de hoy mas tendrá un nuevo y fundado motivo para enorgullecerse en tan preclaro hijo! ¡Loor á la Iglesia cristiana, y al augusto Pontífice, que de modo tan justo sabe apreciar las virtudes y merecimientos del docto varon español, elevándolo á la dignidad Cardenalicia!

Elías M. Martinez Nubla.

EL P. ZEFERINO, ECONOMISTA

«Solo el cristianismo puede dar una base sólida, segura y humanitaria á la economía política.»

P. Zef. opúsculo "La economía política y el cristianismo" pág. 10.

SEÑORES: Sería un estudio curioso, y á la vez sorprendente y ameno, el que se hiciera para demostrar al mundo las relaciones que hay entre los filósofos antiguos y los modernos, entre los sabios de remotos tiempos y los sabios y pretendidos sabios de nuestros dias.

Creo yo que sin grande esfuerzo podría encontrarse notable afinidad entre los modernos despreocupados y los gnósticos visionarios; entre Darvin y Anaximandro; entre los espiritistas, Avicena y Jámblico; entre Descartes, Raimundo Sabunde, Algacel y Avicebron; entre Fichte y Protágoras; entre Schelling, Plotino, Hegel, Lao-tseu y Heráclito; entre Berkeley, Kant y Arcesilao; entre Cousin, Rousseau, Tofail y Diógenes; entre Kant, Sócrates y Gorgias; entre los demagogos materialistas y Critias; entre los partidarios del amor libre, de la pátria universal, y Demócrito; y finalmente entre los impíos, materialistas y Epicúro.

Y digo esto, señores, para que no parezca exagerada la si-

guiente apreciacion del autor de las *Helvianas*, que literalmente dice así: «La pretendida filosofía moderna es una vieja caduca de más de dos mil años, que vuelve á presentarse llena de afeites y coloretes para rejuvenecer su cutis arrugado por los años. Sus apóstoles no son más que paganos resucitados.» (1)

Dura es la frase; mas tiene en su apoyo la historia de la filosofía, y, para mayor precision, los dos primeros tomos de la obra que con ese título escribió el P. Zeferino: obra que ha coronado de gloria á su autor, acreditándole de prudente, sagaz, exacto y sabio.

Y la verdad sea dicha: hasta principios del siglo XIII la filosofía adoptada por los católicos fué la de San Agustin. Desde el siglo XIII se introdujo en Europa la filosofía de Aristóteles y de Platon; y léjos de hacer todos el uso prudente que hicieron de esa filosofía los escolásticos en general, con ella comenzó á pulular en Europa el racionalismo con sus tres manifestaciones graves y solemnes, á saber, negacion del principio de autoridad, naturalismo y cesarismo.

Preparado el terreno por el cisma de Occidente, los errores de Wiclef y de Juan Hus, y, segun noticias, por los escritos de Dante, Bocacio y Petrarca, resucitó en el siglo XV el paganismo, y le dió por pasear la culta Europa.

Con el renacimiento del paganismo surgió el sensualismo en la ciencia, en la literatura y en las artes; se vió con asombro de todos un número espantoso de ateos; y comenzó ese ataque, unas veces lento, otras bravío y feroz, pero general é incesante, contra todo lo que procede del catolicismo.

Desde entónces se disputan el reinado de las inteligencias dos filosofías, dos literaturas, dos clases de hombres, dos mundos, el pagano y el cristiano, el que pertenece al demonio, y el que pertenece á Dios.

---

(1) Citado por Gaume. Revol. t. 4.º, pág. 400, edic. de Madrid, 1857.

Esa es la clave del Protestantismo, de la filosofía embrollada, raquítica y miserable del siglo XVIII, de la revolucion francesa, de los insultos á la Religion, y de los ataques tremendos que está sufriendo la sociedad.

Y nadie crea ver en esto cavilaciones fundadas en meras coincidencias. Os daré una prueba que no admite réplica. El punto de partida, el alma, la vida, el secreto, la fuerza de la filosofía pagana fué su ódio general á la tradicion; y todos sabeis que desde el siglo XV acá esa es la pesadilla de los filósofos anticristianos. Paganismo, sí, paganismo: eso es lo más conforme con la época moderna, muerta y devorada por la sed de oro; orgullo y sensualidad, para dar gusto á la altivez de la razon, y para acallar los gritos de las pasiones. Paganismo en la ciencia, en la moral, en las artes y en las costumbres: con eso se realiza el destino del hombre sobre la tierra, que, segun dicen, se reduce á vivir y gozar con prescision completa de la vida futura.

Ahí teneis explicado cómo la mayor parte de los errores de la filosofía moderna son, y tienen que ser por necesidad, copias más ó ménos completas del paganismo.

Pues bien, señores. Frente á esa filosofía pagana y gentílica mantuvo sus posiciones la filosofía católica, defendida por ilustres campeones, fieles discípulos en general de Santo Tomás de Aquino.

En España la lucha, por innecesaria, no se formalizó hasta principios de este siglo. Y nuestra pátria, grande por su fé, valiente y heróica por el temple de sus hijos, presentó al mundo tres hombres, que bastan para dar fama, y honrar á una nacion y á un siglo. ¡Donoso Cortés, Balmes, y el P. Zeferino! Sus nombres son repetidos con respeto y veneracion por todos los sabios.

De Donoso Cortés han dicho que era el Maistre español. Yo creo poder aseguraros que, leyendo las obras de entrambos, resulta el primero superior al segundo. Talento original y de fuerza inmensa, apostrofó con poderosa y elocuente voz á la Europa, para que volviera hácia Dios, de quien se había apartado: su idea ca-

pital, grandiosa, sublime, era que el catolicismo debe constituir el eje central del movimiento del mundo, y que es preciso que el principio sobrenatural y divino penetre por los poros de la sociedad, y la vivifique en todas sus manifestaciones.

En alabanza de Balmes ha escrito el P. Zeferino esta excelente apología: «Balmes posee la originalidad propia de la ciencia, la originalidad que la ilustra, desenvuelve y completa, la originalidad que derrama vivos fulgores sobre la verdad, que la defiende contra los ataques de sus enemigos, que conserva, afirma y aumenta el patrimonio intelectual del género humano, porque en el terreno propiamente filosófico, en las ciencias metafísicas, no cabe más originalidad que ésta, sobre todo despues que la idea cristiana afirmó su base y coronó su cima.»

»En este concepto Balmes es el tipo del filósofo cristiano. La base esencial de su filosofía es la filosofía cristiana, ó digamos mejor la filosofía de Santo Tomás, como solucion la más sintética y comprensiva de los problemas fundamentales de la filosofía.....»

»Su discusion y exámen de los diferentes criterios de verdad, su explicacion fundamental del órden moral, y la refutacion sólida y concienzuda del panteismo germánico en algunas de sus fases principales, avaloran sus escritos, y revelan la profundidad de su talento y de su ciencia,... y... colocan justamente al filósofo de Vich á la cabeza de los filósofos españoles del presente siglo.» (1)

La apología completa del P. Zeferino no se puede escribir hoy. Mucho arguyen en su favor la resonancia de su nombre por todo el mundo, y el número de trabajos científicos que ha publicado.

Un análisis completo de todas sus obras supondría gran talento y mucha ciencia. Yo me concretaré á decir dos palabras sobre uno de sus opúsculos, en que ménos se ha fijado la atencion de los sabios: el que se titula *La Economía política y el cristianismo*.

---

(1) Hist. de la Fil., t. 3.º páginas 493, 494 y 495.

I.

La filosofía anticristiana del siglo XVIII se personificó en Voltaire.

El volterianismo fué á la vez racionalismo, naturalismo, sensualismo, y socialismo: racionalismo en filosofía, naturalismo en religion, sensualismo en moral, demagogia en el órden social. En una palabra; el volterianismo fué ni más ni ménos que un esfuerzo satánico y horrible para derrocar el órden religioso y social fundado por el cristianismo, y establecer un órden religioso y social fundado en la razon humana.

La empresa de Voltaire tuvo dos clases de auxiliares muy poderosos: los enciclopedistas, y los economistas.

Los enciclopedistas lloraban de lástima al ver que siendo la teología misterio, y, segun ellos, fanatismo y supersticion, la filosofía, que estaba á sus órdenes, no podía ser otra cosa que ignorancia, oscuridad y tinieblas; y por eso se encargaron ellos de fundar una nueva filosofía especulativa, y singularmente una metafísica, con muchos y variados sistemas, á fin de que hubiera para toda clase de gustos; con muchos y variados sistemas, repito, cada uno de los cuales en realidad es un juguete caprichoso, y cuyos principios, por cierto muy numerosos, se reducen sin embargo á uno sólo: que el hombre es dueño absoluto de su razon, y puede hacer de ella literalmente lo que le dé la gana... ¡Ah, señores; esos caballeros, con tanta ciencia y tantas letras, no llegaron á comprender que la civilizacion del mundo es el resultado de dos factores: filosofía y sentido comun!

Los economistas se encargaron de la parte práctica, y trata-

ron de labrar la felicidad de los pueblos, llamándoles la atencion sobre el estudio de la naturaleza, que es, dicen, la madre de los verdaderos goces.

Adam Smith en Inglaterra, Rossi en Francia, fueron los principales promovedores de esa escuela, de carácter esencialmente materialista, cuyo empeño fué enriquecerse á toda costa, sin reparar gran cosa en los principios de moralidad. Otros muchos economistas pregonaron y sostuvieron que los goces terrenos y los intereses materiales constituyen el fin del hombre, pues no hay, segun ellos, vida futura, y todo el destino de la humanidad se realiza aquí en la tierra.

Por eso dijo perfectamente Selgas: «¿En qué pensamos? No hay para qué ocultarlo. Pensamos pura y simplemente en el placer y en la ganancia; poseemos á la vez el doble carácter de disipadores y mercaderes.»

Con perdon, copiaré cuatro líneas más. «Pero bien, ¿qué somos?—No me atreveré yo á decirlo, pero oid á Horacio:

«Si vienes á verme, dice, verás en mí un cerdo lleno de gordura, de la piara de Epicuro.» (1)

No en vano os dije al principio que entre las grandes afinidades, que un curioso podría encontrar, está la de los impíos, materialistas y Epicúreos.

El sistema mercantil, el sistema fisiocrático y el sistema industrial forman, con la escuela socialista, las grandes evoluciones de la Economía política moderna.

Para los defensores del primer sistema el dinero es la fuente de la riqueza. Su patrono fué Colbert; su fórmula principal, la célebre teoría de la balanza de comercio; sus aspiraciones y consécuencias, poseer ricas minas, explotarlas, y vender mucho á los extranjeros: puertas cerradas, y puertas abiertas, como decian ellos: cerradas á la importacion, para que no saliera el dinero;

(1) Fisonomías contemporáneas. Vista interior.

abiertas á la exportacion para que entrara y se aumentara ese metal amonedado. Para los fisiócratas la fuente de la riqueza está en la tierra, y la única industria interesante es la agricultura: su jefe, Francisco Quesnay, fué médico de Luis XV. El sistema industrial, seguido por casi toda la escuela inglesa, y gran parte de la francesa, tuvo por fundador á Adam Smith, escocés, profesor de la Universidad de Glascow, y por continuador y perfeccionador á Juan Bautista Say.

Ved ahora, señores, cómo penetró el P. Zeferino las tendencias de los economistas modernos.

«El antiguo sistema mercantil habia ido desapareciendo poco á poco de las naciones de la Europa, y sobre sus ruinas levantábase el sistema agrícola de Quesnay, Dupin, Turgot y demás economistas franceses, cuando en 1771 aparecieron las *Meditaciones sobre la Economía política* del conde Verri, el cual dió un golpe mortal al sistema agrícola de los economistas franceses.

Verri sólo había destruido; faltaba un hombre capaz de edificar. Desgraciadamente realizó esta empresa Adam Smith con sus *Investigaciones sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*. Y decimos *desgraciadamente*, porque Smith es como el jefe de esa escuela semi-materialista de Economía política, que sólo ve en el hombre un capital y un productor de riquezas; escuela cuyos principios desecantes, y cuyas doctrinas egoistas tienden á hacer más desgraciada la suerte de los pobres, en vez de aliviar su infortunio; escuela, en fin, para la cual casi nada significan y en la cual para nada entran la religion y la moral.

Se ha dicho y repetido á porfía que Smith es el verdadero fundador de la ciencia de la Economía política. Esta afirmacion es verdadera hasta cierto punto, si se consideran los trabajos de Smith bajo un punto de vista puramente literario; porque este escritor, abarcando en su obra, bajo procedimientos metódicos, todas las cuestiones de esta ciencia, determinando sus principios

y leyes generales, desenvolviendo sus conclusiones y estableciendo teorías más ó ménos sólidas y verdaderas sobre los diferentes problemas de que ocuparse suele la Economía política, dió á las doctrinas económicas una forma científica más completa y más universal que la que hasta entonces habían alcanzado.» (1)

Tambien es muy interesante el retrato que hace el P. Zeferino del espíritu y la esencia del sistema de Smith.

«El error grande del sistema económico de Smith y el defecto capital ante el cual desaparecen todas las bellezas y méritos que suponerse quieran en sus escritos, es ese espíritu de egoismo práctico, y esa indiferencia moral y religiosa que domina su sistema; espíritu de egoismo y de indiferencia que el cristianismo no puede ménos de condenar como opuesto á su enseñanza, á su historia y á su mision divina sobre la tierra en favor del hombre y de la sociedad. En medio de sus estensas teorías sobre la produccion y distribucion de las riquezas, sobre el consumo de las mismas y sobre las ventajas de la division del trabajo, Smith no halla ni busca nada para impedir la degradacion moral del hombre, no parece preocuparle en lo mas mínimo la suerte de esa clase infortunada de obreros que caminan rápidamente al embrutecimiento y la inmoralidad, sepultados en las fábricas y talleres; en una palabra, en la teoría de Smith el hombre moral y religioso no significa nada, y desaparece por completo ante el hombre material, ante el hombre máquina, ante el hombre productor de la riqueza. Por eso vemos á los partidarios de su escuela definir al hombre «un capital acumulado, que no tiene valor sino segun la masa de este capital en el interés de la produccion.» Por eso vemos á Say, principal representante y propagador en el continente de las teorías de Smith, afirmar osadamente que «la equidad no prescribe los socorros públicos.» Por eso vemos, en fin, á esa escuela encerrarse en el estrecho cír-

(1) *La Economía política*, páginas 6 y 7.

culo de los intereses materiales, y prescindir enteramente de los intereses morales y religiosos del hombre; investigar sin descanso los medios de llegar á una produccion ilimitada de riquezas, sin ocuparse del bien moral de los individuos.»

«¿Puede avenirse el cristianismo con semejante Economía política? ¿Puede dejar de condenar esas teorías egoistas, esas doctrinas, en que se halla encarnado un materialismo práctico tan desconsolante?» (1)

En la pág. 34 acaba de descubrir las miras de Smith con las siguientes frases. «Antes de exponer sus ideas sobre Economía política, Smith habia publicado la *Teoría de los sentimientos morales*, obra en que el publicista de Kirkaldy pretende cimentar y levantar todo el edificio de la ciencia moral sobre la estrecha base de la simpatía, eliminando, por consiguiente, de la idea de la virtud, el esfuerzo, el sacrificio y la energía de la voluntad. Esto nos explica en parte las tendencias materialistas y el espíritu egoista que se descubren en su sistema económico-político: la *Teoría de los sentimientos morales* llama naturalmente, y se halla en armonía con las teorías desenvueltas en las *Investigaciones sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*. Si se añade á esto que Smith, lo mismo que Say, principal propagador de sus doctrinas económicas en el continente, vivieron, conversaron y estuvieron en íntimas relaciones con los filósofos sensualistas é irreligiosos del pasado siglo, no será difícil darse razon del espíritu que domina en su sistema económico-político.»

Enlazando hechos con hechos, presenta el siguiente cuadro, resultado de las costumbres modernas. (2) «Esas grandes aglomeraciones de obreros é industriales en que la miseria física y la moral desgarra y llena de angustia el corazon del observador: las

(1) Ibid. páginas 7, 8, 9.
(2) Ibid. página 28.

mujeres, obligadas á pasar la vida fuera del hogar doméstico; los niños, sepultados en las fábricas antes de conocer el nombre de Dios y la santidad de la familia; los padres, gastando en un dia de orgía el salario de la semana; el uso de los narcóticos y de las bebidas espirituosas para reparar la fatiga y olvidar los peligros y cuidados de la familia y del porvenir, producen y determinan en los primeros los hábitos de independencia y de promiscuidad, tan perniciosos para el órden moral y material, y en los segundos la imprevision, la muerte anticipada, el abandono de la familia, la miseria y la desesperacion en la enfermedad.»

Uno de los puntos culminantes de la Economía política moderna es la teoría de Malthus; y el P. Zeferino la examina detalladamente desde la pág. 85 á la pág. 95; y en un arranqne de indignacion, deja caer de su pluma las siguientes frases, duras, pero exactas. «Oprímese el corazon al pensar lo que sería una sociedad en la que llegáran á encarnarse y dominar las doctrinas de este célebre economista. La molicie, el egoismo y el libertinaje serían los caractéres propios de semejante sociedad, porque son los efectos naturales y espontáneos del sensualismo que informa su teoría económica, en la cual no se reconoce ni señala al trabajo mas objeto que el interés propio, ni otro estímulo que la satisfaccion de las pasiones, ni otro fin que los goces materiales de la vida presente.»

Desde la pág. 91 á la 102 refuerza el P. Zeferino la impugnacion de la Economía política anticristiana, haciendo ver que es impotente para resolver el problema del equilibrio entre la poblacion y la produccion; que sus errores tienen un abolengo de veinte siglos; que son plagio y reproduccion de las doctrinas inmorales y contrarias á la dignidad del hombre, doctrinas adoptadas por las escuelas paganas, y singularmente por Platon y Aristóteles; que sus trabas para la realizacion del matrimonio y de sus fines santos producirán, si no se corrigen, el socialismo y el comunismo más desvergonzados; y concluye diciendo: «la dignidad

del hombre, la santidad de la union conyugal, la libertad individual, la moralidad pública y privada, la fecundidad ordenada de la especie, son á todas luces incompatibles con las teorías, los consejos y preceptos de los economistas de nuestros dias, que se inspiran en las doctrinas de Malthus, de Stuart Mill y de otros partidarios de la Economía sensualista.»

Á continuacion, llevado de su alma grande, y de su corazon santo y generoso, truena contra la filantropía, máscara y remedo de la caridad cristiana, y causa de la caridad legal, impuesta por el Estado: caridad forzada, caridad absurda, caridad que en sí misma y por sí sola no es virtud; pues la virtud de la caridad, como toda virtud es esencialmente libre y voluntaria, y tiene por fundamento el sacrificio y la abnegacion por amor de Dios, en favor del prójimo amado en Dios y por Dios.

La caridad cristiana es de suyo fecunda y eficaz; la caridad legal, fundada en la violencia y en la obligacion, es por sí misma ineficaz: áun cuando remedie las necesidades del cuerpo, no siembra en el ánimo del indigente ni la gratitud ni la humildad, virtudes necesarias á todos, y más aún á las clases menesterosas.

«¿Con qué derecho, esclama el P. Zeferino, y en qué regla de justicia cabe llevar ante la policía correccional, encerrar en una casa y privar de su libertad al padre de familia, que, ó bien á causa de una de esas crísis industriales, ó bien acosado por enfermedades y desgracias imprevistas, ha agotado todos sus recursos, y se decide con harta resignacion á mendigar, cuando la caridad se olvida de él, ó sólo le suministra recursos insuficientes para conservar su vida y la de su familia? ¿Qué crímen ha cometido que merezca la separacion de su familia y la pérdida de su libertad? ¿Será por ventura un delito ser hombre, necesitar de comida y no ser rico? Aun suponiendo que la mendicidad fuera debida en todos los casos á la ociosidad y pereza, suposicion que dista mucho de la realidad, ¿de cuando acá las leyes castigan la pereza y la ociosidad? La ley debe ser igual para todos, como lo

son los preceptos de la justicia natural. Si la pereza y la ociosidad son un delito en los pobres, ¿por qué no lo serán tambien en los ricos? Y sin embargo, no vemos que los códigos establezcan penas, ni mucho ménos castiguen la pereza y la ociosidad de otras clases con la privacion de la libertad. ¿Será por ventura que las prescripciones de la justicia no alcanzan igualmente á todos los hombres? ¿Tendrá derecho el Estado para tratar á los desheredados de la fortuna como enemigos y vencidos? ¿Será, finalmente, que es conforme á justicia tener dos pesos y dos medidas, ó una ley para los pobres y otra para los ricos?» (1)

Por último el P. Zeferino termina su opúsculo sobre la Economía política, abordando las grandes cuestiones del lujo y del pauperismo, con una claridad de ideas, propia de su privilegiado talento, y una riqueza en detalles científicos, que envidiaría el más consumado economista.

Deshace ingeniosamente el principio que asientan muchos autores de que el trabajo es la mejor limosna, que puede otorgarse al indigente, pues le moraliza, segun dicen, y le proporciona los recursos necesarios. Y como el desarrollo del lujo supone gran consumo de los productos de la industria, y por tanto abundancia de trabajo, les parece á esos escritores que, multiplicando las necesidades ficticias y las exigencias del lujo, queda resuelto el problema de la miseria y de la pobreza, ó sea el problema pavoroso del pauperismo.

Tal es la teoría científica del lujo, tan opuesta á la moral cristiana, como propia de una Economía racionalista y sensualista.

¡Qué absurdo, señores, y qué horrible confusion de ideas!

Las ciencias sociales nacen todas de la Ética, como las ramas del árbol nacen del tronco, y por él se sostienen, y de él reciben inmediatamente la vida.

La Ética, como las demas ciencias, tiene un primer princi-

(1) Ibid. página 109.

pio, base del edificio moral, y punto de partida de todas las escursiones que los sabios quieran hacer en el terreno científico. Ese principio es: que se ha de obrar el bien, y se ha de evitar el mal.

Como el primer principio de una ciencia es el que da luz, vida y certeza á los demas, ocurre en la Ética y en las otras ciencias sociales una cosa muy particular, y es, que en ellas se identifica lo verdadero con lo bueno, lo falso con lo que es malo.

De todo lo cual resulta que si el lujo es malo en sí mismo, y contrario al derecho natural, la teoría del lujo será errónea y absurda.

Pues bien. El lujo no es más ni ménos que el uso irracional y abusivo de las cosas útiles.

El lujo es completamente relativo, y depende de los lugares, tiempos y personas. Y así lo que para unos es lujo, para otros no lo será; y lo que un dia corresponde al más sencillo ornato de la vida, años atras puede haber sido considerado como un loco dispendio. «A fines del siglo XIV se declamaba contra el lujo de la reina Isabel, especialmente porque tenía dos camisas de tela; y las primeras medias de seda, trabajadas con aguja en tiempo de Enrique III, fueron llevadas como un ornamento fastuoso... Madama de Maintenon escribía á su hermano en 1678: «gasto una libra de candelas cada dia, y las empleo en la antecámara, en la habitacion de las mujeres, en la cocina, y en la caballeriza: yo no veo más que estos cuatro lugares en donde sean necesarias.» (1)

Pero en medio de tanta indecision, habrá indudablemente lujo, siempre que ocurra alguna de las tres condiciones siguientes:

1.ª Si un gasto perjudica á la prosperidad pública; porque en ciencias sociales, lo primero es el bien comun:

(1) Hervé-Bazin. *Tratad. de Econom. Polit.*, traducido por Pou y Ordinas, pág. 386.

2.ª Cuando lo ménos útil impide lo más útil; porque ahí se quebranta la ley natural, trastornando el órden de las cosas:

3.ª Si el precio excede notablemente á la utilidad de los objetos; porque si el precio es medio para conseguir el fin, éste debe ser siempre superior y de mayor importancia que cualquiera de sus medios.

El lujo es inmoral, porque quita á una gran parte de la sociedad el amor al trabajo, que es una obligacion para todos.

El lujo es inmoral, porque no tiene otro objeto que satisfacer el egoismo, la vanidad, la gula y otras viles pasiones.

El lujo es inmoral, porque destruye la paz de las familias, y es el mayor enemigo de la virtud doméstica.

El lujo es ademas, y esto lo saben pocos, verdadera llaga de la Economía política, y gusano roedor de la prosperidad pública ó social, porque absorve los capitales circulantes y los convierte en fijos, con gran perjuicio de la produccion industrial. Y áun cuando parte de esos capitales pasa á las manos de los trabajadores, es evidente que diseminados entre la multitud sólo tienen oficio y poder circulatorios, y son ineficaces y estériles para las empresas de la industria. El capital desparramado no es ya capital. «Un *valor ahorrado*, escribe el despreocupado Garnier, Economía política núm. 499, se convierte en un valor capital, cuyo consumo se renueva sin cesar; al paso que un *valor disipado* no se consume más que una vez.» Traslado á los partidarios de la llamada desamortizacion de bienes eclesiásticos.

Pues bien, señores, volviendo á nuestro tema: todo el mundo sabe que en la cuestion del pauperismo, terrible crísis de las sociedades modernas, influye más el elemento moral que el material, la falta de religion y de virtud que la escasez de recursos pecuniarios. En la Edad Media, época profundamente religiosa, ni hubo guerras de esclavos ni huelgas de obreros. Por tanto es absurdo afirmar que el lujo, inmoral en sí mismo, puede ser remedio eficaz contra los males del pauperismo. Muy al contrario: «El

lujo corroe á las naciones, y las conduce al pauperismo por un camino sembrado de flores.» (1)

Por eso dice muy bien el P. Zeferino: «Las miserias de las clases obreras é indigentes se remedian y disminuyen inspirándoles el espíritu de órden, de economía, de moderacion, de sacrificio, y de moralidad, y no irritando sus pasiones, sus cóleras, sus envidias y sus ódios, desplegando ante sus ojos las magnificencias caprichosas de un lujo insultante, propio para exacerbar sus padecimientos y pasiones, y para ejercer las más desastrosas influencias sobre sus disposiciones morales.

«La Economía política cristiana, sin condenar, ántes bien reconociendo la utilidad social y la necesidad relativa de que el consumo, los gastos, la satisfaccion de ciertas necesidades, se hallan en relacion con la naturaleza y condiciones especiales de ciertas clases y personas, no aprueba ni aprobará jamás esa teoría que convierte al lujo en elemento de prosperidad y de bien, cuando lo es de ruina y de inmoralidad. Predicar el desarrollo y la propagacion indefinida del lujo, bajo el especioso pretesto de fomentar la produccion y el trabajo, es echar en olvido que la pasion del lujo, nacida y fomentada por la ociosidad, engendra y fomenta á su vez el egoismo y la dureza de corazon para con el prójimo; es echar en olvido que esa pasion abre la puerta á la seduccion de todas las malas pasiones y corrompe las costumbres públicas y privadas, procurando disimular y hasta embellecer el mal y sus manifestaciones; es echar en olvido, para decirlo de una vez, que, segun la palabra del Evangelio, *el hombre no vive de sólo pan,* sino de virtud y moralidad.» (2)

(1) Hervé-Bazin, pág. 387.
(2) *La Econom...* pág. 119.

II.

Cada siglo tiene su carácter especial, y su fisonomía distinta de la fisonomía de los otros siglos: el nuestro es un siglo de mudanzas.

Si fijamos un poco la atencion, oirémos los últimos suspiros de una época que se va; parece que la sociedad está animada de un nuevo espíritu, y que ha llegado la hora de la gran transformacion.

En ciencias, en artes, en diversiones, todo es especial. Hay que acatar en esto, como en las demas cosas, los juicios de la Providencia: si el mundo avanza, y se trasforma, sería ridículo, pueril é inútil empeñarse en detener su marcha; pero se debe trabajar porque la sociedad no salga nunca del cauce de la virtud y de la justicia.

La Economía política es ciencia antigua, y es ciencia nueva: antigua, en cuanto á sus principios fundamentales, que, naciendo de la Ética, y siendo, como son, verdaderos, prescinden del tiempo, porque sirven para todos los siglos, como quiera que tienen su primera razon de ser en la esencia de Dios, que es superior á todo siglo: nueva, en cuanto á sus aplicaciones, diferentes de las de otros siglos, por lo mismo que el nuestro es muy diferente de los demas.

Hoy las ciencias sociales, prácticas y de utilidad obtienen, con las artes, el favor del mundo que las distingue, y las da más importancia que á las ciencias puramente especulativas.

La Economía política ha caido muy en gracia á los hombres

de nuestro siglo; y repito que en esto no hay nada censurable: dejemos á la Providencia regir los destinos del mundo. Pero la Economía política se presenta hostil á la Religion, y eso es lo que hay que evitar á todo trance: hay que cristianizar esa ciencia.

Adam Smith, en el siglo pasado, hizo muy mal en inspirar los primeros alientos á la Economía política, estableciendo la moralidad sobre la utilidad y la simpatía.

Esa teoría fundamental, como la teoría científica del lujo, uno de sus más famosos corolarios, «deshonra ciertamente á la Economía racionalista y sensualista; pero revela al propio tiempo, por una parte, el espíritu y tendencias que anidan en el fondo de esta ciencia, y por otro que la Economía política será siempre una ciencia relativamente estéril é infecunda, mientras no se halle inspirada é informada por la idea cristiana.» (1)

Sin duda por eso el dinero ha venido á ser el dios del siglo en que vivimos, y la teología de este dios práctico, utilitario y positivo es la Economía política, esa ciencia nueva cuyo dogma fundamental es este: lo que no vale dinero, no vale nada; la ciencia del crédito permanente y de la deuda eterna.

«La Bolsa es el gran templo, más aún, es el gran oráculo. «¿Qué dicen los dioses?» preguntaban los antiguos paganos. Nosotros preguntamos: «¿qué dice la Bolsa?» Ella es, puedo asegurarlo así, el centro de la vida, donde palpita íntegro el corazon de la sociedad moderna.» (2)

Terrible es todo esto: ¡la Bolsa, templo, oráculo de los pueblos, y centro donde palpita enterito el corazon de la sociedad moderna!

Así es, sin embargo, aunque dé vergüenza confesarlo. El dios de este siglo es el dinero, su teología la Economía política, y su templo la Bolsa de contratacion.

---

(1) P. Zeferino, opúsculo *La Economía*... página 121.
(2) Selgas. *Fisonomías*... Vista interior.

Las clases influyentes en la sociedad fijan casi toda su atencion en los intereses materiales, y hasta las ciencias llevan á ese dios y á ese templo el tributo de sus ofrendas.

Parece que todo se relaciona solamente con el mundo material. Las grandes aficiones, casi casi los únicos ideales de este siglo son las riquezas, las comodidades, los deseos voluptuosos, y la satisfaccion de los más refinados apetitos.

Á contar desde la revolucion francesa, la sociedad se ha infatuado con la idea del progreso, y aplica ese nombre á todos y cada uno de los pasos, bien ó mal dados, de la generacion moderna. Sin embargo «la ciencia en que más adelantos se han hecho es la del fraude, y la cuestion metálica, con la de los placeres, es la que figura al frente de todas las cuestiones.» (1) Por otra parte los placeres, cuando son ilegítimos, en moral y en fisiología, en el individuo y en la sociedad, léjos de ser un progreso, producen tan sólo perturbacion, desórden y corrupcion. Así falseada, y violentamente comprendida la idea del progreso, puede estallar irónicamente el mejor dia con el estrépito de un trueno, y dejarnos, á fuerza de progreso y de civilizacion, en medio de la barbárie.

Puede asegurarse que si la Economía política no corrige sus malos pasos, se compromete y nos pierde. Se compromete, porque es vergonzoso para una ciencia, resplandor de la luz de Dios, ir á morir ignominiosamente en la confusion, en la duda, en el caos, y en la nada. Y nos pierde, porque los pueblos y la sociedad, fascinados por el falso brillo de esa ciencia, irán á dar sin remedio en el socialismo.

Si al pueblo se le quita la religion de sus padres, y se le dice especulativa y prácticamente que no hay más dios que el dinero, ni otra religion que el deleite, es natural que los pobrès reclamen su asiento en el gran festin; y en caso de negativa, con una tea

(1) Gaume. *La Revol.* t. 5. pág. 53.

en la mano, y algunos cartuchos de dinamita en el bolsillo, amenacen al mundo con la devastacion universal.

Para pruebas y ensayos, ahí están la Commune francesa, el Cantonalismo español, la Internacional, la mano negra, y el nihilismo ruso.

La Economía política anticristiana tiene cómplices en la cátedra, en la tribuna, en el periódico, y en todos aquellos puntos en que se niega la inmortalidad del alma y la esperanza en la vida futura; porque eso es atizar la ignorancia del vulgo con el fuego de la concupiscencia, sin reparar que el Señor avisó en el Levítico que los dos grandes principios del mal en los pueblos son la ignorancia y la concupiscencia.

Si los hombres de ciencia se empeñan en discutirlo todo, y en no dejar nada como cierto, el vulgo, de suyo práctico y ejecutivo, deslumbrado por los fulgores del lujo, movido por la codicia y la envidia, y hecho su corazon un volcan de sensualidad, querrá gozar como los ricos; y, como no hay ni puede haber para todos, emprenderá la desamortizacion contra los antiguos desamortizadores.

Tal es el resultado lógico y natural de haber cortado la ciencia moderna la comunicacion de la tierra con el cielo, y de haber anublado la inteligencia del pobre pueblo revolviendo el fondo de sus instintos.

Cada socialista, cada nihilista, representa la realidad intelectual y moral, pero viva y personal, de la ciencia moderna: los hombres de letras son los principios, ellos las consecuencias.

«Detras de las teorías los hechos, detras de las negaciones los desastres, detras de los errores los crímenes.

»Esa es la última evolucion del *yo* en el tiempo y en el espacio, ese es el ejercicio, digámoslo así, científico de la conciencia libre, el acto supremo de la ciencia.» (1)

---

(1) Selgas. *Fisonomías*... El Perfil.

Ahí están las consecuencias de la falsa libertad de pensar, patrocinada locamente por Descartes, Voltaire, Rousseau, Kant, Hegel, Fichte y Schelling.

«Esta holgura moral en que vivimos, esta amable condescencia con que nos prestamos á todas las complicidades, y este dormir á pierna suelta en medio de los más grandes trastornos, es un beneficio que le debemos al espíritu filosófico de nuestro siglo, y es el rasgo más característico de nuestra fisonomía.

»Las agitaciones sistemáticas del mundo político, las degradaciones de las dignidades, el rebajamiento de los caractéres, la codicia que nos enciende y el egoismo que nos hiela, no están tanto en nosotros como en el aire que respiramos, son los frutos que producen las semillas sembradas por la filosofía; la deliciosa corrupcion en que tan fastuosamente nos revolcamos, no se puede decir que es un resultado puramente empírico, porque es en su conjunto la consecuencia científica de la filosofía moderna deduciéndose á sí misma.

»En las academias, en las universidades, en los libros... palabras, palabras, palabras... En la vida de la sociedad, hechos, hechos, hechos. Las abstracciones de los ideólogos se traducen ya en la lengua comun del vulgo, y su accion deletérea se siente lo mismo en los clubs que en los salones, lo mismo en los cafés que en las tabernas, en las artes, en la literatura, en la industria, en los negocios, en las leyes y en las costumbres. Ha penetrado hasta en el seno mismo de las familias, arrojando á nuestra propia consideracion el cuadro moral de la sociedad en que vivimos.» (1)

La libertad de pensar estraga y debilita la razon, y produce el marasmo intelectual, padre del escepticismo.

En pos de la duda universal que marea, sigue el afan de los goces que enloquecen. Por eso el horizonte de la inteligencia se

(1) Selgas. *Fisonom.* Sombra, pág. 231.

reduce hoy por momentos; apénas se ve que hay un cielo, que, girando sobre nuestras cabezas, nos llama continuamente hácia lo alto con sublime y poderosa voz; el hombre no distingue ya mas que la tierra en que goza; y como en la tierra él es lo más grande, concluye por creer solamente en sí, y tenerse por dios, y adorarse á sí mismo.

Las funciones de esa adoracion son las solemnidades del gran mundo, principalmente el teatro y el baile. Y los himnos que cantan la apoteosis del hombre son, de un lado, las canciones vaporosas qne escitan la sensualidad hasta la médula de los huesos, del otro los ahullidos socialistas, como el himno final del celebérrimo congreso de Lieja, que cantaba y entonaba así: «¡Guerra á Dios! El progreso ésta ahí! La revolucion es el triunfo del hombre sobre Dios! Es preciso romper la bóveda celeste como un cielo raso de papel! Hay un poder que tiene lo porvenir: ese poder es la humanidad. ¡Odio al vecino de la ciudad! Odio al capital! Seiscientas mil cabezas son el obstáculo! que caigan!»

En ese congreso daban el tono las doctrinas de Littré, quien había escrito esta letra: «El socialismo es la religion de las clases desheredadas. El socialismo es la fé y la esperanza de los que quieren el éxito de la revolucion.»

Es verdad que antes había cantado un filósofo: «es más glorioso para el hombre ser un mono perfeccionado, que un Adan regenerado»... Al fin... monos!

Esos himnos armonizan con el himno ateo de Proudhon: ó católicos, ó ateos. «Si reconoceis un sér Supremo, ¡de rodillas ante el Crucificado!—¿Creeis en Dios? si creeis, sois cristianos y católicos; si no creeis, decirlo con franqueza, y así declarais la guerra á la Iglesia y á la fé del género humano.» (1)

Esos himnos concuerdan muy bien con las ideas modernas.

Imprudente y equivocadamente se dió carta blanca al pan-

(1) Citado por A. Nicol. *La revolucion y el órden cristiano.* Pág. 195.

teismo universitario, que es el ateismo profesoral; despues ha venido la escuela doctrinaria de la secularizacion, que es el ateismo legal; de ahí al ateismo social no hay más que un paso, la distancia que hay de los maestros á los discípulos, de los patronos á los clientes. Sentado el principio, resta sólo deducir la consecuencia; y esta, si Dios no lo remedia, queda á cargo de la regeneracion que viene en pos de nosotros.

La verdad es que si el socialismo es el ateismo aplicado á la sociedad, no veo yo cómo puede ser rechazado por el ateismo reinante ya en la política, en la filosofía, en la historia, en las ciencias, en las artes, en las diversiones, y en casi toda la vida moderna.

Ultimamente se debe advertir que no hay que despreciar los sistemas filosóficos, especulativos ó prácticos, por erróneos y disparados que sean. Tal fué la manía de la generalidad de los escolásticos desde el Renacimiento con los errores modernos. Creían equivocadamente que el desprecio era la mejor refutacion. Eso ha hecho al P. Zeferino escribir lo siguiente: «Á nuestro modo de ver, el defecto capital de la filosofía escolástico-cristiana, ó si se quiere, de sus representantes, á contar desde el Renacimiento, consiste precisamente en esto: consiste en haberse hecho la ilusion de que los sistemas erróneos y anti-cristianos dejarían de ser y de producir estragos en las almas y en la sociedad, sólo porque ellos les negaban el agua y el fuego en las escuelas, tapando los oidos para no oir sus ecos, cuando precisamente debía buscarse remedio contra sus estragos por medio de su refutacion en las escuelas y en los libros. Y dicho se está de suyo que la refutacion, si ha de ser razonado y sólida, si ha de responder á sus fines, exige y presupone el conocimiento y estudio de la materia.» (1)

(1) *Historia de la Filosofía.* t. 3.º pág. 433.

III.

La enfermedad del mundo es grave, y si la descuidamos, mortal. Pero hay para conjurarla medios eficaces y sencillos.

Recordemos la época, ya remota, que vió nacer al cristianismo; época fecunda en tiranos y en héroes, en crímenes y en fé. La civilizacion pagana, saturada de racionalismo, sensualismo y cesarismo; víctima desgraciada de la emancipacion de la razon, de la emancipacion de la carne, y del reinado absoluto de los déspotas; envuelta en las nieblas de la incredulidad general y del indiferentismo político; sin Dios verdadero, aunque con tantos dioses falsos como caprichos tiene el hombre; gozando de una civilizacion material muy avanzada, pero roida por el lujo, y la sed de oro y de placeres; en fin, ceñida de púrpura y coronada de flores, para disimular la corrupcion de la esclavitud, de la miseria y del suicidio; esa civilizacion que era toda orgullo y deleite, encontróse un dia en su camino con la civilizacion cristiana demacrada por la austeridad, y predicando abnegacion y penitencia.

Ante aquella figura veneranda el Paganismo al pronto se sorprendió. Mas, como tenía en sus manos el poder que domina, y la espada que hiere, atropelló al cristianismo, lo arrinconó en las catacumbas, y se esforzó en espantarlo con las tinieblas de los calabozos, el horror de los suplicios, y las fieras del anfiteatro.

Así las cosas, el brazo de Dios omnipotente soltó las hordas feroces del Norte, y las arrojó sobre la envejecida Europa. Los bárbaros asolaron templos inmundos y ciudades corrompidas; y despues de poner sus piés de hierro sobre la cerviz acicalada del

imperio romano, sentáronse tranquilos y satisfechos sobre las ruinas del Capitolio.

Allí fué á encontrarlos el cristianismo, y les enseñó el libro de los testamentos; é imprimiendo en sus frentes la idea de un Dios crucificado por el amor de todos los hombres, é inflamando sus corazones con la llama de la fé, que purifica y engrandece á las almas, sin violencia, ni sangre, ni aparato guerrero, les dió leyes, religion, suavidad de costumbres, sociedad y monarquía.

Hablando del poder de la Santa Cruz, cuando los bárbaros invadieron la capital del imperio romano, respetando solamente á los que se cobijaron en los templos católicos, exclama San Agustin: «Quien no vea en esto el dedo de Dios, está ciego; quien ha recibido tan insigne favor, y lo ve, y no lo alaba, es un ingrato; quien llegara á burlarse del que lo alaba, con seguridad ha perdido el juicio.» (1)

Despues, con la santidad y elocuencia de sus prelados refrenó las pasiones de aquellos bárbaros; y, poniendo en las manos de sus príncipes la balanza de la justicia, encauzó el poder, y corrigió sus excesos.

«¿Qué sería hoy la civilizacion europea, si los germanos, y los godos, y los suevos, y los francos, y tantos otros pueblos, más ó ménos bárbaros, no hubieran sido fundidos, por decirlo así, y regenerados en el gran molde del cristianismo? Sin negar que las razas germánicas y sus afines aportaron elementos más ó ménos importantes á la moderna civilizacion, es incontestable, es á todas luces evidente, que el fondo y la esencia de la misma, que los elementos fundamentales y mas fecundos de esa civilizacion que constituye la fuerza y la gloria de la Europa, pertenecen al cristianismo y son debidos al evangelio de Jesucristo; que no en vano ó sin razon lleva el nombre glorioso y característico de *civilizacion cristiana*, segun en otra parte dejamos ya consignado.» (2)

---

(1) De *Civit. Dei.* Lib. 1.º Cap. 7.º
(2) P. Zeferino. *La Economía...* página 42.

De ahí en adelante todo cambió.

La Religion cristiana, predicando á los hombres la comunidad de orígen y de destino, devolvió al mundo el gran principio de la igualdad humana, olvidado y desconocido ya por el paganismo.

Consecuencia inmediata de ese principio fué la abolicion de la esclavitud. La Iglesia fué limando paulatinamente las cadenas que oprimian á más de la mitad de los hombres. Y digo paulatinamente, porque en realidad fué así, y no debió ser de otra manera, pues la sociedad, como la naturaleza, no sufre con gusto súbitas mudanzas.

Ademas, ántes de convertir al esclavo en hombre libre, «era necesario hacerle hombre, reconstituir en él la persona, despertar su apagada conciencia y ennoblecerle á sus propios ojos. Por este camino, en efecto, habia comenzado Cristo, al tomar la forma de esclavo y subir á la cruz. A su ejemplo, todo hombre se convertia en esclavo voluntario, en el mero hecho de hacerse cristiano: *Qui liber vocatus est, servus est Christi.*» (1)

«Los mismos esclavos acudieron á disputar á sus amos el honor de morir por la inviolabilidad inmoral de la conciencia. En aquellas bandas de mártires que se ofrecen al suplicio desde los siglos, vemos siempre algunos esclavos para representar esta parte decaida y maldita de la humanidad...

»Desde ese dia, la conciencia queda restaurada, la persona ennoblecida y el esclavo no hará mas que cumplir una servidumbre voluntaria. En adelante, el peligro para el esclavo no estará en despreciarse á sí mismo, sino mas bien en despreciar á su amo.»

«Apenas se concibe, ciertamente, que se haya echado en cara al cristianismo no haber abolido completamente la esclavitud desde sus primeros dias. Aparte de la imposibilidad material de realizar esto, y aparte tambien de las profundas perturbaciones sociales, políticas y hasta económicas que hubiera producido la abo-

(1) *La Economía...* del P. Zeferino. Páginas 48, 49 y 50.

licion repentina y completa de semejante institucion, era necesario, ante todo, comenzar por abolir la esclavitud en el órden moral, antes de abolirla en el órden material: era preciso dar principio á la grande obra de redencion universal del esclavo, que en sus entrañas encerraba la doctrina de Jesucristo, por medio de la rehabilitacion moral y religiosa del esclavo: antes de romper sus cadenas de hierro, preciso era romper y fundir las cadenas que aprisionaban su inteligencia, su corazon y su alma; era preciso restaurar su conciencia y su personalidad, rehabilitándole á sus propios ojos. Porque sabido es que en fuerza de la opinion pública, de las costumbres, de las leyes civiles y de las máximas religiosas á la sazon dominantes, los mismos esclavos habían llegado á creer en su propia degradacion, estando persuadidos de su inferioridad con respecto á los demas hombres, bien así como de su destino y condenacion inevitable al envilecimiento y la servidumbre. De aquí aquella bajeza de sentimientos, aquellas pasiones innobles, aquella depravacion de costumbres, aquella grosería de instintos, de acciones y de propósitos á que se entregaban generalmente, que los caracterizaban y distinguian de las personas libres. La sátira latina, y mas todavía la escena, nos manifiestan abundantes pruebas de esto. Las producciones del liberto Terencio, pero sobre todo, y principalmente, las comedias de Plauto, que habia arrastrado la cadena del esclavo, representan con colores demasiado vivos y enérgicas pinceladas, la degradacion moral de los esclavos.»

De ahí el dicho de San Juan Crisóstomo: «Hay ménos grandeza en suprimir la esclavitud, que demostrar la excelencia de la libertad á los que arrastran cadenas.» (1)

Así terminó, para bien de la sociedad y gloria del cristianismo, esa raza de hombres sin fé ni esperanza; sin dignidad, sin instruccion y sin derechos; raza, que, olvidada en sus dolencias y

(1) Homil. 19.ª *in Epist. 1. ad Corinth.*

en su suerte, pasó por este mundo miserable, viviendo entre la crueldad de su señor y la indiferencia del resto de los hombres; raza, en fin, destinada á saciar las pasiones más lúbricas, ó á ensayar en sí mismos la virtud de los venenos, ó á servir de alimento á los peces que los grandes señores tenían en sus estanques. Con eso, el conocimiento de lo que hay de verdadero en las ideas de la libertad, igualdad y fraternidad, se debe por completo al cristianismo.

Enseguida el cristianismo, para asegurar sus conquistas, devolvió al hombre la propiedad del trabajo, que habia perdido con la esclavitud.

¿Qué tienen que ver ni en cantidad, ni en calidad, el trabajo del esclavo y el trabajo del hombre libre?

El esclavo, mal alimentado y envilecido, encorvado siempre bajo el látigo de su amo, que se hallaba interesado hasta cierto punto en su embrutecimiento, sin condiciones físicas ni morales para adquirir la instruccion é inteligencia necesarias para la buena calidad de los productos, trabajó simpre sin fé ni entusiasmo, sólo por saciar la codicia de su señor.

El hombre libre, al cumplir la ley impuesta por Dios á todos los mortales, como adquiere para sí una parte del fruto positivo de sus faenas, trabaja con resignacion, y á veces con alegría, movido de la esperanza, que robustece las fuerzas del obrero, y hace ménos penosas sus fatigas.

Pues bien: la propiedad del trabajo, elemento fecundante de la virtud de la *tierra*, (1) causa inmediata de la formacion del capital, instrumento el más poderoso de la riqueza de las naciones y desarrollo de la produccion industrial, es obra del cristianismo. Esto debían tenerlo en cuenta los economistas hostiles á la religion, y debió haberlo visto y haberlo confesado Adam Smith,

(1) Por *tierra* se entiende en Economía política, todo aquello que es útil, y no ha sido objeto de una produccion anterior.

que hizo del trabajo y de su division la base fundamental de la Economía política.

En tiempos del paganismo y de la esclavitud el suelo y el trabajo formaban un solo elemento de produccion industrial. El señor era dueño de lo uno y de lo otro. El siervo no tenía personalidad, era una cosa y nada más: su inteligencia, su habilidad, los sudores y las fuerzas, pertenecían esclusivamente á su señor, que cuidaba de él solo para que no se muriera de hambre. El esclavo no tenía tierra propia, ni trabajo propio.

Jesucristo empero, al romper las cadenas del esclavo, y hacer á éste, por consiguiente, propietario de su trabajo, hizo al pobre necesario al rico, partiendo entre los dos las fuentes de la riqueza y el imperio del mundo. Unidas las manos del pobre y del rico en grande y sincera fraternidad, se ha dado con la clave y el secreto de la produccion y desarrollo de las riquezas materiales.

En fin, el cristianismo coronó su obra estableciendo en todas partes el reinado del Amor.

Hablo del amor puro y divino, de orígen infinito, causa de todo lo grande que hay en la sociedad, manantial perenne de lo que es bello, astro luminoso que alumbra el camino del hombre desgraciado, y le da paz, inspiracion y grandeza.

Amor, que tiene por objeto primario á Dios, y secundario á los hombres todos redimidos del pecado con la sangre de Dios.

Amor, que castiga los delitos por su inmoralidad, y no precisamente porque se opongan al progreso material; porque esto último deja impunes los mayores horrores y violencias, con ofensa de la religion y enfriamiento de corazones.

Amor, que socorre las enfermedades del cuerpo, y cura las heridas del alma; que proporciona doctrina sana, instruccion y ciencia á los pobres; y procura extirpar de los pueblos y de las naciones el hambre y la ignorancia, causas de horribles desgracias, y de trastornos que hacen tambalearse á la sociedad.

Amor, que no engaña al prójimo con promesas ridículas de una divinizacion próxima de la humanidad, como predica el panteismo hejeliano; ni entretiene al pobre con vanos ensueños de una edad plena y armónica, segun el espiritismo Krausista; pero en cambio dice á los hombres, poniendo por testigos á Jesus y á María, que el camino de la pobreza va más derecho al cielo que el camino de las riquezas.

Amor, que, interpuesto entre la avaricia y la prodigalidad, distribuye á los pobres, por medio de la limosna, los tesoros de los ricos, y condena el lujo y el abuso de las riquezas.

Amor, lleno de abnegacion, y abundante en obras para el pobre, para el enfermo, y para el anciano; opuesto diametralmente á ese amor novísimo y comodon, llamado filantropía, á quien da asco la vista del miserable, y por eso le socorre desde el teatro ó desde el salon de baile.

Amor, que luchó contra la pobreza y la miseria en todas sus formas, por medio de las órdenes religiosas, y de tantas instituciones benéficas debidas á su influencia.

Amor, que mandó á los monjes desmontar las selvas, desecar los pantanos, ejercer las artes, y constituirse en centros de poblaciones, donde se educaba al pueblo para el cielo y para la tierra, enseñando moralidad por una parte, é inspirando por otra hábitos de prevision y de trabajo.

Amor, que asentó el derecho de propiedad sobre la base inquebrantable de la ley natural, que tiene por fundamento la ley eterna la cual se identifica con Dios.

Amor, enemigo capital de la absorcion del individuo por la nacion, y antítesis completa de ese egoismo frio de la Economía política anticristiana, que desprecia al municipo y á las entidades morales que poco pueden.

Amor, que, fundado en los principios eternos de la Ética, de quien es hija la Economía política verdadera, pone el fin del hombre en Dios, y mira, por consiguiente, las riquezas mate-

riales de este mundo, como perfecciones intermedias, subordinadas á ese fin superior.

Últimamente, amor, que en lenguaje sencillo se llama caridad; virtud necesaria en el cristianismo; hija predilecta del Dios del Calvario; que acorta, y casi suprime, la distancia entre el pobre y el rico; y seca las fuentes de ese ódio, inestinguible hoy, entre el salario y capital, que amenaza poner en conflagracion al mundo; y hace del trabajo una ley divina, y de la prevision y del ahorro grandes virtudes.

Pues si los efectos del Cristianismo, que á la ligera acabo de enumerar, desde su nacimiento hasta nuestros dias, no son todo un programa real y positivo de Economía Política, aseguro que no existe esa ciencia.

IV.

El carácter fundamental de la filosofía escolástica es su enlace con la teología, la subordinacion de la ciencia humana y natural á las verdades divinas y reveladas. Por eso ha vivido y vivirá lozana y robusta, apesar de los delirios de la razon.

Si la Economía política quiere mantener su dignidad, y ser, como debe ser, la antorcha del bienestar material del mundo y de sus pregresos industriales, que se incline respetuosa ante la Iglesia católica, y tenga presente á todas horas el nombre de Dios, y le bendiga porque crió este mundo enriqueciendo al hombre con todos sus bienes.

De lo contrario, podemos temer que se cumpla al pié de la letra la amenaza escrita en el libro de Job contra los hombres ingratos, que se ceban con las riquezas de la tierra, sin acordarse de la bondad de Dios. Quedarán sin luz, y andarán á tientas en

las tinieblas errando como unos ebrios. Vomitarán las riquezas que devoraron, y de su vientre las sacará Dios. *C.* 12, *v.* 25; *Cap.* 20, *v.* 15.

A todos los economistas enemigos de la religion se les puede aplicar la censura terrible del P. Lacordaire: «¡Hombres ingratos, que renegais de Jesucristo y que creis meditar una obra más profunda que la suya! Vosotros sois bien felices en que la fuerza del evangelio prevalezca contra la vuestra. Cada hora de vuestra dignidad y de vuestra libertad es una hora que se os conserva á pesar vuestro, y que debeis á la potestad de Jesucristo. Si se bajase un dia su cruz sobre el horizonte como un astro gastado, producirian infaliblemente de nuevo la servidumbre las mismas causas que la produjeron en otro tiempo; se reunirian en las mismas manos, por una invencible atraccion, el dominio de la tierra y el dominio del trabajo, y la pobreza, sucumbiendo bajo la riqueza, presentaria al mundo atónito el espectáculo de una degradacion de que no ha salido sino por un milagro siempre subsistente ante nuestros ojos.» (1)

Hasta el fanático Proudhon rindió homenaje, en momentos de calma, á la verdad teórica y práctica del cristianismo.

«Yo tambien, escribía ese hombre tan funesto á la impiedad como á la religion; yo tambien tengo mi experiencia, dice la Iglesia; experiencia anterior y superior á todos los experimentos inciertos, sujetos eternamente á la comprobacion de los sabios; experiencia decisiva, que proviene del mismo Dios, y á la cual han asistido mis autores: tal es la creacion del mundo, que jamás podrá explicar la ciencia; tal es la formacion del hombre, que no sabe explicar la fisiología; tal es la primera educacion por medio de los ángeles; las revelaciones reiteradas durante una larga série de siglos, de Adan, de Henoch, de Noé, de Abraham, de Moises, de los Profetas, de Jesucristo.

(1) *La Econ.* del P. Zeferino.

En esta venerable experiencia, cuyo recuerdo se ha conservado en todos los pueblos, se apoyan mi teología y mi enseñanza. Yo tampoco creo en el absoluto metafísico destituido de toda manifestacion sensible; lo recuso, lo censuro, como orígen de toda ilusion. Se dirá que no renovándose ya mi revelacion, no tiene otra garantia que testimonios. Pero yo existo, y mi sola existencia es una revelacion incesante, un milagro perpetuo.» (1)

Y en otro lugar: «Jamás hubiera yo impugnado la autoridad de la Iglesia, si yo admitiera lo sobrenatural (la existencia de Dios); antes bien me hubiera postrado ante una fe tan antigua, fruto de la elaboracion más sabia y más prolongada de que ha dado ejemplo el ingenio humano.

«¡Oh! ¡el cristianismo es sublime, sublime en la majestad de su dogma y en el enlace de sus deducciones! Jamás se concibió ni organizó entre los hombres pensamiento más elevado, ni sistema más vasto. Y yo juro aquí, que si llega la Iglesia á destruir *la tésis* que yo la opongo, abjuro mi filosofía y muero en sus brazos.

¡Si *reconoceis un ser supremo*, de rodillas ante el Crucificado!» (2)

Finalmente, parecido al Mefistófeles de Fausto, su demoniaca sinceridad le hizo confesar que el cristianismo ha sido «el mayor de todos los milagros.» (3)

Efectivamente prodigio estupendo es que el mundo, siendo pagano, se hiciera cristiano, por el poder.... ¡de una Cruz!.... Y prodigio estupendo es que el mundo se haya conservado cristiano, apesar de las pasiones del hombre, y apesar de los ataques del infierno, por el poder.... de una série de hombres, discípulos de San Pedro que fué un pobre pescador!

Por conclusion. La Economía política anticristiana tiene dos

(1) Citado por A. Nicolas. *La Divinidad de Jesucristo*, pág. 69.
(2) Ibid., pág. 92.
(3) Ibid., pág. 182.

caras: la del racionalismo, y la del materialismo. El racionalismo, sobre todo el moderno, es negacion y nada más: la negacion, ni honra á una ciencia, ni sirve para sacar de apuros á la sociedad, que está en grave peligro, y padece gravísima dolencia.

Pues el materialismo, aunque muchos de sus adeptos lo ignoren, tiene por base la hipótesis gratuita de un movimiento sin principio, sin causa, ni razon suficiente; y por corona, la hipótesis ridícula del vacío absoluto, como condicion indispensable del movimiento vertiginoso, atontado, y loco de los átomos.

Entre los amantes exagerados de las glorias de este siglo existe una preocupacion constante y general, que consiste en suponer que la fé, la virtud, y el amor de Dios, son poco ménos que incompatibles con el progreso y la felicidad social de los hombres y de los pueblos.

Preocupacion que es un horrible desatino: porque bien sabemos todos que el progreso y la dicha de la humanidad siguen necesariamente la direccion marcada por estos tres puntos: progreso moral, intelectual, y material.

Ante todo y sobre todo el progreso moral; porque sobre todas las cosas están los derechos de Dios, que es el Primer Sér, y la causa Primera de todo sér.

Inmediatamente despues, y con preferencia al progreso material, el progreso intelectual; porque más perfectos son el entendimiento y la voluntad que los sentidos y las pasiones, que bajan al hombre al nivel de las bestias.

En esa gradacion, y con ese órden, está encerrado y comprendido el progreso de la humanidad. Primeramente Dios, y las cosas que se refieren á Dios; despues el entendimiento y la voluntad del hombre, subordinados á Dios; y últimamente el ejercicio de los sentidos y los goces de la vida material, sometidos á la razon, y por la razon á Dios.

Rota esa cadena, toda se perturba; la sociedad se quebranta en sus cimientos; y la humanidad miserable, entre horribles con-

vulsiones, se precipita en el desórden, en la confusion, y en el caos: y á nadie, que esté en su sano juicio, le ocurrirá decir con formalidad que la dicha de los pueblos pueda consistir en la confusion y en el desórden, que dan por resultado inmediato, cuando ménos, falta de respeto á la autoridad y sobra de odio y rencor á nuestros prójimos.

Por otra parte, si al venir á este mundo no traemos nada, y al salir de esta vida lo dejamos todo, eso es señal infalible y prueba incontestable de que el hombre, que ha de vivir por toda una eternidad, tiene por fin legítimo de sus deseos, y por objeto principal de sus acciones, otros goces superiores á los de esta vida material y sensible; en la cual, si no estorba la abundancia de bienes materiales, cuando están subordinados al órden moral, tampoco los necesita el hombre en esa abundancia para ser feliz.

El Cristianismo predica terminantemente que las riquezas no son el fin del hombre, y que sólo debemos hacer uso de ellas, como de unos medios para conseguir el fin: verdad que nadie puede rechazar, porque está perfectamente demostrada en la Ética.

El Cristianismo ejerce un perfecto derecho inculcando á todos los hombres, de cualquiera clase y condicion que sean, el desprendimiento de los bienes temporales, consecuencia legítima de la verdad anterior.

El Cristianismo, en armonía indispensable con la Ontología, la Teodícea, y la Ética, declara que Dios es nuestro primer principio y nuestro último fin. Por eso desea y recomienda la perfeccion del hombre en todos conceptos; y por consiguiente ni se opone ni se puede oponer á la perfeccion industrial, cuando ésta no lastima el progreso intelectual ó el moral.

La Religion, haciendo al hombre imágen de Dios, no puede ménos de apetecer el mayor bienestar posible para todos y cada uno de los individuos de la sociedad.

Por eso la Iglesia no ha menospreciado nunca el progreso material, mientras haya estado subordinado al intelectual y al moral.

Por eso la pobreza de espíritu, joya preciosa del cristianismo, no impide el uso moderado, justo, legítimo y prudencial de los bienes materiales.

A Dios, eterno ideal de los hombres, y perfecto hasta lo infinito, que nos manda á nosotros ser tambien buenos y perfectos, sólo se va por la virtud; y de Él nos aparta únicamente el vicio: de ahí nace que real y positivamente no hay para la sociedad otro progreso ni otra grandeza que la que viene de la virtud, ni más degradacion y miseria que la que proviene del vicio.

Los racionalistas y los socialistas son quienes se oponen al progreso material, perturbando el órden social y la tranquilidad de la patria, asustando al capital, obligando á intervenir con frecuencia al poder público, con lo cual se interrumpe y se corta muchas veces la marcha y el progreso de la industria.

Fr. Matías Gomez.

EL PADRE ZEFERINO

Y EL RESTABLECIMIENTO DE LA FILOSOFÍA ESCOLÁSTICA EN ESPAÑA (1)

«Quien escriba en lo venidero la historia de la filosofía española, tendrá que colocar en el centro de este cuadro de restauracion escolástica, el nombre del sábio dominico Fr. Zeferino Gonzalez, que, muy jóven aún, asombró á los más doctos con sus *Estudios sobre la Filosofía de Santo Tomás*, obra que, cuando los años pasen y las preocupaciones contemporáneas se disipen, ocupará no inferior lugar á las de Kleutgen y Sanseverino.»
—MENENDEZ PELAYO.

EN las últimas páginas de la *Historia de la Filosofía*, la más completa y sin duda alguna de más alto valer de cuantas hasta el dia se han escrito en idioma castellano, su autor el P. Zeferino Gonzalez traza á grandes rasgos el estado de la filosofía en España durante el siglo actual.

Allí aparece en primer término el movimiento filosófico anticristiano que comenzando por el sensualismo de Condillac y por las teorías político-sociales bebidas en los enciclopedistas franceses, tan de moda entre nosotros en los primeros años de la pre-

(1) Este trabajo se escribió expresamente para formar parte de este folleto; así como el titulado *Balmes, Donoso y el P. Zeferino,* solamente para ser leido en la Velada.

sente centuria, va creciendo luégo como rio de turbias y pestilentes aguas con las contínuas avenidas de panteismo é idealismo germánico y de eclecticismo francés, y ensanchando posteriormente todavía más su cauce con las recientes corrientes del positivismo materialista marcha á hundirse en la sima espantable del socialismo.

En contra de ese movimiento racionalista y en sus últimas consecuencias ateo, álzase sostenido por la mano de Dios el movimiento filosófico cristiano que adquiere de dia en dia vigoroso incremento y penetra con los vivos fulgores, que derrama siempre la verdad, hasta lo más escondido de las malas doctrinas, y persigue y ataca el error bajo las innumerables fases con que éste para ocultar su fealdad repugnante suele de ordinario presentarse disfrazado.

Frente á frente de los partidarios de Condillac, de la Enciclopedia, de Hegel, de Krausse, Proudhon, y de todas las heces del darwinismo, los defensores de la sana filosofía y del sentido comun, compañero inseparable de la verdad en todas las esferas. Levantando pendones contra los legisladores de Cádiz tocados del virus volteriano, y contra toda la turba multa de espíritus fuertes á quienes desde entónces acá viene trastornando la cabeza y envenenando el pensamiento el contrabando de doctrinas importadas de allende el Pirineo, vése primeramente al dominico P. Alvarado, más conocido con el nombre de *Filósofo Rancio,* del cual afirma el autor de los *Heterodoxos españoles,* que no existía en la España de entónces quien le igualara, ni áun de léjos se le acercase, en condiciones para la especulacion racional, y que «él solo llena un período de nuestra historia intelectual»; destácase despues de cuerpo entero la hermosa figura de Balmes que, como sol sobre un horizonte cubierto de oscuridad y de nubes, esparce con sus numerosos escritos la claridad de nuevo y sereno dia; síguele de cerca aquel varon insigne, talento de inmensa fuerza, en cuyos escritos cam-

pea la elevacion de ideas y fulgura la llama del génio, Donoso Cortés que consagra su ardiente y elocuentísima palabra á hacer que la Europa cristiana olvidada de Dios vuelva de nuevo hácia Dios; y por último desfilan, formando gloriosa falanje, uno en pos de otro casi todos los escritores católicos de más nota que ya en el terreno de la filosofía, ya en el de la política é historia han empleado y emplean con provecho grande las dotes de su entendimiento en obsequio de Cristo y en defensa de la verdad.

Todo esto lo narra allí el esclarecido autor de la Historia de filosofía, pero su narracion muestra á las claras un gran vacío y, la justicia así lo exige, urge llenarlo escribiendo una nueva página adicional.

Es el caso que entre los hombres allí mencionados y conocidos en la república de las letras que han merecido bien de la ciencia cristiana, falta uno, y de los más señalados, cuyo nombre para nada suena, ni para nada sale á relucir. Este nombre cuya omision la advierte al instante el lector menos atento, es el del autor mismo de la *Historia de la Filosofía*.

Entre Donoso Cortés y la série de modernos apologistas españoles que le siguen, hay un lugar al lado mismo de Balmes, que de derecho pertenece al filósofo dominico, honra y prez de la Real y Pontificia Universidad de Manila, educado en su seno, maestro de sus aulas, doctor de su Claustro, y que para colmo de regocijo y lustre indeleble de este Centro Universitario, acaba de ser elevado por la Santidad de Leon XIII á la encumbrada dignidad de Cardenal de la Iglesia Romana. La influencia decisiva que el antiguo catedrático de esta Universidad, revestido hoy de la púrpura cardenalicia, ha ejercido con sus escritos en la restauracion de la sana filosofía, le hace acreedor á figurar como caudillo de los modernos tomistas españoles.

I.

Para comprender toda la extension y valor de los servicios prestados por el célebre catedrático de esta Universidad á la buena direccion de los estudios superiores y restauracion de la filosofía cristiana, necesario es que consignemos aquí un hecho observado constantemente en la historia de las ciencias desde el siglo trece acá. Este hecho que puede elevarse ya á la categoría de verdad inmutable y de principio universal, consiste en que las ciencias cuando entran de pleno en las vías católicas, se las ve á todas ellas gravitar hacia la doctrina de Santo Tomás, como si esta doctrina constituyese su centro de atraccion. El nombre del Doctor Angélico resuena entónces de boca en boca entre los hombres de letras; sus escritos donde parecen encerrarse y tener su orígen comun y su receptáculo general los manantiales irrestañables de la verdad, son consultados á porfía, y estudiados con afan, y citados con frecuencia, y ensalzados con entusiasmo. ¿Por qué no existe restauracion científica sin que el Angel de las Escuelas, presidiendo el movimiento literario, no haga reflejar la luz resplendorosísima de sus enseñanzas en todas las especulaciones intelectuales? ¿Cuál es el secreto de ese prestigio siempre nuevo que llega á alcanzar su nombre en tan solemnes momentos? ¿Por qué ha de ser su mano la que empuña y hace ondear la bandera bajo cuyos pliegues se acogen y militan alistados los que aman la verdad y amándola toman parte en la lucha para defenderla? El secreto de todo esto está en que hallándose la filosofía en todo, ninguna ciencia es perfecta si la filosofía no la informa, y en que como dice Ráulica, «la filosofía

de Santo Tomás es exclusiva y eminentemente cristiana; y la filosofía cristiana en su plenitud y en su perfeccion, sólo se encuentra en Santo Tomás.» No hay, pues, ni puede haber restauracion de las ciencias si no se restaura la filosofía que á todas ellas les comunica vigor y fortaleza, y les imprime su propio sello y direccion; así como tampoco ni puede haber, ni hay restauracion de la filosofía, si la filosofía no se estudia y se enseña y se cultiva segun la mente del Angélico Doctor. La Encíclica *Æterni Patris* de Leon XIII y el *motu proprio* de 4 de Agosto de 1880, han dado á ésta verdad histórica la certidumbre y la evidencia que caracterizan á las verdades de la Geometría.

Si pues las ciencias y letras se restauran restaurándose la filosofía, y si la filosofía se restaura restaurándose en la enseñanza y en los estudios las doctrinas de Santo Tomás, vese claro el principal y muy señalado papel que en el actual restablecimiento de la filosofía escolástica viene desempeñando el que ha consagrado las fuerzas de su talento superior á exponer el espíritu y las tendencias generales de la filosofía del Angélico, explicando el verdadero sentido de sus doctrinas, y poniendo de relieve la elevacion y alcance de sus ideas en la solucion de todas las grandes cuestiones de la ciencia. Cierto que no fué él solo, ni el primero que dió á conocer en España la importancia de la filosofía de Santo Tomás: el primer impulso dado á las ciencias filosóficas, lo recibieron del poderoso entendimiento de Balmes. Balmes fué quien detuvo á la filosofía española en la pendiente del abismo; él quien la libró del naufragio, y la enriqueció con no pequeño caudal de verdades, y la afirmó más y más contra las invasiones del error. Su *Filosofía fundamental,* su obra titulada *El protestantismo, El criterio,* las *Cartas á un escéptico,* todos sus demas escritos, tan numerosos como importantes, llenos de sólida y sustanciosa doctrina, ahí están y en manos de todos andan para atestiguarlo. Desde entónces quedó señalado el rumbo que la filosofía debía tomar para aportar al puerto de salvacion; y merced á los es-

fuerzos prodigiosos del filósofo de Vich la obra de la restauracion filosófica se presentó llena de bríos y de majestad é imponiendo respeto á sus mismos adversarios. La base esencial de la filosofía de Balmes es la filosofía de Santo Tomás: el elemento tomista constituyendo el fondo de sus especulaciones intelectuales, domina por completo á los otros elementos extraños con que de vez en cuando se halla mezclado, y á pesar de ellos ha sido el gérmen fecundo de vida con que desde aquella época comenzó la filosofía española á alentar, á creer y á tomar la importancia que por dicha ha logrado ya alcanzar en nuestros dias.

Pero la filosofía, descariada antes y vuelta ya á la verdadera senda, venía de muy lejos, y no obstante los poderosos esfuerzos de Balmes, faltábanle que andar largas jornadas de camino todavía antes de llegar á su lugar de reposo y entrar de lleno á levantar sus tiendas en los reales del Angel de las Escuelas. El primer impulso estaba dado, pero era menester secundarlo; y esta obra de poner otra vez en movimiento á la filosofía española la tenía el cielo reservada á un hijo de Santo Domingo, á un catedrático de nuestra Universidad literaria. El P. Zeferino tomó en efecto á la filosofía española de manos de Balmes tal cual éste la había dejado, levantada ya del lodazal sensualista en que se había hundido, puesta casi fuera de los ataques del panteismo aleman, renovados los principales rasgos de su antigua y majestuosa belleza, aumentados los tesoros de su riqueza con nuevas y luminosas ideas, é ilustrada ademas y desenvuelta con una claridad de lenguaje que admira. Esto no obstante, la filosofía española llevaba aún en su rostro señales de su anterior postracion, presentábase todavía con cierta timidez y trataba á sus adversarios con tan respetuosos miramientos que casi degeneraba en cobardía y que no armaba bien con la noble y valiente altivez que distingue á la verdad. Por otra parte, como acababa de dar sus primeros pasos en las vías de la restauracion, se veía consiguientemente acometida de vacilaciones y dudas desviándose algunas veces de la lí-

nea recta que debía seguir, como distancia la más corta entre el punto de partida y el punto de término. En una palabra: Balmes aprecia á Descartes más de lo que éste merece, simpatiza demasiado con lo que pudieramos llamar humoradas del vivo y extraordinario ingenio de Leibnitz, agrádanle más de lo justo las teorías de Reid y de su escuela, y manifiesta tendencias harto acentuadas hácia el escepticismo objetivo. Á todo lo cual debe añadirse que en algunas cuestiones, y no de escasa importancia, estuvo poco feliz en atinar con el verdadero sentido de las doctrinas del Doctor Angélico, y así se le ve inclinarse hácia el partido separatista y refractario á los tomistas puros, genuinos representantes de la escuela de Santo Tomás y por quienes Santo Tomás es entendido y explicado en espíritu y en verdad. Balmes abrió la marcha en el camino de la restauracion á la filosofía española y la hizo avanzar rápidamente con sus trabajos científicos; pero la filosofía española se hubiera ido poco á poco apartando de su senda á causa de aquella tolerancia y de aquel eclectismo doctrinario característico del filósofo de Vich. La *Filosofía fundamental* reclamaba pues con imperio y urgencia la aparicion de los *Estudios sobre la Filosofía de Santo Tomás;* y *Los Estudios* respondieron á esa urgente é imperiosa voz, apareciendo. La obra de Balmes y la obra del P. Zeferino señalan los dos puntos necesarios que determinan la posicion de la línea recta en el camino de restauracion de la filosofía española.

II.

Son *Los Estudios* una incursion vencedora por las altas regiones de la filosofía. La sombra de Santo Tomás acompaña sin apar-

tarse nunca de su lado al excelente expositor de sus doctrinas, sirviéndole de guía y de maestro en todo ese viaje por el pais de las ideas; y conducido así de una mano por el Angel de las Escuelas, el P. Zeferino señala con la otra á sus lectores las riquezas de las espléndidas y magníficas regiones que recorre.

La filosofía escolástica tenía en contra suya añejas preocupaciones que era preciso disipar poniendo en evidencia cuán infundadas eran, y el autor de *Los Estudios* lo ejecutó de una manera brillante haciendo en el primer libro de su obra la crítica general de la filosofía de Santo Tomás. Allí deshace los cargos acumulados contra ella por la ignorancia y por la mala fé con pretesto de las ciencias físicas, é indica las verdaderas causas que influyeron en su atraso relativo. Los nombres sólo de Roger Bacon, de Alberto Magno, de Vicente de Beauvais, y de otros físicos formados en la filosofía del Doctor Angélico, valen por sí solos más que cien razones para justificarla de toda acusacion. La Encíclica *Æterni Patris* ha venido á poner el sello á esa apología hecha por el P. Zeferino, advirtiendo á los hombres de letras que es grave injuria atribuir á la filosofía de Santo Tomás el ser contraria al incremento y desarrollo de las ciencias naturales y probando ademas con un argumento profundamente científico que las ciencias físicas, hoy tan apreciadas, lejos de recibir perjuicio alguno con la restauracion de esa filosofía, recibirán por el contrario fuerza, luz y grande auxilio.

Con aquella su mirada que siempre desciende hasta el fondo del asunto, el P. Zeferino manifiesta, al tratar lo de las cuestiones inútiles, ser no pocas veces de altísimo interés lo que á primera vista pudiera creerse cosa valadí. ¿Quién que atentamente lo mire, no entrevee las relaciones que median entre la cuestion de los universales y el panteismo é idealismo? ¿A quién no se alcanza que de las ideas adoptadas sobre la existencia de la naturalezas universales depende en gran parte ese famoso problema, resúmen en cierto modo de toda la filosofía, el famoso problema

de la representacion intelectual? Aquí precisamente, dice nuestro filósofo, en la cuestion sobre la existencia y relaciones de las naturalezas universales «se encuentra el punto de partida para establecer la relacion entre los dos elementos del conocimiento y el tránsito de lo subjetivo á lo objetivo.» Y aquí tambien el orígen de los más absurdos y perniciosos sistemas filosóficos, en el problema de los universales, resultando con toda evidencia que «la solucion más ó ménos acertada de este problema influye inevitablemente en la direccion y marcha del espíritu humano en todas las grandes cuestiones que abarca la filosofía.»

Y despues de demostrar la conveniencia y utilidad del método escolástico y de la forma silogística para dar vigor al raciocinio, precision á las ideas, solidez al pensamiento, y órden á toda especulacion intelectual; despues de hacer ver que la filosofía de Santo Tomás no es enemiga ni de las lenguas orientales ni de las letras y bellas artes, y que si al árbol lo hemos de juzgar por sus frutos, bastan y sobran para atestiguar la virtud vivificante de su sávia los innumerables trabajos científicos y literarios escritos por los sabios de todo género formados en esa filosofía; despues de probar con palabras testuales que Santo Tomás trató todas las cuestiones relativas á las fuentes del conocimiento filosófico, y que espuso y reconoció antes y mejor que Descartes la naturaleza y condiciones del criterio llamado de conciencia ó sentido íntimo; el P. Zeferino termina el primer libro estableciendo un parangon entre la influencia ejercida por Santo Tomás y la ejercida por Descartes en las revoluciones filosóficas operadas respectivamente en el siglo XIII y en el siglo XVI.

Martillo de la filosofía cartesiana, el P. Zeferino reduce á menudo polvo todo el castillo ideal con aspiraciones de científico, fabricado sobre la duda metódica y á quien sirve de cimiento al famoso *cogito, ergo sum*. Querer hacer salir de esa duda todos los conocimientos científicos es locura insigne y solemne despropósito. Si el fin debe responder á los medios, y los medios al prin-

cipio, el que sale de la duda como de primer punto de partida ¿á dónde podrá llegar como á término de su viaje, sino á la duda? ¿Cuándo la negacion por sí sola fué poderosa á producir la afirmacion, ni el entendimiento humano ha sido capaz de hacer surgir la luz del seno de las tinieblas? La duda universal envuelve el nulismo científico; y lo que el filósofo francés pregona verdad primera de la ciencia no pasa de ser la expresion de un hecho de conciencia, y ese hecho erigido en primer principio científico, lejos de ser gérmen fecundo de donde brota el árbol de la filosofía, es semillero de falsos sistemas y «sólo tiene la fecundidad del error y del mal.» Descartes abrió las puertas al sensualismo de Loke y Condillac; y de Descartes, por medio de Hume, arranca su orígen la geneología de Ficte y Kant; y en Descartes tiene tambien su punto de partida la concepcion filosófica de Spinoza, y su fundamento la moral del materialismo. «Porque la filosofía de Descartes, dice, sin ser una filosofía esencialmente panteista, ni escéptica, ni sensualista, ni positivista, contiene el gérmen, premisas lógicas y direcciones marcadas de todos estos errores.»

III.

Como en la carta geográfica que representa todo el orbe de la tierra, aparecen delineados los contornos generales de todos los mares y de todos los continentes que ampliados despues se ven representados minuciosamente y hasta en sus últimos pormenores en los mapas particulares y planos topográficos; de parecido modo la Ontología ó Metafísica general investiga y ana-

liza las razones objetivas que se encuentran en todas las cosas, dejando á las ciencias particulares la incumbencia de ampliar y concretar esos análisis y esas investigaciones estudiando las propiedades y relaciones especiales que diferencian á unos séres de otros. La Ontología es el mapa universal del mundo científico: todos los objetos de las ciencias se hallan virtual y eminentemente contenidos en el objeto de la Metafísica general, y sus principios y conclusiones sirven de base y de raiz á todas las ramas del saber humano. De aquí esa importancia trascendental de sus nociones, que siendo las fundamentales en el órden intelectual, entrañan en su seno la vitalidad de toda la filosofía y encierran el *último porqué* de cuanto Dios ha entregado á las disputas de los hombres.

El ente, concepto universalísimo que abarca la esfera de lo existente y la esfera de lo posible, y que sólo la nada no comprende, porque es nada; los primeros principios del sér dentro y fuera de nuestro entendimiento, en su propia naturaleza y en la idea: el acto y la potencia; la esencia, la existencia y la subsistencia; las propiedades trascendentales del ente, unidad y distincion, verdad, bondad y belleza; la causa del mal y su primera raiz; la causalidad ó diferentes modos de obrar de las criaturas; las razones objetivas de finito é infinito, de necesario y contingente, de posibilidad, sustancia y accidente: he aquí el círculo inmenso donde se mueve el filósofo cuando penetrando atrevido en las regiones de la Metafísica se remonta á las cumbres de la Ontología, círculo que si la pluma puede trazar y resumir en pocas palabras, en realidad ni los más grandes ingenios han podido recorrerlo en toda su inmensidad. Así el astrónomo traza con un pequeño compás en el papel las incomensurables elipses de ciertos astros los cuales á pesar de moverse en el espacio con rapidez asombrosa, por ventura no completan su movimiento de traslacion sino en el transcurso de muchos siglos.

Pues á esas regiones encumbradas se remonta con seguro

vuelo el filósofo dominico en alas del Angel de las Escuelas, y recorriendo con paso firme una por una todas las alturas del mundo científico desenvuelve ante la mirada atónita de sus lectores el cuadro maravilloso de tantas grandezas. Con magistral aplomo y sutileza analítica fija la significacion absoluta de la palabra *ente,* espone la doctrina de Santo Tomás sobre su doble acepcion y la importancia que encierra la division de ente como nombre y como participio en sus aplicaciones á Dios y á las criaturas.—Distingue con cuidado la idea del ente puro y universal por *abstraccion* y la idea del ente puro y universal por *simplicidad é infinidad;* pues de la confusion de estas dos ideas y de la unidad numérica con la unidad trascendental arranca el panteismo moderno, y principalmente el panteismo lógico de Hegel, así como de esa misma causa segun nos cuenta Santo Tomás en el lib. 1.° cap. 26 de la *Summa contra Gentes* se originó el error de David de Dinant y de otros panteistas de la Edad Media.

Prueba luégo que la subsistencia envuelve una realidad objetiva, y no una mera negacion, indicando al mismo tiempo la armonía de esta doctrina del Angélico Doctor con las enseñanzas católicas sobre los misterios de la Santísima Trinidad y de la Encarnacion del Verbo de Dios. Establece de seguida la necesidad de admitir algun modo de distincion entre la esencia creada y su subsistencia; y asienta despues, como sobre cimientos de diamante, sobre numerosos argumentos la distincion real ontológica entre la esencia y la existencia en las criaturas, argumentos tan fuertes como numerosos, aducidos todos ellos por Santo Tomás y expuestos por su comentador con conviccion, fuego y valentía, y hasta con cierta sublimidad y grandeza.

Explica en qué sentido la idea del ente es la primera en nuestro entendimiento, y cuál sea el carácter fundamental del primer principio de los conocimientos humanos en el órden propiamente científico y qué principio sea éste; esclarece las verdaderas relaciones de la posibilidad interna y externa de las cosas

con respecto á la esencia, al entendimiento, voluntad y omnipotencia de Dios; desenvuelve con claridad y precision las admirables, magníficas y grandiosas teorías tomistas sobre la verdad, bondad y belleza de los séres; espone el procedimiento filosófico de Santo Tomás al plantear y resolver el problema sobre la naturaleza y orígen del mal, y presenta la solucion profunda y magnífica dada por Santo Tomás á esa cuestion pavorosa que tanto había atormentado el colosal entendimiento de San Agustin; y concluye demostrando la actividad de las criaturas en las cuales el grado y modo de obrar se halla en relacion con el grado y modo de ser, y cómo todas ellas existen y obran bajo la accion de Dios quien comunicó á las criaturas su semejanza en el órden entitativo sacándolas de la nada y dándoles el sér, y les comunicó tambien su semejanza en el órden operativo dándoles fuerza para desarrollarse y perfeccionarse por medio de operaciones en armonía con las condiciones de su propia naturaleza. Y al pasar por sobre estos grandes problemas de la ciencia á la vez que afirma y robustece con una mano la verdad, con la otra señala los desvaríos del talento humano al intentar resolverlos. La peligrosísima opinion de Descartes sobre la posibilidad interna de las cosas; la teoría de Cousin sobre la verdad, atestada de funestas consecuencias; el Eclectismo francés y el alejandrino, el Maniqueismo antiguo y el Maniqueismo moderno de Bayle, y el Ocasionalismo de Malebranche: estos y otros sistemas contrarios á la verdad ó alejados de ella, quedan confesos y convictos de falsedad y mentira; y á los golpes de su lógica inflexible, pesadísima maza de hierro, caen despedazadas y formando un monton de ruinas las estatuas del error.

Aquí le encontramos tambien midiendo sus armas con el inmortal Balmes, y corrigiendo leal y amistosamente sus inexactas apreciaciones cuando rechaza la real distincion entre la esencia y la existencia creadas, y afirma que la idea del ente como primer objeto de nuestro entendimiento no es otra cosa que la idea de

existencia actual. En esta primera lucha trabada por amor á la verdad entre los dos principales representantes del movimiento filosófico-cristiano en España, el autor de los *Estudios* lleva inegables ventajas al autor de la *Filosofía fundamental,* le para todos sus golpes, le devuelve certero todos sus disparos, y cobrando fuerzas de su proximidad al Doctor Angélico, como Anteo del contacto de la tierra, abruma despues á su adversario con el peso ingente de los profundos y numerosos razonamientos sacados de los arsenales tomistas, en especial del áureo opúsculo *De ente et essentia* y de la nunca bastante alabada *Summa contra Gentes.* Si Balmes hubiera podido leer los escritos de su ilustre sucesor en la obra de la restauracion filosófica, no sé lo que le hubiese ocurrido contestar; pero alma noble y amante de la verdad como era, habría sin duda héchose cargo de tan contundentes argumentos, y hubiera acabado por comprender mejor la importancia grandísima de esas cuestiones, y las graves consecuencias á que conduce la solucion por él dada, y reconociendo de qué parte se hallaba la verdad, atraido por la verdad hubiera abrazado á su adversario y compañero diciendo: *Uterque nos palmam gerimus: Tu mei, et ego erroris.*

Es la cuestion de que se trata, piedra angular de la filosofía cristiana; y no se la puede tocar sin que retiemble y se resienta el edificio entero. No sería difícil probar que esa cuestion resuelta como la resuelve Santo Tomás, es el punto de partida para la division del ente real y el fundamento de las categorías; sirve de apoyo á la verdadera sentencia acerca de los universales; cierra las puertas al escepticismo y al idealismo y sensualismo, robusteciendo la realidad é inmutabilidad objetiva de las ciencias; pone á salvo la naturaleza de la moralidad, haciendo necesarias é inmutables las esencias de las cosas; obstruye una de las principales entradas al panteismo; y es base magnífica para la explicacion de todo el órden ontológico de los séres desde el Sér Infinito hasta el sér que está tocando con la nada, desde el acto

puro hasta la pura potencia *in linea entis,* desde Dios hasta la materia primera.

Finalmente la distincion ontológica de la esencia y la existencia en las criaturas es tambien antemural de la espiritualidad de nuestra alma y de su union sustancial con el cuerpo; pues negando que en el hombre no se da composicion de esencia y existencia como de acto y potencia real, se cierra uno á sí mismo la salida para establecer la distincion real entre los constitutivos de una sola esencia; y en el hombre cuya esencia completa la forman el alma y el cuerpo unidos substancialmente, no sólo se da distincion y composicion real entre esos dos elementos, sino que se da más todavía: separacion real. De suerte que las capitales cuestiones de Lógica é Ideología, de Psicología y de Ética, de Cosmología y de Teodícea estriban como sobre su cimiento en esa cuestion capitalísima de la filosofía cristiana resuelta como la resuelve Santo Tomás.

Y esto fué lo que obligó posteriormente á Liberatore á abandonar las filas de Suarez y á alistarse bajo la bandera del Angélico Doctor; y una vez colocado en el terreno de la verdad, se encaró con Suarez que es el adversario de talla en tan importante cuestion, el único se puede decir, porque todos los demas desde él hasta nosotros no han hecho más que repetir, pero con ménos fuerza é ingenio, los especiosos y sutiles sofismas de Suarez. Mas Liberatore luchando con él cuerpo á cuerpo, coge entre las aceradas garras de su análisis esas razones aparentes sí pero que revelan profundidad de entendimiento, y pone á la luz del sol en qué consiste esa apariencia de verdad y descubre cuál es el punto flaco y falso de semejantes raciocinios. Nadie como Liberatore entre los modernos trató esa cuestion con tanta maestría; nadie, como él, dijo tan excelentes cosas en tan pocas palabras; nadie señaló con tanto acierto el punto cardinal de la controversia; ni nadie mejor que él más á propósito para introducir el ánimo hasta lo más secreto de la cuestion. Desde que Suarez

escribió sus *Disputaciones metafísicas* no tuvo en este punto enemigo que con mayor blandura y más terriblemente le hiriese. Liberatore soltó el nudo gordiano de todas las objeciones que militan contra la distincion ontológica de la esencia y de la existencia. Acontece con las trascendentales cuestiones de la Metafísica general lo que con las grandes y encumbradas montañas: desde ellas se descubren extensos horizontes, pero las montañas se ven mejor desde un punto de vista fuera de ellas. Cuando á la cuestion presente se la considera desde afuera, desde las demas cuestiones de la filosofia; entónces se comprende sino cómo es la cosa, al ménos que la cosa no puede ménos de ser así y que así es. Si las demostraciones directas no convencen, convencen las indirectas, las demostraciones *ad absurdum*: siempre demostraciones.

IV.

Así vemos que sucede cuando el autor de los *Estudios* descendiendo de las alturas ontológicas y entrando en las regiones de la Cosmología, se encuentra «en presencia del grande error, en presencia del error-madre que encierra en su seno todos los errores, y colocado frente á frente á la grande herejía del siglo XIX, mejor dicho, frente á la herejía de todos los siglos; porque el panteismo en cuyo terreno especial entramos, dice el P. Zeferino, es la gran síntesis de la filosofía pagana y del racionalismo en contraposicion á la gran síntesis del Cristianismo y su filosofía.» Pues desde este punto de vista, desde el terreno del

panteismo, síntesis de la filosofía racionalista, es de donde se descubre á las claras que la cuestion arriba mencionada es la clave del arco en que se cierra y sostiene todo el edificio de la filosofía cristiana.

El panteismo es como el Océano: de él salen y á él van á parar todos los errores. Desde el panteismo emanatista de la India hasta las doctrinas de Cousin, se descubre á ese error atravesando los siglos y constituyendo el fondo de todos los extravíos del humano entendimiento. Y como el error, aunque siempre varía, siempre se parece á sí mismo, de aquí que toda la cohorte de filósofos libre-pensadores de la época novísima, no han logrado á pesar de la inventiva de ingenio, en algunos de ellos innegable, decir cosa alguna que de uno ú otro modo no estuviese ya dicho sobre el asunto, resultando que sus elucubraciones no solamente en la sustancia sino hasta en la forma de expresion son reminiscencias bastante frescas de los delirios sostenidos muchos siglos antes por alguna secta filosófica de la antigüedad pagana. Loke, Descartes y Kant suscriben á la hipótesis acerca de las sensaciones dada á la luz pública por Demócrito, el filósofo de Abdera. Entre las doctrinas de Zenon y las celebradas antinomias cosmológicas del filosófo de Koenisberg existe parentesco de primer grado. Arquelao, discípulo de Anaxágoras, reclama como propias las teorías sobre el orígen de las leyes y sobre los fundamentos de lo justo é injusto, sacadas á relucir por Hobbes y por los ateos materialistas de nuestros dias. Hegel con su famosa idea y con su ponderada ley dialéctica, desentierra á Heráclito y á Meliso muertos más de cuatrocientos años antes de la Era cristiana. Ficte con sus extravagantes ensueños presenta renacidas las trasnochadas elucubraciones filosóficas de Parménides. Schelling con su absoluto indiferente, tiene tambien sus abuelos entre los filósofos de la Escuela Eleática. El sistema de Darwin y de todos los flamantes materialistas y trasformistas que con él hacen coro, está contenido sustancialmente en las doctrinas de Anaximandro,

es un remedo del sistema planteado veinte y cuatro siglos antes por el filósofo de Mileto. En la escuela filosófica de los Svabhavikas, la más antigua del budhismo, allí tiene su casa solariega la fuerza y materia de Büchner ó del positivismo contemporáneo. ¿Qué más? Hasta el espiritismo se encuentra establecido, y practicado y minuciosamente descrito en las obras de los últimos filósofos neoplatónicos de Alejandría. Léanse los primeros capítulos del segundo libro de los *Estudios*, léase tambien la *Historia de la filosofía* escrita por el mismo P. Zeferino, y se hallará probado todo esto, y se hallará que en Jámblico, mejor aún que en revista alguna espiritista, puede el curioso lector formarse cabal idea de *los mediums*, del movimiento giratorio de las mesas, y de otras cosas por el estilo. Trozos de música admirablemente ejecutados, oráculos de los muertos, suspension de los hombres en el aire, sonidos y voces misteriosas, y de cuanto vociferan los novísimos progresistas del pensamiento, de todo os dará cuenta y razon el filósofo alejandrino.

«El error, dice el autor de los *Estudios*, es incapaz de todo desenvolvimiento progresivo.» Encerrado en un círculo de hierro del cual no le es dado salir, no ha hecho ni hará en lo sucesivo más que presentarse en la escena del mundo con vestidos cortados segun la última moda; pero en medio de tan numerosas trasformaciones con que intenta disfrazarse, el error siempre aparece el mismo, siempre confuso y embrollado, siempre bajo formas vagas é indeterminadas, y siempre en contradiccion consigo mismo. Síntesis de todas esas contradicciones del error es el panteismo. Cuando algun hombre bastante atrevido para no dejarse intimidar por la voz del sentido comun, se avalanza á sacar las últimas deducciones de las doctrinas panteísticas, entónces se ve retroceder horrorizados á los mismos que habían sentado las premisas. No hay error que examinada su genealogía, á la corta ó á la larga no tenga por su primogenitor al panteismo, error-madre de todos los errores: de él nacen y en él mueren el racionalismo, negacion

de toda verdad sobrenatural; el materialismo, aniquilamiento del mundo espiritual; el escepticismo, suicidio de la razon; y el ateismo, region de tinieblas palpables, de sempiterno desórden y de perpetuo terror. Admitido el panteismo ¿á qué quedan reducidas las nociones de bien y de mal, de virtud y de vicio, de verdad y de error, de ser y de no ser? ¿qué viene á ser la idea de Dios, la idea del hombre, la idea del mundo? La virtud y la ciencia en el individuo, la honradez y paz en la familia, el órden en la sociedad humana son nombres vanos y que nada significan. Entonces llegan á ser razonables las satánicas blasfemias de Proudhon.

El mundo no fué creado de la nada, sino que procede de Dios como parte sustancial de Dios y se identifica realmente con Dios: he aquí la fórmula general del error-madre de todos los errores. *El mundo fué creado de la nada por la voluntad libre y omnipotente de Dios, y entre Dios Creador y sus criaturas existe distincion absoluta y distancia infinita:* he aquí la verdad fundamental de la Cosmología cristiana. Pues bien, ¿de dónde procede aquel grande error y donde está científicamente basada esta gran verdad? Aquel grande error procede de la confusion en la nocion de sustancia, como le acontece á Spinoza; ó en la nocion de ente y de unidad, como le sucede á Hegel; ó como á Cousin, de la confusion en los conceptos de potencia y posibilidad, verificándose que el orígen de los errores se encuentra en la mala inteligencia de las nociones de Ontología y resultando siempre que las soluciones dadas á las cuestiones de la Metafísica general sirven de base á toda controversia filosófica, así como tambien las soluciones dadas á las cuestiones de la filosofía son norma suprema á que se ajustan las discusiones sobre materias de las ciencias inferiores.

Y al modo que el error procede de la confusion de esos conceptos primarios de nuestro espíritu, toda verdad científica tiene tambien su fundamento racional en esos mismos conceptos explicados con claridad y precision. La distincion real de esencia

y existencia en las criaturas, y la no distincion de esencia y existencia en Dios: tal es el fundamento filosófico de esa distincion absoluta y de esa distancia infinita entre el Criador y las criaturas, entre Dios y el mundo; pues que de esta verdad de Ontología, como de un gran principio, nuestro entendimiento deduce uno por uno con rigor lógico todos los atributos que predicamos de Dios, y todos los atributos que predicamos del mundo.

Dios es; las criaturas, aunque son, tienen más de no sér que de sér. Dios es esencialmente su misma existencia y existe en virtud de su misma esencia; las criaturas son esencialmente aquello que las constituye en determinada naturaleza y las distingue de otras de naturaleza diferente, pero no son esencialmente su existencia ni existen en virtud de su misma esencia. El hombre es esencialmente animal racional, pero no es esencialmente su acto de existir.

Dios es su mismo acto de existir, actualidad pura, y absoluta, y simplicísima; excluye de su esencia toda composicion y distincion de partes. Siendo esencialmente su mismo existir, existe necesariamente, porque las esencias son necesarias; inmutablemente, porque las esencias son inmutables; y eternamente, porque las esencias son eternas. Siendo el existir actualmente su misma esencia, su esencia es infinita porque es actualidad pura, porque nada hay en ella que pueda limitarla; y así Dios es esencialmente todo lo que es, y es todo lo que puede ser, y en él el ser y el poder ser son una misma cosa; y es esencialmente la vida, esencialmente la sabiduría, esencialmente la bondad, el amor, la grandeza, la santidad, la hermosura, y esencialmente todas sus perfecciones, y todas sus perfecciones son infinitas, inagotables, incomprensibles, sustanciales, su misma esencia, su mismo sér, Él mismo, absolutamente necesario, necesariamente existente, y existente por su esencia é independiente de otro ser, omnipotente, eterno, inmutable, purísimo, EL QUE ES.

Las criaturas se componen de acto real y de potencia real

realmente distintos; exluyen la unidad de simplicidad y sólo tienen la unidad de composicion, porque en ellas la existencia se limita por la esencia en quien se recibe como se recibe el acto en la potencia; y su esencia no es su acto de existir, ni la sustancia es sus accidentes; son buenas, pero no son la bondad; viven, pero no son la vida; entienden, pero no son la inteligencia; existen, pero no son la existencia. No existiendo en virtud de su misma esencia, excluyen de su existencia la necesidad, y la inmutabilidad y la infinidad. No existiendo por su misma esencia, han recibido de otro la existencia; y recibiéndola de otro, dependen de él, y llevan en su mismo sér incluida la razon de efecto, y dependen todas ellas de un causa primera la cual no tiene causa, de Dios. En una palabra: son contingentes, mutables, finitas, compuestas, causadas.

Y con ser todas las criaturas contingentes, mutables, finitas, compuestas y causadas, hay en ellas diversos grados de perfeccion. Así los ángeles, criaturas espirituales, poseen unidad de simplicidad en la línea de sustancia, por cuanto en su esencia no tienen composicion de elementos diferentes entre sí, pero admiten composicion en la línea de ente, porque en ellos la existencia actual no es su misma esencia. El hombre y todos los séres de la creacion corpórea, más alejados ya de la pureza y simplicidad del Sér Divino, son compuestos en la línea de ente como los ángeles, y compuestos ademas en la línea de sustancia; porque sobre la composicion de esencia y existencia, en su misma esencia una parte constitutiva no es la otra. En la esencia del hombre el alma no es el cuerpo; en los animales y en las plantas, el principio vital no es la materia organizada; y en los séres inanimados aquello que los constituye en determinada naturaleza diferente de otras naturalezas, no es aquella entidad material en que todos ellos, á pesar de su naturaleza diversa, convienen.

Y luego, eso que informa, actua, caracteriza y distingue á

unas esencias corpóreas de otras, va elevándose por grados sobre la materia á la cual actua y perfecciona, siendo en los minerales; siendo y viviendo en las plantas; siendo, viviendo y sintiendo en los animales; siendo, viviendo, sintiendo y entendiendo en el hombre. Así la forma sustancial á la cual Santo Tomás y Aristóteles apellidan *quoddam divinum,* es un rayo de las perfecciones divinas impreso en la materia primera, y cuya luz penetrando lo íntimo de las cosas corpóreas va disminuyendo gradualmente á medida que se aleja de Dios y se aproxima á la nada, y va aumentando por el contrario su resplandeciente brillo á proporcion que se aleja de la nada y sube hasta el hombre aproximándose á Dios, y llega á su más intenso grado de resplandor en los ángeles porque en los ángeles esa forma sustancial es pura, no admite union con otro elemento extraño, ni la oscurecen ni sombrean las penumbras de la materia.

Dios cuya esencia es su acto de existir, es infinito actual, absoluto, categoremático. Los ángeles son finitos en absoluto, pero infinitos relativamente; finitos en su parte superior, infinitos en su parte inferior; finitos, porque su existencia se recibe en la esencia por lo cual su existencia no es absoluta, sino limitada; infinitos, porque su esencia no se recibe en la materia, y por lo tanto excluye los límites é imperfecciones de ésta, infinitos ademas porque su esencia agota todas las perfecciones de su propia naturaleza, siendo cada uno de los ángeles de especie diferente de la de los otros. Las sustancias corpóreas son finitas en todos sentidos: finitas en su parte superior, porque su existencia se recibe y se limita por la esencia, y finitas en su parte inferior porque su esencia se recibe y se limita tambien en la materia y por la materia; y por tal razon esa esencia no agota todas las perfecciones de su grado, y se da pluralidad de indivíduos en una misma especie ó naturaleza.

Tal es la grandiosa teoría ontológica y cosmológica que desenvuelve el Angel de las Escuelas para deducir y demostrar las

infinitas perfecciones de Dios y los grados de perfeccion relativa correspondientes á las criaturas segun que se van alejando de la simplicidad del que es Acto Puro. Y esa teoría grandiosa cuyo punto de partida, cuya base fundamental es la no distincion de esencia y existencia en Dios y la distincion real de esencia y existencia en las criaturas, deja en el ánimo con su noticia grabado algo grande, algo sublime, la grandeza y sublimidad que encierra toda verdad real cuando la verdad revela sus profundidades armónicas, aquellas armonías que no son otra cosa sino las resonancias del pensamiento divino, los ecos del Verbo de Dios. Esa teoría en la cual brillan los resplandores de la verdad, nos recuerda involuntariamente las notables palabras de Leon XIII, cuando en su Encíclica *Æterni Patris* nos dice que: «El Doctor Angélico vió las conclusiones filosóficas en las esencias, y en los principios mismos de las cosas, que son grandemente trascendentales y encierran como en su seno las semillas de casi infinitas verdades, y que los maestros posteriores habían de desarrollar á su tiempo y con fruto abundantísimo. Habiendo empleado este método de filosofar en la refutacion de los errores, consiguió deshacer él solo los de los tiempos pasados, y suministrar armas invencibles para refutar los que perpétuamente surgirían en los siglos venideros.»

Cuán cierto sea esto, lo demuestra prácticamente con su ejemplo el autor de los *Estudios,* desarrollando la teoría de Santo Tomás sobre la posibilidad y fundamento y existencia de la verdadera creacion, de la creacion *ex nihilo,* de la creacion católica «cuya idea es la condicion orgánica de la ciencia», y refutando con las armas suministradas por el Angel de las Escuelas el panteismo antiguo, y el panteismo de la Edad Media y el panteismo de los tiempos modernos cuyos representantes son Spinoza, Ficte, Hegel y Cousin; y cuyos fautores son Descartes con su definicion de la sustancia y con su psicologismo exagerado, Leibnitz con su monadalogía y su armonía predeterminada, y Malle-

branche con sus opiniones sobre el modo de conocer los cuerpos. Allí se pone á salvo la libertad de la creacion; allí aparece Santo Tomás trazando desde el siglo XIII el rumbo que debe seguir la Geología; allí se explica en qué sentido puede admitirse el optimismo del mundo, y se declara cómo el optimismo de Leibnitz y de Mallebranche abre las puertas del panteismo, y cómo por el contrário el optimismo de Santo Tomás salvando la libertad de Dios sin menoscabar su sabiduría infinita es «la expresion más bella de las armonías de Dios en la creacion y de las relaciones del mundo con Dios.»

V.

Manifestado lo que Santo Tomás enseña acerca del mundo en general, el autor de los *Estudios* pasa á revelar el pensamiento del Angélico Doctor acerca del hombre: despues de la Cosmología, la Psicología é Ideología. Era aquí precisamente donde el expositor de las doctrinas filosóficas de Santo Tomás necesitaba marchar con mayor lentitud en su viaje de exploracion, ora para indicar á sus lectores alguna pequeña parte de las riquezas de sabiduría que el Angel de las Escuelas esparce con tanta abundancia en su tratado acerca del hombre, ora para deshacer juicios inexactos; y más que inexactos, erróneos; y más que erróneos, injuriosos á la verdad; pero juicios que efecto de la malicia ó de la ignorancia, ó de ambas causas á la vez, habíanse extendido por toda la república de las ciencias, pasando plazas de verdades inconcusas entre el vulgo de los sabios.

Decíase que los escolásticos y entre los escolásticos Santo Tomás ignoraban las vías de la induccion, y que en Psicología é Ideología lo mismo que en las otras ramas del saber humano la deduccion, cuya expresion genuina es el silogismo, era y había sido siempre para ellos el único y exclusivo medio de llegar al conocimiento científico de la verdad; que Santo Tomás en todo procedia *à priori*, partiendo de principios ontológicos; que la experiencia externa se hallaba en sus especulaciones condenada á perpétuo destierro; que la observacion psicológica era en su tratado sobre el hombre peregrina y extranjera. Hasta la venturosa época del Renacimiento, en el siglo XVI, entónces fué cuando las ciencias, encadenadas antes entre los grillos de hierro de la lógica escolástica, y enjutas y petrificadas como momias encerradas en un sepulcro, comenzaron á ver la luz y á respirar aires sanos cobrando vida y asombroso desarrollo. Entónces fué cuando arrojados á un lado en buena hora los malhadados principios de la esfera ontológica, ocupó el lugar, que de derecho le correspondía, el método inductivo, el método *à posteriori*, el método empírico de la experiencia y de la observacion de los fenómenos internos. Bacon de Verulam, el abogado defensor de la induccion y de sus fueros, y Descartes el padre de la filosofía moderna, ellos, ellos fueron los inmortales genios que nos enseñaron á leer en el mundo de los cuerpos que nos rodean, y á leer tambien en ese otro mundo abreviado, lleno de grandes misterios, que llevamos encerrado en nuestro cuerpo, acá dentro de nosotros mismos. Desde entónces las ciencias físicas y naturales avanzaron y avanzan sin detenerse nunca en su movimiento progresivo, y se vió con asombro al edificio de la filosofía alzarse airoso y erguido como un gigante sobre las cimas del propio pensamiento.

Y como es ley de la exageracion y del error el andarse siempre por los extremos, se dijo más todavía contra las doctrinas psicológicas é ideológicas del Doctor Angélico, y lo que se dijo fué casi todo lo contrario de lo que antes se habia dicho. Ahora Santo

Tomás ya no empobrece ni esteriliza los estudios psicológicos con aquella su manía de argumentar siempre por silogismos y cerrando los ojos de su alma para no leer en su interior: nada de eso; su Psicología é Ideología son esencialmente empíricas y con tendencias sensualistas marcadísimas; en sus escritos aparece borrada la línea divisoria entre la sensacion y la idea; aquel abismo inapeable, abierto por la mano del Criador entre el entendimiento y los sentidos, él lo ha salvado de una manera atrevida, temeraria, casi impía; precursor de Loke y de Condillac, confundiendo las facultades cognoscitivas del órden sensible y del órden suprasensible, Santo Tomás preparó sin duda ninguna los caminos del más grosero materialismo.

Así las inculpaciones dirigidas contra la filosofía del Angel de las Escuelas iban siempre de injusticia en justicia, colocándole unas veces entre Platon, Mallebranche y Gioberti, y otras veces entre Demócrito, Loke, Condillac y los materialistas modernos; proclamándole ahora partidario del ontologismo y declarándole despues fautor del sensualismo; acusándole antes de haber descuidado la observacion interna cegando por consiguiente las mejores y más abundantes fuentes del conocimiento científico, y echándole luego en cara el haber incomunicado á la Psicología é Ideología con la Metafísica general, dejando el elemento empírico de la experiencia sensible aislado por completo del elemento activo y vivificante de las verdades ontológicas. La mentira se iba ya desmintiendo á sí misma, y el error intentando descargarse de su propio peso, aligeraba los pies de la verdad y aceleraba su llegada. Y la verdad llegó, y se le hizo justicia; y el error fué puesto al descubierto en medio de sus acusaciones.

Conocedor del organismo de las ciencias y de la sávia que por ese organismo debe circular para que las ciencias florezan; instruido á fondo en las doctrinas de Santo Tomás y muy versado en la lectura de sus obras; bien enterado del valor de los métodos y del predominio relativo que ha de haber entre ellos, aten-

dida la naturaleza é índole de cada ciencia, el autor de los *Estudios* llama ante el tribunal de sus razonamientos siempre lógicos y contundentes á aquellas dos opuestas inculpaciones dirigidas contra la filosofía del Angélico Doctor, las examina y compara á la luz de las mismas doctrinas del Santo, y hace ver palpablemente que en los difíciles é importantes problemas de la Antropología nadie ha procedido en sus investigaciones con tanto tino y sagacidad como el Angel de las Escuelas, ni nadie como él ha ahondado tan adentro en esas misteriosas profundidades de nuestra alma, ni señalado tantos puntos de vista nuevos, y dado solucion á esos problemas con tanta precision, seguridad y acierto. Nó; Santo Tomás no cegó las fuentes del conocimiento científico en ninguna de las ramas del saber humano; la evidencia, la conciencia, el sentido comun, los sentidos externos, la autoridad humana, todos esos *lugares filosóficos* los examinó, los cultivó, y señaló el órden de su importancia, y enseñó teórica y prácticamente á cual de esos manantiales de la certeza científica se debía con preferencia acudir para formar juicio cierto y evidente en todo linaje de verdades. Santo Tomás comprendió mejor que Descartes y mejor que Bacon, lo que es y vale la induccion y el método experimental, y distinguió lo que ellos no supieron distinguir, evitando siempre los escollos en que naufragaron con su exclusivismo exagerado el Canciller inglés y el progenitor de los modernos racionalistas. Santo Tomás no separa nunca los dos elementos de que consta toda ciencia humana: el elemento racional y el empírico, las ideas puras y los hechos sensibles, los principios universales y los fenómenos singulares, la observacion y experiencia y las verdades necesarias y fundamentos *à priori*. Para Santo Tomás la Metafísica es la reguladora de las ciencias, pero no es toda la ciencia; la evidencia inmediata de los primeros principios científicos es motivo infalible de certeza y verdad, pero ese criterio no son todos los criterios. Igualmente distante del ontologismo puro y del sensismo exclusivo y del psicologismo exage-

rado, del tradicionalismo y del racionalismo, el Angel de las Escuelas sabe marchar en todas las cuestiones de las ciencias humanas por los senderos de la rectitud y de la verdad, de la razon y del sentido comun, en relacion y armonía con lo que la índole de cada ciencia exige. Santo Tomás no fabrica el edificio científico sobre la base pobre y falaz de la experiencia sensible como Bacon, ni acomete la descabellada empresa de ordenar y sustanciar sus ideas sobre un mero hecho de conciencia como Descartes; pero en cambio combina los fenómenos singulares y sensibles con las verdades de evidencia inmediata que se llaman primeros principios, y hace aplicacion racional de esos principios que contienen y expresan relaciones necesarias de ciertas ideas divinas y universales á los hechos singulares tanto externos como internos. ¿De qué manera, sino de ésta, se forman y resultan las ciencias humanas? ¿Qué son los hechos sensibles y los fenómenos internos, sin las verdades de evidencia, sino solos fenómenos y solos hechos? ¿De dónde, sino de la Metafísica, brota la luz que alumbra y esclarece el camino de la verdad en los intrincados laberintos de la observacion externa y de la interna experiencia? ¿Qué, sino los primeros principios, enlaza y encadena los hechos, vivifica y fecundiza la observacion, y hace permanente lo pasajero, necesario lo contingente, é inmutable lo que siempre se está mudando?

En consonancia con estas ideas, el autor de los *Estudios* hace ver á sus lectores que Santo Tomás estableció la inmaterialidad, simplicidad, espiritualidad é inmortalidad del alma humana sobre demostraciones firmísimas, procediendo unas veces *à priori* y otras *à posteriori*, empleando alternativamente el método inductivo y el deductivo, raciocinando sobre las ideas generales de cuerpo, de alma, de espacio, de extension, de finito é infinito, y deduciendo al mismo tiempo esos atributos de nuestra alma de la observacion de los fenómenos internos y de la naturaleza de las operaciones intelectuales. «Casi todas las pruebas (dice el P.

Zeferino y confirma su aserto aduciéndolas) concernientes á esta materia, que la filosofía moderna ha presentado como descubrimientos nuevos y como invenciones y resultados de sus progresos, se hallan contenidas y diseminadas en los escritos de Santo Tomás, bien sea bajo las mismas formas, bien sea bajo fórmulas equivalentes.» En efecto Santo Tomás toma unas veces como punto de partida el poder objetivo del entendimiento, otras la infinidad que conviene á los actos intelectuales, otras la virtud del acto reflejo, y otras le sirve de base la idea de cuerpo y la de tiempo, y la elevacion é independencia de nuestra alma, como sér inteligente, sobre el tiempo y sobre todo lo material y sensible. Y de este modo recorre el Angel de las Escuelas las grandes cuestiones que se agitan en los vastos dominios de la antropología, demostrando que el alma racional es creada por Dios de la nada; que es una sola en cada individuo; que se une sustancial é inmediatamente por sí misma al cuerpo humano, constituyendo con él la naturaleza completa del hombre; que considerada en su esencia simple y espiritual existe toda en todo el cuerpo y toda en cualquiera parte de él. Descendiendo luego á estudiar el alma y sus facultades al través del cuerpo organizado á quien informa y da vida y sentido, Santo Tomás apunta principios generales, recoge datos preciosos, hace observaciones curiosas y sagaces, y señala las bases sobre que puede asentarse la frenología racional y cristiana.

Y todo eso, y mucho más que eso, lo explica y esclarece Santo Tomás, como si leyera las estrechas y mútuas relaciones entre el alma y el cuerpo, de la voluntad con el entendimiento, y de estas dos potencias independientes de órgano corpóreo con las potencias tanto cognoscitivas como afectivas localizadas en el cuerpo, y que se llaman sentidos externos, y sentidos internos, y pasiones. Todo lo provee, á todo atiende: él evita el escollo del panteismo moderno al indicar la relacion entre el sujeto y el objeto; él previene y refuta las doctrinas del Tradicionalismo; él

echa por tierra esa union accidental y mecánica entre el alma y el cuerpo, que enseñó Platon, que Orígines defendió, y resucitaron modificándola cada uno á su manera Descartes y Leibnitz; él deshace todas las dificultades que pueden ofrecerse en contra de la union sustancial y de la unidad del principio vital en el hombre contestando ya desde el siglo XIII á todos los mecánicos, químicos, vitalistas y antivitalistas modernos, cuyos erróneos sistemas sobre el principio de la vida en el hombre, en el bruto y en la planta, son gradas de descenso por donde finalmente se ha llegado hasta los groseros absurdos del positivismo materialista.

VI.

Complemento de la Psicología es la Ideología; á las teorías acerca del orígen y naturaleza del alma racional, y de su manera de union con el cuerpo responden las teorías sobre el orígen y naturaleza de las ideas y sobre la naturaleza, órden y clasificacion de las diversas facultades de que el hombre está dotado. Santo Tomás, cuya filosofía se distingue principalmente por el enlace, armonía y correspondencia admirables que guardan entre sí todas las cuestiones que ventila (y las ventila todas) relativas á Dios, al mundo y al hombre, Santo Tomás había pues de proceder por necesidad en su Ideología conforme á los grandes principios asentados en Psicología. Hablando de la definicion que Santo Tomás dió de la verdad, el Conde De Maistre decía admirándola que aquella definicion era «un resplandor ó rayo de la misma

verdad que á si propia se define y manifiesta.» No de otro modo podíamos decir nosotros de su teoría sobre el entendimiento humano, que era su misma inteligencia revelando su profundidad y grandeza, su sublimidad y elevacion. Al leer lo que nos dejó escrito sobre este punto, no parece sino que el ánimo se siente trasladado á una region no vista antes de cielo nuevo y tierra nueva, y como que asiste allí á la creacion del mundo de las ideas, donde las ciencias se forman, se desarrollan y adquieren completo desenvolvimiento, á la manera que en la ordenacion del caos se fraccionaba la materia y se producian las nebulosas que más tarde brillaron en el firmamento en forma de relucientes astros.

Todo en el hombre es armónico; y la variedad tan diversa de facultades mediante las cuales su alma, que es una sola, desenvuelve su fuerza y despliega su actividad y su vida, hállase perfectamente sujeta á la unidad más rigorosa. Las potencias son por el alma y para el alma á la cual perfeccionan con sus actos; entre las potencias del órden cognoscitivo los sentidos externos son por los internos, y unos y otros por el entendimiento cuya operacion es propia y característica del hombre en cuanto hombre; y á causa del entendimiento se dice que el hombre está hecho á imágen y semejanza de Dios. Destello de la Divinidad, la inteligencia del hombre permanece inactiva y como apagada hasta tanto que el alma se ponga en contacto mediante los sentidos con el mundo sensible de los cuerpos; mas apenas la actividad del alma racional se ejerce en el órden sensible, la razon, verdadera centella caida del rostro de Dios sobre el rostro del hombre, comienza á brillar gradualmente con brillo inextinguible, y va poco á poco creciendo en resplandores como lumbrera que se levanta sobre el horizonte, y llega despues á despedir raudales como sol en pleno dia. Un abismo abierto por la mano del Criador, abismo que no es posible vadear, separa á las facultades del órden sensible y al entendimiento. En la esfera de lo puramente sensible,

está el bruto; en la esfera de lo puramente inteligible está el ángel; entre el bruto y el ángel está el hombre que es animal racional, el hombre cuya alma vivificando los órganos de los sentidos y dotada de inteligencia que independiente de órgano corpóreo tiene su asiento en la misma esencia del alma; el alma del hombre, repito, ocupa á un mismo tiempo las dos orillas de aquel abismo infranqueable, y siente para entender; y siendo ella sólo la raiz y el orígen de la virtud de entender y de la virtud de sentir, resulta que nuestro entendimiento *derivacion* de la Inteligencia Divina, *semejanza* de la Verdad Increada, *luz* impresa en el alma por el mismo Dios inmediatamente, con su fuerza prodigiosa y eficacísima, reflejo del poder de Dios, se cierne sobre el mundo sensible como el Espíritu de Dios sobre el caos, y del fondo oscuro y desordenado de la imaginacion hace brotar la luz de las verdades necesarias é inmutables de las cosas cuyas esencias son expresion de las ideas divinas y de las razones eternas cuyo gérmen lo lleva el mismo entendimiento en su misma naturaleza; y el entendimiento se pone en comunicacion con cuanto nos rodea, y percibe bajo formas universales lo que los sentidos habían percibido bajo forma singular, y penetra más adentro de lo que los sentidos percibieron; y pasando de vuelo por sobre todo lo material, se percibe á sí mismo y escudriña lo que se verifica en el interior del alma; y se levanta sobre sí mismo, y llega á entender lo que ni los ojos vieron, ni los oidos oyeron, ni por ningun sentido tiene entrada.

El autor de los *Estudios* se complace en penetrar hasta las entrañas mismas de la cuestion; parece ser ésta la cuestion filosófica hácia la cual se siente arrastrar como empujado por alguna ley de la gravitacion intelectual; constituye á no dudarlo el argumento favorito de su poderosa inteligencia. Nada tiene esto de extraño; pues esa misma propension experimentaron en sí hácia esos misterios del alma cuántos filósofos eminentes dejaron marcada su huella á su paso por las regiones de la Metafísica. Es la

cuestion sobre el orígen de las ideas la que resume en compendio todas las cuestiones de la filosofía, y sin comprenderla bien, nadie, dice San Agustin, puede ser filósofo: *tanta in ideis vis constituitur, ut nisi his intellectis sapiens esse nemo possit.* ¿Qué es una filosofía, pregunta Ráulica, sino el desarrollo, la aplicacion de la doctrina que se ha adoptado relativamente á las ideas? Si á esto, pues, se añade que Santo Tomás siguiendo á San Dionisio, á San Agustin y á los antiguos doctores de la Iglesia é inspirado en las doctrinas de la razon cristiana «formuló (segun escribe el mismo Ráulica) su sublime y magnífica teoría sobre las ideas, tesoro inestimable, y una de las conquistas y de las glorias de la Filosofía cristiana,» se comprenderá fácilmente, atendida la importancia y grandeza del asunto, porque el P. Zeferino desenvuelve con tanta extension la Ideología de Santo Tomás, y se goza en poner de relieve el acierto y maestría con que el Doctor Angélico desenreda todos los laberintos de la razon humana, y alumbra con los relámpagos de su palabra esas profundidades del alma cubiertas de misteriosas sombras, donde se mueve, vibra y se agita la actividad intelectual de nuestro espíritu, esa virtud activa del entendimiento, participacion de la Suprema Inteligencia y en cuya semejanza participada se contienen las ideas eternas. Cuando el P. Zeferino conducido é inspirado por el Angel de las Escuelas, entra de lleno hasta lo más recóndito de la razon humana, y encuentra allí la clave de la diferencia entre el génio y el simple talento, y señala las causas de su grandeza y poderío y el orígen á la vez de su innata debilidad y abatimiento, entónces su palabra se levanta al compás de los conceptos de que es expresion; su estilo no puro ni acendrado, pero sí recio y de buen temple, se anima y se vigoriza y adquiere mayor soltura, facilidad y abundancia; y su pluma, cobrando briosos vuelos, escribe páginas grandilocuentes con esa grandilocuencia que surge del fondo mismo del pensamiento, páginas esmaltadas de luz y envueltas en los esplendores de la verdad, páginas que respiran vida,

sublimidad y fuego. ¡Cuán pobres unas, é incompletas otras, y falseadas todas aparecen entónces las teorías ideológicas de Platon y de Leibnitz, de Gioberti y de Schelling, de Kant y de Ficte, de Descartes, Loke y Condillac, de Reid y de toda la Escuela Escocesa con Hamilton y todos los hamiltonianos! Hasta nuestro Balmes no logró sustraer su grande inteligencia al influjo del cartesianismo y de la Escuela Escocesa «ni alcanzó, escribe el autor de los *Estudios* á ver en la doctrina del entendimiento agente más que una invencion poética é ingeniosa» y cuya teoría ideológica en lo que es contraria á la doctrina de Santo Tomás «está muy lejos de resistir al exámen imparcial y severo de la razon.»

Todos nuestros conocimientos intelectuales no son mas que *sensaciones trasformadas:* he aquí la síntesis de la escuela sensualista. Todas nuestras ciencias son *recuerdos ó reminiscencias de lo pasado:* he aquí la síntesis de la escuela platónica. Y entre estos dos polos opuestos del mundo ideal andan vacilando todos los sistemas ideológicos, ora inclinándose hacia un lado, ora retrocediendo hasta el otro. Sin acertar con el punto donde la verdad tiene su asiento, esos sistemas revisten variados matices y recorren todas las gradaciones del error que median entre la grosera opinion de los materialistas antiguos y modernos, y entre la opinion absurda de la preexistencia de las almas; entre los que dicen que el pensamiento es un movimiento vibratorio de la masa del cerebro, y los que dicen que el alma antes de ser unida al cuerpo, trae ya consigo adquirido todo el caudal de sus conocimientos. A un extremo de esa línea están Platon y Leibnitz, y al otro Epicuro, Moleschot y Büchner, y en medio más ó ménos inclinadas á una ú otra de esas extremidades se encuentran todas las teorías ideológicas que en poco ó en mucho se separan de la de Santo Tomás.

La teoría de Santo Tomás ontológica y sensualista á un mismo tiempo, nada tiene sin embargo que ver ni con las sensaciones trasformadas, ni con las ideas innatas. A igual distancia del idea-

lismo y escepticismo, consecuencia forzosa del sistema platónico, como del sensualismo y materialismo negacion de toda ciencia y de la misma espiritualidad del alma, el Doctor Angélico al desenvolver su profunda y vasta teoría ideológica, clasifica, como no lo ha hecho nadie, todas las potencias del alma; distingue entre sí á unas de otras, y á todas ellas de la esencia de la misma alma; traza con acierto fundado en la observacion psicológica la línea divisoria entre los actos de las potencias sensitivas; señala el objeto sobre que cada una versa; declara el órden jerárquico con que las inferiores se hallan subordinadas á las superiores, y todas al entendimiento; levanta sobre cimientos inmobles muro altísimo de separacion absoluta entre los sentidos á la razon; demuestra que el hombre, aunque entiende, no es como Dios en quien son una misma y sola cosa el sér y la inteligencia, el sujeto y el objeto, ni tampoco como el angel que siendo espíritu puro entiende por ideas recibidas inmediatamente de Dios, sino que es esencialmente sér inteligente y sensitivo á la vez, y que la virtud de sentir y la virtud de entender proceden radicalmente de un solo y mismo principio que es la esencia del alma racional. Y de aquí, de la naturaleza misma del entendimiento, derivacion inmediata de la luz increada, y reflejo virtual é implícito de las ideas divinas segun las cuales fueron modeladas las esencias existentes de las cosas sensibles cuyos accidentes son percibidos mediante los sentidos externos é internos por la misma alma inteligente unida sustancialmente al cuerpo humano; de aquí pasa Santo Tomás á señalar como con el dedo el puente de transicion del mundo ideal humano al mundo real sensible, del sujeto cognoscente al objeto conocido, del *yo* al *no yo*, sin dejar lugar á duda sobre la legitimidad de ese tránsito que ha sido el nudo gordiano en todas las cuestiones de los criterios y de la certeza, y es el fundamento de la filosofía y de todas las ciencias. Nadie como Santo Tomás ha explicado las relaciones entre el órden real y el ideal; nadie, como él, ha sabido formar el lazo científico entre la verdad lógica

y la verdad ontológica, entre las ideas y las cosas. Ese problema, tormento de los sabios, recibe bajo su pluma la solucion más completa y satisfactoria. «De Dios (dice el autor de los *Estudios*) principio, centro y término final de toda verdad, salen dos rayos de luz que despues de haber sido divergentes pasando el uno por nuestra alma intelectual, destello de la luz increada *participatio luminis increati*, y el otro por los objetos y existencias finitas, se hacen despues convergentes para reunirse y concentrarse en el foco de nuestra razon haciendo brotar de las misteriosas profundidades de nuestra inteligencia la verdad cuyo conocimiento y posesion constituyen el patrimonio sublime del hombre sobre la tierra.»

VII.

Santo Tomás siempre se parece á sí mismo; por eso á su admirable teoría acerca de las ideas responde en todo y por todo su no ménos admirable teoría de la moralidad en las acciones. Y no podia ménos de suceder así siendo como es cosa averiguada el íntimo enlace que las cuestiones capitales de la Metafísica y Psicología tienen con los problemas fundamentales de la Moral y de la Política.

Identificar el bien y el mal moral con el placer y el dolor, cosa es que cuadra á los que identifican las sensaciones con las ideas y los sentidos con el entendimiento; convertir en medida de la moralidad á la utilidad sea individual sea social, pueden hacerlo los que divinizando al hombre creen en su progreso indefinido;

explicar la distincion radical, entre lo bueno y lo malo por la satisfaccion interna ó el sentimiento contrario que se experimenta al realizar una accion libre, erigiendo la sensibilidad en norma y guía del bien obrar, todo esto cabe muy bien dentro de los principios de la Escuela Escocesa, y de sus parientes y allegados; hacer depender la formalidad del acto humano de la fórmula abstracta de la ley del deber sin relacionar esa ley con un legislador que pueda servirle de principio, sancion y premio, carácter propio es de Kant y de todos los racionalistas; derivar como de primera y única fuente la bondad ó maldad de las acciones, de la ley positiva, ya divina, ya humana, es muy lógico para los que, como Descartes, niegan la necesidad é inmutabilidad de las esencias de las cosas. Pero el filósofo que hace á esas esencias necesarias é inmutables en sí mismas y las distingue de la existencia en las cosas criadas, el filósofo que establece distincion absoluta entre les sentidos y el entendimiento, entre las pasiones y la voluntad, y coloca el fundamento del mundo científico é ideal en la inteligencia misma de Dios y en sus eternas ideas, claro está que al buscar el orígen supremo de la moralidad en los actos humanos ha de remontarse necesariamente á esferas más elevadas que las del placer y del dolor, que las de utilidad y filantropía, que las de simpatía y sensibilidad, que las de opinion comun y de fórmula abstracta del deber, y que las de todas las disposiciones de cualquiera ley meramente positiva.

En efecto, el autor de los *Estudios* al señalar los puntos culminantes de lo moral y política de Santo Tomás, nos presenta al Angel de las Escuelas escudriñando los secretos del corazon del hombre, y abismándose hasta lo más íntimo de sus complicados senos, y leyendo con penetrante mirada los misterios escondidos entre sus más delicados pliegues para luego encumbrarse sobre todo lo criado en busca del destino final del hombre. Todo lo abarca de un solo golpe de vista; y señala con su mano, clasificándolos, todos los deseos y aspiraciones que se agitan en el

fondo del humano corazon: el deseo de conocer la verdad y el deseo de practicar la virtud; el deseo de elevacion y de honor cuyo amor desordenado trasforma al hombre en soberbio y ambicioso; el deseo de la celebridad de la fama, cuyo desórden le hace amigo de vanagloria; el deseo de las riquezas, cuyo desórden le hace ya avaro, ya injusto; el deseo de deleites, cuyo desórden le hace amador de la intemperancia é incontinente; y finalmente el deseo de la propia conservacion, cuyo desórden le hace cobarde y enemigo del trabajo. Y despues de haber sorprendido ese tropel de aspiraciones que conturban el corazon del hombre, y cuya manifestacion toma tan variadas fases; despues de examinar eso que los hombres llaman dicha y ventura, y de demostrar que todo ello junto, lejos de satisfacer el corazon humano, sólo consigue ilusionarlo primero, hastiarlo despues, y dejarlo sumido finalmente en mayor agitacion y tormento, concluye patentizando que solamente existe una sola cosa que con respecto al hombre tenga razon de bien total y adecuado, una sola cosa cuya posesion perfecta satisfaga su deseo de ciencia y sabiduría; colme su deseo de rectitud y justicia, y le encumbre á la sublimidad del honor, y le haga célebre y glorioso en la eternidad de los siglos, y le rodee de la abundancia de todas las riquezas, y le comunique una vida sempiterna é inaccesible al dolor, y le circunde, cubriéndole con sus alas, con torrente de inopinados goces y purísimos deleites. Santo Tomás lanza anatema con enérgica dureza sobre todas las escuelas sensualistas, racionalistas y eclécticas que colocan la felicidad y fin último del hombre en las cosas de acá abajo ó en cualquier bien creado por superior que sea: *Erubescant igitur qui felicitatem hominis tam altissimæ sitam, in infimis rebus quæruut;* y luego sus labios pronuncian como un conjuro contra esos diabólicos sistemas el nombre tres veces santo de Dios. ¡Dios, primera Verdad, Santidad por esencia, Justicia viviente, Bien sustancial, Gozo eterno, Riqueza inagotable, Vida interminable, Dulzura suma, Belleza

siempre antigua y siempre nueva! ¡Dios en quien se encierra de un modo formal-eminente todo bien honesto, útil y deleitable! ¡Dios de quien venimos, en quien somos, vivimos y nos movemos, y á quien vamos.

Si pues la felicidad verdadera y suprema del hombre consiste en su union con la Esencia Divina, mediante el entendimiento y la voluntad, con las cuales potencias clarificadas por la Luz sobrenatural de la gloria, verá á Dios cara á cara como es en sí y le amará con un amor voluntario necesario, síguese de aquí que Dios es el destino final del hombre, el término de todos sus deseos, el blanco de todas sus acciones. Luego todo lo que haga el hombre marchar hácia Dios, aproximarse á Dios, asimilarse con Dios, preparándole la posesion de Dios como Verdad Suprema y Bondad Suma, todo eso es bueno, justo, honesto, santo; así como lo que le aparte de Dios, le aleje de Él y le cierre la entrada de la posesion de Dios, todo eso es malo, injusto culpable, pecaminoso. *Rectitudo voluntatis est per debitum ordinem ad finem ultimum.*

Mirar á Dios como término final de nuestras acciones, como blanco de todos nuestros pensamientos y deseos, es amarle sobre todas las cosas. Amar á Dios sobre todas las cosas es el primer mandato de la ley y resúmen de todos los otros mandatos, es nuestro primer deber en el cual se hallan todos los demas comprendidos; y en este deber primitivo y capital tienen su orígen supremo todos nuestros derechos.

Amar á Dios sobre todas las cosas es querer lo que Él quiere y conformar nuestra voluntad con la suya. Hasta aquí llega y aquí se detiene nuestro Balmes en su *explicacion fundamental del órden moral.* El último porqué una accion es buena ó mala moralmente consiste, segun él, en la conformidad ó no conformidad de la voluntad del hombre con la voluntad de Dios. «Amar lo que Dios ama: he aquí la línea divisoria de la moralidad y de la inmoralidad. La moralidad del acto propiamente dicha con-

siste en la conformidad explícita ó implícita de la voluntad criada con la voluntad divina, y esa perfeccion misteriosa que nos encanta y atrae no es otra cosa que la conformidad con la voluntad divina; el carácter absoluto que encontramos en la moralidad, es el amor explícito de Dios; y por consiguiente un reflejo de la santidad infinita, ó del amor con que Dios se ama á sí mismo.» Al través de esa conformidad de voluntades aparece la sombra de Descartes enseñando que las esencias de las cosas penden de la libre voluntad de Dios; más allá de esos encantos y atractivos de la accion moral se traslucen las simpatías del corazon y el sentido de lo bueno de Reid y de su escuela; el *instinto* de amor de Dios de que habla en esta cuestion trae á la memoria el *instinto intelectual* á quien da tan excesiva importancia en la cuestion de la certeza científica. Las penumbras del cartesianismo y de la Escuela Escocesa se proyectan sobre su poderosa inteligencia; y apesar de los esfuerzos prodigiosos de su análisis y de la bizarría y grandes alientos con que acomete la empresa de llegar hasta el *último porqué* del órden moral, Balmes no acaba de subir hasta las alturas que dominan por completo los senderos de la justicia y de la bondad en las acciones humanas. No basta amar lo que Dios ama, ni querer lo que Dios quiere; se necesita ademas quererlo y amarlo de aquel modo con que Dios quiere que lo queramos y amemos. Es necesario que haya órden en el amor: *ordo amoris*, esta es la manifestacion de la santidad y justicia en nuestras acciones; así definen la virtud San Agustin y Santo Tomás. Ahora bien: el órden no procede de la voluntad; ordenar y dirigir es acto propio del entendimiento. Cuando se dice, pues, que una accion es buena porque está conforme con la voluntad de Dios, se alega una verdadera causa; pero esa causa todavía tiene otra causa y á ese *porqué* se le da racionalmente otro ulterior *porqué*. En tanto una accion está conforme con la voluntad de Dios, en cuanto está regulada mediata ó inmediatamente por la razon de Dios: la con-

formidad de una accion con la razon de Dios es causa de la conformidad de esa misma accion con la voluntad de Dios.

En la inteligencia divina, ahí es donde coloca Santo Tomás el fundamento supremo del órden especulativo y del órden práctico, del órden de las ideas y de las acciones, de la ciencia y de la virtud, de la verdad y del bien; y ahí, en la inteligencia divina, está la última razon de todo lo que *es* y de todo lo que *debe ser*. Para distinguir la verdad del error en el órden especulativo, ó sea lo que *es* de lo que *no es*, acudimos á aquellas verdades necesarias é inmutables, expresion de la primera verdad, y que existiendo sustancialmente en la inteligencia de Dios se derivan hasta nosotros cuya inteligencia es participacion creada de la inteligencia increada. Para discernir el bien del mal en el órden práctico y moral ó sea lo que *debe ser* de lo que *no debe ser* acudimos á aquellas verdades necesarias é inmutables, expresion de la sabiduría divina, y que existiendo sustancialmente en Dios con el nombre de *Ley eterna*, se derivan hasta nosotros en quienes la Ley eterna es participada y promulgada por la razon. Y bien: ¿qué vemos á los resplandores de esa centella de la divina lumbre que Dios dejó caer en el centro de nuestra alma? ¿Dónde está esa línea indeleble de demarcacion, trazada por la sabiduría eterna, que separa esencialmente lo bueno de lo malo en el órden moral? El bien y el mal en las acciones se constituye del mismo modo respectivamente que el bien y el mal en las cosas. Dícese que las cosas son buenas físicamente en cuanto poseen aquella plenitud de ser que le corresponde segun su naturaleza, y malas cuando están privadas de alguna perfeccion que les es debida. Así tambien las acciones humanas se denominan buenas, cuando tienen aquella plenitud de sér que les compete segun su naturaleza y se llaman malas cuando están privadas de alguna perfeccion que su naturaleza exige. La plenitud de sér que corresponde á un acto humano libre es que sea racional, que guarde conformidad con la recta razon por parte del objeto sobre que versa, y por parte del fin ó intencion con que

es ejecutada, y por parte de las circunstancias que acompañan á la ejecucion. Esa conformidad completa con la recta razon es tambien conformidad completa con la razon divina; pues nuestra razon en tanto es principio y norma de moralidad en cuanto que mediante la ley natural se enlaza y comunica con la Ley eterna. Y así, dice el P. Zeferino, «la distincion esencial, primitiva é inmutable entre el bien y el mal moral se funda, por una parte, en la relacion esencial y necesaria del hombre con Dios como último fin de su existencia, y por otra en las esencias mismas de las cosas en cuanto dicen órden á la Ley eterna, la cual se identifica con la razon divina en la cual preexisten las ciencias de todas las cosas y sus relaciones necesarias entre sí y con su fundamento real, que no es otra sino la esencia de Dios.»

VIII.

La verdad en el órden especulativo viene á consistir, mediante las cosas conocidas que le sirven de medida, en la ecuacion de nuestro entendimiento con el entendimiento divino, con Dios como verdad primera. La moralidad humana ó sea la verdad en el órden moral consiste, mediante la conformidad del objeto con la recta razon, en la ecuacion de nuestras acciones con Dios como último fin y felicidad suprema, con Dios como sabiduría eterna y bondad suma.

El último fin es con respecto á la voluntad lo que los primeros principios de las ciencias con respecto al entendimiento. Nuestro entendimiento no puede ménos de asentir á estas verdades ne-

cesarias y evidentes; le dominan, se le imponen, presiden al desenvolvimiento de su actividad intelectual, son para él lo que la luz para los ojos. Nuestra voluntad no puede ménos de querer la felicidad y obrar por el último fin: el bien en general se le impone, la domina, es su objeto necesario. Cuando el entendimiento se adhiere al error, es porque se le presenta bajo la apariencia de verdad; cuando la voluntad abraza el mal, es porque le muestra una apariencia de bien. Sabido es el profundo pensamiento de San Agustin: «El hombre busca á Dios, aún en el momento en que huye y se aleja de él por el pecado.» Mas aunque la voluntad apetece de una manera necesaria, espontánea y natural la felicidad, el bien universal que es su objeto adecuado, como esta razon universal no se descubre en los objetos que el entendimiento le presenta como buenos, por tal motivo la voluntad conserva su independencia é indiferencia dominante sobre ellos, aún respecto del verdadero bien universal en concreto, es decir, de Dios; y la voluntad puede dejar de amar á Dios único bien adecuado y total y verdadero último fin suyo, por cuanto el entendimiento no le conoce de una manera intuitiva. De aquí la necesidad de la gracia divina que robusteciendo y sanando las potencias del hombre viciadas por el pecado, haga que la voluntad sin dejar de ser libre, sino antes bien perfeccionando su misma libertad, tienda y se dirija siempre á Dios como al blanco de sus deseos y término final de sus acciones. Y aunque el autor de los *Estudios* no se detiene á exponer toda la doctrina de Santo Tomás sobre este punto importantísimo, dice sin embargo lo suficiente para que el ánimo del lector comprenda la grandiosa teoría de Santo Tomás y de su escuela acerca de la accion y dominio de Dios sobre la voluntad del hombre tanto en el órden natural como en el sobrenatural. ¡Cuán pobre y mezquina idea revelan haberse formado del libre albedrío del hombre y del modo de obrar de Dios los que pretenden descubrir en la *premocion física* y en la *gracia eficaz à seipsa* la muerte de la libertad humana! El P. Zeferino

hace notar como el mismo Santo Tomás lejos de desconocer, ni desvirtuar ó disimular la fuerza de las objeciones contra la libertad, las presenta con mayor laconismo y energía que las presentaron posteriormente los mismos adversarios, y las confirma y desenvuelve al darles la solucion elevadísima y altamente filosófica en la cual resplandecen maravillosamente las ideas que el Doctor Angélico tiene acerca de la libertad humana y de la omnipotencia divina, ideas exactas, profundas, luminosas, dignas en fin de la excelencia misma del hombre y de la grandeza infinita de Dios.

Y quien tan nobles y sublimes ideas abrigaba acerca de la excelencia del hombre y de la grandeza de Dios ¿cómo no había de hablar sublime y noblemente del fin de la sociedad civil, de las bases sobre que debe ser constituida, de la necesidad del poder público, del orígen de este poder, y de las condiciones necesarias y esenciales en el ejercicio legítimo del mismo, y de la veneracion y obediencia que á ese poder se le deben? La teoría de Santo Tomás sobre el destino social del hombre en la tierra guarda perfecta consonancia con su teoría sobre el destino final del hombre más allá del sepulcro. La Política de Santo Tomás es eco de su Moral. El autor de los *Estudios* indica los puntos culminantes de las teorías sociales del Angélico Doctor; consigna sus notables observaciones acerca de las diferentes formas de gobierno; expone las condiciones indispensables señaladas por Santo Tomás para la legitimidad de la resistencia al poder tiránico; demuestra contra los injustos calumniadores de sus doctrinas políticas que éstas nada absolutamente tienen que ver con la teoría del regicidio y tiranicidio ni con el derecho de insurreccion proclamado por algunos, asi como tampoco con las teorías bajamente aduladoras de los que afirman que los reyes son á manera de dioses y que contra su autoridad no existe otro remedio que su misma autoridad; y concluye declarando la teoría incomparable sobre las leyes, enseñada por Santo Tomás, teoría que el ilustre Balmes no se cansaba de admirar, de aplaudir y de ensalzar

hasta el punto de decir que en ningun jurista, en ningun filósofo «se hallan expuestos con más lucidez, con más cordura, con más noble independencia y generosa elevacion los principios á que debe atenerse el poder civil. Su tratado de las leyes (exclama en el entusiasmo de su conviccion) es un trabajo inmortal, y á quien lo haya comprendido á fondo, nada le queda que saber con respecto á los grandes principios que deden guiar al legislador.» Á estas memorables palabras de Balmes responden admirablemente las palabras de Leon XIII en su Encíclica *Æterni Patris*, donde dice que «todo lo relativo á la genuina nocion de la libertad, que hoy degenera en licencia, al orígen divino de toda autoridad, á las leyes y á su fuerza, al paternal y equitativo imperio de los príncipes supremos, á la obediencia á las potestades superiores y á la mútua caridad entre todos: todo lo que de estas cosas enseña Santo Tomás tiene una fuerza grandísima é invencible para echar por tierra esos principios del nuevo derecho que, como todos saben, son peligrosos para el tranquilo órden de las cosas y para el público bienestar.»

Al llegar aquí el autor de los *Estudios*, vuelve atras una mirada sobre el camino recorrido y presenta á sus lectores en magnífico cuadro la grandeza, verdad y elevacion de la filosofía de Santo Tomás. Con valientes y soberbias pinceladas traza el retrato de esa filosofía bajo la figura de grandiosa pirámide á quien sirve la razon humana de base, y á la cual base comunica la revelacion, firmeza y solidez; y en cuya cima resplandece con brillo inextinguible la idea de Dios. El génio poderoso del Angel de las Escuelas toca con una mano aquella base y con la otra esta cima, y al punto los vivísimos resplandores condensados en la idea de Dios como en su propio foco derrámanse en abundantes madejas de luz cuyos rayos marchando entrelazados en todas direcciones envuelven é inundan en un océano de claridad, toda la magnitud de la colosal pirámide: luz en la base, luz en el centro, luz en la cúspide, luz á lo ancho, á lo largo y á lo profundo. Y

alumbrada así la filosofía de Santo Tomas por la idea católica de Dios, esa idea le infunde y llena de su profundidad, sencillez y magnificencia, y la reviste y hermosea con su propia verdad, belleza y armonía.

Y con esto, el P. Zeferino da por terminado su viaje de exploracion por las regiones de la filosofía de Santo Tomás, siendo muy de notar que no obstante ser la idea de Dios para esa filosofía lo que el sol para la tierra y demas orbes del sistema planetario, omite sin embargo por completo toda la Teodicea. La causa de esta omision la advierte el mismo P. Zeferino en la introduccion de su obra, diciéndonos que nadie pone en duda la superioridad de esa parte de la filosofía del Angélico Doctor, y ser ademas fácil saber cómo piensa acerca de Dios consultando las primeras cuestiones de la *Summa Theologica* y todo el primer libro de la *Summa contra Gentes*. Razon aceptable; mas á pesar de ella hubiera sido muy conveniente dar á conocer las riquezas de sabiduría que en ese primer libro y en esas primeras cuestiones derrama á manos llenas el Angel de las Escuelas. Esto sobre otras ventajas, ademas de haber ofrecido ocasion para tratar como se merece lo relativo á la division de la ciencia de Dios y á su accion sobre las criaturas, habría tambien comunicado mayor unidad armónica de pensamiento á la exposicion de las otras partes de la filosofía. El tratado acerca de Dios habría sido feliz y glorioso remate de los tratados acerca del mundo y acerca del hombre, por lo mismo que la filosofía de Santo Tomás viene á ser toda ella *el desenvolvimiento científico de la idea divina bajo sus diferentes fases y en todas sus relaciones con el hombre y con el mundo.*

IX.

Así y todo, los *Estudios sobre la Filosofía de Santo Tomás* llenan cumplidamente el objeto que su autor se propuso al escribirlos: declaran el espíritu y las tendencias generales de la filosofía del Doctor Angélico; patentizan la verdad y elevacion de sus ideas en la solucion de los problemas fundamentales del saber humano; hacen resaltar la superioridad incontestable y el acierto de esas soluciones sobre las soluciones aducidas por los partidarios del libre pensamiento; y explican, fijan y comprueban el sentido genuino de sus doctrinas. Los que acudan á esa obra del filósofo dominico para iniciarse en los secretos de la sabiduría de Santo Tomás, pueden estar ciertos que no beberán la falsa doctrina por la verdadera, ni por la sana la corrompida; porque la doctrina esparcida en esa obra, está tomada de las irrestañables fuentes de verdad cuya llave de oro la lleva colgada de sus manos el Angel de las Escuelas. Nó; los raudales de sabiduría que brotan con abundancia en cada libro, en cada capítulo, en cada página de esa excelente obra del antiguo Catedrático de la Universidad de Manila no han crecido con aguas ajenas y no saludables, sino que han salido del manantial mismo, y todavía corren íntegros y puros. Santo Tomás ha hablado por boca del P. Zeferino.

Los *Estudios sobre la Filosofía de Santo Tomás* prepararon los caminos á la Encíclica *Æterni Patris*. La Encíclica exhorta, ordena y manda renovar y propagar en todas partes la sabiduría verdaderamente de oro de Santo Tomás *(auream Sti. Thomæ sa-*

pientiam) para defensa y gloria de la fé católica, bien de la sociedad é incremento de todas las ciencias. Los *Estudios* dan á conocer esa sabiduría de oro, la ilustran, la defienden, la renuevan y propagan.

Leon XIII en su Encíclica afirma y enseña que: «No hay parte de la filosofía que Santo Tomás no haya tratado con tanta penetracion como solidez. Las leyes del raciocinio, Dios y las sustancias incorpóreas, el hombre y las otras criaturas sensibles, los actos humanos y sus principios fueron objeto de su estudio, tan completo que nada le falta: ni la abundancia de cuestiones, ni la oportuna disposicion de las partes, ni el excelente método, ni la solidez de los principios, ni la fuerza de los argumentos, ni la claridad y propiedad de lenguaje, ni la facilidad de explicar las cosas mas abstrusas.»

El P. Zeferino en sus *Estudios* hizo de esas enseñanzas y afirmaciones de Leon XIII una demostracion anticipada. Estudiándola más que el oro preciosa sabiduría de Santo Tomás, él recordó á los que lo habían olvidado, los abundantes é inagotables veneros de verdad que yacían ocultos en los escritos del Doctor de Aquino, y manifestó las grandes preciosidades que en su filosofía se encubrían; que allí se hallaba el oro fino y acendrado de la verdad sin mezcla de errores; allí el diamante puro y refulgente, limpio de sustancias extrañas; allí clarísima luz sin manchas ni sombras; allí, en fin, expresadas con un estilo que el conde de Maistre calificó de «*admirable* por su claridad, precision, fuerza y laconismo,» se encontraban derramadas por la abundancia del genio y amontonadas por la inspiracion de una inteligencia de ángel, ideas que en su grandeza encerraban todo un mundo de nuevas ideas y que lanzando el pensamiento á regiones desconocidas ensanchan ante el espíritu del lector los variados y hermosos horizontes de la sabiduría humana.

Leon XIII dijo: «Amante únicamente de la verdad, riquísimo en la ciencia divina y humana, semejante al sol, Santo Tomás rea-

nimó al mundo con el calor de sus virtudes y le llenó con los resplandores de su doctrina.» A este fin nobilísimo, á hacer resaltar la verdad, belleza y armonía de la doctrina de Santo Tomás, de su filosofía exclusiva y eminentemente cristiana, tienden y se enderezan los *Estudios,* obra en que se hace ver al ánimo del lector que la filosofía de Santo Tomás es el monumento más grandioso levantado por la razon del hombre á honor y gloria de la razon de Dios.

La filosofía de Santo Tomás es la ciencia coronada por los resplandores de la fé; es la fé defendida y robustecida por la ciencia. Es la ciencia conservando los derechos de la fé; es la fé mirando por la dignidad de la ciencia. Es la razon humana elevada en alas de la revelacion divina á su mayor altura, no pudiendo ya levantarse á regiones más sublimes; es la revelacion divina recibiendo los mayores y más poderosos auxilios que puede esperar de la razon humana.

Esa filosofía donde se distinguen siempre la razon y la fé y andan siempre amigablemente asociadas, enseña todas las verdades y refuta todos los errores. El cielo la inspiró: los ángeles la llaman *su sabiduría* iluminando la tierra: Dios está en ella vivificándole perpetuamente con su presencia. Dios asienta con su mano los cimientos de su Ontología; Dios abarca y mueve su Cosmología; Dios da vida y luz á su Psicología é Ideología; Dios llena con su inmensidad su Teodicea; y Dios esparce santidad y justicia en su Moral y Política. La idea de Dios aparece siempre en contacto con todas las ideas, descúbrese en el fondo de todas las teorías, domina y regula todas las cuestiones, y brilla en la solucion de todos los problemas. Siempre Dios: y así tenia que ser y así es, porque la filosofía al investigar las cosas por sus causas superiores, necesariamente tiene que encontrarse, si anda por caminos derechos, con Dios causa primera eficiente y causa ejemplar suprema y causa final última de todo lo que es.

Hácia Santo Tomás marchan las ciencias para recibir fuerza é

incremento, hácia Santo Tomás marcha la filosofía para inspirarse en su espíritu, para beber en el océano de su sabiduría, para ser segun la mente del Doctor Angélico nuevamente restaurada.

Balmes comenzó en España ese movimiento de restauracion: el P. Zeferino lo continuó.

En Balmes sobre el fondo luminoso y esencial de su filosofía bebida en los escritos de Santo Tomás, aparecen como sombras el psicologismo cartesiano, el armonismo dinámico de Leibnitz, el fideismo de Jacobi y el empirismo ideológico de la escuela escocesa.

El P. Zeferino al recoger de manos de Balmes el cetro de la filosofía española, la purificó de las escorias cartesianas, le quitó los resabios de la escuela escocesa, apartó de su camino los peligros escondidos en el armonismo de Leibnitz, y cerrando la brecha hacia el excepticismo abierta por las exageraciones del instinto intelectual, robusteció el punto flaco de la criterología.

Balmes bajó al sepulcro en lo mejor de sus dias, trocando su conocimiento discursivo de las cosas por la vision de ellas en el Verbo de Dios. Murió; y las ciencias y las letras le lloraron, y la filosofía inconsolable se vistió de riguroso luto.

Al trono que la muerte de Balmes dejara vacío, subió luego despues el P. Zeferino quien recibiendo en testamento la herencia del filósofo de Vich continuó con venturoso éxito lo que aquel habia felizmente comenzado.

Necesaria era la obra de Balmes para el restablecimiento de la filosofía de Santo Tomás en España, pero esa obra necesaria necesitaba á su vez de la obra del P. Zeferino. Los *Estudios* dieron gloriosa cima á la *Filosofía fundamental,* señalando con vigorosa firmeza el rumbo que la filosofía española debia de tomar y de hecho tomó para entrar de lleno en los dominios del Angel de las Escuelas.

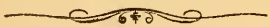
Balmes limpió: el P. Zeferino fijó: ambos dieron esplendor. Y cuando en las edades venideras se pregunte quiénes fueron los filósofos más eminentes que magnificaron ante el mundo sabio á

España durante el siglo XIX, dos nombres escritos con caractéres de luz en los anales de la ciencia española acudirán simultáneamente á la memoria de los amantes de nuestra literatura; á la vez serán bendecidos con gratitud y ensalzados sin lisonja; juntos, uno al lado del otro, ocuparán un puesto en la Historia de la Filosofía; á un tiempo mismo resonarán entre la admiracion y el aplauso en los labios de todos: *Balmes* y el *P. Zeferino.*

Fr. Norberto del Prado.

DOS PALABRAS

OPÚSCULO DEL P. ZEFERINO—*Temblores de tierra*



Qui commovet terram de loco suo et columnæ ejus concutiuntur. *Iob* 9, 6.

PUBLICÓSE esta obra en Manila por el año 1857 y fué de las primeras que brotaron de la fecunda pluma del eminente filósofo. Puede decirse que la primera época de la vida científica del P. Zeferino está toda ella consagrada al estudio de grandes problemas físicos, siendo fruto sazonado de esos estudios los dos trabajos que tituló *Electricidad atmosférica* y *Temblores de tierra,* del último de los cuales quisiera poder presentaros un sucinto bosquejo. Extrañeza no pequeña causa el ver la solícita actividad que á la averiguacion de los fenómenos de la naturaleza física consagra el filósofo que, en alas de vocacion superior, había de engolfarse mas tarde en los abismos de la ciencia trascendental, para recorrer al lado de su amado mentor, el Angel de las Escuelas, como el Dante con su Virgilio, los círculos cada vez mas profundos, donde los ojos sólo de espíritus audaces sorprenden los primeros y últimos misterios de la ciencia.

Al empezar su estudio de los *Temblores* describe por esta ma-

nera elocuente la terrible grandiosidad de sus efectos sobre la tierra y el ánimo del hombre: «cadenas de montañas elevadas sobre las llanuras, extensas islas desgajadas de los continentes, capas sedimentarias trastornadas y confundidas, elevacion del fondo de los mares con aparicion de nuevas islas, rios que mudan de curso, montes trasladados y hendidos, países enteros invadidos por las aguas del mar, extensas grietas y cavernas abiertas en la superficie de la tierra; he aquí las profundas revoluciones que los terremotos han hecho experimentar á la tierra, conmoviéndola hasta en sus cimientos. Ni son menores las catástrofes acaecidas en tiempos sujetos al dominio de la historia: mas de trescientas mil almas quedaron sepultadas en las ruinas de trece ciudades del Asia Menor; igual suerte experimentó Antioquia reducida á escombros con muerte de la mayor parte de sus habitantes por los años 256; sesenta mil hombres dejaron de existir en pocos segundos en el terremoto de Sicilia de 1693; conocidas son de todos las frecuentes catástrofes de muchas ciudades de la América Meridional, y sólo en el temblor de Riobamba, acaecido en 1797, fueron víctimas de su violencia mas de treinta mil personas. Y ¿quién ignora aquel terremoto espantoso que en 1755 destruyó casi enteramente la populosa ciudad de Lisboa, extendiendo sus devastadores efectos desde las extremidades de Europa hasta el interior de Africa, y hasta las Antillas y costas de América?

En vista pues de efectos tan prodigiosos y de la destruccion tan universal y casi instantánea que acompaña á los temblores de tierra, no debe admirarnos la profunda impresion que estos fenómenos producen en el hombre, especialmente cuando por primera vez se siente sometido á su influencia aterradora. El hombre puede librarse de un volcan, puede huir de los torrentes de hirviente lava que arroja de sus profundidades, puede buscar un asilo contra el huracan impetuoso y hasta precaverse por medio del arte y la industria de las terribles explosiones eléctricas de la tempestad; pero cuando la tierra se bambolea bajo sus plan-

tas, cuando siente faltar al suelo que pisa la estabilidad á que se halla acostumbrado desde la infancia, cuando ve á la tierra adquirir de repente la movilidad propia del aire y del océano, ¿cómo librarse de un peligro que parece seguirnos por todas partes, ni cómo precaverse contra él si por do quiera nos parece caminar sobre un foco de destruccion? De aquí la impresion de terror profundo que se apodera de nuestras almas cuando las sacudidas violentas del suelo que hollamos nos revelan la existencia de un poder desconocido, que al mismo tiempo nos constituye en un peligro indefinible pero siempre amenazador, y excita nuestra curiosidad á averiguar su naturaleza, su orígen y su modo de accion.»

A esta enumerecion de catástrofes producidas por terremotos hubiera añadido el autor, á escribir en este momento, las del 63 y 80 en esta isla de Luzon, las espantosas de Java, las del Archipiélago griego, las de Ischia, y en fin las que en la actualidad afligen á los desventurados habitantes de las provincias de Málaga y Granada, que para mayor angustia pasan dias y meses contemplando á cada instante nuevas ruinas y en mortal incertidumbre sobre el destino final de aquel suelo, que no acierta á recobrar su centro de estabilidad.

Cuál es la causa originaria de fenómeno tan grandioso y formidable por su índole y la estension en tiempo y espacio de sus devastaciones? Esta es la cuestion que trata de resolver el P. Zeferino sometiendo á severo análisis todos los datos recogidos por la ciencia. No es culpa suya si esa ciencia llamada á iluminar el problema, se encuentra todavía en el estado que Lyell describe por tan ingeniosa manera: «La narracion geológica, dice, es una historia de la tierra, solo imperfectamente conservada, y escrita en

un dialecto sujeto á variaciones contínuas, de cuya historia no poseemos mas que la última parte, que para mayor desgracia sólo hace referencias á dos ó tres países. De esta parte conservada sólo un capítulo, bien corto por cierto, podemos arreglar con algun órden, y en cada página de ese capítulo no encontramos mas que algunas líneas inconexas.» Nadie tiene derecho á calificar de exageradas las palabras del gran geólogo inglés. La Geología atraviesa todavía el periódo de la infancia, y es muy dudoso, atendida su índole especial, que alcance un desarrollo perfecto. Insistiendo en la idea de Lyell, podemos considerarla como un arte de interpretar la historia primitiva de la tierra, escrita en su corteza con caractéres de un idioma desconocido: esos caractéres son los hechos geognósticos que conocemos muy imperfectamente. La traduccion de las inscripciones cuneiformes de Asiria y Babilonia no debe atormentar á los Lassen y Rawlinson tanto como á los geólogos la lectura de la crónica terrestre. Prueba de ello es que entre lectores competentes cada uno hace diferente traslado, cuando no es contradictorio.

Entre los hechos no obstante, que parecen plenamente averiguados, debe constarse el progresivo aumento de la temperatura terrestre en direccion hácia el centro. Es verdad que hasta ahora no ha sido posible determinar con exactitud el grado *geotérmico*, y tambien lo es que diferentes concausas concurren á alterar la regularidad de la radiacion calorífica central, circunstancia que acaso haga imposible someter á una ley fija la progresion del calor desde la circunferencia al centro; pero es lo cierto tambien que de multitud de experiencias practicadas con todo el posible rigor se deduce el hecho incontestable de que la temperatura aumenta segun se desciende al interior de la tierra. Apoderándose de este hecho los geólogos, han supuesto que el estado primitivo de la tierra fué una masa flúida incandescente, y que su estado actual es el resultado de un enfriamiento sucesivo, que empezó por la superficie. Formada la capa sólida y

contrayéndose cada vez mas por efecto del enfriamiento sucesivo, la masa incandescente aprisionada en el interior, dió orígen á esa série de gigantescas reacciones contra la envoltura externa, de que resultaron la elevacion de las montañas, la formacion del lecho de los mares, la fractura y dislocacion de las capas sedimentarias, todas las irregularidades, en fin, de la superficie terrestre. En muchos lugares la materia fundida en el interior del globo, rompió por la corteza, dando orígen á esas rocas cristalinas cuyo tipo primordial es el granito. En otras partes, la erupcion no adquirió el mismo grado de violencia para llegar hasta la superficie, y se formaron á cierta profundidad las capas graníticas que yacen en posicion más ó ménos regular. Alguna vez la masa incandescente lanzada por los vapores contra las capas sedimentarias de la corteza, producia el efecto de dislocarlas y hacerlas cambiar de posicion. Las erupciones volcánicas actuales, lo mismo que las grandes convulsiones terrestres, no son mas que débiles restos de esa energía interior de nuestro globo.

Tal es la teoría que el P. Zeferino acoge para explicar la causa de los grandes terremotos. Los hay que se explican fácilmente por la accion volcánica y por desmoronamientos de la parte interior de la corteza terrestre: de esta última especie acaso sean los que actualmente afligen á Málaga y Granada, así como tambien los que por meses consecutivos se hicieron sentir en Nueva-Vizcaya depues de los espantosos del 80 que conmovieron á Luzon. El P. Zeferino juzga insuficiente toda otra causa que no sea la energía derivada del interior mismo de nuestro globo, para dar razon plausible de terremotos, como el de Lisboa, que abrazó una extension de tres millones de kilómetros cuadrados, como el de Siria en 1856 que conmovió á todos los paises ribereños del Mediterraneo hasta Córcega. «Sólo, dice, la prodigiosa actividad consiguiente al calor central, puede estar en relacion con los admirables y poderosos efectos, que la historia y la geología atribuyen á los terremotos.»

Reconociendo como causa principal de los terremotos el calor central, el P. Zeferino no rechaza el concurso de otros agentes que, bajo la accion de aquel, contribuyan al desarrollo del fenómeno sísmico y sean causa de algunos de sus efectos. Las fuerzas químicas y las electro-magnéticas no pueden menos de manifestarse con incalculable poder en los laboratorios de nuestro globo, dada la constitucion de este y las conexiones de aquellas con el calórico. Aun prescindiendo de la electricidad que se desarrolla en las entrañas de la tierra ¿quién sabe la importancia de las influencias solares relativamente á los fenómenos sísmicos? Esta es la duda que Lyell (1) expresaba por estas palabras: «Quizás las corrientes electro-magnéticas que desde el sol se derivan á la tierra en ciertas ocasiones, sean el medio de que nuestro planeta recobre el calor perdido por radiacion en el espacio.»

Por los años de 1857 en que el P. Zeferino daba á luz su curiosa obra, era puede decirse unánime la opinion de los geólogos relativamente á la causa del calor terrestre, volcanismo y terremotos, sosteniendo que en el núcleo fundido del globo radicaba el primitivo orígen de esos fenómenos. De entónces acá, sobre el campo mismo de la Geología, hánse indicado otras tendencias. Á pesar de que el crecimiento de la temperatura terrestre con la profundidad es un hecho incontestado, del que parece deducirse legitimamente el estado de fluidez ígnea del núcleo central, la física astronómica ha tropezado con dificultades muy sérias para la admision de esa fluidez interna del globo, y de ahí el que se intentara formular nuevas teorías que, reconociendo solidez ac-

(1) Citado por el Sr. Centeno en su excelente Memoria sobre los Temblores de tierra en Luzon 1880.

tual al núcleo de la tierra, dieran sin embargo razon plausible de los fenómenos del vulcanismo terrestre. Entre esas teorías es muy notable por su originalidad la de Mallet, que ha logrado gran resonancia, sobre todo en Inglaterra.

Á Mallet le repugna creer en la fluidez interna del globo, y busca el orígen del calor terrestre en un simple hecho mecánico. Cualquiera que sea, dice, el núcleo terrestre, este se contrae enfriándose, de manera que su envoltura exterior es forzada á deprimirse y en consecuencia á romperse, por la disminucion de diámetro. Este esfuerzo mecánico llega á constituir un manantial de calor; y considerado el enorme frotamiento que debe tener lugar entre las partículas constitutivas de las rocas, es presumible que la temperatura se eleve hasta el grado de fusion. En semejante hipótesis las lavas de los volcanes no serían mas que partes de la corteza terrestre licuadas por compresion é inyectadas en las fisuras de la corteza por la misma causa que produjo su ruptura. Así pues, el crecimiento de la temperatura con la profundidad, lo mismo que la accion volcánica, en vez de venir directamente de la energía calorífica inicial del globo, vendría sólo indirectamente, ó sea pasando por el intermedio de la contraccion de la corteza, consecuencia á su vez de la del núcleo.

Otros como Volger, colocan el orígen del calor interno en la presion de las capas superiores sobre las inferiores, en el frotamiento producido por las aguas de filtracion al esparcirse en las profundidades de la tierra, y en las trasformaciones químicas de que son causa esas mismas aguas por el oxígeno y ácido carbónico que contienen.

Pero á decir verdad, ni la teoría mecánica de Mallet, ni la combinada de Volger, explican suficientemente el orígen del calor interno y los grandes fenómenos con él relacionados. En la concepcion de Mallet, aún dejadas á parte otras dificultades, sería de todo punto inexplicable la localizacion de los terremotos y volcanes, pues el efecto térmico de la contraccion terrestre, exten-

diéndose á toda la masa de la tierra, no se comprende porque sólo en puntos determinados ha de manifestarse el fenómeno consiguiente del temblor ó volcanismo. Y despues de todo, proclamando Mallet el grande hecho del enfriamiento sucesivo, parece extraño que se niegue á admitir que en el interior del globo existan restos de la energía calorífica primitiva.

Por lo que hace á las causas físicas y químicas á que Volger recurre, matemáticamente ha demostrado Pfaff su insuficiencia. Partiendo de lo que la experiencia enseña sobre la comprensibilidad de las rocas, la temperatura á 800 metros de profundidad no excedería por ésta sola causa á la de la superficie en mas de $\frac{1}{113}$ de grado. Y todavía monta ménos la cantidad de calor que las filtraciones de agua pueden desarrollar. Y en cuanto á las oxidaciones producidas por la absorcion del agua de la superficie, admitiendo que dejen el oxígeno que contienen en los primeros mil metros, combinándose en las condiciones mas ventajosas, la elevacion de temperatura por esta sola causa no llegaría á un grado.

Despues de discutir nuestro ilustre Autor, en su conjunto y detalles, las variadas fases del problema que discute, y apreciar la respectiva importancia de los grandes agentes naturales en la produccion y desarrollo de los fenómenos sísmicos, siéntese de repente trasportado á las alturas de la filosofía cristiana, y fija su mirada en la Diestra omnipotente que rige y gobierna el mundo, que á su placer desencadena y vuelve á encadenar las fuerzas naturales, subordinadas siempre al fin moral señalado al hombre en su peregrinacion por la tierra, increpa á la ciencia impía que con satánico orgullo aspira á desterrar á Dios del mundo poniendo en su lugar al hombre divinizado. «¡Cuán diferente,

dice, es el lenguaje y los sentimientos del filósofo católico! Bien persuadido de que todo se halla sujeto á la providencia de un Dios, en cuya presencia el universo todo es como una gota del rocío de la mañana; sabiendo que toda criatura obedece á sus inescrutables decretos, y que nada es capaz de resistir al poder de su brazo cuando quiere ostentar su fortaleza, no puede ménos de reconocer en esas grandes catástrofes con que el Eterno visita en su ira los pueblos y las naciones, un castigo del orgullo y de la iniquidad del hombre. Si en tiempo de Noé la raza humana quedó sepultada bajo las aguas del diluvio, fué porque Dios midió la iniquidad de la tierra, y vió que «toda carne había corrompido sus caminos.» Si «el Señor llovió azufre y fuego del cielo sobre Sodoma y Gomorra, y arrasó estas ciudades y todo el país confinante, los moradores y todas las verdes campiñas de su territorio,» fué porque se hallaban manchadas con los crímenes de una generacion perversa, y porque el clamor de Sodoma y de Gomorra había subido hasta su presencia. No de otra manera cuando un pueblo insensato abandona á su Dios; cuando sus abominaciones colman la medida de su paciencia y benignidad; cuando en su impiedad y orgullo no produce sino frutos de iniquidad; su misericordia da paso á su justicia, se enciende como fuego su furor, hace temblar la tierra y estremece hasta los fundamentos de los montes, sepulta bajo el polvo de sus ruinas pueblos y ciudades, y, segun la enérgica espresion de la Escritura, toma con sus manos los polos de la tierra, la sacude y estremece, para arrojar de ella á los impíos: *Tenuisti concutiens exterma terræ, et excussisti impios ex ea.*»

«Si nos fuera dado asistir á esas grandes convulsiones de la naturaleza, penetrar en esas ruinas espantosas, y leer en esas tumbas abiertas por la mano del Omnipotente á tantos pueblos barridos de la superficie de la tierra por el soplo de su ira, entónces tal vez comprenderíamos los resortes misteriosos que enlazan al órden físico con el órden moral, y la relacion que existe

en el trastorno de sus leyes respectivas. Cuando la naturaleza arranca de su seno mugidos sordos y profundos parecidos al extertor de la agonía; cuando cruge y bambolea sobre sus cimientos, como una máquina al romperse; y cuando, en fin, estalla, y revienta, y se abre bajo el anchuroso asiento de una ciudad populosa, es que el hombre la oprime con el peso de sus crímenes, y que es necesario aliviar al mundo de este peso. Existe, sin duda, una armonía misteriosa entre la naturaleza física y el hombre como rey de esa misma naturaleza y como centro del mundo moral: sus leyes están igualmente armonizadas, y la infraccion de las unas viene acompañada casi siempre del terrible predominio de las otras. Dios, que es sobre el hombre y sobre el mundo, es tambien quien pone en movimiento estas leyes combinadas, cuando ha sonado la hora señalada por sus decretos eternos.»

Fr. Bernardino Nozaleda.

EL P. ZEFERINO:

ALIANZA DE LA CIENCIA Y LA FÉ

Leves gustus in Philosophia movere fortasse ad atheismum, sed pleniores haustus ad religionem reducere.—BACON.

Philosophia quærit, Theologia invenit, Religio possidet veritatem.—PICO DE LA MIRÁNDOLA.

PERSUADIDO estoy, señores, de no ser desconocido de ninguno de vosotros el nombre del personaje ilustre á quien dedicamos estos homenajes como demostracion inequívoca y expresion sincera del aprecio que nos merece, y de la profunda veneracion y respeto que le profesamos. Hace tiempo que su nombre adquirió celebridad en el mundo de la ciencia, para que pueda ser ignorado por ninguno de vosotros, que, amantes del saber, seguís constantemente con vuestras miradas los progresos y adelantos de las ciencias, y teneis conciencia de las evoluciones sucesivas del pensamiento. Por otro lado, son tan vivos y tan intensos los destellos y fulgores que derramó su poderosa inteligencia sobre los problemas capitales del conocimiento humano, que no habrán dejado de herir la pupila de vuestros ojos, sintiendo al mismo tiempo legítimo orgullo en pertenecer á una academia, cuyo hijo esclarecido es tal vez en nuestros dias uno de

los astros que mas brillan en el hermoso firmamento de la ciencia filosófica. Porque no debeis echar en olvido, señores, que el P. Zeferino (llamémosle así, que este es el nombre que le dan los sábios) desde que reveló al mundo científico las profundas concepciones de su espíritu en sus *Estudios sobre la Filosofía de Santo Tomás*, reconcentró en su persona las miradas de los hombres de ciencia, y fué saludado, reconocido y aclamado como gigante y coloso de la ciencia filosófica en nuestros dias. Si se engañaron ó no en sus apreciaciones y juicios, vosotros podeis dar testimonio de ello: yo sólo os puedo decir que desde aquella época, si mi vista no me es infiel, no he visto marchitarse ni uno solo de los muchos laureles que ciñen su frente; mejor dicho, creo que hoy ostentan mayor verdor y lozanía que el primer dia que orlaron sus sienes.

Las múltiples y variadas producciones que de entónces acá brotaran de su pluma, al mismo tiempo que nos revelan la fecundidad asombrosa de su ingenio, nos manifiestan de una manera clara y evidente que el profundo autor de los *Estudios de la Filosofía de Santo Tomás* no se ha adormecido por un momento siquiera sobre los laureles conquistados.

Publicaciones científicas de nuestra pátria dieron á conocer al mundo de los sabios su magnífica refutacion de la *teoría krausista del Sr. Eguilaz sobre la inmortalidad del alma*, sus concepciones profundas sobre la *Filosofía de la historia*, sus acertadas observaciones acerca de una *Biblioteca de teólogos españoles*, su defensa concienzuda de la *Infalibilidad Pontificia*, su vigorosa impugnacion del *Positivismo contemporáneo*, su *Filosofía elemental* destinada á levantar de la postracion en que se halla la enseñanza en nuestra pátria, y á detener las corrientes avasalladoras de racionalismo-positivo-panteístico que en mal hora invadieran y se desbordaran sobre nuestras universidades y demas centros literarios; y en fin esa admirable *Historia de la Filosofía*, verdadero monumento de erudicion y de ciencia, capaz por sí sola de trans-

mitir cubierto de gloria á las generaciones venideras y de hacer inmortal é imperecedero el nombre de su autor.

Los que hayan leido esa obra monumental, habrán podido observar desde la primera hasta la última de sus páginas, que el historiador del pensamiento y de la razon raya á tanta altura como el filósofo, y que marcha con tanto desahogo por entre el complicadísimo laberinto de hipótesis, teorías, sistemas y escuelas que forman el organismo de la historia de la filosofía, como, cuando llevado en alas de la razon pura, se eleva á las regiones de la alta filosofía, para resolver las cuestiones intrincadísimas que entraña la *primera filosofía*. Desde las primeras páginas de la historia de la filosofía, echase de ver que el genio eminentemente metafísico de su autor corre parejas con el criticismo de su razon, y que con la misma facilidad resuelve los problemas trascendentales de la ciencia filosófica, que narra, explica y sintetiza todas las evoluciones sucesivas del pensamiento. En ese libro de imperecedera memoria hállanse descritas con exactitud é imparcialidad maravillosas todas las grandezas y todas las pequeñeces, todos los esfuerzos y todas las debilidades, todos los arranques y todos los desmayos de la razon del hombre, juntamente con todas las revelaciones que experimentara el genio al recorrer los vastos dominios de la verdad.

Nosotros nos permitimos recomendar ese libro tanto á aquellos que, olvidando la historia del pensamiento, proclamaron la autonomía absoluta de la razon, convirtiéndola en primera regla, norma y causa suprema de la verdad, como á aquellos que, exagerando las debilidades y flaquezas de la inteligencia, y desconociendo su poder y fuerza, la despojan de sus legítimos derechos, acabando por anonadarla. Á todos estos nos permitimos decirles que abran, estudien y reflexionen la última de las obras del P. Zeferino, porque en ella aparece la razon del hombre tal como es, es decir: grande y pequeña, robusta y débil, tímida y atrevida, gigante en fin y pigmea.

Dotada de maravillosa fuerza y energía como irradiacion sublime y destello purísimo de la claridad de Dios en nosotros, la verán recorrer atrevida los vastos dominios de la verdad, esplorar los terrenos todos del saber, sorprender á la ciencia sus arcanos y misterios, arrancar á la naturaleza sus secretos, producir con fecundidad prodigiosa concepciones grandiosas, ideas llenas de claridad, teorías brillantes, hipótesis deslumbradoras, con las que pueda explicar y dar razon de los ocultos senderos que en su marcha sigue la verdad. Cierto es tambien que esa luz que el soplo de Dios encendió en nuestras almas se halla sujeta á intermitencias más ó ménos prolongadas, sufre desvios pronunciadísimos, y hasta experimenta retrocesos en su camino, no siendo raro ver palidecer su brillo por las sombras y brumas que el error levanta á su paso; pero es señores, porque la razon del hombre no es mas que una participacion y nada mas que participacion de la luz increada en nosotros.

De ahí proceden las vacilaciones y dudas, las perplejidades y congojas, las aberraciones y extravíos á que se halla sujeta con harta frecuencia la razon del hombre en sus excursiones por el campo de la verdad.

Ni estará por demas que echen una ojeada por ese libro, que en sus páginas encierra las evoluciones del pensamiento, todos los que en nuestros dias nos hablan de pendencias y contiendas, de conflictos y luchas entre la ciencia y la fé, entre la razon suprema y soberana de Dios y la razon gigante ó pigmea del hombre, con objeto de que por sí mismos puedan adquirir el convencimiento no sólo de que siempre fueron ilusorias, quiméricas y fantásticas esas contiendas; sino para persuadirse que la historia de la razon no guarda en sus páginas un solo descubrimiento, un solo adelanto, ni un sola tesis científica y racional, y por lo tanto admisible y cierta en filosofía, que deba tomarse por falsa y por lo mismo sea reprobable en teología.

Sin recordar los abismos insondables que separan la filosofía

pagana de la filosofía cristiana; sin hacer mencion de las vacilaciones, dudas y aberraciones profundas que sufriera la razon en presencia de los problemas trascendentales de la ciencia antes que fueran envueltos y penetrados por los raudales de luz desprendidos de los labios del Verbo de Dios encarnado; sin fijarnos tampoco en el vigor, fuerza y lozanía que ostenta la razon del hombre, despues que la invadieran y fecundizaran las corrientes puras y cristalinas de la verdad cristiana; omitiendo en fin los tesoros y riquezas inapreciables que legaran á la ciencia los hombres del cristianismo que llevan por nombre San Agustin, San Anselmo, Santo Tomás, Alberto Magno, Roger, Bacon, Bosuet y Fenelon con cien otros mas; es lo cierto que la filosofía y la teología, la ciencia y la fé, la verdad natural y la sobrenatural, se hermanan perfectamente, y ni hay ni es posible que haya oposicion ninguna entre la fé y la ciencia ó entre la verdad natural y la verdad revelada. Tomando pues en consideracion que el P. Zeferino en la primera página de la *Historia de la Filosofía* hace suyas las palabras del célebre Pico de Mirándola: *Philosophia quærit, Teologia invenit, Religio possidet veritatem;* venimos en honor del antiguo catedrático de Teología de esta academia á defender la ciencia de Dios de los ataques é inculpaciones que hoy se la dirigen desde el campo de la filosofía.

Aún cuando no podremos desenvolver el tema que nos hemos propuesto con la extension que él reclama teniendo que ajustarnos á los estrechos límites de una velada, sin embargo confiamos hacer ver la union estrechísima que hay entre Dios y la ciencia, lo mismo que la alianza y amistad en que viven el saber y la revelacion.

Grandeza y concision de ideas, profundidad y solidez de juicio, fuerza y energía de raciocinios, conocimiento concienzudo de sistemas y escuelas filosóficas, tino y sagacidad admirables en señalar los orígenes y descubrir las tendencias que envuelven las opiniones y doctrinas que militan en el campo de la filosofía, refutacion vigorosa de las apreciaciones inexactas y erróneas de los hombres de ciencia, expedicion y desahogo en fin para resolver los problemas árduos y difíciles que se agitan en los vastos dominios del saber juntamente con exactitud, precision y hasta grandiosidad en el lenguaje; he ahí señores los caractéres que sobresalen en las diversas producciones científicas que brotaron de la pluma fecunda de ese genio eminentemente filosófico, llamado y reconocido en el mundo de los sabios con el nombre de P. Zeferino. Por encima de todos esos caractéres descuella siempre uno que informa, da calor y vida á todas las producciones científicas del filósofo español, y que es como la señal, el carácter, la diferencia específica que podríamos llamar, de los escritos del P. Zeferino: hablo de su amor y entusiasmo por la filosofía de Santo Tomás. «Exponer el espíritu, dice, (1) y las tendencias generales de la filosofía del Santo Doctor; dar á conocer la verdad y la elevacion de sus ideas en la solucion de todos los grandes problemas de la ciencia; comparar esta solucion con la solucion dada por la filosofía racionalista y anticristiana, y sobre todo y con particularidad, fijar y comprobar el verdadero sentido de sus doctrinas; tal es el pensamiento dominante y el objeto que nos hemos propuesto al escribir estos *Estudios sobre la Filosofía de Santo Tomás.*»

Y es «porque toda la filosofía del Santo Doctor puede mirarse como la demostracion práctica de esta gran verdad que jamás debiera olvidar el espíritu humano, á saber; que el elemento religioso eleva y perfecciona la ciencia, y que esta no puede desenvolverse ni progresar con seguridad, sino á la sombra de la fé

(1) *Estudios sobre la Filosofía de Santo Tomás* Int. pág. 14.

como expresion de la razon divina; pero que á su vez la razon humana, débil é imperfecta como es con relacion á la razon divina, tiene sin embargo, sus derechos y su dominio especial, puede constituir la ciencia de una manera más ó ménos completa, y sobre todo, puede llegar por sí sola al conocimiento y posesion de no pocas verdades naturales: en una palabra; la filosofía de Santo Tomás es la alianza de la filosofía y de la religion: en ella la razon marcha al lado de la fé; pero sin ser sacrificada ni destruida por ella.» (1)

«Es una filosofía que viene á ser la expresion mas elevada y sublime de la razon humana, que desde las alturas inconmensurables de la fé, desciende con paso seguro y vuelo rápido hasta las profundidades inconmensurables de la ciencia: es una filosofía en que se revela al espíritu humano un conjunto tan vasto como científico; en que la verdad, la belleza y la armonía, brillan por todas partes.» (2)

«Es la armonía de la ciencia y de la revelacion; es la armonía de la idea filosófica y de la idea teológica; es la armonía de la razon humana y de la razon divina.»

«En la base de esa filosofía está la palabra de la revelacion, que comunica verdad á la ciencia, firmeza y solidez al edificio. En el centro y en la cima de este edificio, está la idea de Dios, primera y última palabra de la ciencia. En ese centro, descúbrese un genio poderoso, que tocando con una mano aquella base, y con la otra ésta cima, esparce vivos resplandores sobre todas las ciencias filósoficas, poniéndolas en contacto con la idea de Dios.»

Sospecho, señores, que las palabras que se acaban de citar no han de ser muy del agrado de todos aquellos que malgastan lastimosamente las fuerzas de su inteligencia en descubrir antinomias entre la fé y la ciencia y darnos cuenta de las luchas

(1) Pág. 17.
(2) Pág. 541.

y contiendas entre la filosofía y la teología: y sin embargo, el lenguaje del ilustre y sabio dominico es el lenguaje de la ciencia y de todo hombre imparcial que haya sondeado los arcanos misteriosos del saber. Pues es lo cierto que la ciencia no entraña problema ninguno fundamental en cuya base, centro ó cúspide no se halle coronada por la idea de Dios.

La ciencia llega á convertirse en una quimera é ilusion, viniendo á parar en el caos y en la confusion, desde el momento mismo que deshecha la idea cristiana de Dios: es más, hácese imposible la ciencia ó queda reducida á un monton de ruinas y escombros, si se empeña en combatir y rechazar la idea cristiana de Dios.

A falta de otras pruebas, bastaría echar una mirada sobre la filosofía novísima y traer á la memoria, aunque son harto recientes para que se os hayan podido olvidar, los nombres de Fichte, Schelling y Hegel, jefes del panteismo germánico, los de Cousin, Joufroy corifeos del ecleticismo francés, los de Littre y Hervert, Spencer, Büchner, del positivismo contemporáneo y materialismo, ó en fin el de Cárlos Darwin y Hæckel, padres y protectores del trasformismo de nuestros dias, que en el fondo no es mas que un materialismo disfrazado, ó por mejor decir, la idea hegeliana revistiendo las formas de la materia y desenvolviéndose á través de los séres corpóreos; y digásenos con imparcialidad sino son ruinas y escombros, sombras y tinieblas las que amontonaron y esparcieron por los campos de la ciencia todos cuantos intentaron levantar el edificio científico sobre otra idea que no fuera la idea grandiosa y vivificadora de Dios.

La ciencia nace y procede de Dios; y marcha, y progresa, y se completa, y se perfecciona, siempre que se mueve y gravita hácia Él, que es su centro, mientras que se estaciona y se degrada, retrocede ó se desploma, hundiéndose en el abismo, cuando se empeña en alejarse y separse de Dios, que es el Señor y dueño de las ciencias.

Dios, manantial purísimo de luz y de verdad, es el que da vida, animacion y calor á la ciencia; y si esta ha de crecer y desarrollarse y producir algun fruto le es indispensable absorber y alimentarse constantemente de las aguas puras y cristalinas de verdad que brotan de la inteligencia soberana de Dios.

Ni es extraño que esto suceda; pues la ciencia separándose de Dios rompe la comunicacion que tenia con el manantial purísimo de verdad, y por lo mismo no puede absorber ni alimentarse de las aguas puras y cristalinas de verdad que reconocen por orígen la inteligencia soberana de Dios. Y á nuestro modo de entender no merece siquiera llevar el nombre de ciencia aquella que ha perdido su vigor y lozanía por no circular ya por sus venas la sávia de la verdad. Pues, segun nuestros pobres conocimientos, conformes ademas con el sentir comun de los sabios, el objeto de toda ciencia es el investigar y conocer la verdad; por eso se define la ciencia diciendo: que es una reunion ó série de verdades deducidas por medio del raciocinio de otra ú otras superiores, llamadas comunmente primeros principios y aplicadas al objeto propio y peculiar que se propone investigar y conocer la ciencia. La ciencia, nos dice nuestro ilustre filósofo, no es otra cosa (1) «que una aplicacion de determinados principios evidentes *per se* en relacion á un objeto dado.» O una aplicacion de los principios *evidentes per se* (2) «á conclusiones ó tesis relativas á este objeto (al de la ciencia) contenidas implícitamente en aquellas primeras verdades.» Y antes nos había dicho, que la ciencia, en cuanto ciencia, no es otra cosa que: (3) *Deductio rationalis et legítima veritatum quarumdam ex primis principiis: ó, Evolutio logica et rationalis primorum principiorum, in quibus continentur et exprimuntur veritates quædam necessariæ, immediate et per se notæ, circa objectum illius scientiæ.*

(1) *Filosof. element.* Lib. 4.º § I. let. e.
(2) Id.
(3) *Philos. element* vol. 2.º pág. 4.

De lo cual se deduce evidentemente: 1.º que toda ciencia se propone investigar y adquirir el conocimiento racional de un sér ú objeto; y 2.º que el conocimiento del objeto al que tiende la ciencia, le adquiere mediante la luz que los primeros principios, que sirven de punto de partida á la razon del hombre en sus investigaciones, derraman sobre el objeto de la ciencia. Por eso Santo Tomás con admirable profundidad filosófica nos dice: que la certeza de la ciencia nace toda de la certeza de los primeros principios; pues entónces son conocidas con certeza científica las conclusiones ó tesis que constituyen el organismo de la ciencia, cuando se resuelven en los primeros principios. *Certitudo scientiæ tota oritur ex certitudine principiorum: tunc enim conclusiones per certudinem sciuntur, quando resolvuntur in principia.* (1) El conocimiento científico se engendra y produce en nuestro entendimiento en cuanto que la conclusion por la accion del entendimiento se resuelve en los primeros principios evidentes por si mismos.

In scientia vero conclusionum, causatur determinatio (intellectus) ex hoc, quod conclusio secundum actum rationis, in principia per se visa resolvitur. (2)

Preciso es pues reconocer que la ciencia vive y se alimenta de la verdad; y que una ciencia á la que diese orígen el error, ademas de envolver una contradiccion en los términos, porque equivaldría á convertir la ignorancia en conocimiento y la nada en realidad, sería al mismo tiempo el aniquilamiento de la razon del hombre. Ahora bien: hablar de verdad es lo mismo que presuponer y admitir una inteligencia, no sólo porque la nocion de verdad entraña por necesidad la comparacion con el entendimiento, sino porque segun dice Santo Tomás. *Veritas per prius est intellectu, in rebus, per posterius.*

---

(1) *Qq. Disp. de Verit.* cap. 10 art. 1.º ad 13.
(2) *Sentent.*, lib. 3.º, Dist. 23, art. 2.º

Escuchemos al Santo Doctor: «Una cosa no se dice verdadera sino en cuanto es adecuada ó conforme al entendimiento; de lo cual se sigue, que la razon de verdad se encuentra *per posterius* en las cosas, y *per prius* en el entendimiento.

Sin embargo, se debe tener presente, que las cosas no se comparan del mismo modo al entendimiento práctico y al especulativo; porque el entendimiento práctico causa ó produce las cosas, por cuya razon es como la norma y medida de las naturalezas que produce; mas el entendimiento especulativo, que recibe sus ideas de las cosas mismas, es movido en cierta manera por ellas, y así estas cosas conocidas por él, son como su norma y medida; de donde se infiere que las cosas naturales de las cuales nuestro entendimiento recibe la ciencia, son la medida de nuestro entendimiento, como facultad que conoce actualmente, segun que percibe la verdad en ellas; pero son medidas á su vez por el entendimiento divino en donde se hallan todas las cosas criadas, á la manera que las cosas artificiales se hallan en el entendimiento del artífice. Así pues, al entendimiento divino le conviene servir de medida, causa y norma de las cosas reales, pero él no es medido por nadie: la esencia real mide y es medida; pero nuestro entendimiento es medido por las naturalezas reales, y es medida y regla de las cosas artificiales.

Luego la esencia ó naturaleza real colocada entre dos entendimientos, se dice verdadera en razon á la adecuacion ó conformidad que tiene con cada uno de los dos: segun la adecuacion al entendimiento divino, se llama verdadera, en cuanto es conforme á su idea preexistente en el entendimiento divino..... Segun la adecuacion al entendimiento humano, se dice verdadera, en cuanto tiene capacidad y aptitud para producir en nuestro entendimiento juicios verdaderos relativamente á ella; así como al contrario llamamos cosas falsas, las que pueden dar ocasion á juicios falsos, y no aparecen cuales son en sí mismas realmente. La primera razon de verdad conviene mas propiamente á la cosa, que

la segunda; porque primero es la comparacion al entendimiento divino que al humano; por lo cual áun cuando no existiera el entendimiento humano, las cosas reales se dirian sin embargo verdaderas en órden al entendimiento divino. Empero si concibiésemos que no existe tampoco el entendimiento divino, lo cual es imposible, no permaneceria ya la razon y esencia propia de la verdad.»

Estas últimas palabras del Angélico Doctor nos traen á la memoria aquellas otras: «mucha ciencia conduce á Dios y poca ciencia nos aleja de él:» La ciencia pues reconoce y reclama á Dios como fundamento y causa de todo sér y de toda verdad objetiva.

Pero ademas, á los ojos de la ciencia ofrécese la inteligencia soberana de Dios como océano de claridad, del cual brotan y se desprenden esos raudales de luz apellidados por Santo Tomás *prima intelligibilia, conceptiones animi communes, impresiones de las razones eternas* y semejanzas de la verdad increada, para venir á caer en hazes de luz sobre la inteligencia del hombre, á fin de que bañada por sus fulgores pueda sondear los arcanos misteriosos del saber.

Esas verdades, reconocidas en la ciencia con el nombre de primeros principios ó axiomas, son la herencia y patrimonio de todos los hombres, constituyen el fondo, por decirlo así, de la razon humana, y vienen á ser las leyes constantes de nuestro espíritu. Es tan clara y tan evidente su verdad, son tan vivos y tan intensos los resplandores que derraman sobre la inteligencia del hombre, que éste no sólo asiente y se somete á ellas espontáneamente, sino que ademas no puede pensar, como dice Santo Tomás, el que puedan ser falsas. *Ea enim quæ rationi naturaliter sunt insita verissima esse constat, in tantum ut nec ea esse falsa sit possibile cogitare.* (1) ¿Cuál es, pues, el fundamento y la razon suficiente de esas verdades, y de dónde procede la necesi-

(1) *Cont. Gent.* Lib. 1.º cap. 7.º

dad absoluta que envuelven y entrañan? Quién les comunica esa luz y brillo que en ellas resplandece? Porque ello es indudable, que independientemente de nuestro espíritu, que consideremos ó dejemos de considerar, y aun suponiendo que no existiera entendimiento alguno creado, siempre sería verdad «que el todo es mayor que la parte,» «que es imposible que una cosa sea y no sea al mismo tiempo,» y «que los puntos de la circunferencia distan igualmente del centro» etc.; toda vez que el hombre, lo mismo que cualquier otra criatura intelectual, aunque tienen poder para conocer la verdad, no le han recibido para crearla por medio del pensamiento. Dónde pues, volvemos á preguntar, se halla el fundamento y la razon de ser de esas verdades? Para nosotros que no tomamos ni podemos tomar la razon del hombre como norma primitiva, regla suprema y orígen primario de la verdad, siquiera sea por las densas sombras y tinieblas que con frecuencia la rodean, lo mismo que por los grandes desmayos y caidas que viene sufriendo al recorrer los campos de la verdad; nosotros que concedemos á la razon del hombre de que pueda conocer, pero que su misma constitucion y naturaleza nos impide concederle el poder maravilloso de hacer la verdad; nosotros, en fin, que no podemos confundir nunca á la razon creada, que es pura potencia *in ordine intelligibili*, con la razon increada, actualidad purísima, constituimos en la inteligencia soberana de Dios, piélago insondable de luz y verdad, el fundamento, el orígen primario y la razon de ser de todas esas verdades evidentes, denominadas axiomas de la ciencia. «Todas estas verdades, dice Bossuet, (1) y todas las que de aquí deduzco, subsisten con independencia de todo tiempo. En cualquier tiempo que se suponga un entendimiento humano, conocerá estas verdades; pero al conocerlas las hallará ya verdades, no las hará tales; porque nuestros conocimientos no hacen sus objetos,

(1) Citado por el P. Zeferino. *Estud. sobre la filos. de Sto. Tomás,* lib. 2.º cap. 23 pág 371.

los suponen. Así estas verdades subsisten antes de todos los siglos y antes que existiera ningun entendimiento humano; y aunque se destruyera todo lo que se hace por las reglas de proporcion, es decir, cuanto veo en la naturaleza, escepto yo, estas reglas se conservarian en mi pensamiento, y vería claramente que permanecerian siempre buenas y verdaderas, áun cuando yo dejase de existir con todo lo demas. «Si busco ahora, continúa el mismo Bossuet, (1) en dónde y en qué sujeto subsisten estas verdades eternas é inmutables como son, me veo obligado á reconocer un sér en donde la verdad subsiste eternamente y en donde es siempre entendida; y este debe ser la verdad misma, y debe ser toda la verdad, y de él es de quien la verdad se deriva á todo lo que existe y conoce fuera de sí.» «En el entendimiento de Dios, nos dice Leibnitz, (2) y con independencia de su voluntad, subsiste la realidad de las verdades eternas; pues toda realidad ha de fundarse en alguna cosa que realmente existe.» No es otro el pensamiento del Angel de las Escuelas cuando nos dice: (3) «La verdad de los primeros principios segun la cual juzgamos de todas las cosas procede primaria y originariamente de la verdad del entendimiento divino, y porque por ella (la verdad de nuestro entendimiento) no podemos juzgar sino en cuanto es semejanza de la Verdad primera, por eso se afirma que juzgamos de todas las cosas segun la primera verdad» «La verdad segun la cual nuestra alma juzga de todas las cosas, es la Verdad primera.» «Siendo Dios (4) primer entendimiento y el primer objeto inteligible, es necesario que la verdad de cualquier otro entendimiento sea medida, regulada por la verdad del entendimiento divino..... por consiguiente la verdad divina es la primera, la suprema y perfectísima verdad.» La primera verdad es el fundamento, y en ella se hallan contenidas como en su causa

(1) Ibid. pág. 372.
(2) Ibid. pág. 366.
(3) Qq. DD. Cuest. 1.ª art. 4.º ad 5.m
(4) *Cont. Gent.* lib. 1.º cap. 62.

universal todas las demas verdades. *Fundantur* (1) (*veritates intellectæ*) *autem in ipsa Prima Veritate, sicut in causa universali contentiva omnis veritatis.* Luego Dios, diremos con nuestro filósofo, (2) Verdad Primera, es la primera razon de ser de todos nuestros juicios verdaderos, ó en otros términos, todas las verdades poseidas por nuestro entendimiento derivan originariamente de Dios; y esto bajo un doble punto de vista, á saber, por parte del órden subjetivo, y por parte del órden objetivo. En el órden subjetivo: porque la percepcion de la verdad no sólo es un efecto y manifestacion de nuestro entendimiento, sino que gran número de esas verdades son deducciones de lo que se llama primeros principios de la ciencia.... estos primeros principios son como derivaciones de las ideas divinas: y nuestra inteligencia es tambien por su parte una impresion, una participacion de la inteligencia divina. Y hé aquí cómo toda verdad intelectual existente en nosotros, se refiere directamente como á su principio y razon primera de ser á Dios, Verdad Primera. En el órden objetivo: porque ya hemos visto, que nuestros juicios y por consiguiente nuestro entendimiento, en tanto son verdaderos, en cuanto se conforman con los objetos conocidos.... De Dios, principio, centro y término final de toda verdad, salen dos rayos de luz, que despues de haber sido divergentes pasando el uno por nuestra alma intelectual, destello de la luz increada, *participatio luminis increati*, y el otro por los objetos y existencias finitas, se hacen despues convergentes, para reunirse y concentrarse en el foco de nuestra razon, haciendo brotar de las misteriosas profundidades de nuestra inteligencia la verdad, cuyo conocimiento y posesion constituyen el patrimonio sublime del hombre sobre la tierra.» Es preciso pues reconocer á Dios y constituir en su inteligencia soberana la razon de ser de la necesidad é inmuta-

(1) *Cont. Gent.* lib. 2.º cap. 84.
(2) *Estudios sobre la filos. de Santo Tomás* lib. 2.º cap. 23.

bilidad absolutas que entrañan las verdades y axiomas de la ciencia, y al mismo tiempo ver en él al océano de claridad y de luz del cual originariamente brotan y manan el brillo y los resplandores que bañan esas verdades que alumbran la inteligencia de todo hombre y esclarecen las regiones y horizontes de la ciencia. Luego Dios es la base, el centro y la cúspide de la ciencia; y por consiguiente, la ciencia por su constitucion, por su misma naturaleza, parte de Dios, camina hácia Dios y termina en Dios; y por lo mismo vive en union estrechísima, en amistad perenne, en alianza perpetua con Dios.

Y esta alianza de Dios con la ciencia, esa union estrechísima entre la Verdad increada y la verdad creada que debe reconocer y aceptar toda razon imparcial, siquiera sea de mediano saber, nos obliga tambien á reconocer que no hay ni puede haber oposicion ni pugna alguna entre la verdad natural y la revelada. Pues es indudable que, si la verdad natural fuera antitética á la revelada, el fundamento y la razon de ser de esa antítesis habriamos de buscarla y constituirla en la inteligencia de Dios; de suerte, que en tanto seria opuesta y contraria la verdad natural á la sobrenatural, en cuanto y por razon de tener la una con la otra esa misma contrariedad y oposicion en la inteligencia soberana de Dios. Luego la antítesis suprema, viviente y personificada de la Inteligencia divina seria la razon *à priori* de la oposicion entre la verdad natural y la que la divina sabiduría se dignó revelar á los hombres.

Esto supuesto, ¿á qué quedaría reducido Dios una vez que constituyésemos en su inteligencia esas tesis y antítesis supremas? Pues.... se nos trasformaría en una afirmacion y negacion supremas, en realidad pura y en nada absoluta, en verdad-error vivientes y personificados, en ser y no ser, en una palabra: en una contradiccion palpitante y palpitante. Antes pues de devorar todos esos absurdos y aberraciones, y fundar la ciencia sobre la negacion y la nada para convertirla despues en un caos y monton de escom-

bros y ruinas, abandonándola en brazos del escepticismo para hacerla perecer y morir en manos del ateismo, preferimos basar y levantar el edificio científico sobre «Dios, alfa y omega del sér y de la verdad» proclamándole por esto mismo «alfa y omega de la ciencia.» Sin Dios no hay ni puede haber ciencia, por la sencilla razon que no hay ni puede haber ser ni verdad. De Dios parte, á Dios se dirige y en Dios termina la ciencia. Dios en la base, Dios en el centro y Dios en la cúspide del saber humano.

Desterrando á Dios de la ciencia, ¿quién se atreverá á demostrarnos que el mundo exterior con todos los séres que le componen pasan de ser ilusiones ó formas subjetivas del entendimiento? Y sin una inteligencia suprema, luz soberana y manantial fecundo de verdad, ¿quién nos podrá asegurar que la ley que preside al desarrollo de nuestra inteligencia no sea la fórmula antitética defendida por Hegel?

Volviendo, pues, por los derechos de la razon que no puede confundir nunca el error con la verdad, ni el sér con la nada, ni la afirmacion con la negacion, ni la ignorancia con la sabiduría, proclamamos á Dios principio, orígen, fundamento y causa suprema del sér y de la verdad, y por lo tanto de la ciencia; rechazando luchas, contiendas y antítesis entre verdades, pues lo único que se opone á la verdad es el error, como el sér á la nada, la luz á las tinieblas.

Díchose está con esto, el juicio que tenemos formado sobre los conflictos que algunos ó muchos espíritus de nuestros dias han pretendido encontrar entre las verdades naturales y las reveladas, ó lo que es lo mismo entre la ciencia y la fé. Lo que llevamos dicho hasta aquí, no sólo demuestra que no existen ni han existido nunca, sino que ni siquiera hay posibilidad de que existan semejantes conflictos; á no ser que se diga que Dios, autor de la verdad natural y de la revelada, se niega y contradice á sí mismo, lo cual nunca podrá admitir ni conceder ningun hombre, siquiera sea de conocimientos vulgares y mediana ciencia.

Pero como nos consta que muchos se asustan al hablarles de fé, así como otros reciben con la sonrisa en los labios lo de verdades reveladas, por ser partidarios de la máxima tan vulgar y extendida en estos dias, de que la razon moderna no debe admitir ni aceptar lo que no comprenda, á causa de haber alcanzado los tiempos de la virilidad, necesitamos detenernos por unos momentos siquiera en hacer el análisis de esa máxima, tan comun y vulgar en nuestros dias, y ver si la fé y la revelacion desdicen de los hombres de ciencia.

Dejando á un lado por ahora el referir las diversas y varias acepciones en que puede tomarse la palabra revelacion; y haciendo caso omiso tambien de la nocion manifiestamente errónea que de la revelacion suele presentar la escuela racionalista, para la cual la revelacion no viene á ser otra cosa que el desenvolvimiento natural y espontáneo de la facultad intelectual, principiaremos por manifestar lo que para nosotros significa la revelacion. Por revelacion generalmente hablando, no se entiende otra cosa que una enseñanza divina comunicada por Dios al hombre por un medio distinto de los que éste posee por la naturaleza para llegar al conocimiento y posesion de la verdad. Desde luego échase de ver que esa enseñanza divina puede recaer sobre verdades que se hallan al alcance de nuestra razon, como son: la existencia de Dios, la del alma humana, su naturaleza, su inmortalidad, etc.; ó puede ser una enseñanza que verse sobre verdades inaccesibles é incomprensibles para la razon del hombre por ser objeto propio de otra inteligencia superior, y no pertenecer al conjunto de verdades que constituyen el objeto propio y connatural de la inteligencia humana; tales son por ejemplo, la

elevacion del hombre á un fin sobrenatural, los medios para conseguirle, los arcanos de la Trinidad y Encarnacion, y en general, todas las verdades reveladas reconocidas comunmente con la denominacion de misterios.

Los escolásticos, tan precisos en ideas como exactos en el lenguaje, distinguiendo las verdades de la primera clase de las de la segunda, solían llamar á las primeras, reveladas *secundum quid* ó *quoad modum,* mientras que apellidaban reveladas *simpliciter* ó *quoad modum et objectum* á las segundas. Resulta, pues, que la revelacion siempre tiene por objeto la verdad, y que la revelacion propiamente dicha versa sobre verdades incomprensibles para la razon del hombre; pero comprensibles y comprendidas por una inteligencia superior á la del hombre. Esto supuesto, ¿la revelacion se opone á la ciencia? Desdice del hombre sabio el que asienta á verdades incomprensibles para su razon? Se degrada la inteligencia del hombre asintiendo á verdades inaccesibles é incomprensibles? Preguntas y cuestiones son estas, que traen agitados y divididos los ánimos de los hombres que hoy figuran al frente del movimiento científico. De un lado se responde que la fé, lejos de desdecir de los hombres de ciencia ni degradar la razon, la eleva, ennoblece y ensalza; no sólo porque la verdadera grandeza de la inteligencia del hombre consiste en someterse á la inteligencia soberana de Dios, sino porque la revelacion pone delante su vista nuevos derroteros y amplios horizontes donde luce, brilla y resplandece con todos sus fulgores el sol de la verdad. Entre tanto los del bando opuesto siguen afirmando y sosteniendo que el sobrenaturalismo no es compatible con la ciencia, porque ésta conoce la verdad viéndola y penetrándola, mientras la fé ofrece cubiertos con cien velos los arcanos de la revelacion, vendando los ojos de inteligencia para hacerlos impenetrables á sus miradas. De ahí que el hombre de ciencia conoce, afirma y demuestra; mientras el hombre de fé asiente, afirma y cree á lo que otros dicen. La fé pues no habla con los hombres de ciencia.

Forzoso es pues el que nos detengamos, por unos momentos siquiera, á hacer el análisis de esas afirmaciones, examinándolas y pesándolas á la luz de la razon, para ver por cuál de ellas debe inclinarse la ciencia.

Llevamos dicho y lo volvemos á repetir, que la revelacion versa siempre sobre verdades, unas veces acesibles, otras incomprensibles á la razon del hombre, por ser estas últimas objeto propio de una inteligencia superior.

Llevamos dicho tambien que toda ciencia se propone llegar al conocimiento y posesion de la verdad, y que una ciencia que tuviera por objeto y fin el conocimiento científico, ó positivo que podríamos llamar,—toda vez que el error se conoce *per negationem*, ó sea comparándole con la verdad á que se opone—con el fin de abrazarse y posesionarse de él, envuelve contradiccion en los términos y sería una aberracion monstruosa. Pues bien: si la ciencia estudia la verdad, y la revelacion versa necesariamente sobre la verdad, puesto que su autor es Dios, Verdad esencial y primera de todas cuantas verdades existen, ¿es posible que la revelacion sea contraria á la ciencia?

Lo confesamos ingenuamente, la poca lógica que nos han enseñado, ó nosotros aprendimos en las aulas y autores que defienden la alianza entre la revelacion y la ciencia, no nos enseña á discurrir de esa manera, y hasta nos prohibe admitir esa consecuencia por no deducirse evidentemente de las premisas sentadas. Si se nos dijera que la revelacion se distingue de la ciencia, y que la ciencia que desenvuelve y desarrolla los principios y verdades reveladas que la sirven de base, es distinta específicamente de la que se constituye por el desenvolvimiento de los primeros principios naturales ó *verdades per se notæ*, no vacilariamos en asentir ni aceptar esa consecuencia; en una palabra: si se nos dice que las verdades reveladas son distintas de las verdades naturales, la teología de la filosofía, y la fé de la razon; admitimos y aceptamos de buen grado esa distincion; pero ¿porque sean distintas y diversas, y diste la

una de la otra tanto como el cielo de la tierra, lo eterno de lo temporal, por eso hemos de decir que son contrarios?

La luz se distingue probablemente del calor, la materia ciertamente de la fuerza, el fruto del árbol, el sér orgánico del inorgánico, ¿habrémos de afirmar por eso, que todos esos séres sean opuestos y contrarios? Luego, porque la revelacion entrañe verdades distintas y diversas de las que envuelve y encierra la ciencia, tampoco estaremos autorizados para afirmar que las unas sean contrarias á las otras. Es preciso repetir con Santo Tomás, que la verdad, de cualquier órden que sea, sólo reconoce por contrario al error, como aparece manifiestamente, dice el Santo Doctor, con solo fijarse en su definicion. «*Solum falsum vero contrarium est, ut ex eorum definitionibus inspectis manifeste apparet.*» (1) De lo cual se colige evidentemente, que no sólo no hay oposicion ninguna entre la verdad revelada y la científica, sino que ademas es imposible de toda imposibilidad, el que la revelacion sea contraria á la ciencia. Todavía sin embargo no hemos dicho todo cuanto nos hemos propuesto decir sobre la revelacion: nos resta aún decir, aunque no sea mas que dos palabras, sobre las enseñanzas que envuelve la revelacion propiamente dicha.

Y nos vamos á ocupar de esas verdades, porque entendemos que son las que mas asustan á los que impugnan la revelacion, y las que sirven de pretexto á los antirevelacionistas para atacar sin tregua la verdad sobrenatural. La razon del hombre, nos dicen, no puede ni debe aceptar las verdades sobrenaturales, porque se suicidaría á sí misma aceptando lo que no comprende; y es antiracional y por lo mismo anticientífico imponerle la obligacion de asentir á una afirmacion inaccesible é impenetrable para ella. El conocimiento científico se funda en la evidencia, y la verdad sobrenatural se presenta á nuestro espíritu envuelta en cien velos. La razon del hombre ve y afirma, y no afirma ni debe afirmar,

(1) *Cont. Gent.* cap. 7.º

sino porque ve y lo que ve. Todo otro asentimiento es antinatural para la razon. Los hombres que afirman y sostienen lo que no ven ni se puede ver, no merecen figurar entre los hombres de ciencia.

Desde luego asentimos á que esas verdades son incomprensibles para la inteligencia creada, por ser objeto propio de la inteligencia infinita é increada, y que mientras la inteligencia del hombre no deje de ser finita y limitada, lo cual evidentemente envuelve una verdadera contradiccion, no es posible que vea clara y evidentemente la conexion y enlace que tienen entre sí esas verdades. Es decir: que á nuestro entendimiento le falta fuerza y energía, para ver y penetrar la constitucion y naturaleza íntima de la verdad sobrenatural.

Pero, porque nuestra inteligencia no esté dotada de bastante fuerza para ver evidentemente la conexion y enlace de esas verdades, ¿se infiere que no tengan ningun vínculo ni enlace entre sí? Porque un hombre, que carece del órgano de la vista, sea incapaz de ver la luz del sol, ¿se sigue que no exista la luz ni el sol? Porque uno que no ha saludado las ciencias matemáticas, ó aunque las haya estudiado, es de tan tarda y ruda inteligencia, que sea incapaz de comprender y demostrar que «los ángulos de un triángulo equivalen á dos rectos», ¿habremos de afirmar que esa proposicion no envuelve una verdad palmaria? Y qué diriamos de aquel ó aquellos que se atreviesen á sostener que esas verdades eran contrarias á la razon, porque su inteligencia era incapaz de abarcarlas y comprenderlas?

Dejarémos á los hombres imparciales y de sano criterio, el formular el fallo y pronunciar la sentencia que á su juicio merecieren, nosotros tan solo nos permitiremos recordar las siguientes palabras de Santo Tomás: *Sicut maximæ amentiæ esset idiota,* dice el Santo, (1) *qui ea quæ à philosopho proponuntur falsa*

(1) *Cont. Gent.* Ibid.

esse assereret, propter hoc quod ea capere non potest; ita et multo amplius nimiæ stultitiæ esset homo, si ea quæ divinitus.... revelantur falsa esse suspicaretur ex hoc quod ratione investigari non possunt.

Y nótese, que no es ni puede ser nuestro ánimo ofender ni causar molestia alguna á los que impugnan la revelacion, al recordarles las palabras del Angélico que dejamos transcritas: las hemos citado tan solo, para que se vea el juicio que le merecían los que impugnan la palabra de Dios, fundándose para ello en que son incomprensibles á nuestra razon.

Pues no conviene nunca perder de vista, que, siendo esas verdades incomprensibles á la razon, los que se valen de esa *incomprensibilidad* para afirmar y sostener que son opuestas á las verdades naturales, asientan sin querer y sin presumirlo tal vez, una tesis antiracional y anticientífica. La razon es bien clara y sencilla. Para que esa afirmacion fuera racional, y por lo mismo admisible por la ciencia, sería necesario que el entendimiento percibiera con toda evidencia y claridad la repugnancia, exclusion y antítesis entre la verdad sobrenatural y la natural; antítesis que nunca podrá percibir, no sólo porque no hay tal antítesis, sino porque no posee ni puede poseer el entendimiento del hombre un conocimiento comprensivo de la verdad sobrenatural. El siguiente juicio antitético de que «los radios de un círculo son desiguales» acabará de aclarar lo que vamos diciendo. El entendimiento humano en el concepto comprensivo que posee de la naturaleza del círculo, no sólo no descubre la idea de desigualdad de los radios por no hallarse contenida en él, sino que ademas ve de una manera clara y evidente, que la idea completa y acabada que posee del círculo, excluye, destruye y rechaza la idea de la desigualdad de los radios cuando se trata de aplicarla ó unirla á la idea del círculo. Es decir, que esas dos ideas luchan, pugnan y se excluyen recíprocamente; y esa lucha y pugna es percibida de una manera clara y evidente por el entendimiento; y por esta razon afirma,

sostiene y defiende que ese juicio antitético es evidentemente falso. ¿Nos encontramos en el mismo caso, cuando comparamos la verdad revelada con la verdad natural? Es evidente que no: pues, aunque el hombre pueda poseer ó posea, si se quiere, conocimiento comprensivo de la verdad natural, no le posee, ni puede poseerle de la sobrenatural, por ser sus enseñanzas inaccesibles á la razon, como sostienen con nosotros los mismos que impugnan la revelacion. Luego nuestro entendimiento se halla incapacitado para descubrir en la verdad sobrenatural la oposicion y pugna que esta pueda tener (en la hypótesis absurda que la tuviera) con la verdad natural, y por consiguiente, la afirmacion de que la verdad sobrenatural es contraria ú opuesta á la natural, es una afirmacion antiracional y anticientífica, pues, como acabamos de ver, no puede sufrir el análisis de la razon. Por lo cual diremos con Santo Tomás: (1) *Quæcumque argumenta contra fidei documenta ponantur, hæc ex principiis primis naturæ inditis per se notis non recte procedere. Unde nec demostrationis vim habent, sed vel sunt rationes probabiles vel sophisticæ; et sic ad ea solvenda locus relinquitur.*

Nadie mejor que el Santo Doctor puede contestar tambien á la observacion, ó dicho harto vulgar para un hombre que haya saludado la ciencia, que la fe no habla, y hasta desdice de los hombres sabios. Oigámosle: *Si homo,* nos dice, (2) *nollet credere, nisi ea, quæ cognosceret, certe non posset vivere in hoc mundo. Quomodo enim aliquis*—por ejemplo, el enfermo al médico, el ignorante al sabio, el discípulo al maestro etc.—*vivere posset, nisi crederet alicui? Quomodo etiam crederet quod talis esset pater suus? Ideo necesse est, quod homo credat alicui de iis, quæ perfecte non potest scire per se.* Y si el asentir y someternos á lo que nos dicen ó nos enseñan los hombres, es una necesidad para nosotros y llega á convertirse en ley moral de

(1) *Cont. Gent.* Lib. cap. 7.º
(2) Opúsc. 6. cap. 1.º

nuestra vida, ¿habremos de negar esa sumision y asentimiento á Dios y á lo que se ha dignado enseñarnos?

Concluiremos pues repitiendo las palabras del célebre Bacon: *Nemo Deum non esse credit, nisi cui Deum non esse expedit:* y las otras con las cuales hemos encabezado este pequeño é insignificante trabajo: *Leves gustus in Philosophia movere fortasse ad atheismum, sed pleniores haustus ad religionem reducere.*

Fr. José M.ª Garcia.

DIÁLOGO SOBRE EL MATERIALISMO

ENTRE ADOLFO Y EDUARDO ALUMNOS DE MEDICINA,
Y JACINTO, ALUMNO DE DERECHO

(La escena es en Madrid y en la época actual.)

ADOLFO.. Sorprendente, admirable como nunca ha estado esta tarde D. Anselmo. Sus teorías que desde un principio cautivaron mi atencion y me obligaron á reflexionar sobre cosas que reputaba como indiscutibles, han logrado hoy arrastrarme por completo; y os confieso ingenuamente que desde este momento.... (lo diré bajito para que no se ofendan las pias orejas del algun fariseo) soy.... materialista.

EDUARDO. Quiere decir que hoy has conseguido ser contado en el número de los sabios.... hoy has aprendido la gran verdad de que los hombres no tenemos más alma que la que puede tener el insecto que chupa nuestra sangre, el rosal que crece en nuestros jardines, y hasta el pedazo de granito que duerme en el seno de la tierra.

JACINTO.. ¿Qué? ¿hablais del alma? ¡Vaya una cuestion para hijos de Hipócrates!.... Eso.... los de manteo, los de

capucha, y aún los de toga.... por supuesto cuando se trata de explotar la del prójimo ó prójima, que cuando se trata de ellos mismos.... cada cual procura prolongar la vida de este cuerpo de pecado.... lo mas cómodamente que puede.

ADOLFO.. (gravedad) Jacinto, ese no es modo de tratar cuestiones sérias....

JACINTO.. (interrumpiéndole) y tan sérias! Nadie ha visto reir á ninguna alma....

ADOLFO.. De ese modo se desacredita la ciencia. Con una cuchufleta, con una gracia, con un gesto, creeis resolver los grandes problemas de la humanidad: pero en realidad con eso lo que se hace es dar motivo á nuestros adversarios para que nos tengan por espíritus frívolos y poco razonadores.... En el terreno de la razon....

JACINTO.. ¿Cuaternario ó terciario?

ADOLFO.. (sin hacerle caso) Es donde busco yo siempre á mis adversarios, y en este terreno es donde hoy ha rayado D. Anselmo á una altura.... vamos! que se necesita no tener de aquí.... (señalando á la frente) ni de aquí.... (al corazon) para no caer vencido bajo el poder incontrastable de su palabra avasalladora....

EDUARDO. Sí: D. Anselmo es hombre de talento, y digo de talento, precisamente porque afirmo que tiene alma; porque le creo inmensamente superior á todos los séres que pueblan el reino animal; porque sostengo con la antorcha de la fé en una mano y la de la razon en la otra....

JACINTO.. (guasa) Son dos antorchas y dos manos; total: cuatro.

EDUARDO. Sostengo que el hombre, siquiera sea de la innoble raza de los hotentotes, es poco menos que los ángeles, y le están reservados unos destinos, cuya grandeza es casi la grandeza de Dios, cuya gloria comparten los serafines....

JACINTO.. Tocando los célicos violines....

EDUARDO. (sin hacerle caso) En una palabra: en este cuerpo corruptible, en este pedazo de materia organizada alienta y vive un espíritu inmortal; y si el organismo admirable de esa materia llega un dia á disolverse bajo la accion incesante y destructora de las causas físicas, ese espíritu, libre ya de los lazos que le ligan á este cuerpo, se remonta, y se encamina á unas regiones donde sólo las almas pueden vivir.

JACINTO.. Huy!! y qué bonitas y re.. mo.. no.. nas.. deben ser esas regiones.

ADOLFO.. Dejémonos de idealidades:.... razon fria, observacion, hechos, es lo que yo reclamo en la solucion de este problema, que no vacilaré en clasificar de trascendental importancia. Dime por tu vida, Eduardo, dónde has visto el alma? dónde están esas regiones que tan brillantes te presenta tu imaginacion exaltada? dónde los hechos que nos revelen que descompuesto el organismo quede algo humano que sobreviva?... Eso es lo que yo te pido ahora.

JACINTO.. Sí; hablad un poco: hoy no tengo ni mota para ir al teatro.... mis amigas de la calle de Toledo han salido de campo.... no tengo donde ir... pasemos pues aquí el rato.. como Dios ó el diablo nos dé á entender, oyendo disertar sobre cuestiones que despues de todo algo de ameno tienen.... Puedes ya Eduardo, contestar á la pregunta de Adolfo: ¿quién jamás ha visto el alma? la has vísto tú, Adolfo?

ADOLFO.. Puedo aseguraros que hace mucho tiempo que los médicos, fisiólogos y químicos de todos los paises andan siguiéndole la pista y por perfectos que hayan sido sus escalpelos, hasta ahora no han logrado echarle mano. De aquí debemos inferir con los hombres de sana razon, médicos, anatómicos y químicos que semejante alma de

que nos hablais, Eduardo, ó no existe, ó ha de ser otra cosa muy distinta por cierto de lo que nos pintan tus partidarios.

EDUARDO. Si no supiera, Adolfo, que eres un hombre formal y serio, hubiera largado ahora una carcajada mefistofélica.

JACINTO. Já, já, yo la largo por tí.

EDUARDO. ¿Porqué?

JACINTO. Porque tan informal eres tu como Adolfo.

EDUARDO. ¡Pues?

JACINTO. Porque os veo empeñados en una cuestion.... (guasa) de importancia trascendentalísima.... y vale la pena ocuparse por ella.

EDUARDO. ¿No vale la pena el ocuparse de una cuestion que bien mirado es la más principal de toda la filosofía y de toda la moral? A tí no te interesa el esclarecimiento de un problema de trascendencia suma para la humanidad?

JACINTO. Ni pizca! Supongamos que tienes tu razon, ¿qué gano yo? y si vence Adolfo nada pierdo.

EDUARDO. Eso ya lo verémos si te interesa ó nó; espero que no siempre pensarás así. (con cierta gravedad.)

JACINTO. Gracias, muchas gracias, por la mirada de compasion que parece has querido dirigir sobre este desgraciado pecador!... Toms el sublime ministerio del misionero.... pero te falta el báculo y la cruz, la luenga barba y las coplillas devotas, la biblia santa y el conveniente cortejo de reliquias y piadosas rezadoras.... Yo soy de los empedernidos.... de los desesperados.... ¡Muchos hisopazos necesita recibir el diablejo que domina mi alma! Y soy de los desesperados y empedernidos no por frivolidad de espíritu, ni pobreza de alma, ni corazon corrompido.... (puedo observar que late en sonoras, limpias y acompasadas palpitaciones). Soy de los que llaman

escépticos; y lo soy porque no puedo ménos de serlo en la especulativa, aunque en la práctica obre como obra la multitud, rindiendo tributo á la costumbre: hablo dentro de mi facultad, (ya sabeis que aspiro á vestir la honrosa toga) como hablan los demas; pero las palabras «derecho, justicia, ideales de la humanidad,» y otras concepciones por el estilo, las tengo por inasequibles á la humana razon, como fórmulas que se han aceptado para ocultar con frases bonitas ideas vacías de sentido. Y tengo esta conviccion porque veo que los filósofos y sabios mas notables de todos los paises y de todos los tiempos no han llegado á un acuerdo definitivo sobre esas materias. Defienden el sí y el nó, todos con igual calor, con poderosas razones, con argumentos ineluctables. Si se les oye, todos poseen la verdad, y no obstante sus afirmaciones son antitéticas y contradictorias. Así que me parece que la mejor conclusion práctica que se puede sacar es: prescindir de toda esa balumba de cuestiones, no cuidarse sino de pasar la vida lo más holgadamente posible, vivir segun reclaman las exigencias sociales, y dejar que ruede el mundo á su placer, y los cielos canten, ó bailen, la gloria del Señor, y las almas sean ó no sean un pedazo de materia, sino prefieren quedarse dulcemente reposando en los palacios de la nada. Esa es mi norma de conducta: lo demas, lo que fuere ello será.

EDUARDO. Conducta que si tienes la bondad de continuar prestando oidos á esta discusion, verás cuán digna es de correccion y censura.

JACINTO. . Que! ¿me vas á excomulgar...? no tanto.... reverendo y amabilísimo padre!.... Yo le doy á V. palabra de escuchar su sermon con oreja atenta... pero eso de la conversion....

EDUARDO. Basta!... Decías, Adolfo, que era un fenómeno raro ó inexplicable que en las investigaciones médicas, anatómicas y químicas nunca se hubiese dado con el alma humana. Sólo á tí y á los hombres de tu escuela pudo ocurrirseles la idea de buscar el alma como se busca un tumor, una víscera ó el arsénico que causó la muerte al suicida. Cómo quieres que encuentren el alma del hombre, si la buscan despues de muerto? Por lo demas, el modo de investigacion de todos ellos no puede inducirles á otra cosa que á lo que afirman. Los unos se limitan á manejar un bisturí con más ó ménos limpieza y habilidad; los otros á separar y revolver vísceras, músculos y membranas; y los últimos á hervir y cocer en cápsulas y retortas, y cuando más á pesar en una balanza, para rendir finalmente su entendimiento á un cálculo de suma ó resta. Ya ves, Adolfo, que unos medios tan groseros no pueden testificar una naturaleza tan sutil, elevada, y espiritual como la del alma.

ADOLFO.. Es que hay otras razones más poderosas para sostener lo que yo opino sobre el alma, y precisamente la que he indicado no ha sido más que de paso y.... para ver qué cara ponias. Vamos! confiesa, Eduardo, que en la conferencia de esta tarde D. Anselmo ha herido de muerte al espiritualismo, dándole tan fiero golpe, que dificulto vuelva á levantar cabeza en lo futuro.

EDUARDO. En efecto, D. Anselmo habla bien, pero discurre mal; es buen orador, pero mal filósofo. Y para que lo veas claramente y no creas que exagero, si te acuerdas de alguna de sus razones....

ADOLFO.. Me acuerdo hasta tal punto, que puedo referirte una por una y con toda exactitud todas las que ha explanado D. Anselmo en su brillante conferencia de esta tarde.

EDUARDO. Pues tómate la molestia de exponer alguna de ellas,

y al hacerlo te advierto que no disminuyas un punto de su fuerza, ni trates de ocultar su valor, pues cuanto más fuerte sea la dificultad, más brillante ha de ser la luz que la verdad derramará sobre tu frente.

JACINTO.. ¡Viva el apostolado sublimísimo y encumbradísimo de la verdad...! ¡Oh! ¡tiemblen en sus guaridas las alimañas del infierno...! ¡tornan al mundo los tiempos de Agustin, de Tomás de Aquino, de....

EDUARDO. (Interrumpiéndole). Es discusion de confianza.... no te nemos pretensiones....

ADOLFO.. En primer lugar D. Anselmo hizo algunas observaciones sobre las leyes que rigen al universo, haciendo resaltar la verdad de que materia y fuerza teniendo en sí mismas el principio y la norma de su actividad moviéndose en perenne cambio de moléculas dan orígen, á todos los séres.... sacando por conclusion que sólo existe la gran realidad que se llama materia-fuerza. (*)

JACINTO.. Pues ó mucho me equivoco, ó la doctrina que has indicado es en el fondo la mismísima que hace más de dos mil años enseñaron Demócrito y Epicuro, y revistió de las galas de la poesía Lucrecio.

Decían estos señores si me permitís hablar....

EDUARDO y ADOLFO. No faltaba mas: habla sí, habla.

JACINTO.. Decían pues estos señores, que el principio de todas las cosas era una multitud innumerable de átomos (échales un galgo!) que dotados *ab æterno* de movimiento, agitándose sin ley alguna dieron orígen al mundo; teo-

(*) Como es obvio, se alude en el texto al argumento cosmológico con que impugnan los materialistas la existencia de los espíritus y hasta de Dios. Todo en el mundo es materia: esta materia infinita é indestructible en virtud de la fuerza, que viene á identificarse con la materia y es á la vez infinita é inmortal, se encuentra en todos los séres en perpetuo movimiento, y de ese movimiento resultan todas las actividades orgánicas é inorgánicas que se observan en el universo.

ría que tan crudamente fustigaron Platon, Aristóteles y sus escuelas.

ADOLFO.. No trato de averiguar la filiacion ni los años de esa doctrina, que despues de todo no es la razon principal en que mi sabio y amadísimo Profesor apoyaba sus conclusiones acerca de la naturaleza del alma....

EDUARDO. Pues espón esas razones.... Estoy impaciente por oirlas.

JACINTO.. (guasa) Sí; veamos qué dice la ciencia. ¿Quién entiende el cerebro ó el alma? ¿Quién manda la voluntad ó la mano?... Porque estas son cuestiones que han de llenar mis bolsillos vacíos? ¿Quién lo duda?

Os lo he dicho, y lo repito. No os canseis: esas cuestiones son como el laberinto de Creta.—¿Sabreis vosotros más que esa pléyade ilustre de filósofos que llevan disputando desde que la humanidad estaba en pañales.... como quien dice en incubacion.... y todavía no se han entendido?

ADOLFO.. Sin el auxilio de los órganos que á cada facultad corresponden en el cuerpo humano, no podemos ejercer funcion alguna. Sin nervios no podemos sentir, sin ojos no se puede ver, sin estómago digerir, así como sin médula espinal ejercer los movimientos de locomocion. Esto que es rudimental, Eduardo, se verifica igualmente respecto de la inteligencia. Se ha observado, y está comprobado por todos los fisiólogos, y tu que has leido mucho lo recordarás, que así como de las glándulas salivares procede la saliva, el pensamiento y la libre eleccion proceden del cerebro. Y esta dependencia necesaria y productora la demuestran, exclamaba esta tarde D. Anselmo con frase grandilocuente, tres principios irrefutables: «1.° la experiencia enseña que el pensamiento está en razon directa del número y de la irregularidad

de las circunvoluciones cerebrales. El hombre, el orangotan y el chimpancé tienen circunvoluciones en el lóbulo medio; en las otras clases de cuadrumanos y demas especies de animales ese lóbulo se presenta completamente liso. La inteligencia se nos manifiesta tanto más elevada, cuanto más sinuosidades presentan esas circunvoluciones, más profundidad en los surcos, más ramificaciones y mayor irregularidad. El cerebro de Beethoven presentaba anfractuosidades doblemente profundas y numerosas que las del cerebro ordinario. Por eso las estrias, muy visibles en el cerebro del adulto, no se ven en el del niño, y se presentan poco pronunciadas en la juventud. La inteligencia pues se desarrolla como se desarrolla la fuerza muscular, segun crece el individuo: á medida que el cerebro se desenvuelve, se desenvuelve la inteligencia. 2.° principio....

JACINTO. . (interrumpiéndole) Me parece que bastaba con el primero.... porque eso de lóbulos, y circunvoluciones, y mezcolanzas del hombre con el orangutan y el chimpancé es.... diliciosísimo. ¿Por qué no te contentas con decir con vuestro padre Galeno que el alma es la atemperacion de los humores vitales, y todos te entenderíamos? Porque eso de humores.... ya se ve.... á todos se nos alcanza.

EDUARDO. Ten paciencia, hombre, y déjanos terminar.

ADOLFO. . O si te molesta la conversacion, franca tienes la puerta.

JACINTO. . No se ofenda su merced! goza mucho mi ánima, y mi espíritu se ensancha al penetrar en mis oidos las sublimes armonías de la ciencia.

EDUARDO. Calla hombre!

JACINTO. . Pues qué? tambien nosotros, los juristas.... tenemos sublimidades que....

ADOLFO. . (sin hacerle caso) 2.° principio: el peso relativo del cerebro regula el desarrollo intelectual: 3.° su conformacion

exterior, su diámetro, su volúmen, su composicion nos acaban de demostrar que el cerebro es el único órgano productor de la inteligencia. El peso del cerebro humano es de 3 á $3^1/_2$ libras: el de los grandes génios, como Cuvier, se eleva hasta 4 y el de los idiotas decrece hasta sólo una. La anatomía comparada nos demuestra tambien que la energía intelectual está en relacion constante y ascendente con la constitucion y tamaño del cerebro. Los animales que carecen de cerebelo ocupan el grado ínfimo en el reino animal; son los mas estúpidos: menor cerebro relativamente arguye inferioridad en la escala zoológica; y el hombre que tiene el mayor cerebro ocupa el lugar supremo de esa escala. Respecto á su composicion material notamos que la cantidad de grasas y de fósforo aumenta á medida que se desarrolla la inteligencia: es nula en el feto, insignificante en el niño, y sólo se desarrolla y crece en la edad madura, y á proporcion crece y se desarrolla la inteligencia. El lóbulo frontal nos ofrece en su tamaño preciosos datos: la circunferencia horizontal del cráneo es de 546 milímetros para entendimientos ordinarios, de 544 para los imbéciles en general, y de 541 para los reconocidamente idiotas. Ejemplo notable del desarrollo del lóbulo frontal nos lo presentan las cabezas de Shakespeare, Goethe y Hegel. El cerebro cubre tanto mas el cerebelo, cuanto mas perfecto es el animal. En el hombre lo cubre completamente; en los monos un borde estrecho sobresale por detrás y por debajo de los hemisferios cerebrales; en los demas animales rebasa y se prolonga fuera de ellos cada vez con mayor esceso. Es más: descomponiendo anatómicamente el cerebro, se ve á la inteligencia disminuir gradualmente, como á un raudal cuyos manantiales se cortan poco á poco. Si se quitan por capas los dos hemisferios del cerebro, la activi-

dad intelectual disminuye en razon de la masa perdida; y cuando se llega á los ventrículos, el animal pierde todo conocimiento. En vista de todos estos experimentos, exclamaba D. Anselmo, «¿puede pedirse una prueba mas patente y decisiva de la sujecion del alma al cerebro que la que nos ofrece el escalpelo del anatómico arrebatando el alma pedazo á pedazo?»

No me extiendo mas, Eduardo, (Jacinto hace un gesto de impaciencia y hastío), pero podia invocar en mi auxilio la craneoscópia, la frenología y la zoología comparada para demostrarte, que si evidente es que el organismo se compone de moléculas materiales, tambien lo es, que la inteligencia no es sino una de tantas fuerzas que surgen del gran laboratorio de la naturaleza.

JACINTO.. Ya os lo he dicho, (y ya conoceis mi modo de ser, mi idiosincrasia que diríais los médicos,) que considero la cuestion del alma como insoluble. Al ver que unos la hacen parte de la sustancia divina, otros porcion del alma mónstruo del mundo, otros una ilusion bella, estos fuego, aquellos agua.... (no falta sino que alguno diga que es vitriolo), tengo ese problema como el *bú* de los sabios, el *coco* infantil que mete miedo á los pensadores. Pero ya que los tristes hados me han traido á esta coyuntura,.... y me encuentro sin pensarlo en una discusion solemne,.... se me ocurre una idea: si la inteligencia es un producto de la sustancia cerebral, ¿los animales (que creo tienen cerebro) entenderán?

ADOLFO.. Sin duda que entienden.... y en algunas cosas con más fijeza y seguridad que el hombre....

JACINTO.. Y ¿los habrá artistas, géometras, oradores, filósofos, políticos y.... hasta médicos.... y en este caso es sensible que no vayais á aprender algo de esos grandes maestros enseñados por la madre naturaleza!...

EDUARDO. La cosa es grave, Adolfo. Se trata ni más ni ménos que de buscar nuevos hermanos á nuestra raza; se trata de ver brotar de la masa encefálica el pensamiento, como de la descarga eléctrica salta la chispa, como de la bujía inflamada sale la luz.

ADOLFO.. Me parece.... que vais dando demasiada latitud á mis palabras: no creo yo haber dicho tanto; pero insisto en que la inteligencia es producto de la masa cerebral.

EDUARDO. Sobre este particular me permito hacerte algunas ligeras reflexiones aclarando ciertos conceptos, porque sin duda la oscuridad de las palabras consiguiente á la poca precision de las ideas, es causa de que haya materialistas de buena fé y hasta de conviccion, como á tí te creo.

Si el pensamiento es producto de la masa encefálica, y la masa encefálica es material, como compuesta de determinadas cantidades de fósforo, nitrógeno, materias grasas etc. claro está que el pensamiento que de él se deriva, ó debe ser un compuesto material, ó una fuerza resultante de las energías moleculares, y como tal debe poder medirse, regularse, y ser analizada en su formacion, como se examina la formacion de los jugos gástricos, ó se calcula la potencia de las fuerzas musculares. Porque no tiene vuelta este raciocinio: lo que es material debe seguir las condiciones de la materia, debe poder percibirse por algun sentido, debe estar circunscrito por los términos de su desarrollo, debe tener, lugar donde empiece y donde acabe. La electricidad, el fluido magnético se perciben sensiblemente y están sujetos á medida material; pero el pensamiento ¿qué sentidos lo perciben? qué objetos circunscriben su actividad? Lo que es material lleva en su propia naturaleza la sujecion á un espacio determinado: la circunscricion. La electri-

cidad sólo existe en el lugar donde se desarrolla, se mueve como se puede moverse cualquier fuerza material, es decir, pasando de un lugar á otro, pero no abarcando todos los espacios y todos los tiempos; y ¿quién pone límites al pensamiento? qué lugar le determina? qué sér le circunscribe? Traspasa en su esfera el tiempo y el espacio, lo compuesto y lo simple; tiene por objeto lo grande y lo pequeño, lo finito y lo infinito, la perfeccion y la imperfeccion; examina el parentesco de todos los séres, á todos abarca, y sin ser nada de ellos, puede prescindir de todos sin perder un átomo de su fuerza, manifestando en su ejercicio un dominio completo sobre todo lo que le rodea, sin estar nunca esclavizado por su objeto, como las demas facultades. El ojo ve, pero sólo los objetos presentes; la imaginacion representa, pero sólo las imágenes de las cosas materiales; pero al entendimiento nada le limita en su acto; penetra la íntima naturaleza de las cosas, refleja sobre sus propias ideas, las combina de mil modos, corrige sus propios actos, en una palabra, los domina. ¿Qué fuerza material, orgánica ó inorgánica, has visto reflejar sobre sí misma, desandar y volver á andar el camino emprendido, marcarse á sí misma el rumbo, corregir su derrotero, y á su eleccion obrar ó no obrar? Pues eso hace la fuerza intelectual en sus dos grandes atributos, pensamiento y libre eleccion. La inteligencia pues y el libre albedrío, (la observacion lo dice) no puede estar circunscrito por el cerebro, no puede ser efecto de la masa encefálica, porque en este caso se verificaría el absurdo mayor que vieron los siglos, un movil sería mas poderoso que su fuerza motriz, un efecto saldría de las condiciones que le impone la causa productora.

JACINTO. . Estás elocuente: oyéndote, casi llego á formarme idea

de esa sustancia inextensa, invisible, inodora, incolora, que muchos filósofos tienen como inconcebible,.. pero... no quiero distraeros; no digais que soy la mosca de la fábula del calvo.

EDUARDO. Ya la concibo perfectamente, y creo que si tú reflexionas la concibirás tambien.

ADOLFO.. Pero, Eduardo, y los hechos que te he citado como comprobantes de esa dependencia productora, y las leyes de la anatomía comparada, las lecciones de la fisiología, y los estudios craneoscópicos?

EDUARDO. Sobre eso te iba á hablar en este momento. Recuerdo que mi profesor de fisiología, el notabilísimo médico D. Luis Arriola, que hace dos años bajó al sepulcro, llorado de los amantes de las ciencias en España, legando la medalla de profesor al actual D. Anselmo; recuerdo repito, que en un dia solemne por los recuerdos que evocó, nos decía á sus discípulos: Señores, en los ejercicios prévios al doctorado me atreví á sostener ante el ilustre claustro de la Universidad de Madrid la proposicion siguiente: «las relaciones entre la inteligencia y el cerebro son actualmente desconocidas por la ciencia; lo único que se puede afirmar es que existe alguna dependencia; pero que esta dependencia, de cualquier género que sea, sólo prueba que el alma es principio informante, vivificador, del organismo teniendo con él tan estrecha union, que hasta las funciones del órden puramente intelectual se enlazan intimamente con las demas funciones de la vida, en especial con los centros nerviosos que son los órganos de las funciones de relacion.» Y recuerdo tambien que hablando de los estudios frenológicos afirmaba: Gall, Spurzheim, Lavater, Broussais y otros autores se han fatigado buscando inutilmente el órgano de la inteligencia, pero sus inves-

tigaciones poco uniformes dan á entender que si es verdad que entre el cuerpo y el alma existen relaciones estrechas y misteriosas, estos no se pueden fijar concretamente, porque cuando se empieza á fijarlas, se cae en la contradiccion, en el absurdo, en el ridículo. El órgano que Gall señalaba como propio de la Religion se ha descubierto en el cráneo del carnero, y el órgano que se creía de la estupidez se ha hallado en la cabeza del sabio Laplace. Cabanís, Richerand, Flourens y otros escritores tiene por cosa averiguada que puede existir lesion en las circunvoluciones del cerebro sin que desaparezca la inteligencia, habiendo casos en que se ha notado aumento. Tampoco es exacto que la inteligencia esté en proporcion del peso del cerebro: los cráneos de Rafael, Voltaire y Napoleon no pasan de un término medio; ni que la demencia ó falta de juicio sea siempre causada por una lesion del cerebro: fisiólogos notables lo niegan; ni tampoco la confirmacion exterior: hay talentos notabilísimos con la cabeza tan aplastada como la de un idiota, y hay frentes erguidas y majestuosas con inteligencias sumamente limitadas. Tambien es inexacto que la mayor cantidad de fósforo sea indicio de mayor poder intelectual: precisamente en el cerebro de los dementes se ha observado mayor cantidad de masa fosforada.

Que á ciertas enfermedades del cerebro siga la locura, la estupidez, el atontamiento, ¿qué prueba? ¿qué haría un músico rompiéndose las teclas de su piano, y la locomotora descomponiéndose las máquinas trasmisoras de la fuerza?

Todo esto prueba que el entendimiento usa del cerebro, como de un instrumento si se quiere, pero nunca que esté supeditado á él como un esclavo á su señor,

sino al contrario. Fenómeno especial, es que sólo se haya encontrado la irregularidad y abundancia de surcos en las circunvoluciones del cerebro de los grandes pensadores, y nunca en las de una persona extraña á la ciencia, por mucho talento natural que tuviese; señal de que esas profundidades, esos surcos han sido producidos por la meditacion, como huellas del trabajo asiduo y pesado á que se ha visto sometido el cerebro.

Una prueba de esta verdad nos suministran los mismos Gall y Spurzhein, observando que el cultivo de la inteligencia se hace sensible por cambios palpables en el rostro y en la cabeza. Y si visitamos el museo arqueológico de París, y estudiamos la rica coleccion de cráneos, debida á un eclesiástico benemérito de la ciencia, veremos que los progresos de la civilizacion han logrado elevar la parte anterior del cráneo y deprimir la occipital. Allí se ve que la capacidad ha aumentado progresivamente desde el tiempo de Felipe Augusto. La cabeza del negro libre es mayor y mas esbelta que la del esclavo.

Hechos son estos que demuestran que la inteligencia lejos de ser regida, dirige la masa cerebral con todas las fuerzas del organismo.

ADOLFO y JACINTO.. (queriendo hablar á la vez) Especiosa es tu contestacion y.... Poco.... Dispensa, estoy sin duda un poco teniente. Sigue hablando.

ADOLFO.. No, no; habla tú, que bien callado has estado largo rato.

JACINTO.. Tienes razon, y yo como que asombro de mi silencio. Y veo que sin pensarlo imito á aquel santo, ermitaño, ó abad, que dicen estuvo un año entero sin decir esta boca es mia.... Quería decir Eduardo, que poco á poco me vais haciendo, asi como por engañifla tomar interés

en vuestra discusion, é iba á proponer á nuestro apreciabilísimo.... colega (á Eduardo) una pequeña pregunta que, con vuestro permiso, es la siguiente: Todos esos hechos que nos acabas de citar, te los refirió el celebérrimo D. Luis ¿no es cierto?

EDUARDO. Sí; pero tambien los he leido en autores de veracidad y competencia generalmente reconocidas.

JACINTO. Já, já! me había tragado la partida. Te han camelado.... y lo deploro.

Eduardo, tienes un corazon noble y generoso; el amor á la verdad, el noble orgullo de la ciencia domina en todo tu sér; alientas en una atmósfera de los más bellos, sublimes y enajenadores idealismos; y como consecuencia de elevarte mucho al cielo, te has olvidado que vives en la tierra, donde ni hay gloriosos paladines, ni Dulcineas encastilladas, ni desfacedores de entuertos, sino damas más ó ménos prosaicas, individuos que tienen su *modus vivendi*, cabreros, venteros, y Sanchos.... y más Sanchos, que explotan la candidez de los sublimados caballerosos Quijotes.

ADOLFO. Qué? Te atreves á sostener que los autores más reputados no se proponen sino engañar á sus lectores?

JACINTO. Casi.... casi. Lo primero que intentan es llenarse el bolsillo, porque la primera necesidad del hombre es la de este saquillo elástico, (al estómago) cuyos profundísimos senos sólo conoce el pobre que no tiene una peseta. Lo segundo, no diré que traten de engañar, pero sí que no dicen la verdad. Desengañaos; todo se prueba y se niega con la razon: cada autor al escribir se cree el más imparcial de los escritores, y si bien se mira, más escribe en él la pasion, las preocupaciones, el interés, el amor propio ganoso de victoria, que la percepcion clara de la verdad. Esto es lo positivo.

ADOLFO.. Estás logrando tu intento que es distraernos.... ¡A la discusion, Eduardo!

En contestacion á tu réplica, que he calificado de especiosa, debo decirte que si bien las relaciones entre el cerebro y la inteligencia no están perfectamente conocidas, es innegable la influencia activa que ejerce la masa encefálica en los actos intelectuales. Como la vision y las afecciones del paladar son funciones del organismo y de este penden totalmente; como el aparato ocular y el corazon y los centros nerviosos son órganos de la vida, que sin ellos no puede existir; las observaciones que te he citado anteriormente demuestran tambien que la inteligencia depende como de su órgano propio y total del cerebro, de tal modo que separada de él queda aniquilada. Esto nos dice la fisiología.

JACINTO.. ¡Lo dice la ciencia! doblemos el espinazo!!

EDUARDO. En vista de cierta confusion que me parece advertir en tus conceptos, creo que deberíamos empezar por definir las palabras. Puede suceder que una facultad así como una funcion esté ligada á un órgano determinado, que sea como el lugar donde se desarrolle, y sin embargo la funcion no sea en sí misma producto del órgano. La vision se verifica en el aparato ocular, sin que los ojos sean propiamente los que la producen: es la fuerza del alma que en ellos reside. Y puede suceder que una facultad por su naturaleza inorgánica necesite del ejercicio prévio de otras facultades, que estén ligadas á órgano corpóreo; y de este órden es la inteligencia. Pero tanto la vida intelectual como la sensitiva y vegetativa están muy lejos de ser, como imaginais, producto de las fuerzas moleculares. Porque decidme: si los átomos están en perpétua circulacion, si los orga-

nismos se renuevan incesantemente, como nos lo dice la ciencia, si todo cambia en ellos, ¿cómo explicar la unidad de esos séres, su permanencia en la vida, la continuidad de sus partes, la mútua conspiracion de todas sus funciones y de todos sus órganos á un mismo fin? ¿Les dará estabilidad la materia que está en continuo movimiento? Se les dará la fuerza material que es la misma materia obrando? Será la combinacion armónica que resulta de las moléculas? Será que éstas reciben en el organismo nueva forma, nuevas fuerzas? Luego hay una causa activa que se la comunica; y esa fuerza no les es esencial, como lo prueba la descomposicion y disgregacion rápida que sufren en cuanto ella falta. Ahí tienes, Adolfo, el principio vital, la realidad sustancial, simple é inextensa que da vida á los organismos, y se llama alma, y que en el hombre es ademas espiritual, puesto que entiende y quiere, operaciones que trascienden toda materia.

ADOLFO.. Segun eso, tambien los animales tienen alma; y esa alma es inextensa y simple.... Já, já.

JACINTO.. Y qué alma tan grande debe ser la del caballo.... y qué chiquitina y punzante la del mosquito.... ¡Qué enjambre de almas, Adolfo, qué enjambre!

ADOLFO.. Y tendrán tambien su paraiso de delicias!...

JACINTO.. Já, já, já.... ¡que verdes prados tendrán allí!...

EDUARDO. Veo que os guaseais. Escuchadme.

JACINTO.. Te escucho con la atencion de todos los millones de almas que viven, dentro y fuera, á derecha é izquierda de nosotros.... ¡Á ver si resulta que tenemos almas hasta en la misma punta de la nariz!

EDUARDO. No he afirmado, aunque pudiera afirmarlo, puesto que la misma palabra animal lo está diciendo, que tengan alma los animales....

JACINTO.. Sí; hay muchos animales y animalitos.... abunda por fortuna la raza.

EDUARDO. (sin hacer caso) La sana filosofía distingue á los séres que tienen vida sensitiva con el nombre de *irracionales*, para indicar que, aunque tienen alma, esa alma carece de los nobles atributos de la inteligencia y de la libertad, y sólo existe para ejercer ciertas funciones, cuyo radio no sale fuera del círculo de la materia. Tienen alma para moverse, alma para ejercer los actos de los sentidos, alma para sentir amor ó aborrecimiento á cosas que afectan á su organismo; por eso destruido éste, se destruye y perece esa alma, porque toda su vida estaba limitada á las funciones orgánicas. Y observad que ese carácter de materialidad, de circunscripcion, de esclavitud á las impresiones concretas y singulares del organismo se advierte hasta en los animales más perfectos. El mono domesticado en nuestras ciudades cuando siente frio sabe acercarse al hogar, pero nunca se le ha ocurrido arrimar un tizon á la hoguera. El castor ve que el madero que el rio arrastra en su corriente, le es útil para construir su albergue, le arrebata y le lleva á un remanso; pero nunca se le ocurrirá variar de sitio, mejorar su vivienda, porque no ha percibido mas que esa relacion particular y concreta en conformidad con las necesidades de su organismo.

ADOLFO.. (que ha estado muy atento) En verdad que me has presentado una observacion, que me hace ver la línea divisoria entre el hombre y el bruto.

JACINTO.. Já, já, já, á Dios mi dinero! (aparte) Este ya empieza á decir el *Yo pecador*.

EDUARDO. (sin hacerle caso) El hombre tiene necesidades que traspasan los límites de la materia, y aspiracion irresistible á satisfacerlas, precisamente porque conoce el bien en

su esfera mas amplia y dilatada, porque conoce la verdad en toda su extension, y percibe el órden y considera la armonía del universo, y si contempla á sí mismo señor y dueño de su propio organismo y de la materia que le rodea, á la que sujeta para que sirva á sus necesidades. ¿No habeis contemplado nunca en medio de este pequeño alcazar que llamamos nuestro cuerpo ese augusto huesped que en él reside, que ora llamándose *yo* ve desfilar ante sus ojos los cambios de la materia, traspone los límites de todas las edades sin hacerse nunca viejo, y las alteraciones del organismo permaneciendo siempre incólume? No le habeis contemplado derramando torrentes de luz al derredor, y ora sorprender á los astros en su carrera, ora abismarse en las profundidades de la metafísica, para levantarse en alas de su inspiracion en pos del infinito, encontrándole en la ley inflexible de las matemáticas, en los eternos principios del derecho, en las sublimes concepciones del arte, en las aspiraciones nobilísimas del corazon humano? Y ¿es posible que á este sér se lo coma un pedazo de materia, y caiga en el sepulcro como la piedra que arroja mano rústica en un abismo?

(con gran interés) Dime, Adolfo; dime, Jacinto; ¿es posible que creais que ese algo sublime que en vosotros piensa, que dispone de vuestros actos, y os hace concebir las cosas mas bellas y sublimes; que ese *yo* que se subleva ante toda idea de esclavitud y vasallaje, sea un simple agregado de moléculas ó fuerzas moleculares, y que perezca como muere la flor sobre su tallo, como expira el cuadrumano en medio de los bosques?

ADOLFO.. (algo movido) La idea de la inmortalidad me halaga.

JACINTO.. Esas consideraciones me parecen bien; pero su eco no halla confirmacion en las regiones serenas del raciocinio.

EDUARDO. Pues si te halaga, Adolfo, la inmortalidad, señal de

que la reconoces, señal de que la sientes, señal de que tu alma, aunque unida sustancialmente á un cuerpo corruptible, vive y se mueve en una atmósfera pura y libre de toda corrupcion.

Esto es evidente: todos los hombres aspiran á la inmortalidad; señal de que su propio instinto les dice que algo reside en ellos que no puede perecer.

No te dejes llevar, Jacinto, del á veces poco edificante y sólido resultado que arrojan las disputas de los filósofos. Antes que todos los filósofos, está el sentido comun de la humanidad, guia y base de la filosofía verdadera; y ese sentido comun, esa voz de la inteligencia universal nos dice por boca de todos los pueblos y de todas las razas que la espiritualidad y la inmortalidad son el distintivo glorioso del alma humana, y que al hombre separa una distancia inmensa del bruto. Eso nos lo dice la humanidad; eso lo dice tu conciencia, Jacinto; eso lo manifiestas tu mismo en los actos espontáneos de la vida porque es inseparable de todo hombre.

Y si no todos los filósofos han defendido esta verdad, creeme, estos se hallan en una minoría extremadamente exigua, y su errónea opinion encuentra, como todos los demas extravíos de la razon, su explicacion satisfactoria en causas conocidas, que, si te agrada, referiré brevemente.

JACINTO. (medio en guasa) Sí, habla, habla; estás casi inspirado....

EDUARDO. Gracias, amigo. Esas causas son: el estudio exclusivo de determinadas facultades, como les sucede á muchos fisiólogos, anatómicos y químicos, que acostumbrados á palpar la materia en todas sus fases, se habitúan á verla en todas partes; el tener falsa idea del espíritu, como ocurrió á muchos antiguos y ocurre á muchos modernos; el deseo encubierto y á veces desconocido del mismo que lo tiene de singularizarse, abandonando

la senda trillada; y á veces, á veces, hasta un castigo de Dios al orgullo, que puesto que el hombre no quiso seguir las inspiraciones de Dios (porque Dios se manifiesta naturalmente al alma) estudiando en las criaturas las perfecciones del Criador, éste acaba por oscurecer la luz de su inteligencia haciéndole en sus pensamientos semejante á las bestias, con las que se ha hecho digno de ser comparado.

¡Ah, sí! la verdad sostiene hechos: siempre las ha sostenido; siempre las sostendrá; porque son muchos los enemigos que se le oponen, la ignorancia, la pasion, el amor propio, el interés personal, y aun.... el deseo de cubrir con el manto de la razon torpezas é injusticias. Pero la verdad siempre triunfa; la verdad, amigos, enarbola el estandarte de Dios, y en ese estandarte está escrito con letras de oro por Jesucristo: habeis combatido por la verdad, la verdad os salvará, la verdad será vuestra libertad y vuestra gloria, *veritas liberabit vos....*

JACINTO. . (mucha guasa) Y alcanzareis el cielo que á todos os deseo, Amen....

EDUARDO. ¿No ves ahora, Adolfo, la especiosa brillantez de ciertas investigaciones anatómicas y fisiológicas?

ADOLFO. . Lo que me has hecho ver con tus razones, es un nuevo órden de cosas, un nuevo mundo, el mundo de los espíritus en que se agita nuestra alma, que nunca me han hecho vislumbrar las explicaciones de D. Anselmo, y que yacía adormecido en el fondo de mi corazon, desde que me lo enseñó mi madre; pero lucho, Eduardo, conmigo mismo, para deshacer esa especie de antagonismo que existe entre la fisiología y la filosofía, entre el cerebro y el pensamiento.

EDUARDO. El tiempo y el estudio continuado se encargarán de desvanecer tus dudas y de aclarar tus ideas.

JACINTO.. Pues Señor, ¡victoria en toda la línea!.... ¡batid palmas, tocad los timbales en pro del espiritualismo!

EDUARDO. No te rias de cosas tan sérias.

JACINTO.. ¡Qué me he de reir!.... (guasa) Si casi siento las lágrimas humedecer mis párpados.... ¿No lo vés? (acercándose) Eduardo, no se tomó Zamora en una hora. Una de las virtudes del apostolado es la constancia; que con un decir Jesus no se logra salvar á un alma á quien el diablo tiene prendida en sus redes desde mucho tiempo.... y en la lucha continua y constante se prueban los grandes corazones. Chico, yo tengo este carácter.... soy medio.... estudioso.... y medio.... ligero; he leido algo de todos los filósofos, y me sucede lo que á los médicos antiguos que son los primeros en desconfiar de los de su oficio. A fuerza de leer, ó cosa asi,... tengo callos (dispensad la frase) en la inteligencia, y me he hecho un poco dificilillo de convencer. Pero con el tiempo maduran las uvas; y no hay deuda que no se pague, ni plazo que no se cumpla; y para tu satisfaccion bástete saber que me han hecho alguna mella, como si dijéramos.... me han escocido tus reflexiones sobre el pensamiento.... y tus argumentos basados en la filosofía del sentido comun; y te confieso ¡vamos!... ¡ponte contento! que de aquí en adelante no diré así.... tan á las claras.... que las palabras, alma, justicia, derecho y otras afines son frases bonitas pero que carecen de sentido en las regiones de la filosofía práctica.

EDUARDO. Quiere decir que tendremos otra conferencia y en ella hablaremos más despacio de esas tus vacilaciones.

ADOLFO.. Sí, sí, me alegro. Deseo ilustrarme por completo en la cuestion trascendentalísima del alma.

Fr. Evaristo Fernandez Arias.

CANTATA

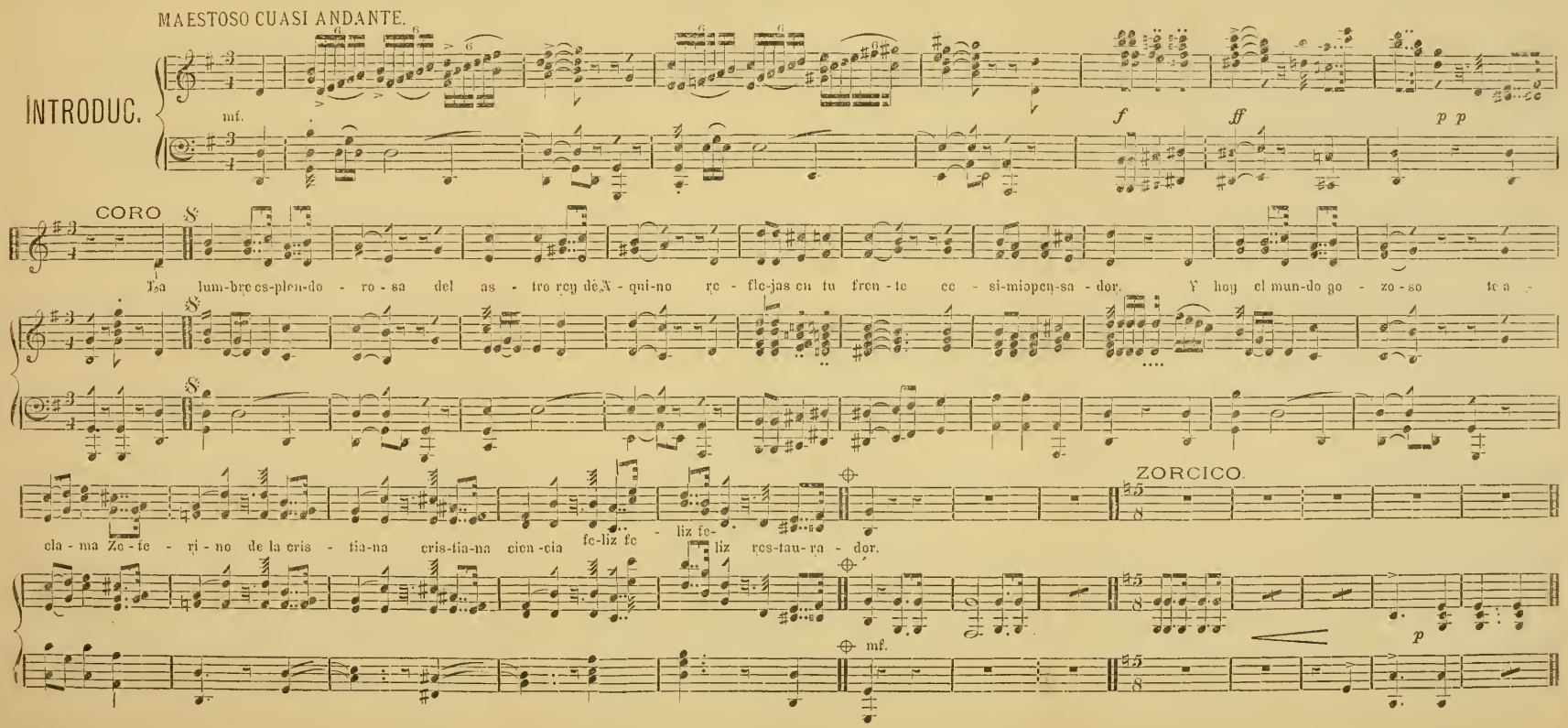
A CORO (A DOS VOCES) Y ESTROFA (A SOLO)

EN HONOR

AL EMMO. SR. D. FRAY ZEFERINO GONZALEZ,

POR SU RECIENTE ELEVACION A LA PÚRPURA CARDENALICIA

(Letra del M. R. P. Fr. Evaristo Arias.) REDUCCION PARA PIANO Y CANTO. (Música de D. Manuel Garrido y Rabé.)



SOLO

La púr-pu-ra sa - gra-da hoy pre-mia tu sa - ber; mas tu me-jor co - ro - na - los si-glos han de ser; que si la Par-ca fie - ra sua-lien-to des-true-tor es-par-ce ven-ga - do - ra en cuan-to a-lum brac!

p crese . . . . . do. *f*

sol, tu nom-bre so-be - ra- no uni-do al de To-más mien-tras Dios ec-sis - tie - re no mo-ri-rá ja - más.

CORO

La D. C. á la 𝄋 dor res - tau - ra - dor res - tau - ra - dor res - tau - ra - dor.

ff *p* *p* *ff* pp *ff*

pesante. hasta la ⊕ y al final pesante

ÍNDICE

Pág.

Discurso del Excmo. é Ilmo. Sr. D. Fr. Pedro Payo, Arzobispo de Manila en la inauguracion del Certámen y Velada. . . . . 3.
Reseña de las fiestas por D. Blas C. Alcuaz, Vice-Secretario de la Universidad. . . . . 7.

CERTÁMEN.

Condiciones del Certámen. . . . . 19.
Actas de los Jurados. . . . . 21.
Acta de la apertura de los pliegos correspondientes á los lemas premiados. 33.

Composiciones premiadas por el Jurado de Literatura.

El Emmo. y Rmo. P. Fr. Zeferino Gonzalez, por D. Juan Calatrava y Aguilera (premio de prosa). . . . . 35.
Elogio del Emmo. Sr. Cardenal Gonzalez, por D. Manuel Valls y Merino (accesit de prosa) . . . . . 55.
Santo Tomás y el siglo XIX, bosquejo de un poema, por D. José M. García y Collado (premio de verso). . . . . 67.
Gloria al nuevo Purpurado español, por D. Juan Miciano y Zulueta (accesit de verso). . . . . 97.

VELADA.

Programa de la Velada . . . . . 105.
Despues de la Velada: cuatro letras al Cardenal Gonzalez, poesía, por D. Manuel Marzano, individuo del Claustro Universitario . . . . . 107.

Epístola religiosa y social, por el Excmo. Sr. D. Vicente Barrantes. 119.
A los defensores de la verdad. Oda, por el R. P. Fr. Evaristo Fernandez Arias, catedrático de Filosofía. . . . . 137.
Al Santo y sabio Doctor Angel de las Escuelas. Quintillas, por D. Joaquin Sanchez García, catedrático de la Facultad de Derecho. . . 143.
Al P. Zeferino. Oda, por el R. P. Fr. Miguel Rubin de Celis, religioso Agustino . . . . . 149.
Saludo á España. Recitado en verso, por D. José M.ª García, alumno de la Facultad de Derecho. . . . . 155.
La gloria de mis Montañas. Alejandrinos, por el R. P. Fr. Francisco J. Valdés, religioso Agustino . . . . . 159.
¡Recuerdos! Poesía, por el R. P. Fr. José Álvarez Cienfuegos, catedrático de Filosofía. . . . . 163.
A la celestial sabiduría. Sáficos, por el R. P. Fr. Juan Marin y Alonso, religioso Dominico. . . . . 173.
Dos lágrimas, por el Ilmo. Sr. D. Juan Álvarez Guerra . . . . . 177.
El Restaurador del Escolasticismo, por D. José Moreno Lacalle, catedrático de la Facultad de Derecho. . . . . 185.
Apuntes biográficos, por D. Elías M. Martinez Nubla, individuo del Claustro Universitario. . . . . 195.
El P. Zeferino, economista, por el R. P. Fr. Matias Gomez, catedrático de Filosofía . . . . . 205.
El P. Zeferino y el restablecimiento de la filosofía escolastica en España, por el R. P. Fr. Norberto del Prado, catedrático de Filosofía. . . . . 241.
Dos palabras: Opúsculo del P. Zeferino.—Temblores de tierra; por el R. P. Fr. Bernardino Nozaleda, catedrático de la Facultad de Cánones. 295.
El P. Zeferino: alianza de la Ciencia y la Fé, por el R. P. Fr. José M.ª García, catedrático de la Facultad de Teología . . . . . 303.
Diálogo sobre el materialismo, por el R. P. Fr. Evaristo Fernandez Arias. . . . . 329.

Cantata en honor del Emmo. Sr. D. Fr. Zeferino Gonzalez, á coro (á dos voces) y estrofa (á solo), letra del R. P. Fr. Evaristo F. Arias y música de D. Manuel Garrido y Rabé, individuo del Claustro Universitario.

1885